

# STAR WARS

## TRILOGÍA DE CORELLIA 3

AJUSTE DE  
CUENTAS  
EN  
CENTRALIA

# Roger MacBride Allen

## Nota del autor

Me gustaría expresar mi gratitud a Tom Dupree, a Jennifer Hershey y a toda la buena gente de Bantam Spectra, quienes han demostrado una gran confianza en mí a lo largo de todo este proyecto. Muchas gracias, igualmente, a Eleanor Wood y Lucienne Diver por su apoyo y su eficiente supervisión de toda la faceta editorial del trabajo.

También me gustaría dar las gracias a Eleanore Fox, mi esposa, quien ya tenía más que suficiente con aprender un nuevo idioma y hacer el equipaje para nuestro traslado a Brasil. No necesitaba tener a un novelista suelto por ahí dándole problemas al mismo tiempo, desde luego, pero el destino hizo que tuviera que cargar con uno y Eleanore supo salir adelante. Está claro que el Foreign Service de los Estados Unidos sólo contrata a los mejores..., por lo menos en este caso.

También debo dar las gracias a Mandy Slater, amiga y confidente, a la que está dedicado este libro. Mandy estuvo allí, en la mesa de la cocina de Washington, cuando llegó la llamada telefónica que significó mi reclutamiento como autor para La guerra de las galaxias, y ayudó a convencerme de que podía hacerlo y hacerlo bien. Si acaba resultando que así ha sido y ven a Mandy algún día, les ruego que le hagan saber que tenía razón. Encontrarla para decírselo puede ser un problema, por supuesto... La última vez que la vi estaba en Nueva Orleans y acababa de llegar de Rumania después de hacer una escala en Londres, y estaba a punto de irse a Chicago. Antes de eso, la última vez que la vi Mandy estaba en Fresno, California, adonde acudió para asistir a mi boda, y la vez anterior el encuentro tuvo lugar en Londres, y antes de Londres creo que fue Toronto. Cuando ha pasado algún tiempo, va siendo un poco difícil acordarse. Da igual: gracias de todas maneras, Mandy.

Hablando de viajes, una de las grandes tradiciones de una buena historia de La guerra de las galaxias es que todo ocurre en todos los sitios a la vez. Me temo que el segundo volumen de esta serie fue escrito casi completamente en Washington D.C. y sus alrededores, más quizá un poquito durante un viaje a Filadelfia y Nueva York. Este tercer volumen se creó a sí mismo no sólo en Arlington, Virginia; Bethesda, Maryland; y en lugares por el estilo, sino también en Nueva York, Miami, sobre el Caribe y el Amazonas, en Sao Paulo y en Brasilia. Fue corregido y retocado en Bethesda; Norfolk, Virginia; Atlanta; Montgomery, Alabama; y Biloxi, Mississippi. Si eso no les parece suficiente movilidad, entonces ustedes y yo tendremos que hablar.

Una observación final acerca de los peligros que encierra dedicar lo que sea a una profesora de lengua y literatura inglesa. Dediqué el segundo volumen de esta trilogía a Beth Zipser y su esposo Mike. Beth me enseñó lengua y literatura inglesa hace muchas lunas, y el paso del tiempo la ha convertido en una jugadora de póquer realmente temible. Cuando se enteró de la dedicatoria, quedó tan conmovida que entró en acción al instante..., y empezó a examinar el manuscrito en busca de errores gramaticales. Que esto les sirva como advertencia: procuren esforzarse al máximo y hacer las cosas lo mejor posible. Después de todo, nadie les garantiza que su profesora de lengua y literatura no esté acechando por ahí y decida repasar su trabajo para ver qué tal lo han hecho...

Roger MacBride Allen

Abril de 1995

Brasilia, Brasil

## Resumen de los volúmenes anteriores

La galaxia está viviendo una época de paz precaria e insegura. Han transcurrido catorce años desde la derrota del Imperio y la muerte de Darth Vader.

Leia Organa Solo, su esposo Han Solo y sus tres hijos Jaina, Jacen y Anakin, acompañados por Chewbacca el wookiee, han ido a Corellia, el mundo natal de Han, en un viaje de familia. Sin que ellos lo sepan, la misteriosa Liga Humana ha concebido un plan para adueñarse del Sector Corelliano y ha empezado a aplicarlo.

Leia contrata a un maestro para los niños, un drall llamado Ebrihim, que los lleva a visitar una gran excavación arqueológica. Durante el recorrido, los tres niños descubren una gigantesca y extraña instalación de antigüedad y propósito desconocidos.

Mará Jade llega a Corellia con un mensaje codificado. Los remitentes del mensaje, cuya identidad se desconoce, afirman haber provocado la reciente explosión de una estrella que se convirtió en supernova, y tienen intención de hacer estallar más estrellas en sistemas estelares habitados si no se satisfacen sus exigencias, que el mensaje no especifica.

La Liga Humana inicia su largamente planeada revuelta contra la Nueva República. Chewbacca, ayudado por Q9-X2, el irascible androide de Ebrihim, escapa con los niños a bordo del *Halcón Milenario* y pone rumbo a Drall.

El líder oculto de la Liga Humana por fin revela su identidad, y resulta ser Thrackan Sal-Solo, un primo de Han al que éste llevaba mucho tiempo sin ver y que es conocido por su astucia y su crueldad. Un poderoso sistema generador de interferencias entra en acción, cortando prácticamente todas las comunicaciones dentro del sistema planetario corelliano.

Han ayuda a la agente de la Inteligencia de la Nueva República Belindi Kalenda a robar un caza X-TIE Feo. La agente pone rumbo a Coruscant para advertir de la catástrofe, pero Han es capturado por la Liga Humana.

Mientras tanto, Luke Skywalker ha accedido a acompañar a Lando Calrissian en su búsqueda de una esposa rica. Lando conoce a Tendra Risan en el planeta Sacoria. Después se dirigen a Corellia, donde planean asistir a la conferencia comercial, pero se encuentran con un gigantesco campo de interdicción que rodea todo el sistema estelar corelliano. El campo, mucho más grande que cualquier otro de sus características jamás conocido en la historia, impide viajar a través del hiperespacio por el interior de todo el sistema corelliano. Lando y Luke deciden volver a Coruscant para comunicar su descubrimiento.

Leia es capturada, y encerrada con Mará Jade. Las dos consiguen llevar a cabo una osada huida y escapar en la nave de Mará, el *Fuego de Jade*. Han, que también está prisionero, es obligado a luchar con una seloniana llamada Dracmus, una compañera de cautiverio, para diversión de los oficiales de la Liga Humana. Después Thrackan, enfurecido por la insolencia de Han, ordena que sea arrojado a la celda de Dracmus. Antes de que Han pueda intentar llevar a cabo una temeraria fuga, los dos son rescatados de la prisión por un grupo de selonianas de la madriguera de Dracmus.

Luke, Lando y Calenda llegan a Coruscant, donde se enteran de que en ese momento la República apenas cuenta con fuerzas operativas utilizables. Se decide que deben ir a ver a Gaeriel Captison en el planeta Bakura, con la esperanza de que Gaeriel pueda reunir una flota bakurana. Gaeriel así lo hace, y el almirante Hortel Ossilege es puesto al mando de la flota. Una fuerza de ataque compuesta por cuatro naves equipadas con sistemas especiales para abrirse paso a través del campo de interdicción pone rumbo a Corellia. El plan es lanzar un ataque de diversión contra

Selonía antes de dirigirse hacia el verdadero objetivo, la colosal Estación Centralia, que parece ser el origen de las interferencias y del campo de interdicción.

Los niños, Chewbacca, Ebrihim y Q9 llegan a Drall y conocen a la tía de Ebrihim, Marcha, duquesa de Mastigóforus. La tía Marcha lleva al grupo a una instalación subterránea idéntica a la que existe en Corellia. La cámara es un gigantesco y antiquísimo repulsor planetario capaz de mover el planeta a través del espacio. Es prácticamente seguro que existen repulsores similares en todos los mundos habitados del sistema corelliano. El grupo se esconde en la caverna del repulsor, e intenta averiguar más cosas sobre él.

Mientras tanto, Tendra Risant descubre que una gran flota se está reuniendo en el sistema sacorriano y se dirige a Corellia con la intención de advertir a Lando y Luke, sin saber que todavía no han llegado allí. Expulsada del hiperespacio por el campo de interdicción, prosigue su viaje por el espacio normal. Utilizando un antiguo sistema de comunicación radiónica, Tendra envía una señal a Lando..., y se desespera cuando éste no responde.

En Corellia, Dracmus hace subir a Han a una nave espacial cuyo aspecto no inspira ninguna confianza y que tiene forma de cono. Han va a ser trasladado a Selonía, por razones que no entiende del todo. Mará y Leia también deciden dirigirse a Selonía, y las dos naves están de camino a ese planeta cuando llega la fuerza de ataque bakurana. Las naves bakuranas y unidades de las distintas rebeliones se enfrentan en una batalla espacial. Lando, que se encuentra a bordo de su navío, el *Dama Suerte*, por primera vez desde su llegada al sistema seloniano, por fin oye el mensaje de advertencia de Tendra unos segundos antes de despegar para tomar parte en el combate. Durante la batalla, una de las cuatro naves bakuranas es destruida por un disparo del repulsor planetario instalado en Selonía.

La nave cónica seloniana sufre una avería, y el *Fuego de Jade* rescata a Han y a las dos selonianas. Han y Leia vuelven a estar juntos.

Mientras tanto, y a una gran distancia de allí, un frenético esfuerzo de evacuación está siendo llevado a cabo en el sistema de la siguiente estrella condenada a la destrucción. Muchos habitantes del sistema son salvados, pero el caos y el pánico hacen que otros muchos no puedan ser rescatados. La estrella estalla. Hay miles de muertos.

La tercera estrella de la lista redactada por los misteriosos conspiradores tiene millones de habitantes, y será totalmente imposible evacuarlos. A menos que el enigma del plan para hacer estallar las estrellas pueda ser resuelto, millones de personas inocentes morirán...

# 1

## Aproximación

— ¡Se nos está acabando el tiempo, respetado Solo! —graznó la voz que surgía de la unidad comunicadora—. ¡Si nuestra trayectoria de aproximación no es controlada, muy pronto estaremos dentro de la atmósfera!

El intercomunicador emitió un chillido ahogado. O el circuito de comunicaciones de la cabina de control de la nave estaba a punto de volver a fallar, o de lo contrario Han había tenido un poco de suerte y Dracmus estaba a punto de quedarse afónica. Eso sería una auténtica bendición.

Han bajó el interruptor de respuesta e intentó seguir concentrado en su trabajo.

— ¡Espera un poco antes de empezar a tirarte de los pelos, Dracmus! —dijo, en un tono de voz un poco alto que se aproximaba al grito—. Los circuitos de envío de la unidad comunicadora también necesitaban un repaso. Dile a la respetada piloto Salculd que ya casi he terminado.

¿Por qué el universo exigía que todas las reparaciones tuvieran que hacerse siempre corriendo?

«Ah —se dijo Han, desalentado—, lo que daría por tener aquí a Chewbacca...»

— ¡Tengo muchos pelos, pero nunca he tirado de ellos! —replicó la voz de Dracmus, cada vez más preocupada—. ¿Para qué sirve tirarse de los pelos en el caso de que se tengan? ¿Produce algún efecto relajante, tal vez?

Han suspiró y volvió a bajar el interruptor de respuesta.

—Es una expresión humana, una forma de pedir que tengas paciencia —dijo, intentando no perder la suya.

Dracmus era una seloniana, y a la inmensa mayoría de selonianos no les gustaba viajar por el espacio. Era una reacción bastante comprensible en una raza que pasaba la mayor parte de su existencia debajo del nivel del suelo, pero tener a una criatura agorafóbica al mando de la nave bastaba para volver loco a cualquiera.

Han Solo hizo la última conexión, cerró el último panel de inspección y cruzó los dedos en una silenciosa petición de suerte. «Bueno, esto debería funcionar», se dijo a sí mismo. Más valía que así fuera, desde luego, porque ya iba siendo hora de que algo funcionara. Si la nave cónica a bordo de la que se encontraba era un ejemplar típico de su especie, entonces estaba claro que las naves espaciales selonianas no eran dignas de confianza. Pulsó el botón de encendido y esperó a que el sistema inversor iniciara la energización.

Han estaba empezando a dudar de su cordura. ¿Por qué había decidido ofrecerles su ayuda y qué hacía allí, tratando de sacar aquella nave cónica del espacio y llevarla hasta la superficie de Selonía? Podría haberse despedido, haberles deseado buena suerte y haberse marchado con Leia a bordo del *Fuego de Jade*. Pero cuando había un trabajo por hacer y nadie más podía hacerlo, entonces se podía decir que el ofrecerse voluntario dejaba de ser un acto voluntario. Han no había tenido muchas opciones entre las que elegir. No podía abandonar a Dracmus para que se las arreglara por sí sola. Han había contraído ciertas obligaciones con ella, y con su pueblo.

Y Dracmus había dejado muy claro que tenían que llevar la nave hasta la superficie de Selonía. Fuera cual fuese el estado en el que se hallara, su gente no podía permitirse el lujo de dejar abandonada a la deriva ninguna nave espacial. La nave cónica podía ser un montón de chatarra milagrosamente capaz de viajar por el espacio, pero Dracmus le había asegurado que era la mejor nave con que contaban los selonianos en aquel momento. O, para ser más exactos, era la mejor nave con la que contaban la Madriguera Hunchuzuc y sus republicanistas...

— ¡Date prisa, respetado Solo! —volvió a apremiarle Dracmus.

¿Por qué ese condenado intercomunicador no podía averiarse, tal como habían hecho el resto de sistemas de la nave? Han volvió a bajar el interruptor de respuesta.

—Cálmate, Dracmus —dijo—. ¡Vigila tus lecturas de energía, piloto Salculd!

Saber que estaba del lado de los hunchuzucs habría sido un poco más útil si Han tuviera alguna idea de quiénes o qué era la Madriguera Hunchuzuc. Lo único que sabía acerca de ellos era que esa madriguera formaba parte de una facción amorfa de selonianos que vivían en Corellia y que, por lo que sabía Dracmus, seguían estando aliados con una alianza pro-Nueva República de madrigueras selonianas cuyos miembros se hacían llamar republicanistas, y que Han se había visto involucrado en sus planes.

Dracmus era miembro de la Madriguera Hunchuzuc, y o bien había secuestrado a Han o bien le había rescatado de las garras de Thrackan Sal-Solo..., o ambas cosas. Han todavía no estaba muy seguro de qué había ocurrido en realidad. La Madriguera Hunchuzuc parecía estar enfrentándose a la Supramadriguera, los líderes de Selonía, y aquel enfrentamiento se desarrollaba de manera paralela a la batalla que la Nueva República estaba librando con las rebeliones producidas en el sistema de Corellia, aunque los dos enfrentamientos no parecían estar directamente relacionados entre sí. La Supramadriguera estaba a favor del bando absolutista, que quería la independencia absoluta para Selonía. Pero incluso si los hunchuzucs eran republicanistas y la Supramadriguera era absolutista, Han estaba llegando a la conclusión de que a ningún bando le importaban demasiado los principios. Cada bando se oponía al otro, y eso era lo más importante.

Pero Han también sabía unas cuantas cosas de las que podía estar totalmente seguro. Sabía que Dracmus le había salvado la vida, y que había corrido bastantes riesgos para tratarle bien. Sabía que un miembro de su familia llamado Thrackan Sal-Solo había tratado a la gente de Dracmus con la máxima crueldad imaginable. Según los patrones de conducta selonianos, por sí solo eso ya bastaba para que Han fuera considerado un villano, un monstruo y un asesino. Pero Dracmus le había concedido el beneficio de la duda, y le había tratado con decencia y respeto. Si eso era todo lo que sabía Han, también era todo lo que necesitaba saber.

— ¿Cuándo funcionará? —preguntó Dracmus, y su voz se iba volviendo más estridente a cada momento que pasaba—. ¡El planeta se está aproximando!

—Bueno, eso es justamente lo que quieres que ocurra cuando estás intentando llevar a cabo una reentrada —murmuró Han para sí mismo. Dejando aparte la decencia y el respeto, no cabía duda de que Dracmus podía ser increíblemente pesada y molesta. Han volvió a bajar el interruptor de respuesta—. Ya está funcionando. Dile a Salculd que el inversor vuelve a estar en condiciones de operar. Que dé energía a los circuitos de control, y ya veremos qué ocurre.

—Así lo haremos, respetado Solo —dijo la vocecita impregnada de preocupación que surgía de la unidad comunicadora—. Salculd dice que está iniciando la energización de los circuitos de control.

Han estaba arrodillado delante del panel de inspección, y un suave zumbido le hizo pensar que quizá se encontraba demasiado cerca del sistema inversor. Han se puso en pie y retrocedió un poco. El zumbido se desvaneció pasados unos momentos y todas las luces del sistema inversor se encendieron, indicando un funcionamiento normal.

Han volvió a bajar el interruptor de respuesta.

— ¡No me lo hagáis jurar, pero creo que funciona! —gritó—. Esos repuestos de la nave de Mará han funcionado. Deberíamos poder ponernos en marcha cuando queráis.

—Me alegra oírlo, respetadísimo Solo —dijo Dracmus, y el alivio que impregnaba su voz resultó casi dolorosamente obvio—. Sí, es una magnífica noticia. Vamos a proceder al instante.

Las agujas de los indicadores temblaron levemente, mostrando que los inversores estaban absorbiendo más energía.

—Eh, tomároslo con calma ahí arriba —dijo Han—. Id subiendo el nivel de entrada de energía despacito y con mucha suavidad, ¿de acuerdo?

—Así lo estamos haciendo, respetado Solo, y además nos limitaremos a emplear un tercio de la potencia. No sentimos ningún deseo de volver a sobrecargar nuestros sistemas.

—Eso es muy tranquilizador —dijo Han—. Pero aun así, creo que será mejor que vaya ahí y que no os quite los ojos de encima.

Han fue hasta la escalerilla de acceso y subió por ella hasta llegar a la cabina de control de la nave cónica, que se encontraba en la punta.

La nave cónica era precisamente lo que indicaba su nombre: consistía en un gran cono, con los motores en la base y la cabina de control en la punta. Casi toda aquella zona había sido construida con grandes planchas de transplex transparente, lo cual proporcionaba un panorama realmente espectacular. Salculd, la piloto, estaba acostada sobre la espalda y contemplaba el cielo que se extendía por encima de ella. Para un piloto humano, esa posición no habría sido la más cómoda a la hora de efectuar su trabajo. Los selonianos eran decididamente no humanos, por supuesto.

Salculd volvió la mirada hacia la escotilla de acceso a la cubierta inferior en el momento en que Han salía por ella. La piloto le obsequió con una sonrisa llena de dientes y volvió a concentrar su atención en su trabajo. Salculd parecía estar muy cómoda. Dracmus iba y venía por la parte de atrás de la cabina, y parecía cualquier cosa salvo tranquila o relajada.

Los selonianos eran bípedos bastante típicos en todos los aspectos fisiológicos que definían a esa categoría de razas, aunque más altos y delgados que los humanos. Sus brazos y sus piernas eran más cortas, y sus cuerpos más largos. Podían arreglárselas tan bien caminando sobre dos patas como caminando sobre cuatro. Garras retráctiles en sus manos-patas y pies-patas los convertían en unos escaladores y cavadores realmente impresionantes. Sus colas sólo medían medio metro de longitud, pero eran francamente temibles cuando las utilizaban como garrotes..., algo que Han sabía muy bien por experiencia propia.

Tenían el rostro largo y puntiagudo, y todo su cuerpo estaba cubierto por un lustroso pelaje corto. El de Dracmus era de un color marrón oscuro. El de Salculd era negro en casi todo el cuerpo salvo en el estómago, donde se volvía marrón claro. Las dos selonianas tenían largos bigotes que resultaban tan expresivos como las cejas humanas en cuanto habías adquirido un poco de práctica en la interpretación de sus movimientos. También tenían la boca llena de unos dientes muy afilados. Han no había necesitado ninguna práctica para ser capaz de interpretarlos. En conjunto, eran unas criaturas de aspecto tan elegante como impresionante.

—¿Qué tal va todo? —le preguntó Han a Salculd, la piloto, hablando en su más bien rudimentario seloniano, ya que Salculd no hablaba básico.

—Todo va bien, respetado Solo —replicó Salculd—. Por lo menos hasta que otro subsistema deje de funcionar...

—Maravilloso —murmuró Han para sí mismo—. ¿Todo va bien, respetada Dracmus? —preguntó en seloniano.

—Estupendamente, estupendamente. Todo va estupendamente, y seguirá yendo así hasta que nos estrellemos y muramos —replicó Dracmus.

—Me alegra mucho ver que todos estamos de acuerdo —refunfuñó Han.

—Es bueno hacer planes con antelación —dijo Salcud—. Me disponía a bajar según el procedimiento habitual, pero ahora sé que fracasaré y que nos estrellaremos. Resulta muy reconfortante.

—Ya es suficiente, piloto Salcud —dijo secamente Dracmus—. Concentra toda tu atención en tus deberes.

—Sí, respetada Dracmus —respondió Salcud al instante, y su tono no podía ser más respetuoso.

Salcud tenía bastante experiencia y conocía su nave razonablemente bien, aunque no tan bien como habría deseado Han. Dracmus, por su parte, había sido adiestrada para tratar con humanos, y además su entrenamiento no había llegado a completarse. Por lo demás, Dracmus carecía de experiencia, conocimientos o habilidades en todo lo referente a las naves espaciales. Aun así, estaba al mando de la nave y en aquel caso «estar al mando» significaba no sólo decidir adonde irían, sino que incluía hasta el último detalle de las maniobras. Salcud no podía, o no quería, imponer su opinión. Dracmus tenía una posición social, una antigüedad o un lo que fuese más grandes que Salcud y, en lo que concernía a las dos selonianas, con eso estaba dicho todo. A ninguna parecía preocuparle demasiado el que Dracmus sólo tuviera una ligerísima idea general del manejo de una nave espacial, o que durante la incursión contra Selonía hubiera ordenado repetidamente que la nave hiciera cosas que era incapaz de hacer y que eso les hubiera llevado alarmantemente cerca de la muerte.

Salcud podía comportarse de una manera irreverente y soltar comentarios sarcásticos a cada momento, pero obedecía todas las órdenes de Dracmus —sin importar lo ilógicas o estúpidas que fueran— con una alarmante celeridad. Era una relación bastante sorprendente, y se necesitaba algún tiempo para acostumbrarse a ella.

Han se instaló en el asiento de control contiguo al de Salcud. Había hecho cuanto pudo para adaptar el acolchado a un cuerpo humano, pero el asiento nunca sería realmente cómodo. Han se echó hacia atrás y alzó la vista.

El panorama que se podía divisar desde el morro transparente de la nave cónica era realmente espectacular. El planeta Selonía flotaba en el cielo, enorme y luminoso, llenando el tercio central del campo visual. Los océanos de Selonía eran más pequeños que los de Corellia, y la masa de tierra estaba disgregada en millares de islas de tamaño mediano, repartidas de manera más o menos regular por la superficie del planeta.

En vez de dos o tres grandes océanos y cuatro o cinco masas de tierras continentales, la superficie de Selonía era un laberinto de agua y tierra. Centenares de mares, bahías, calas, estrechos y bajíos separaban las islas. Han recordaba haber leído en algún sitio que no había ningún punto de la masa terrestre de Selonía que se encontrara a más de ciento cincuenta kilómetros del agua, y que no había ningún punto del agua que estuviera a más de doscientos kilómetros de la costa más cercana.

Pero el panorama ofrecía algo más que aquel planeta tan espectacular. La nave personal de Mará Jade, el *Fuego de Jade*, flotaba en el espacio a un par de kilómetros de distancia, con su popa ocultando una pequeña parte de la región ecuatorial del planeta. El *Fuego de Jade* era una nave alargada de líneas esbeltas y elegantes, pintada con un dibujo de llamas que alternaban el rojo con el oro. Producía una impresión general de velocidad, potencia, agilidad y maniobrabilidad, y Han sabía que poseía todas esas cualidades. Deseó, y no por primera vez, estar a bordo de ella, y no sólo porque el *Fuego* fuese una nave mejor. Leía estaba a bordo del *Fuego*, junto con Mará Jade.

Después de que Dracmus hubiera conseguido averiar prácticamente todos los sistemas de la nave cónica, el *Fuego* los había rescatado y había proporcionado a Han los repuestos que



necesitaba para reparar la nave seloniana. El *Fuego* se estaba preparando para guiar a la nave cónica en su descenso hasta la superficie del planeta.

A Han no le gustaba nada que Leia estuviera en una nave mientras que él estaba en la otra, pero la lógica del arreglo era irrefutable. Mará, que todavía no estaba totalmente recuperada de la herida que había sufrido en una pierna, seguía necesitando algunos cuidados y también necesitaba un copiloto, por lo menos hasta que se hubiera recuperado del todo. En cuanto a Dracmus y Salculd, la pareja de selonianas, no cabía duda de que necesitaban toda la ayuda que pudieran obtener. Además, Leia hablaba seloniano —de hecho, lo hablaba bastante mejor que Han—, y dados los últimos acontecimientos, parecía aconsejable tener por lo menos a una persona capaz de hablar el seloniano a bordo de cada nave por si surgían dificultades en la pista cuando bajaran. El plan era que las dos naves se dirigirían hacia Selonía en formación, descendiendo la una al lado de la otra.

Pero aunque el que Leia estuviera a bordo de la nave de Mará mientras él viajaba en la nave cónica pareciese perfectamente razonable e inofensivo, eso no quería decir que a Han tuviera que gustarle. No necesitaba preguntar qué podía salir mal. El número de cosas que habían salido mal hasta el momento ya era francamente excesivo.

Una luz empezó a encenderse y apagarse en el visor delantero del *Fuego de Jade*. Leia estaba utilizando las luces de descenso de la nave para enviar un mensaje en el código de parpadeos de Mon Calamari, utilizando combinaciones de destellos cortos y largos para formar las letras del alfabeto básico. La técnica resultaba lenta y no demasiado práctica, pero los canales de comunicación normales estaban interferidos, y los parpadeos siempre eran preferibles a no poder comunicarse de ninguna manera.

Listas para iniciar la entrada, fue leyendo Han. Avísanos

CUANDO ESTÉIS PREPARADOS.

—Dicen que están listas. —Se volvió hacia Salculd—. ¿Estamos preparados?

—Sí —dijo Salculd.

—Muy bien —dijo Han—. Respetada Dracmus —siguió diciendo, pasando al básico para que Salculd no pudiera entenderle—, a partir de ahora harás lo que yo diga. Deja de dar vueltas, siéntate y da instrucciones a Salculd para que acepte órdenes de mí. En cuanto hayas hecho todo eso, te rogaría que tuvieras la bondad de no abrir la boca hasta que estemos en la superficie de Selonía. No quiero que des ninguna orden y no quiero que digas nada. Quiero que te limites a estar sentada y callada..., o de lo contrario le diré al *Fuego de Jade* que escoltarnos sería un suicidio. Si no haces lo que te digo, les ordenaré que se vayan.

Era puro farol, por supuesto, pero Dracmus estaba lo bastante aterrorizada para tragárselo.

—Pero... —empezó a protestar la seloniana.

—Pero nada —la interrumpió Han—. Yo conozco el código de parpadeos, y tú no. Puedo hablar con el *Fuego*, y tú no puedes hacerlo. Antes casi conseguiste que muriéramos cuando ordenaste todas esas maniobras estúpidas, y no pienso permitir que vuelvas a hacerlo.

— ¡Debo protestar! ¡Esto es un robo de la peor clase posible!

Han sonrió.

—En realidad, yo diría que es más bien piratería. También podrías definirlo como una variedad suave del secuestro... Ah, y podría añadir que si no sabes distinguir el robo de la piratería, entonces no deberías estar al mando de una nave.

Dracmus fulminó a Han con la mirada y pareció disponerse a seguir protestando..., pero acabó meneando la cabeza.

—Que así sea —dijo—. Debo acceder. Incluso yo puedo ver que las órdenes que di no eran demasiado acertadas, y deseo vivir algún tiempo más. ¡Piloto Salculd! —añadió, pasando al seloniano—. Obedecerás las órdenes del respetado Han Solo tal como obedecerías las mías, y seguirás haciéndolo hasta que nos hayamos posado en la superficie del planeta.

Salculd se irguió en su asiento, y sus ojos fueron rápidamente de Han a Dracmus antes de que su sonrisa se volviera todavía más grande que antes.

— ¡Sí, respetada Dracmus! —exclamó—. ¡Obedezco con placer!

—Pues procura no encontrar demasiado placer en el acto de la obediencia, Salculd —gruñó Dracmus—. Si tienes la bondad de proceder, respetado Solo...

—Siéntate —le dijo Han en seloniano—. Todos debemos ponernos los arneses de seguridad y prepararnos para la aceleración. Salculd, emplearás una maniobra de aproximación estándar a la pista de descenso que pretendemos utilizar, y la iniciarás cuando yo dé la orden. ¿Ha quedado entendido?

—Sí, claro —dijo Salculd—. Por supuesto.

Han cogió la linterna que había dejado junto a su asiento hacía un rato para tenerla a mano y empezó a enviar señales al *Fuego de Jade*.

Lizto para iniciar maniovra de hrntrada, fue deletreando, consiguiendo detectar cada error un instante después de haberlo cometido.

—Algún día debería dedicar un rato a repasar este código —murmuró para sí mismo.

Ya estamos listas, respondió Leia. Nos colocaremos detrás DE VUESTRA POPA. OS SEGUIREMOS DURANTE LA MANIOVRA.

—Ja, ja, ja —dijo Han—. Cada día doy gracias a las estrellas por haberme casado con una chica que tiene tanto sentido del humor. Muy bien, Salculd —siguió diciendo, pasando nuevamente al seloniano—. Bájanos..., con mucho cuidado.

Han vio cómo el *Fuego de Jade* giraba sobre su eje longitudinal y dirigía su popa hacia la nave cónica. Salculd empujó la palanca de control hacia adelante, transfiriendo una entrada de energía mínima a los motores. La nave cónica empezó a acelerar hacia el planeta y el *Fuego de Jade* retrocedió un poco, colocándose detrás de la nave cónica y a babor de ella. Al ser la nave más rápida y maniobrable y la que resultaba más fácil de controlar de las dos, era lógico que el *Fuego* ocupara el segundo lugar en la maniobra de reentrada, ya que eso le permitiría ir viendo lo que hacía la nave cónica. Pero ni siquiera los repuestos traídos del *Fuego* habían bastado para reparar los detectores de popa de la nave cónica. La nave seloniana estaba prácticamente ciega a popa, y seguiría estándolo. Solamente disponía de una holocámara de gran angular instalada en la base del cono, entre dos de los motores sublumínicos. La holocámara resultaría útil durante la última fase de la aproximación y el descenso, pero incluso con los motores principales desconectados, su resolución era tan pobre que bastaría con que el *Fuego de Jade* se alejara unos cuantos kilómetros para que dejaran de verlo. Cuando los motores entraran en acción, la imagen transmitida por la holocámara de popa se iría volviendo menos clara a cada momento que pasase.

En otras palabras, que Han tal vez pudiera ver las señales en código de parpadeos enviadas por el Jade si volvían a hacerle señales..., o tal vez no. En teoría, podía utilizar las luces de la nave cónica para enviar sus propias señales en código de parpadeos, pero no podría ver los destellos..., y eso añadiría un nuevo grado de dificultad a la ya difícil labor de enviar mensajes que no contuvieran demasiados errores. Han esperaba que la cuestión de las señales no llegara a surgir nunca.

La mala visibilidad en la zona de popa era otra buena razón para que el *Fuego* fuese detrás durante la maniobra. Siempre era preferible tener a la espalda una nave en la que pudieras confiar.

O, por lo menos, una nave en la que tuvieras una cierta confianza. Han había conseguido olvidar la mayor parte de sus reservas anteriores hacia Mará, pero no todas. No se le ocurría ninguna razón o motivo que pudiera justificar el que Mará Jade actuase en contra de Han, Leia y la Nueva República, y no había ninguna evidencia clara de que así lo hubiera hecho. Pero Mará tampoco había explicado nunca sus acciones de una forma que hubiese dejado totalmente satisfecho a Han. Durante los últimos días, Mará había estado en los sitios adecuados en los momentos adecuados —y en los sitios equivocados en los momentos equivocados— con una frecuencia un tanto excesiva para su gusto.

Por otra parte, y si quería causar daños realmente graves, Mará era demasiado profesional para permitir que las cosas se hicieran mal. Y no cabía duda de que la oposición había hecho algunas cosas bastante mal, gracias a las estrellas... Estaba claro que no todo les había salido bien y, por muchas otras cosas que se pudieran decir acerca de aquella mujer, no cabía ninguna duda de que Mará Jade era altamente competente en todo lo que hacía.

Y ese argumento tenía mucha fuerza. «No —se dijo Han mientras el *Fuego de Jade* desaparecía del campo de visión delantero—, olvídale de una vez.» En realidad, no tenían más remedio que confiar en Jade. Han contempló cómo el *Fuego* aparecía en la un tanto borrosa imagen de la pantalla de popa. Ya iba siendo hora de que se olvidase de todo lo demás y se acordara de que la tarea principal en aquel momento era llevar aquel cacharro hasta la superficie.

—Bien, Salculd, a partir de ahora es cosa tuya —dijo—. Procura hacerlo bien.

—Lo haré —dijo Salculd—. No te preocupes por eso, respetado

Solo. —La nave escogió aquel momento para desviarse bruscamente hacia un lado, y Salculd agarró frenéticamente los controles—. Lo siento, lo siento —dijo un instante después—. Ha sido un exceso de compensación del estabilizador. Ahora todo va bien.

—Vaya, pues no sabes lo mucho que me consuela eso —replicó Han.

Durante un momento jugueteó con la idea de echar a empujones a Salculd del puesto de pilotaje y tomar los controles, pero sabía que no hubiese servido de mucho. Los controles habían sido diseñados para una seloniana, y la nave cónica tenía tantas rarezas y pequeñas manías que a su lado el *Halcón Milenario* parecía una nave normalísima y perfectamente previsible recién salida del catálogo del fabricante. Quizá fuese una idea algo alarmante, pero —y a menos que las cosas se pusieran realmente mal— probablemente fuese menos peligroso confiar en Salculd.

Salculd movió la palanca de control unos milímetros más hacia adelante y la nave cónica aumentó un poquito la velocidad con que avanzaba hacia el planeta. Por lo menos la nave cónica no llegaba a los extremos de reliquia que habría supuesto el que confiara en la reentrada balística, utilizando la fricción con la atmósfera para ir reduciendo su velocidad. No, la nave seloniana llevaría a cabo una hermosa y civilizada reentrada con los motores en marcha..., o por lo menos eso esperaba Han. Casi todas las naves espaciales eran diseñadas para sobrevivir a un mínimo de una reentrada balística, pero aquel cacharro era una excepción a la regla.

El planeta siguió aproximándose. Dentro de unos minutos Salculd tendría que dar la vuelta a la nave y dirigir sus motores hacia adelante para irla frenando. Ésa era la parte de la maniobra que más preocupaba a Han. Nunca serían más vulnerables que cuando estuvieran decelerando. La fragilidad de la nave cónica no era la única fuente de peligro, naturalmente, ya que en Selonia había alguien capaz de enviar toda una flota de cazas de ataque ligeros para que dieran la bienvenida a las naves bakuranas.

Los bakuranos habían causado serias pérdidas a la flota de cazas ligeros, pero Han tenía que suponer que quien estuviera al mando de esas fuerzas habría tenido el suficiente sentido común para guardarse algunas reservas. Y dado que Dracmus le había asegurado que los hunchuzucs no disponían de naves de ese tipo, parecía lógico suponer que quienquiera que pudiese disponer de cazas de ataque ligeros tal vez no viera con buenos ojos la llegada de la nave cónica. La situación podía complicarse considerablemente. Han había trazado sus planes basándose en la idea de que habría problemas, y había hecho cuanto estaba en sus manos para enfrentarse a ellos.

El *Fuego de Jade* podía proporcionarles una cierta cantidad de fuego de cobertura si llegaba a ser necesario, pero la otra nave supondría una protección no excesivamente fiable..., y eso en el mejor de los casos. La nave cónica estaba totalmente desarmada, y no tenía escudos. Ni siquiera disponía de la energía de reserva necesaria para instalar algún armamento, e incluso de haberla tenido se hubiesen encontrado en la misma situación, ya que no había ninguna forma mínimamente práctica de desmontar alguna de las armas del *Fuego de Jade* o de instalarlas en la nave cónica. Han lo había comprobado. Dejando aparte el plantarse en la escotilla y usar su desintegrador para disparar contra quien intentara atacarles, no había mucho que pudiera hacer al respecto.

Pero Han estaba acostumbrado a trabajar con nada. Incluso una nave tan decrepita como aquella podía emplear unos cuantos trucos si llegaba a ser necesario. Había descubierto una forma de improvisar una defensa que podía proporcionarles cierta protección si las cosas se ponían feas.

Naturalmente, a veces cuando trabajabas con nada lo que acababas obteniendo era exactamente nada. Y a veces si te peleabas con gente que disponía de un equipo mejor que el tuyo, esas otras personas ganaban. No eran unos pensamientos muy reconfortantes o agradables cuando estabas a bordo de un blanco para prácticas de tiro espacial que se dirigía hacia una zona de guerra.

Y los pensamientos que pasaron por la cabeza de Han unos minutos después cuando Leia le envió aquel aviso de que iban a ser atacados fueron todavía más oscuros.

## 2

# Descenso

Leia Organa Solo, jefe de Estado de la Nueva República, estaba sentada en el puesto del navegante a bordo del *Fuego de Jade* y contemplaba cómo la nave cónica iba avanzando hacia el planeta Selonía. Permitir que Han siguiera a bordo de aquel montón de chatarra había sido una estupidez por su parte, desde luego, pero Leia también sabía que cualquier posibilidad de sacar a su esposo de esa nave que pudiera existir anteriormente se había desvanecido en cuanto Han hubo decidido que tenía una deuda con las selonianas que viajaban en ella.

Pero ¿en qué se estaba metiendo exactamente Han? La situación la obligaba a pensar no como una esposa, sino como una profesional de la política. No podía ver ninguna forma de evitarlo, pero tampoco cabía duda de que aquellas selonianas estaban involucrando a Han en sus asuntos..., y de que ella también se estaba viendo involucrada en ellos. A la Nueva República le resultaría muy fácil —demasiado fácil, de hecho— acabar formando parte de alguno de los bandos de un enfrentamiento en el que no se le había perdido nada. Sentir la tentación de llegar a un acuerdo con los hunchuzucs, negociar con ellos y acabar haciendo algún trato que contuviera demasiadas facetas ocultas resultaría todavía más sencillo.

—No le pasará nada, Leia —dijo Mará—. Vamos a acompañarles durante todo el trayecto de bajada. El *Fuego* puede ofrecerles más protección de lo que piensas.

— ¿Hmmm? ¿Qué? Oh, sí —dijo Leia.

No había ninguna razón para ello, pero se sintió un poco incómoda e irritada. Ser consolada nada menos que por Mará Jade — ¡por ella, de entre todas las personas que había en el universo! — resultaba un tanto mortificante. Leia no hubiese podido explicar por qué, pero el dejar que Mará supusiera que se estaba preocupando por la seguridad de su esposo cuando en realidad estaba pensando en el aspecto político de la situación, hacía que se sintiera todavía peor. ¿Realmente se había vuelto tan implacable y fría como para que los cálculos de las ventajas políticas pudieran hacerle olvidar que debía preocuparse por su esposo? ¿Había llegado a volverse tan calculadora que incluso Mará Jade era capaz de preocuparse más por Han que ella?

Pero Leia se dijo a sí misma, y con bastante firmeza, que todo eso eran tonterías. No tenía otra elección, y debía pensar en más de un nivel a la vez. ¿De qué le serviría a Han el que se dejara obsesionar por la preocupación y por sus sentimientos hasta el extremo de que no consiguiera prever los peligros que les aguardaban?

—No le pasará nada —repitió, intentando tanto convencerse a sí misma como convencer a su compañera—. Si hay alguien que pueda llevar esa bañera hasta la superficie, es él.

—Cierto. Si alguien puede hacerlo, es él.

El que Mará estuviese de acuerdo con ella no la tranquilizó demasiado. Mará estaba en su puesto habitual, en el asiento del piloto, guiando el *Fuego de Jade* en su descenso hacia la superficie. Un instante después Leia vio cómo fruncía el ceño e introducía un pequeño ajuste en los controles de impulsión, volviendo a reducir la velocidad.

— ¿Problemas? —preguntó.

Mará meneó la cabeza sin apartar los ojos del visor.

—Nada que deba preocuparnos, pero no me gusta estar detrás de la nave cónica —dijo—. Esa piloto seloniana necesita un par de lecciones de vuelo... Si vuelve a pisar los frenos como acaba de hacerlo ahora, va a acabar consiguiendo que nuestro morro se incruste en su popa.

— ¿No podemos retroceder un poco?

—No si queremos que sigan en contacto visual con nosotros. Esa holocámara de popa apenas tiene resolución. De hecho, quizá ya estemos demasiado atrás para que puedan vernos... ¡Por todas las llamas estelares, pero si no tiene ni idea de cómo se pilota una nave! —Mará movió violentamente su palanca de control, subiéndola y llevándola hacia la derecha—. Ha ejecutado la maniobra de giro demasiado pronto..., y sin desconectar sus motores. Ha faltado muy poco para que perdiera el control.

Leia clavó la mirada en el visor y contempló cómo la pesada y torpe masa de la nave cónica iniciaba su giro, rotando sobre sí misma para dirigir sus motores sublumínicos hacia el planeta y frenar su descenso. Resultaba dolorosamente obvio que la piloto estaba teniendo muchos problemas. La nave pasaba bruscamente de una fase a la siguiente, deteniéndose en etapas intermedias de la maniobra en vez de pasar fluidamente de una posición morro-hacia-el-planeta a una de popa-hacia-el-planeta. Que la piloto estuviera llevando a cabo la maniobra con los motores conectados sólo servía para volverla todavía más difícil. Leia era una piloto bastante buena, y aun así no le habría gustado nada tener que llevar a cabo la maniobra de esa manera.

Mará se vio obligada a ejecutar dos maniobras evasivas más para impedir que el *Fuego* chocara con la otra nave, y acabó retrocediendo hasta que hubo cinco kilómetros de distancia entre el *Fuego* y la nave cónica.

—De todas maneras van a estar con el morro vuelto hacia nosotros —dijo—. Podrán vernos razonablemente bien.

—Con un poco de suerte —dijo Leia, no demasiado convencida.

El *Fuego* tenía unos detectores de primera categoría y hubiese podido detectar a la nave cónica incluso estando a medio sistema corelliano de distancia, pero la nave seloniana sólo contaba con el contacto visual. Leia alzó la mirada hacia el visor del *Fuego* y consiguió localizar el minúsculo puntito que era la nave cónica, aunque con gran dificultad. La masa resplandeciente del lado diurno del planeta se alzaba detrás de la nave, volviéndola prácticamente invisible. ¿Hasta qué punto resultaría difícil de localizar el *Fuego*, que era una manchita roja sobre la negrura del espacio?

Mará ya ni siquiera estaba usando la pantalla principal, sino que mantenía la mirada clavada en las lecturas de sus detectores. Estaba claro que había decidido dejar de confiar en la detección visual. Oh, bueno. Mientras una nave pudiera ver a la otra, todo debería ir más o menos bien...

— ¡Hay problemas! —anunció Mará—. ¡Conecta los sistemas de armamento y los escudos, Leia, y deprisa!

Leia llevó a cabo las rutinas de activación energética lo más rápidamente posible, y después ejecutó una rápida inspección de los cañones turboláser y los escudos de la nave.

—Todos los escudos y sistemas de armamento activados y en condiciones de operar —anunció cuando hubo terminado—. ¿Qué ha ocurrido?

—Conecta los sistemas trazadores defensivos y dame sus lecturas —dijo Mará—. Lo único que pueden decirme los sistemas de navegación es que un montón de naves acaban de surgir de la nada.

—Son cazas de ataque ligeros —anunció Leia en cuanto los trazadores defensivos empezaron a proporcionarle sus datos—. Dos escuadrillas, con doce aparatos en total, aproximándose desde la derecha por encima de nuestra popa. Deben de haber salido de una órbita polar muy elevada.

Mará meneó la cabeza mientras seguía con los ojos clavados en la pantalla de navegación.

—Bueno, podemos ocuparnos de ellos, pero no va a ser fácil... No teniendo que cubrir a la nave cónica.

—Estamos demasiado lejos para poder extender nuestros escudos hasta que envuelvan a la nave.

—Y vamos a seguir donde estamos —dijo secamente Mará—. No pienso acercarme a esa piloto ni un centímetro más de lo estrictamente necesario..., y especialmente en una situación de combate. Ya casi ha conseguido embestirnos un par de veces. Acerquémonos lo suficiente para proporcionarles cobertura con nuestros escudos, y moriremos todos. Tendremos que conformarnos con proporcionarles fuego de cobertura, porque es lo máximo que voy a poder hacer. ¿Cuánto falta para que los CAL lleguen aquí?

—Treinta segundos más y ya podrán empezar a disparar contra nosotros.

—Prepárate para maniobras de combate.

— ¡No! ¡Espera! Tenemos que enviar un mensaje de parpadeos a Han. ¡Tenemos que advertirles!

—Dispones de veinticinco segundos —dijo Mará.

Su voz se había vuelto tan cortante como un cuchillo, y Leia comprendió que no conseguiría nada discutiendo y que ni siquiera tenía sentido que lo intentara.

Alargó la mano hacia los controles de las luces de descenso y las colocó en la modalidad del código de parpadeos. Después se obligó a invertir cinco segundos en componer el mensaje, y lo envió tres veces en rápida sucesión.

—Hecho —dijo.

—Muy bien —dijo Mará—. Agárrate.

Han estaba tan ocupado intentando no salir despedido de su asiento que al principio casi no se fijó en los destellos luminosos visibles por la mirilla superior.

— ¡Con cuidado, Salculd, y más despacio! ¡No hagas maniobras tan bruscas! —gritó mientras intentaba concentrarse en el código de parpadeos..., algo que resultaba bastante difícil cuando la nave a bordo de la que viajaba saltaba y se bamboleaba como un bantha acorralado.

El gran problema era que descifrar los códigos sólo se le daba un poquito mejor que enviarlos, y Han habría podido tener dificultades incluso en unas circunstancias ideales. Siguió esforzándose para que no se le escapara alguna parte importante del mensaje. Por lo menos Leia estaba utilizando la señal especial de fin de palabra entre una palabra y la siguiente, ya que de lo contrario Han nunca habría logrado entender nada.

—B-A-N-D-I no sé qué más y fin de palabra —murmuró para sí mismo—. ¿Bandi? ¡Bandidos! ¡Oh, estupendo! —Intentó concentrarse en la palabra siguiente—. Algo que no he entendido, D-E-S-D-E y fin de palabra... Fuegos solares, Leia, ¿por qué tienes que transmitir tan deprisa? Algo que no he entendido y luego ...E-T-R-A-S, fin de palabra y F-U-E-G-O DE J-A...

Han se perdió el final del mensaje cuando la nave cónica volvió a bambolearse, pero había entendido lo suficiente para hacerse una idea general de la situación. Bandidos, cazas enemigos, venían hacia allí y se aproximaban por detrás del *Fuego de Jade*..., y ya fuese por simple mala suerte o por haber sabido escoger muy bien el momento, se aproximaban justo cuando la nave cónica era más vulnerable.

Han volvió la mirada hacia las selonianas. No hacía falta ser un experto en la interpretación de las expresiones selonianas para saber que las dos estaban terriblemente asustadas, con Salculd sólo un poquito menos asustada que Dracmus. Han se recordó a sí mismo que la piloto no

hablaba básico, y resultaba obvio que carecía de sentido hablarle de los bandidos mientras no tuviera la nave bajo control. Han estaba seguro de que Salculd ni siquiera había visto el mensaje enviado mediante el código de parpadeos. Excelente. Que hiciera su trabajo.

La nave cónica fue girando lentamente hasta adoptar la posición de frenado, con su gruesa popa dirigida casi verticalmente hacia el planeta, pero con una ligera inclinación hacia la dirección general en que estaba viajando la nave para que el frenado también pudiera eliminar la inercia hacia adelante que habían ido acumulando poco a poco.

Han echó un vistazo a sus instrumentos, haciendo cuanto podía para extraer algún dato que tuviera sentido de los símbolos selonianos. Por algún milagro inexplicable, Salculd parecía haber conseguido colocar la nave más o menos en la posición correcta y en la dirección adecuada.

—Excelente, excelente —dijo Han en el tono más tranquilo y firme de que fue capaz.

Probablemente todavía dispusieran de unos cuantos segundos antes de que los bandidos cayeran sobre ellos, pero poner nerviosa a Salculd dándole prisas resultaría peor que inútil teniendo en cuenta cómo estaba la situación. Si se asustaba un poco más de lo que ya lo estaba, la seloniana podía quedar totalmente paralizada por el pánico.

—Bien, Salculd, y ahora hay otro pequeño asunto del que debemos ocuparnos. Ha llegado el momento de..., eh..., de probar nuestro plan de defensa. ¿Tendrías la bondad de hacer girar la nave a una velocidad de tres rotaciones por minuto?

— ¿Probar? —balbuceó Dracmus—. Pero si dijiste que ese truco sólo podía utilizarse una vez.

Han había estado esperando que nadie sacara a relucir aquel tema. Por lo menos Dracmus había hablado en básico, así que seguía habiendo una probabilidad entre un millón de que Salculd no se hubiera enterado de lo que estaba ocurriendo.

—Silencio —dijo en básico antes de volver a emplear el seloniano—. Te ruego que lleves a cabo esas rotaciones, respetada Salculd. Debemos asegurarnos de que todo va bien por si se da el caso de que lleguen a ser necesarias.

Estaba claro que Salculd no le creía..., pero al parecer estaba dispuesta a fingir que sí le creía, por lo menos durante algún tiempo.

—Sí, sí —dijo—, por supuesto. Iniciando la rotación axial.

La nave empezó a girar alrededor de su eje cónico, y las estrellas empezaron a moverse velozmente a través del cielo. Han contempló el paisaje estelar que se desplegaba por encima de su cabeza e intentó estudiarlo. Apenas podía ver el puntito que era el *Fuego* y estaba prácticamente seguro de que los bandidos eran más pequeños, y aparte de todo eso se estaban aproximando por detrás. No había forma de localizarlos, especialmente con la nave girando como una peonza. Han se rindió, sabiendo que no le serviría de nada preocuparse por cosas que no podía cambiar.

—Desconecta los amortiguadores internos —dijo, intentando hablar en un tono de voz lo más tranquilo y despreocupado posible.

Los amortiguadores internos filtraban la aceleración y el movimiento de la nave, haciendo que quienes viajaban a bordo sólo percibieran una pequeña fracción de esos vectores. Sin los amortiguadores, los ocupantes de una nave que acelerase hasta la velocidad lumínica podían acabar aplastados y convertidos en gelatina. A nadie le gustaba desconectarlos..., pero a veces tenías que hacer cosas que no te gustaban.

—Pero si no podemos volver a poner en marcha los amortiguadores internos...

— ¡Ya nos preocuparemos por eso más tarde! —replicó secamente Han. Sabía mucho mejor que Salculd lo que podía significar el que no consiguieran volver a poner en marcha los



amortiguadores internos, pero antes tendrían que vivir el tiempo suficiente para que el problema pudiera llegar a plantearse—. Si queremos que el plan funcione tenemos que utilizar el efecto centrífugo, y los amortiguadores internos lo disipan. ¡Desconecta los amortiguadores!

Salculd hizo una nerviosa inhalación de aire y alargó la mano hacia el sistema de amortiguación inercial para desconectarlo. Han sintió cómo su peso se doblaba de repente y se triplicaba después cuando los amortiguadores dejaron de compensar la deceleración de la nave. Un instante después experimentó las sensaciones de mareo y desorientación que acompañaban a las rotaciones de la nave.

—Quiero una confirmación de que todas las puertas herméticas interiores están selladas —pidió Han.

—Todas las puertas herméticas interiores selladas. Tenemos presión en las escotillas —dijo Salculd—. Respetado Solo, ¿realmente debemos...?

— ¡Silencio! Debemos hacerlo. ¡Prepárate para la próxima fase! ¡Mantén el curso y el nivel de energía actual, y sigue así a menos que yo ordene lo contrario!

Han intentó concentrarse en el panorama estelar que giraba sobre su cabeza. Si quería que el truco funcionara, tenía que escoger el momento con la máxima exactitud posible. Pero ¿cómo podía hacer ninguna clase de cálculo si no podía ver? Quizá tendría un poco de suerte y el *Fuego de Jade* les diría que tenían campo libre.

Y quizá se despertaría de repente para descubrir que todo el pesadillesco viaje a Corellia sólo había sido un mal sueño. Ah, si el desearlo pudiera hacer que ocurriese... Han había hecho cuanto estaba en sus manos. A partir de ahí lo único que podían hacer era aguantar y ver qué curso iban siguiendo los acontecimientos.

—Escudos posteriores, ventrales y dorsales a máxima potencia, y escudos delanteros a un cuarto de potencia —ordenó Mará—. Las alteraciones posteriores en el nivel de energía de los escudos se irán ejecutando según sea necesario para la seguridad de la nave.

Leia ajustó los escudos.

—Escudos configurados según las órdenes —anunció en cuanto hubo terminado.

—Bien —dijo Mará—. Y en cuanto a los cañones turboláser, déjalos en la modalidad de espera. Vamos a mantener este curso y esta velocidad, y nos comportaremos como si esos cazas no estuvieran ahí. No pueden saber qué son capaces de hacer nuestros detectores... Nunca han visto esta clase de nave antes, pero conozco bastante bien el diseño de los CAL. Disponen del equipo necesario para detectar el encendido de los cañones turboláser, pero no pueden percibir la activación de los escudos. Si mantenemos apagados los cañones y seguimos el curso, quizá acaben decidiendo que no los hemos visto.

— ¿Y de qué nos sirve eso? —preguntó Leia.

—Puede que pasen de largo junto a nosotras y se dirijan hacia la nave cónica. Creo que quienquiera que vaya a bordo de esos CAL anda detrás de las hunchuzucs, y no de nosotras.

—Pero Han está...

—Es menos arriesgado de esta manera —dijo Mará mientras contemplaba sus lecturas—. Podemos enfrentarnos a siete u ocho de ellos a la vez sin demasiados problemas, pero no a doce. Al menos, no en un enfrentamiento directo... Pero si los CAL no nos atacan, entonces tendremos una magnífica línea de tiro directo sobre las planchas de sus popas mientras ellos están concentrados en la nave cónica. Podemos destruir a tres o cuatro antes de que el resto pueda dirigir sus cañones contra nosotras. Ajusta el sistema de trazado para que reaccione a un ataque.

Si deciden luchar, entonces les devolveremos el fuego. Si pasan de largo, empieza a disparar cuando haya tres kilómetros de distancia entre ellos y nuestra proa. ¿Lo has entendido?

—Sí, pero...

—Nada de peros —dijo Mará—. Esta nave luchará a mi manera, o no luchará.

Leia volvió a ceder. Mará tenía mucha más experiencia en aquel tipo de combates que ella.

—Muy bien —dijo.

—Preparada. Aquí vienen.

Leia clavó la mirada en las pantallas que mostraban las lecturas de los detectores de popa mientras los CAL aparecían directamente por detrás de la popa del *Fuego de Jade*, intentando esconderse en la sombra de detección producida por los motores sublumínicos. Estaban intentando pasar sin ser vistos, desde luego. Viniendo de esa dirección, ni siquiera aparecerían en los detectores de la inmensa mayoría de naves.

Los CAL pasaron a toda velocidad, con sus imágenes en la pantalla de los detectores volviéndose sólo un poco borrosas y dispersas debido a las interferencias de los motores sublumínicos. Leia se puso rígida mientras los CAL atravesaban la zona de fuego óptima, y después notó cómo sus músculos se relajaban un poco cuando siguieron adelante y dejaron atrás al *Fuego*. Pero no se relajaron demasiado..., no cuando aquel par de escuadrillas estaban deslizándose junto a ella para atacar la nave de su esposo.

Los CAL pasaron a toda velocidad junto al *Fuego de Jade* y se lanzaron sobre la nave cónica.

— ¡La nave cónica! —gritó Leia—. Está empezando a girar. Deben de haber recibido nuestra advertencia.

—Esperemos que la idea de Han funcione mejor de lo que suelen funcionar ese tipo de ideas —dijo Mará.

No era un comentario demasiado diplomático dadas las circunstancias, a pesar de que Leia había estado pensando exactamente lo mismo. Pero no había tiempo.

—Aproximándose a los tres kilómetros de distancia —dijo.

—Empieza a disparar —ordenó Mará.

— ¡No a menos que ellos disparen antes! —replicó Leia—. Quizá sólo han venido para darnos un susto, o puede que sean una escolta. Con todas las comunicaciones interferidas no hay forma de saberlo, ¿verdad?

—Muy bien —dijo Mará, con las dudas que sentía claramente audibles en su voz—. Puedes hacer...

Pero el primer destello de una andanada turboláser lanzada por el CAL que encabezaba la formación puso punto final a la discusión. Leia desconectó los seguros de los circuitos de disparo automático del *Fuego* y empezó a seleccionar blancos, eligiendo el CAL que acababa de abrir fuego como primer objetivo.

— ¡Ahí vienen! —gritó Han en básico.

Se había olvidado de hablar en seloniano, pero aun así Salculd captó el mensaje sin ninguna dificultad. Alzó la mirada hacia el visor y los diminutos puntos luminosos que acababan de aparecer en el cielo, y entendió con toda exactitud lo que estaba ocurriendo. Salculd dejó escapar un graznido francamente aterrorizado. Toda la nave cónica se bamboleó hacia un lado, y faltó muy poco para que la rotación se convirtiera en un desastroso giro totalmente incontrolado.

— ¡Tranquilízate! —gritó Han—. No pierdas la calma. Desconecta todos los motores y reduce la impulsión a cero. Prepárate para abrir las compuertas exteriores cuando yo dé la orden.

—Des... Desconectando todos los motores —dijo Salculd—. Preparada para abrir las compuertas exteriores.

—Espera a que yo dé la orden —dijo Han, observando la veloz aproximación de los CAL.

El peso se desvaneció cuando Salculd cortó el flujo de energía a los motores. Con los amortiguadores inerciales desconectados y los motores parados, Han se encontró en una situación de gravedad cero por primera vez desde hacía mucho tiempo. Han conocía a personas que habían pasado la mitad de su vida en el espacio sin llegar a experimentar la gravedad cero..., y con todos los saltos mortales que su estómago había decidido ejecutar de repente, no le costó nada comprender por qué.

Pero no había tiempo para pensar en eso, no con un cielo lleno de Cazas de Ataque Ligeros aproximándose.

—Prepárate —le dijo a Salculd.

El CAL que encabezaba la formación abrió fuego y el disparo se deslizó sobre las planchas de estribor, chocando con el casco como un puño gigante.

— ¡Todo va bien! —gritó Han, sin tener la más mínima idea de si era verdad o de si estaban a punto de estallar—. Tranquilas, todo va bien. Preparada para abrir las compuertas exteriores, Salculd. Espera a que yo dé la orden. Preparada...

Los cuatro cañones de la batería turboláser delantera del *Fuego de Jade* escupieron chorros de llamas que se movieron por el cielo siguiendo la veloz trayectoria del CAL que encabezaba la formación. El CAL interrumpió bruscamente su curso de ataque e intentó iniciar una maniobra evasiva y escapar. Durante un momento consiguió escapar de la pauta de seguimiento, pero el *Fuego de Jade* enseguida volvió a centrarlo en sus miras y lanzó un nuevo torrente de chorros de fuego. Los escudos del CAL se encendieron en una explosión de luz y ardieron durante un instante antes de acabar derrumbándose. El caza estalló, una flor de fuego que se desplegó en el vacío para desaparecer enseguida.

Leia introdujo dos nuevos objetivos en el sistema de represalia automática y después empezó a concentrarse en los cañones manuales, leyendo los datos de las pantallas detectoras por su cuenta. Pero el resto de los CAL no iban a ser presas tan fáciles. Los pilotos habían dado máxima potencia a sus escudos posteriores y supieron llevar a cabo unas maniobras evasivas bastante más competentes, haciendo un trabajo lo suficientemente bueno para que los sistemas de fuego automático fracasaran estrepitosamente.

Pero no lo bastante bueno para engañar a Leia, que ajustó los controles manuales y empezó a buscar nuevos blancos. Concentró su fuego sobre los objetivos más difíciles, los CAL que se encontraban más cerca de la nave cónica. Consiguió centrar las miras en uno y disparó, manteniendo el armamento sobre el blanco durante el tiempo suficiente para que los haces de energía se abrieran paso a través de los escudos e hicieran estallar al caza, convirtiéndolo en una nube de diminutos fragmentos metálicos.

Y entonces la nave cónica desconectó todos sus motores, dejándose caer hacia la superficie del planeta. La maniobra desconcertó a los pilotos de los CAL y cumplió su objetivo, aunque sólo fuera durante unos momentos.

Leia meneó la cabeza y suspiró. Como maniobra evasiva no era gran cosa, aunque probablemente fuese lo máximo que podía llegar a hacer Han con aquel montón de chatarra tan lento y pesado. Pero de repente las pantallas de sus detectores le mostraron cómo una nube de restos surgía de la nave cónica y se iba extendiendo en todas direcciones.

Una punzada de miedo le atravesó el corazón. Aquel impacto sobre el casco de la nave cónica no podía haber causado tantos daños, ¿verdad? Leia se preguntó si la nave se estaría desintegrando delante de sus ojos, con Han a bordo de ella. No sentía ningún deseo de presenciar la muerte de su esposo..., pero entonces le ocurrió algo a un CAL, y luego a otro y a otro más. Los cazas estaban acelerando para lanzarse sobre la nave cónica cuando empezaron a bambolearse y oscilar, saliéndose de sus rumbos. Dos cazas parecieron quedarse sin potencia motriz de repente, y el tercero fue sacudido por una pequeña explosión en el centro del fuselaje. Leia consiguió centrar las miras en uno de los supervivientes y disparó, obteniendo un impacto antes de que el caza tuviera tiempo de levantar sus escudos. Leia intentó encontrar un nuevo objetivo, pero estaba claro que los CAL habían entendido la indirecta y habían aceptado el hecho de que no eran bienvenidos allí. La formación se disgregó, y los cazas se alejaron velozmente en todas direcciones.

Pero ¿cómo demonios...? Y entonces Leia entendió de repente lo que había ocurrido. Por supuesto. Por supuesto.

— ¡Mará! ¡Su truco ha funcionado! ¡Sal de detrás de su popa, y deprisa! Fija un nuevo curso a cinco o seis kilómetros a un lado de su nave, e intenta alcanzarles si puedes. Estar detrás de Han va a resultar bastante peligroso durante un rato.

Leia sonrió y sintió cómo una oleada de alivio se iba extendiendo por todo su ser. Tendría que haber sabido que Han no se rendiría sin luchar.

Han estaba inmóvil, con toda su atención concentrada en oír cómo los últimos restos salían por las esclusas, chocando unos con otros y rebotando de un lado a otro en un sinfín de golpes, impactos y reverberaciones que se transmitían a toda la nave. Dentro de las escotillas no había aire para transmitir los ruidos, naturalmente, pero sí lo había al otro lado de los mamparos interiores..., y cada fragmento de equipo o pieza suelta que había estado bailoteando al otro lado de las compuertas anunció estrepitosamente ese hecho antes de salir despedido al espacio.

Han había dedicado la mitad de un día a recorrer la nave y acumular la máxima cantidad posible de equipo sobrante o restos de sistemas averiados. Cubos llenos de remaches, piezas inservibles, basura de la cocina, fragmentos de maquinaria imposibles de identificar que llevaban sólo el espacio sabía cuánto tiempo tirados en la bodega... Han había ido metiendo todo aquello en las recámaras de las compuertas.

Y todo había salido despedido al espacio en un confuso montón cuando las compuertas fueron abiertas, siendo irresistiblemente propulsado hacia el vacío por la fuerza centrífuga. El resultado fue una nube de chatarra espacial que había ido desplegándose lentamente justo en la trayectoria de los CAL atacantes. Los CAL habían configurado sus escudos para obtener la máxima potencia en popa porque, muy lógica e inteligentemente, querían protegerse de los disparos láser que pudiera lanzar el *Fuego de Jade*..., con lo que habían dejado los escudos al mínimo de potencia en toda la zona delantera.

Pero abrirse paso a través de una nube de objetos varios y trozos de metal y plástico a una velocidad de mil kilómetros por hora distaba mucho de ser una buena idea.

Con todo, embestir un planeta con una nave era una idea todavía peor.

— ¡Bien! —exclamó Han—. ¡Se han ido! Pero todavía no hemos salido de este lío. Conecta los amortiguadores inerciales y detén la rotación de la nave.

—Inmediatamente, respetado Solo —replicó Salculd.

El campo inercial volvió a activarse con una extraña vibración temblorosa, y el peso regresó de repente.

Los vacilantes giros de la nave se fueron volviendo cada vez más y más lentos hasta que acabaron cesando..., y después se reanudaron en dirección opuesta a la que habían estado siguiendo hasta aquel momento, y empezaron a volverse más rápidos.

— ¡No es momento para juegos, Salculd! —gritó Han.

—No estoy jugando, respetado Solo. Hay un fallo en el sistema de control de movimiento lateral. ¡No consigo desconectarlo!

—Oh, por todos los...

Han se levantó y fue corriendo hasta el circuito de fusibles principales. Levantó la tapa de un salvaje tirón y accionó el interruptor del control lateral de manera manual. Eso desconectó los impulsores que estaban produciendo el giro..., pero también dejó desactivados a los que enviaban sus chorros en dirección opuesta y podían detener la rotación. Han cerró el panel de acceso de un manotazo y volvió a su asiento.

—Espero que a todo el mundo le guste dar vueltas —anunció en seloniano—, porque es lo que vamos a hacer durante un buen rato. ¡Salculd! Conecta los motores sublumínicos principales..., ¡y ve subiendo la entrada de energía muy despacio y sin brusquedades, por favor!

—De inmediato, respetado Solo —replicó Salculd.

La piloto alargó las manos hacia los controles del nivel de energía y empezó a hacer ajustes en ellos.

Y no pareció ocurrir nada.

—No tan despacio, Salculd. ¡Tenemos que frenar!

Salculd miró a Han, y el brillo de terror que había parecido estar desvaneciéndose volvió a aparecer en su mirada con más intensidad que nunca.

— ¡No hay activación! —anunció—. ¡El iniciador motriz no responde!

— ¡Horror! —gritó Dracmus—. ¡Nuestra incineración es segura!

—O cierras la boca o te tiro por una escotilla, Dracmus. ¡Vuelve a intentarlo, Salculd! —ordenó Han—. En primer lugar, confirma que tienes energía en todos los sistemas motrices.

—El tablero indica que todos los sistemas de energía están funcionando a la perfección —respondió Salculd—. El tablero dice que funcionan, pero no están funcionando.

—Y eso no nos sirve de nada —dijo Han, levantándose de un salto—. Bueno, vamos allá otra vez. ¡Sigue intentándolo, y pega la oreja al comunicador!

Han fue corriendo hasta la escalerilla que llevaba a las cubiertas inferiores, bajó por ella moviéndose lo más deprisa posible y olió humo en cuanto llegó a la cubierta de abajo. Tenían un problema, y era bastante serio. El disparo de aquel CAL debía de haber causado alguna avería en el acoplamiento de energía general. Han fue trotando por el corredor que recorría la circunferencia de la nave hasta llegar a la escotilla de acceso correspondiente. Estaba cerrada, y Han dio gracias al cielo por ello. La mala noticia era que el humo surgía de debajo del metal pintado de la escotilla. Han echó un vistazo a las lecturas. Los indicadores mostraban que dentro seguía habiendo presión..., suponiendo que se pudiera creer en los números. La aguja de la temperatura estaba pegada al final de la escala. Han manipuló los controles de la escotilla para accionar las válvulas de drenaje del compartimento. Tendrían que haber entrado en acción automáticamente cuando se inició el incendio, pero estaba claro que no lo habían hecho.

Pero aunque los sistemas automáticos no funcionaban, por lo menos los controles manuales todavía podían ser utilizados. Hubo un peculiar golpe ahogado al otro lado de la compuerta, y después un rugido sibilante que se fue debilitando rápidamente hasta disiparse cuando el aire del

compartimento salió despedido al espacio. La nave se inclinó levemente hacia un lado antes de que los amortiguadores inerciales corrigiesen aquel repentino impulso lateral.

Han volvió a cerrar las válvulas de drenaje. La escotilla contaba con una válvula independiente que permitía igualar la presión entre los dos lados del panel metálico sin necesidad de abrirla. Han se quemó los dedos quitando los seguros. Una repentina corriente de aire acompañada por un rugido atronador invadió el pasillo con un impacto tan potente que faltó poco para que derribase a Han.

Han miró a su alrededor y, milagrosamente, vio un extintor al alcance de su mano justo donde se suponía que debía estar. Se quitó la camisa y se envolvió la mano izquierda con ella, y después cogió el extintor con la derecha. Agarró el control manual de la escotilla con la mano izquierda, y la camisa enseguida empezó a echar humo. Han tiró de la palanca y abrió la escotilla de un tirón.

Una bofetada de calor le golpeó la cara, y Han tensó los dedos sobre el extintor. Si la reanudación del suministro de oxígeno hacía que algo empezara a arder, quería estar preparado para enfrentarse al nuevo incendio. Pero si podía evitarlo, tampoco quería tratar de llevar a cabo reparaciones de emergencia sobre un equipo recubierto de espuma antiincendios.

Aunque la espuma no habría empeorado mucho la situación, desde luego. Han permaneció inmóvil en el umbral, recorrió el compartimento con la mirada y sintió que se le formaba un nudo en la garganta. El iniciador ya no estaba allí, y resultaba obvio que no había ninguna necesidad de emplear el extintor. Cualquier cosa que pudiera arder ya lo había hecho. Han bajó la mirada hacia las planchas ennegrecidas. El compartimento se encontraba justo debajo del casco exterior. Al parecer el haz turboláser del CAL no había logrado atravesar el casco, pero estaba claro que le había faltado muy poco para conseguirlo. Todo el compartimento seguía bastante caliente, pero ya se estaba enfriando rápidamente. El metal crujía y tintineaba a medida que iba desprendiéndose de su calor para cedérselo al espacio.

Pero Han no había ido hasta allí para ver qué ocurría después de que un incendio hubiera consumido el interior de un compartimento lleno de equipo. «Piensa —se dijo—. Piensa, y procura hacerlo más deprisa de lo que jamás lo hayas hecho hasta ahora...» La nave cónica tenía un sistema de arranque de motores bastante tosco y no muy práctico que ya les había causado montones de problemas en aquel viaje. Los sistemas más modernos operaban de una forma distinta, pero en aquel cacharro los iniciadores servían como capacitadores gigantes que almacenaban enormes cantidades de energía, liberándola de golpe después para impulsar a los motores sublumínicos por encima del umbral de energía más allá del cual su reacción podía sustentarse a sí misma.

Con los iniciadores desaparecidos, no podían volver a poner en marcha los motores sublumínicos..., y sin esos motores la nave cónica caería como una piedra, una estrella fugaz que se precipitaría hacia el planeta en una veloz trayectoria recta. Tenían que volver a poner en marcha esos motores. Tenían que hacerlo. Pero no había ningún otro sistema a bordo que contuviera una cantidad de energía ni remotamente aproximada a la que necesitaban para que los motores sublumínicos alcanzaran su nivel mínimo de energización. Aun suponiendo que sobrecargaran hasta el último...

Eh, un segundo. Sí, eso era. No había muchas probabilidades de que diera resultado. Pero si no lo intentaba, entonces podía estar totalmente seguro de que no ocurriría nada.

Y tenía que darse mucha prisa. Estaban en caída libre, dirigiéndose hacia un punto del planeta que tendría un nuevo cráter dentro de unos minutos. Han salió del compartimento del iniciador y cerró la escotilla. ¿En qué lugar de aquella bañera podía estar el sistema dispensor de retroalimentación del repulsor? Preguntárselo a Salculd no serviría de nada. La seloniana se hallaba tan cerca de la histeria que probablemente ni siquiera se acordaba de dónde estaba el sillón de pilotaje. Salculd le había enseñado la nave cuando subieron a bordo... ¡Ah, claro! Al

otro lado de la sala de máquinas. Perfecto. Han echó a correr por el corredor circular, volviendo sobre sus pasos, y encontró el panel en la pared. Lo abrió y fue siguiendo las conexiones con la mirada. Bien. Bien. Todas las conexiones eran del modelo estándar, lo cual resultaba realmente prodigioso en aquella nave. Han bajó el interruptor. Cable. Necesitaba un poco de cable de conexión. El almacén. Lo había dejado prácticamente vacío para llenar de chatarra las escotillas, pero tenía que quedar algo. Han fue corriendo por el pasillo y abrió la compuerta del almacén.

Nada. Paredes desnudas, y nada más. El almacén estaba totalmente vacío. Han empezó a maldecirse a sí mismo con una fluidez y una inventiva realmente impresionantes, pero no había tiempo para permitirse esos pequeños desahogos. «Piensa. Piensa... Apoyo vital. La conexión energética principal del sistema.» Bueno, después de todo no había ninguna razón para mantenerlo conectado. Si no conseguía un poco de cable de conexión, todos estarían muertos dentro de cinco minutos.

Apoyo vital. ¿Dónde podía dejar sin energía ese sistema? ¡Claro! Iría a la conexión principal y arrancaría el cable de allí. Han fue corriendo a la sala de conexiones, abrió la escotilla y entró. No todo estaba identificado, y lo que lo estaba tenía las identificaciones en seloniano, naturalmente. Han intentó averiguar qué era qué. ¡Allí! Si estaba descifrando correctamente las etiquetas, aquella conexión era la del sistema principal para circulación de aire destinado a la respiración, y aquella otra era la del subsistema de limpieza del aire y eliminación de sustancias contaminantes para proporcionar una respiración agradable. Un poco largo, quizá, pero lo suficientemente claro. Han encontró los interruptores de los circuitos y los bajó, y pudo oír cómo los ventiladores y dispersores de aire dejaban de funcionar por toda la nave. Arrancó los cables de sus conexiones y fue tirando de ellos, bajándolos a lo largo de las guías. Después sacó los otros extremos de los cables, y luego descubrió una etiqueta en la que estaba escrito entrada de energía procedente DE LOS POTENTES INICIADORES QUE SE ENCUENTRAN EN OTRO COMPARTIMENTO. Han arrancó a toda prisa los cables de los iniciadores destrozados e introdujo los cables del sistema de apoyo vital que había tomado prestados. Después fue sacando los cables hasta el pasillo, rezando para que fuesen lo suficientemente largos, y dio gracias al cielo cuando resultaron serlo. Se aseguró de que los repulsores estaban desconectados, y luego arrancó los cables que iban hasta la unidad dispersora de retroalimentación del repulsor y conectó los cables que había llevado hasta allí.

Han retrocedió un par de pasos y volvió a inspeccionar su trabajo para asegurarse de que todo estaba correctamente.

—De acuerdo —le dijo al vacío—. Debería funcionar. Bueno, eso creo...

Después giró sobre sus talones y fue corriendo hasta la escalerilla que llevaba a la cubierta de mando.

—Algo anda mal —dijo Leia mientras contemplaba las pantallas de sus detectores—. El giro se ha invertido en vez de detenerse, y no han vuelto a conectar los motores principales.

—Puede que ese disparo les haya causado alguna avería seria —dijo Mará.

—¿Podemos repetir la maniobra de ataque y sacarles de la nave? —preguntó Leia.

—No antes de que entren en contacto con la atmósfera —dijo Mará—. No hay tiempo suficiente. Además, esa nube de restos que arrojaron al espacio sigue viajando con ellos. Chocaríamos con ella igual que les ocurrió a los CAL.

—Un rayo tractor, entonces —dijo Leia—. Podríamos utilizar un rayo tractor, y...

—¿Y qué? Esa nave es casi tan grande como la nuestra. El rayo tractor de esta nave no tiene ni una décima parte de la potencia que se necesitaría para inmovilizar a esa nave. Si lo

intentáramos, lo más probable es que acabaran arrastrándonos con ellos en su caída. Lo siento, Leia. No hay nada que podamos hacer.

En lo más profundo de su corazón, Leia sabía que Mará tenía razón. Pero rendirse sin luchar... No, eso estaba totalmente descartado. Tenían que hacer algo.

—Mantente cerca de ellos —dijo por fin—. Acércate cuanto puedas sin llegar a meterte dentro de la nube de restos, y sigue en esa posición.

—Leía, no hay nada que...

—Supón que recuperan el control de la nave durante algún tiempo, o que consiguen reducir la velocidad de su caída lo suficiente para poder abandonar la nave —replicó Leia—. Tenemos que estar lo suficientemente cerca para poder ayudar.

Mará titubeó durante unos momentos.

—Muy bien —dijo por fin—. Pero no podremos mantener esa posición durante mucho tiempo. Estamos a unos cinco minutos de la atmósfera, y cuando entremos en contacto con ella... Bueno, eso será el final de todo.

Leia ya lo sabía. Sin escudos y sin la potencia de frenado de los motores, la nave cónica se convertiría en un meteorito, una tira de fuego que ardería a través del cielo antes de acabar estrellándose contra el planeta.

—Me mantendré cerca de ellos todo el tiempo que pueda —dijo Mará—, pero no será mucho.

—Hazlo —dijo Leia.

Pero incluso mientras apremiaba a Mará a que se acercase todo lo posible, Leia se preguntó por qué quería hacer aquello. ¿De qué le serviría contemplar la incineración de su esposo desde más cerca de lo que lo habría hecho si se hubieran quedado donde estaban?

— ¡Fuera! —le gritó Han a Salculd nada más aparecer por la escotilla de la cubierta de mando—. ¡Venga, fuera de ese sillón de pilotaje! Voy a tomar el mando.

—Pero ¿qué...?

— ¡No hay tiempo! —replicó secamente Han. Cerró la escotilla, por si llegaban a vivir lo suficiente para tener que preocuparse por las pérdidas de aire—. He de tomar el mando. No hay tiempo para explicar lo que voy a hacer. ¡Venga, levántate de una vez!

Salculd empezó a moverse por fin, quitándose las tiras del arnés de seguridad y levantándose del sillón de pilotaje.

Han se lanzó sobre el asiento vacío y echó un vistazo al tablero general. Bien. Bien. Las lecturas de los repulsores indicaban potencia máxima en reserva.

— ¡Conectando los repulsores! —anunció.

Han ajustó los controles para obtener un haz lo más estrecho y de mayor alcance posible.

— ¡Los repulsores no pueden funcionar a tanta distancia, respetado Solo! —gritó Dracmus en básico—. ¡Sólo son efectivos hasta un máximo de dos kilómetros de la superficie!

—Ya lo sé —replicó Han—. Necesitan algo contra lo que trabajar antes de que puedan crear un efecto de repulsión. Pero a estas velocidades, encontrarán una resistencia bastante grande generada por las capas superiores de la atmósfera. Lo sé, lo sé... No será lo bastante grande para frenarnos, pero sí será lo suficientemente grande para iniciar una transferencia de energía masiva a través de la bobina de dispersión del retroalimentador.

—Sí, pero... ¿De qué servirá eso?



—He sacado el dispersador de la bobina, y luego he pasado los cables a través de la toma de energía del iniciador y los he conectado al sistema motriz. La energía de retroalimentación se está acumulando en el sistema repulsor. Cuando el nivel de energía sea lo suficientemente elevado, haré saltar el interruptor de la energía de retroalimentación y después enviaré la energía a la toma del iniciador de los sistemas motrices.

—¿Qué?!

—Voy a darle una buena sacudida para poner en marcha los motores —dijo Han—. Es lo que voy a hacer, ¿entiendes?

Hubo un momento de silencio absoluto en la cabina de control antes de que Dracmus dejara escapar un gemido ahogado y se tapara la cara con las manos.

—¿Qué está pasando? —preguntó Salculd en seloniano.

—Voy a poner en marcha los motores acumulando energía de retroalimentación de los repulsores y enviándola a través del iniciador —respondió Han.

—¡Pero la acumulación de energía de retroalimentación destruirá los repulsores!

—Y estrellarnos contra Selonia los dejaría todavía más destruidos —dijo Han, intentando recordar el poco seloniano que sabía—. Si esto no funciona y tienes una idea, entonces pruebas con tu idea. Y ahora, agarraos.

Han sabía que era una locura, pero no hacer nada y quedarse cruzado de manos era una locura todavía más grande. Una probabilidad entre un millón siempre era mejor que ninguna probabilidad.

Clavó la mirada en el indicador de carga del acumulador de retroalimentación y fue viendo cómo el exceso de energía iba creciendo en el sistema de repulsión. Cuanta más energía hubiera, mayores serían sus probabilidades de volver a poner en marcha los motores..., a menos que acumulara tanta energía que los repulsores se limitaran a estallar. Cuanto más cerca estuvieran de la superficie del planeta, más resistencia irían encontrando los repulsores y más se aceleraría el ritmo de acumulación. Pero, naturalmente, cuanto más cayeran más reducido sería el período de tiempo del que dispondrían para frenar después..., eso suponiendo que los motores se encendieran alguna vez.

Han sabía que incluso la acumulación máxima de energía que podía esperar obtener estaría peligrosamente cerca del mínimo necesario para poner en marcha los motores sublumínicos, y que tendría una posibilidad y sólo una. Tanto si su idea daba resultado como si no, haría estallar los repulsores, el acumulador de retroalimentación y la mitad de sistemas de la nave.

Han echó un vistazo al indicador que iba calculando la trayectoria que les quedaba por recorrer. Estaban a veinte segundos del comienzo promedio de una atmósfera normal, aunque los comienzos de las atmósferas tenían la fea costumbre de no estar donde se suponía que debían estar, y siempre estaban subiendo y bajando a causa de las tormentas, las mareas y el calentamiento solar. Pero veinte segundos era el tope, el tiempo máximo que podía esperar. Si los repulsores se derretían, no habría muchas probabilidades de que siguieran proporcionando energía con la que cargar el acumulador.

Aquello iba a ser realmente difícil, y Han tendría que caminar por una cuerda floja tendida entre dos desastres que competían el uno con el otro para ver cuál se producía primero.

Echó un vistazo a los indicadores de altura y aceleración. La nave cónica seguía acelerando, adquiriendo una velocidad realmente aterradora con cada segundo que pasaba. Aun suponiendo que consiguiera conectar los motores, tal vez no hubiera tiempo para frenar la nave antes de que se estrellaran contra el planeta.

— ¡La temperatura del casco se ha incrementado repentinamente, respetado Solo! —gritó Salcud.

— ¡La atmósfera ha llegado con un poco de adelanto sobre lo previsto! —replicó Han—. ¡Bien, agarraos! Le daremos una buena descarga a este trasto y veremos qué ocurre.

«Una posibilidad —se dijo—. Exactamente una sola posibilidad...» Durante un momento pensó en Leia, que lo estaba viendo todo desde el *Fuego de Jade* y no podía hacer nada. Pensó en sus tres hijos, que estaban lejos de allí al cuidado de Chewbacca y Ebrihim, el drall. No. No. No podía morir. No cuando todos le necesitaban. «Una posibilidad.» La nave tembló y osciló de un lado a otro cuando el impacto del choque con la atmósfera se hizo lo bastante grande para abrirse paso a través del campo generado por los amortiguadores inerciales. «Una posibilidad.»

Esperó todo el tiempo que se atrevía a hacerlo, y después un momento más y luego otro. Y entonces...

Han bajó la palanca del interruptor con todo el ímpetu de que fue capaz, derivando toda la energía de retroalimentación acumulada hacia el activador del sistema motriz. Después dejó caer el dedo sobre el botón de puesta en marcha de los motores..., y una espantosa sacudida recorrió todo su cuerpo desde la cabeza hasta los pies cuando el retumbar ahogado de una explosión hizo temblar la nave cónica desde la base hasta la punta. Los repulsores debían de haber estallado. Durante un largo instante de agonía casi insoportable, no ocurrió nada más. Pero después el indicador sobre el que se leía los MOTORES ESTÁN PLENA E INDUDABLEMENTE INICIALIZADOS Se encendió, y Han se encontró con que tenía tres motores en condiciones de ser utilizados.

¿Tres, en vez de cuatro? Aquel caza habría destruido un motor cuando disparó contra ellos, algo que Han ya se había estado temiendo. Pero aunque tuviera un motor menos de lo que había pedido en sus oraciones, eso le dejaba con tres motores más de lo que esperaba.

Han decidió ignorar todos sus consejos anteriores al respecto y subió la palanca de control del sistema motriz de un veloz manotazo. No había tiempo para andarse con miramientos. Hubo un bang lejano y una repentina serie de violentas vibraciones que se desvanecieron casi antes de que hubieran empezado, pero los motores estaban aguantando..., al menos de momento.

Han bajó la vista hacia los indicadores de aceleración y velocidad y el no excesivamente fiable dial que le informaba de su altitud en metros. Todos los indicadores eran del modelo estándar, otro pequeño milagro, y no de algún arcano formato seloniano que nunca hubiese visto antes.

Pero lo que estaba viendo en ellos no tenía nada de tranquilizador. Han había hecho las reentradas suficientes para que un solo vistazo a los indicadores le dijera que sus problemas estaban muy lejos de haberse acabado. Tal como estaban las cosas, una colisión controlada sería lo máximo a lo que podrían aspirar. Han corrió el riesgo de echar una rápida ojeada al visor y descubrió que el *Fuego de Jade* se las había arreglado para seguir cerca de ellos. Mará tenía que ser una piloto realmente buena, eso estaba claro.

Han pensó que se conformaría con poder ver hacia dónde iba.

Por desgracia la nave estaba volando con la popa hacia adelante, y la holocámara posterior, que por lo menos podría haberle proporcionado una vaga idea de hacia dónde se dirigía, había decidido dejar de funcionar durante algún momento del descenso.

Pero también había un lado bueno, ya que la fricción con el aire estaba frenando la rotación axial de la nave. La rotación acabó deteniéndose, lo que por lo menos hizo que pilotar la nave cónica resultara repentinamente mucho más fácil. Han pensó que ya iba siendo hora de que algún aspecto de su situación mejorase un poco.

Siguió observando sus indicadores de velocidad y altitud, y enseguida comprendió hasta qué punto seguía siendo apurada su situación. Tenía que perder un poco más de velocidad. Le gustara o no, estaba claro que no tenía otra elección. Había una forma de conseguirlo, pero tenía sus desventajas. Y conseguir que el truco funcionara sin las toberas de maniobra tampoco iba a resultar nada fácil, desde luego... Han tendría que pilotar la nave jugando con el impulso de los motores principales, y eso no tenía nada de sencillo cuando ya estaba haciendo malabarismos con los distintos vectores de impulsión para compensar el motor que habían perdido. Aun así, era factible. Tal vez.

Redujo un poco la entrada de energía en el motor número tres, y la nave cónica fue inclinándose lentamente hacia atrás hasta que estuvo volando en un ángulo de ataque de unos cuarenta y cinco grados. Seguían cayendo, pero el morro había pasado a estar un octavo de giro alejado de la vertical. Si Han había hecho bien sus cálculos, eso debería bastar para que la nave cónica empezara a desarrollar un cierto sustentamiento aerodinámico, lo cual haría que se comportara más o menos como un planeador. La nave cónica empezó a moverse hacia un lado además de hacia abajo, con cada milímetro de movimiento lateral siendo sustraído de la energía de su caída.

La nave empezó a temblar violentamente, pero cada sacudida y vibración suponía otro pequeño gasto que restar a toda esa energía que les sobraba.

— ¡Nos has colocado en una trayectoria de vuelo lateral, respetado Solo! —protestó Dracmus, gritando para hacerse oír por encima del estrépito—. ¿Hacia dónde nos llevas?

—No tengo ni la más mínima idea —replicó Han—. Pero tenemos que movernos en una trayectoria lateral para perder un poco de velocidad.

—Pero supón que descendemos fuera de la zona controlada por mi madriguera...

— ¡Pues entonces tendremos un serio problema! —respondió Han a gritos.

Dracmus no dijo nada, pero no le faltaba razón. Posarse en la superficie de un planeta que se encontraba en plena guerra civil dejando que el azar eligiera tu punto de descenso no era un comportamiento demasiado prudente.

Han expulsó esa preocupación de su mente. Lo que realmente importaba en aquel momento era conseguir que aquel trasto llegara entero a la superficie de Selonía. En cuanto a dónde bajarán... Bueno, eso era otro problema al que ya se enfrentarían después.

Echó un vistazo a sus indicadores. Seguían cayendo como una piedra..., pero como una piedra más lenta, una que se deslizara por el cielo en una especie de planeo. Y la temperatura del casco había empezado a descender, aunque sólo fuese un poco. Quizá lo conseguirían después de todo. Quizá...

Descender con los motores sublumínicos en vez de con los repulsores, que ya no existían, y bajar a ciegas serían un buen par de desafíos, desde luego. Han pensó que pasarían por lo menos noventa segundos más antes de que tuviera que empezar a preocuparse por esas cosas.

Echó otro vistazo a los indicadores y meneó la cabeza. El truco del vuelo lateral estaba reduciendo su velocidad, pero no lo suficientemente deprisa. Tal como iba todo, tendrían suerte si conseguían estar moviéndose por debajo de la velocidad del sonido antes de estrellarse.

Bien, había que enfrentarse a la fea realidad: Han tendría que arreglárselas de alguna manera para obtener un poquito de impulsión extra de los motores. ¿Y el cuarto motor, el que se había negado a ponerse en marcha? El impacto tal vez sólo hubiera destruido su conexión inicializadora. El motor tal vez siguiera allí, y si conseguía ponerlo en marcha... Si probaba con un arranque de retroalimentación en paralelo, tal vez lograra algún resultado. Con los otros motores en funcionamiento, Han podía tomar prestada una parte de la salida de energía y hacerla

pasar por el motor que no se había encendido. Podía dar resultado. Han alteró la trayectoria del flujo de energía del segundo motor y envió un cinco por ciento de ella al motor número tres a través de los cables inicializadores, y después pulsó el botón encima del que había escrito presionar este botón hará QUE EL MOTOR NÚMERO CUATRO SE PONGA EN MARCHA.

Un zumbido estridente se abrió paso a través del rugido que resonaba por toda la cubierta de mando, y la nave cónica empezó a oscilar violentamente de un lado a otro a medida que el motor se encendía y se apagaba, se encendía y se apagaba. Un indicador del panel se iluminó, anunciando que el motor número cuatro está funcionando impecablemente, pero se apagó enseguida y después volvió a iluminarse y se apagó una vez más antes de iluminarse de nuevo y quedar encendido.

Cuatro motores. Disponía de cuatro motores en condiciones de funcionar. Bueno, tal vez aún saldría vivo de aquel lío después de todo... Pero entonces echó un vistazo a su indicador de altitud, y encontró buenas razones para dudarlo. Estaban a sólo tres kilómetros de la superficie. Han puso todos los motores al máximo y luego movió la palanca de control un poquito más allá del límite, y mantuvo la palanca allí hasta que el suelo dejó de pasar como una exhalación de un lado a otro y se limitó a ir hacia él. Velocidad hacia adelante cero, o bastante cerca de cero.

Pero seguía habiendo un montón de velocidad hacia abajo. Han hizo girar la nave cónica en una nueva rotación hasta quedar acostado sobre su espalda con los ojos vueltos hacia el cielo, y se aseguró de que los motores seguían estando al máximo de potencia. No podía hacer nada más.

— ¡Preparaos! —gritó en seloniano—. Agarraos fuerte, y aseguraos de que tenéis puesto el arnés de seguridad. ¡El impacto va a ser bastante violento!

Luces verdes empezaron a encenderse por todo el panel del sistema de propulsión. En cualquier otra nave aquello habría sido una buena señal, pero no en aquel cacharro. Para los selonianos, el verde era el color del peligro y el desastre. Los motores estaban funcionando a máxima potencia, viéndose forzados de tal modo que se encontraban en el límite de la catástrofe o más allá de ella. Han deseaba desesperadamente averiguar si podía sacarles un poquito más de propulsión, aunque fuera a base de golpes o súplicas, pero no se atrevió a hacerlo. Haber llegado tan lejos sólo para que la nave estallara a medio kilómetro del suelo parecía una auténtica estupidez.

Tal vez —sólo tal vez— hubieran conseguido reducir la velocidad lo suficiente para convertir la colisión en un choque al que pudieran sobrevivir. Han cortó la entrada de energía a todos los sistemas y la desvió a los amortiguadores inerciales. Los amortiguadores nunca podrían absorber toda la energía del impacto, pero sí una parte de ella. Si estaban funcionando a máxima potencia, tal vez fuera suficiente.

Y eso era todo. Se había acabado. Ya no le quedaban más trucos que emplear. No tenía nada más que hacer, aparte de agarrarse y ver cómo se iban evaporando los números en el altímetro. Han no tenía ni la más pequeña idea de dónde iban a descender. Durante la única y rápida ojeada que había echado al suelo, no tuvo tiempo de hacer nada salvo asegurarse de que estaba allí. Había visto agua, una llanura y algunas colinas bastante grandes, pero no tenía ni idea de con cuál de esas tres cosas iban a chocar.

Un kilómetro. Ochocientos metros. Setecientos metros. Quinientos. Cuatrocientos. Trescientos cincuenta. Si los repulsores siguieran funcionando... Era una lástima que se hubiera visto obligado a quemarlos para poner en marcha los motores. Trescientos. Y, de todas maneras, ¿qué grado de precisión tendría aquel altímetro? Doscientos. Ciento cincuenta. Cien metros. Setenta y cinco. Cincuenta. Han se preparó para el impacto y resistió el impulso de cerrar los ojos. Cero.

Menos diez metros. Sí, al parecer el altímetro no era excesivamente preciso. Pero cada metro extra era otra fracción de segundo para que los motores de la nave cónica fueran reduciendo su velocidad de caída. Menos veinte metros. Menos cincuenta...

¡Blam! Cien banthas enloquecidos saltaron sobre el pecho de Han, incrustándole en el almohadillado del sillón de pilotaje. Dracmus gritó, emitiendo un espantoso y estridente ulular. Un mamparo de metal se desprendió en algún lugar de la nave con un terrible chillido metálico, y una docena de alarmas empezaron a funcionar de repente entonando un coro de bocinazos. El visor que se extendía sobre sus cabezas logró mantenerse entero gracias a algún milagro inexplicable, y Han pudo ver que el cielo se había llenado de humo, vapor... y barro.

Grandes pellas de tierra empapada cayeron sobre el visor, cubriendo una buena parte de él pero sin llegar a taparlo del todo.

Han presionó el botón de desconexión de las alarmas, y se asombró ante el cuasi silencio repentino que siguió a su acción. Dejando aparte los gemidos de terror que brotaban de los labios de Dracmus y los chapoteos de los últimos glóbulos de barro que llovían sobre el casco de la nave, todo estaba en silencio. Se habían posado en la superficie de Selonía, y seguían vivos. Una repentina precipitación, que llegó bajo la forma de una delgada cortina de gotitas, cayó sobre la nave y se llevó un poco del barro esparcido encima del visor, que aun así siguió estando bastante sucio.

Han se puso en pie, sintiéndose bastante aturdido y teniendo la impresión de que se iba a caer de un momento a otro.

—Bueno, esta vez ha ido por los pelos —dijo en básico, hablando tanto para sí mismo como para el mundo en general—. Venga, tenemos que abandonar la nave enseguida —añadió, pasando al seloniano—. Puede que...

Han se calló. La mitad de sus conocimientos de seloniano parecían haberse esfumado de repente, al menos por el momento. Después de haber estado tan cerca de morir, era un auténtico milagro que todavía fuese capaz de recordar cómo se llamaba. Pero por mucho que se esforzara, era incapaz de recordar las palabras selonianas para «fuga de sustancias químicas», «fuego» o «cortocircuitos».

—Pueden pasar cosas malas —acabó diciendo—. Sí, pueden pasar cosas malas a bordo de la nave... Tenemos que salir de aquí ahora mismo.

Las dos selonianas, ambas visiblemente nerviosas y asustadas, se pusieron en pie y siguieron a Han por la escalerilla que llevaba a la cubierta inferior primero y hasta la escotilla principal después. Han presionó el botón de apertura, y no se sorprendió en lo más mínimo cuando no ocurrió absolutamente nada. La nave por la que habían arriesgado sus vidas en aquel loco intento de llevarla a la superficie de Selonía en una sola pieza, esa nave que los hunchuzucs necesitaban tan desesperadamente, había quedado totalmente inservible. Han se arrodilló, luchó durante unos momentos con el panel de acceso a los controles manuales, acabó logrando sacarlo e hizo girar la manivela. La escotilla fue girando de mala gana sobre sus goznes, y se atascó dos veces antes de quedar lo suficientemente abierta para que pudieran meterse por el hueco. Antes de salir, Han sacó la cabeza y miró a su alrededor.

Al parecer habían descendido en el centro de una pequeña laguna..., y la habían dejado seca con el impacto. El fondo estaba totalmente expuesto, salvo por un par de charcos. El barro humeaba aquí y allá, lanzando al aire el calor producido por el impacto. Hacía un perfecto y hermosísimo día de primavera. Las pintorescas praderas y zonas boscosas que rodeaban la laguna repentinamente vaciada hacían que el fango, la tierra empapada y la conmoción causada por el aterrizaje forzoso pareciesen todavía más fuera de lugar y todavía mucho más absurdos de lo que hubiesen resultado en otras circunstancias.

La nave cónica había logrado enterrar por lo menos medio metro de casco en la blanda capa de barro del fondo de la laguna. Lo que había sido una caída de metro y medio desde la escotilla hasta el suelo se había vuelto repentinamente mucho más corta. Han se sentó sobre el borde de la escotilla y saltó..., consiguiendo quedar hundido hasta los tobillos en la gruesa capa de fango. Levantó su bota izquierda hasta extraerla del barrizal, estando a punto de perderla durante el proceso, y después la plantó en el suelo, lo más lejos posible de la nave, antes de extraer su pie derecho del fondo de la laguna.

Han empezó a avanzar lentamente hacia tierra firme, y entonces vio a una seloniana ya bastante mayor que tenía el pelaje marrón oscuro y una expresión melancólica en los ojos.

—Ésa es una nave cónica de los hunchuzucs, ¿no es así? —preguntó la seloniana, que estaba viendo cómo Dracmus y Salculd salían tambaleándose de la nave.

—Así es —respondió Han sin prestarle mucha atención.

Siguió chapoteando a través del barro mientras pensaba que aquélla era una típica reacción seloniana. Una nave espacial caía del cielo para posarse dentro de una laguna justo delante de tus narices, ¿y cuál era tu respuesta? No «hola» o «qué manera tan asombrosa de escapar de la muerte», ¡y ni siquiera el preguntar si te encontrabas bien! El primer pensamiento que te pasaba por la cabeza, y tu máxima preocupación, era averiguar qué madriguera estaba involucrada.

—Hmrnmf—resopló la seloniana—. Esto es tierra de los chanzaris. Somos republicanistas, y estamos aliados con los hunchuzucs.

—Estupendo —dijo Han, que seguía intentando llegar a la orilla—. Me alegra mucho oírlo.

Han logró salir de la laguna seca, medio trepando y medio arrastrándose hasta la orilla, y se quedó inmóvil durante unos momentos.

La seloniana contempló la nave y meneó la cabeza.

—Naves cónicas —dijo en un tono claramente despectivo—. Los hunchuzucs son unos locos temerarios. Los selonianos no han nacido para viajar por el espacio.

Han contempló en silencio a la seloniana durante un instante que se fue prolongando.

— ¿Sabe una cosa? —murmuró por fin—. El caso es que yo también he llegado a esa misma conclusión.

Dio la espalda a la nave cónica y fue con paso tambaleante hacia el otro extremo del claro, donde el *Fuego de Jade* se estaba posando sobre el suelo con una impecable y suavísima maniobra de descenso.

### 3

## En el origen

Tendra Risant estaba sentada en el sillón de pilotaje del *Caballero Galante* y se preguntaba si todo iba a ir bien, y cómo era posible que todo fuese bien. Había hecho su parte, por muy pequeña que pudiera ser. Hablando en términos puramente objetivos, todo iba bien. Había utilizado el transmisor radiónico para advertir a Lando de que había una flota escondida en el espacio sacorriano. Sus amigos habían recibido la noticia, y era muy posible que el haber sido advertidos acabara resultando vital para ellos. Tendra también sabía que Lando estaba vivo e ileso, y que se alegraba de que ella estuviera en el sistema.

Pero nada de todo eso podía cambiar el hecho de que estaba atrapada allí, y de que nadie podía llegar hasta ella. Tendra alzó la mirada hacia el visor delantero y contempló el deslumbrante resplandor de Corell, que ardía en el espacio justo delante de ella. A menos que ese campo de interdicción dejara de funcionar, necesitaría meses para recorrer esa distancia. Tendra sabía que había valido la pena, desde luego. Era más que probable que hubiera salvado muchas vidas..., quizá incluso la de Lando.

Y sin embargo la mera idea de pasar más meses sola a bordo de aquella nave le resultaba totalmente insoportable.

Pero las personas con las que estaba Lando, los bakuranos, le habían pedido que les enviara más información. Tendra no tenía gran cosa que decirles aparte de lo que ya les había dicho, pero les proporcionaría la mayor cantidad de información posible. Conectó el transmisor y empezó a trabajar.

El crucero ligero bakurano *Intruso* lanzó tres andanadas con su batería turboláser delantera, y otras tantas patrulleras de bolsillo estallaron.

—Muy bien —dijo el almirante Hortel Ossilege—. Pueden cesar el fuego. Coloquen los turboláser en la posición de reposo y pongan todos los circuitos en la modalidad de espera. Asegúrense de que nuestros amigos pueden detectar todo lo que están haciendo. Les hemos demostrado que podemos hacerles daño cuando lo deseemos, y ahora vamos a enviarles una invitación para que se vayan. Veamos si nuestros amigos de ahí fuera entienden que planeamos ponernos realmente duros si se quedan.

«Una táctica muy razonable», pensó Luke Skywalker, aunque no le gustaba demasiado. Una exhibición de fuerza abrumadora podía convencer a los defensores supervivientes de que se retiraran, por supuesto. Después de todo, las probabilidades de que un puñado de cazas consiguieran derrotar al *Intruso* y a sus naves hermanas, el *Centinela* y el *Defensor*, y a todos sus cazas, eran prácticamente inexistentes.

Por otra parte, los rebeldes se habían enfrentado a situaciones tan desesperadas como aquella más de una vez durante la guerra contra el Imperio, y habían salido victoriosos de ellas. Un buen adiestramiento, una motivación fuerte, un buen equipo y un trabajo competente del servicio de inteligencia —y la pura y simple buena suerte— podían ser un igualador bastante poderoso. Las certezas eran algo inexistente en la guerra.

Luke Skywalker estaba inmóvil junto al almirante Ossilege en el puente de mando del *Intruso*. Se sentía incómodo, como le ocurría siempre que se mostraba de acuerdo con algo que había dicho el almirante. Luke lanzó una rápida mirada de soslayo a Lando Calrissian, que estaba al otro lado de Ossilege, y la expresión de su rostro le indicó que Lando compartía sus preocupaciones. Las tácticas que estaba empleando Ossilege eran tan lógicas como prudentes, e

incluso podían calificarse de conservadoras. Las fuerzas enemigas consistían en unas veinte patrulleras de bolsillo, y barrer a una fuerza tan pequeña no les serviría de mucho. Si Ossilege conseguía convencerles de que se retirasen sin tener que exponer sus fuerzas al riesgo de sufrir pérdidas innecesarias, tanto mejor para todos.

Muy prudente y cauteloso..., pero el problema estribaba en que Ossilege no era un líder militar que se distinguiera por su cautela. Si el almirante daba la impresión de que estaba intentando comportarse cautelosamente, entonces Luke tenía la corazonada de que aquello era simplemente una tapadera para ocultar la maniobra locamente audaz que vendría a continuación. Ossilege había mostrado una clara tendencia a preferir el arriesgar demasiado por encima del arriesgar demasiado poco. Cuando jugaba sus cartas con tanta cautela, entonces había muchas probabilidades de que lo que parecía ser cautela sólo fuese un complicado preparativo para una apuesta descomunal. ¿O sería quizá que el haber perdido al *Guardián*, destruido por el repulsor planetario seloniano, le había acobardado? Ossilege era un hombrecillo de aspecto flaco y nervudo al que le encantaba usar uniformes de gala blancos que realzaran al máximo su colección de medallas y cintas. El almirante también era seco y cortante, y estaba tan convencido de su importancia y sus grandes cualidades que siempre parecía tratar con un cierto desprecio al resto del mundo. Su apariencia general sugería un almirante de opereta, una simple caricatura..., pero Luke nunca había conocido a un líder militar tan implacable y fríamente desapasionado. Nadie podía encontrar demasiado agradable el tiempo que pasara en presencia del almirante Ossilege.

Naturalmente, con la imponente y abrumadora masa de la Estación Centralia dominando el cielo al otro lado de los visores, Luke se habría sentido un poquito nervioso y preocupado incluso si el *Guardián* no hubiera sido destruido.

—Allá van —anunció Lando, señalando una nube de puntitos que se alejaba de uno de los muelles de atraque de Centralia. Los cazas defensores se estaban retirando—. Supongo que han decidido que no podían hacer nada contra nosotros.

—O quizá han decidido que seremos incapaces de causar ningún daño a Centralia —dijo Ossilege—. Un táctico que conozca su oficio siempre se retira de una posición indefendible para conservar sus fuerzas. Pero un táctico que conozca su oficio también evitará consumir sus fuerzas de forma innecesaria en la defensa de lo que no puede ser conquistado.

—¿Qué está intentando decirnos? —preguntó Luke.

Ossilege señaló la Estación Centralia.

—Estamos actuando como si los cazas enemigos no existieran porque son una fuerza tremendamente pequeña comparada con nosotros —dijo—. Pero, en proporción, nosotros somos mucho más pequeños comparados con Centralia. Ese lugar es el origen del poder que puede imponer un campo de interdicción a todo un sistema planetario. ¿Qué otros poderes puede poseer?

—No hay forma de saberlo —dijo Lando—. Supongo que sólo hay una cosa de la que podamos estar seguros, y es que vamos a llevarnos alguna sorpresa... Y dudo que vaya a ser agradable.

Un androide de servicio llegó rodando por detrás de ellos y se deslizó alrededor del pequeño grupo para detenerse delante de Lando.

—Y aquí tenemos una sorpresa —murmuró Lando—. Sí, ¿qué ocurre? —le preguntó al androide.

—Le ruego que me disculpe, señor, pero la teniente Kalenda desea que usted y el Maestro Skywalker vayan a verla, señor. Se acaba de recibir un nuevo mensaje procedente de la Fuente T.

Lando se volvió hacia Luke y le lanzó una mirada llena de preocupación.



—Eso debería hacerme feliz —dijo—, pero tengo el presentimiento de que no se ha puesto en contacto con nosotros sólo porque tenga ganas de charlar. —Se volvió hacia el androide de servicio—. Bien, vamos.

La Fuente T era Tendra Risant. Lando y Luke habían conocido a Tendra en Sacorria, su planeta natal, uno de los mundos del Sector Corelliano conocidos con el nombre común de «Extérnales». Las autoridades locales les habían expulsado de Sacorria con muy pocos miramientos casi inmediatamente después de que hubieran conocido a Tendrá.

Mientras seguían al androide a través de la sección de comunicaciones de la nave, Lando pensó, y no por primera vez, que a Tendra le haría muchísima gracia enterarse de que la inteligencia militar bakurana le había asignado un nombre tan ridículamente pomposo como era el de «Fuente T».

Lando había conocido a Tendra mientras recorría la galaxia en busca de una esposa rica. Tendra tenía una posición lo suficientemente acomodada para que se la pudiera considerar como tal, y tampoco cabía duda de que entraba en lo posible que fuera una buena esposa para Lando..., si conseguían estar juntos en el mismo sitio y al mismo tiempo durante el rato suficiente para llegar a conocerse el uno al otro.

Pero aunque no hubieran dispuesto del tiempo necesario para enamorarse locamente el uno del otro, resultaba indudable que habían logrado establecer una clara conexión entre ambos y que habían desarrollado un sólido vínculo, algo sobre lo que podrían seguir construyendo una relación algún día si el universo les daba una oportunidad de hacerlo.

Por lo que sabía Lando, Tendra se las había arreglado para descubrir la existencia de alguna clase de acumulación de fuerzas militares que se estaba llevando a cabo en el sistema sacorriano. Había relacionado esa acumulación de naves con el campo de interdicción, y había decidido que tenía que avisar a Lando. Con ese objetivo en mente, parecía ser que Tendra había conseguido hacerse con una nave espacial, y que luego había salido de Sacorria a base de sobornos y se había tropezado con el campo de interdicción corelliano.

Nada de eso habría servido de mucho de no ser por otro hecho: Lando le había dado un equipo de comunicaciones radiónico. El equipo radiónico no utilizaba ninguna de las frecuencias estándar de los comunicadores, sino que enviaba y recibía mensajes mediante una onda portadora modulada en la banda de radio del espectro electromagnético. Las señales radiónicas eran totalmente inmunes a las interferencias que habían dejado incomunicado a todo el sistema, y también eran totalmente indetectables a menos que se utilizara equipo radiónico. Como gran inconveniente, y al igual que ocurría con cualquier otra forma de radiación electromagnética —infrarrojos, luz visible ultravioleta, rayos gamma, rayos X, etcétera—, la radiación de la banda de radio viajaba a la velocidad de la luz. La consecuencia de todo ello era que los mensajes que Tendra enviaba a Lando, y las réplicas de Lando, se arrastraban por el espacio a la velocidad de la luz, y que eran altamente susceptibles a las interferencias naturales.

Tendra seguía a bordo de su nave, el *Caballero Galante*, más o menos en los confines del sistema corelliano y avanzando poco a poco hacia el interior del sistema a velocidades que eran claramente sublumínicas. Los mensajes de Tendra necesitaban largas horas para llegar hasta Lando..., pero era muy posible que su nave necesitara largos meses antes de que pudiera recorrer esa misma distancia.

A menos que pudieran acabar con el campo de interdicción, por supuesto..., y eso era lo que habían venido a hacer.

Llegaron a la sección de comunicaciones. Lando y Luke esperaron mientras el androide de servicio sacaba una sonda de datos de su cuerpo metálico y la introducía en la portilla de seguridad que había junto a la puerta de la sección de comunicaciones. El equipo radiónico de

Lando seguía a bordo del *Dama Suerte*, su nave particular, pero los técnicos del *Intruso* no habían tenido ningún problema para montar su propio equipo radiónico a partir de los planos y hojas de especificaciones varias que Lando también llevaba a bordo y, de hecho, habían conseguido que su transmisor fuese más potente y su receptor más sensible.

Pero Lando no estaba pensando en la radiónica. Estaba preocupado por Tendrá.

Como si la situación actual de Tendra no fuese ya lo bastante complicada, también estaba el pequeño problema de la información que estaba transmitiéndole. Todo era tan complicado que el servicio de inteligencia podía empezar a tener ataques de nervios de un momento a otro.

El sistema de seguridad emitió su código de admisión bajo la forma de una serie de zumbidos, y la escotilla de la sección de comunicaciones se hizo a un lado. Lando echó un vistazo al interior antes de entrar y dejó escapar un suspiro. Allí estaba, como si el mero hecho de pensar en oficiales del servicio de inteligencia preocupados pudiera hacer surgir de la nada a un ejemplar de la especie: la teniente Belindi Kalenda, de la Inteligencia de la Nueva República, estaba esperándoles, y no parecía muy feliz.

—Oiga, ¿qué le pasa a esa amiga suya? ¿Es que nadie le ha enseñado nunca a contar? —preguntó la teniente apenas se hubo cerrado la escotilla.

Kalenda nunca había sido demasiado amiga de perder el tiempo con preliminares, y además estaba a punto de estallar.

—¿Cuál es el problema ahora, teniente Kalenda? —preguntó Lando, intentando no perder la paciencia.

—El mismo de siempre. Los números, ése es el problema —dijo Kalenda.

La teniente Belindi Kalenda era una joven de aspecto un tanto extraño. Sus ojos, bastante separados, eran vidriosos —de hecho, eran casi lechosos—, y su mirada un poco descentrada rozaba la bizquera sin llegar a caer del todo en ella. Su piel era un poco más oscura que la de Lando, y su negra cabellera estaba recogida en una complicada especie de trenza amontonada sobre la parte superior de su cabeza. Corrían rumores de que poseía una pequeñísima capacidad para el uso de la Fuerza o, por lo menos, de que tenía una intuición magnífica, y lo cierto era que sus corazonadas tendían a ser confirmadas por la realidad y que su perspicacia parecía superior a la de la gran mayoría de personas. En cualquier caso, lo innegable era que Belindi Kalenda tenía la extraña costumbre de mirar más allá de tu hombro —como si estuviera contemplando a alguien que estaba detrás de ti— incluso cuando te estaba fulminando con la mirada..., tal como estaba haciendo en aquel preciso instante.

—Los números —repitió—. Seguimos sin tener ni idea de cuántas naves hay escondidas en los alrededores de Sacorria.

—Y si no fuera por la dama Tendrá, no sabríamos que había naves ahí —replicó secamente Lando—. Puede que esos agentes suyos de la INR destacados en Sacorria sean mucho más expertos que ella en la detección y el recuento de naves, pero me gustaría que me dijera cuántos de ellos han sido capaces de demostrar un poco de iniciativa y llegar hasta el sistema corelliano para advertirnos de su presencia.

Kalenda contempló en silencio a Lando durante unos momentos. Su rostro se había vuelto totalmente inexpresivo.

—Yo nunca le he dicho que hubiera agentes de la INR en Sacorria —dijo por fin en un tono lleno de recelo.

—Y yo nunca le he dicho que fui contrabandista, pero usted lo sabe de todas maneras —replicó Lando—. Vamos, no me trate como si fuera idiota... Si no tienen agentes allí, eso quiere decir que alguien no sabe hacer su trabajo.

—Eh, intentemos volver al verdadero problema —dijo Luke, intentando disipar un poco de la creciente tensión acumulada—. ¿Qué pasa exactamente con el mensaje de la dama Tendrá?

—Hemos transmitido tres contestaciones pidiéndole que nos envíe más detalles sobre los tipos, dimensiones y número de las naves que vio. Su último mensaje parecía más largo y detallado, pero en cuanto le quitas todos los adjetivos y repeticiones... Bueno, de momento seguimos teniendo que conformarnos con estimaciones de lo más vago.

—Tendra no puede decirles lo que no sabe —dijo Lando.

Se preguntó cuántas veces tendría que repetírle eso a Kalenda antes de que se lo creyera, o cuándo dejaría de sentirse irritado y frustrado por el hecho de que el grupo de inteligencia estuviera leyendo mensajes destinados a él..., y de que los leyera antes que él.

— ¡Pero tenemos que saber más de lo que sabemos ahora! —exclamó Kalenda—. ¿De quién son esas naves? ¿Cuántas naves hay, y con qué tipo de armamento cuentan? ¿Quién las manda, y cuáles son sus intenciones? Tendra que volver a transmitir y solicitarle más información.

—No lo haré —dijo Lando—. Me da igual lo que diga su equipo de psiquiatras cuando asegura que Tendra se muestra más dispuesta a colaborar si habla conmigo. Ya les ha dicho todo lo que puede decirles, y no voy a ayudarles a que sigan acosándola ni un segundo más.

—Pero necesitamos más...

—El verdadero problema consiste en que Tendra no dispone de más información —dijo Lando—. Ya tienen todos los detalles que van a conseguir. ¿Acaso esperaban que Tendra fuera capaz de decirles cómo se llama el comandante de la flota observando unas naves en órbita a través de unos macrobinoculares? Nos ha dado una advertencia, y muy útil. Les ha proporcionado toda la información que puede enviarles, y existen límites a lo que podemos pedirle.

—Y también hay un límite al número de mensajes que pueden pedirle que envíe —intervino Luke—. Cada vez que Tendra nos envía un mensaje, hay unas cuantas probabilidades más de que su presencia acabe siendo detectada.

Kalenda se volvió hacia Luke.

— ¿Detectada? ¿Cómo? ¿Por quién?

—Piense en ello —dijo Lando—. Usted es la oficial de inteligencia, ¿no? Bien, la forma en que Tendra transmite es secreta, pero no está oculta de ninguna manera. Tendra está emitiendo sin emplear ningún código o sistema de cifrado, y sus mensajes no pueden ser más claros y fáciles de entender. Cualquier persona que disponga del equipo adecuado para hacer un barrido por las frecuencias de la banda de radio podría captar su transmisión radiónica en un abrir y cerrar de ojos. Ustedes lo han hecho sin ninguna dificultad. Entonces no sólo sabrían que conocemos la existencia de las naves escondidas en la órbita de Sacorria, sino que podrían llevar a cabo una triangulación y localizar a Tendrá, de la misma manera en que lo hemos hecho nosotros.

— ¿Y qué diferencia supondría eso? —preguntó Kalenda.

—Una muy grande, si estamos hablando de las personas que controlan el campo de interdicción. Querrían evitar que siguiera hablando. Digamos que desconectan el campo de interdicción durante treinta segundos, ¿de acuerdo? Bien, con una buena planificación y unos buenos sistemas detectores, eso sería tiempo suficiente para que una nave entrara en el hiperespacio, saliera de él justo al lado del *Caballero Galante*, hiciera pedacitos a Tendra de un disparo, y regresara a su base antes de que el campo volviera a entrar en acción.

—Pero ha estado transmitiendo continuamente durante días sin que le ocurriera nada —protestó Kalenda.

—No le quedaba otra elección. Tenía que seguir transmitiendo hasta que yo respondiera, pero ahora ya no tiene por qué seguir corriendo ese riesgo. Las emisiones radiónicas de sus técnicos son mucho más potentes que las de ella, y están más cerca de quienquiera que pueda estar escuchándolas en el interior del sistema. Si la oposición detecta sus transmisiones, sabrán dónde tienen que buscar a Tendrá.

El rostro de Kalenda seguía estando impasible e inexpresivo. ¿Sabía ya todo aquello, o había decidido arriesgar la vida de Tendra a cambio de la posibilidad de obtener más información? ¿O no se le había ocurrido que Tendra podía correr peligro? Eso parecía bastante improbable en una oficial de inteligencia tan lista y eficiente como parecía ser Kalenda, aunque los últimos días habían sido muy duros para todos. Lando medio esperó que le ofrecería sus excusas, que mentiría y diría que no había pensado en aquel aspecto del problema.

Pero aunque Kalenda pudiera estar jugando a un juego lleno de secretos y retorcimientos, no hacía trampas.

—Nunca resulta fácil encontrar el punto de equilibrio —dijo por fin—. Sabía que el riesgo estaba allí, pero tuve que sopesar el peligro que corría Tendra y compararlo con las consecuencias si tenía algún dato del que no era consciente..., algo que pudiera salvar docenas, centenares o millones de vidas. Si la hubiera tenido aquí y hubiera podido interrogarla adecuadamente, estoy seguro de que nos habría contado toda clase de cosas muy útiles.

—Pero no la tiene aquí —dijo Luke.

—No, no la tengo aquí —asintió Kalenda—. Incluso una conexión de comunicaciones normal me permitiría obtener algunos resultados, pero con este sistema de tener que esperar una respuesta durante horas y horas y luego esperar horas y horas para que ella oiga la siguiente pregunta... Bueno, eso hace que resulte imposible llegar a ninguna parte. Si dispusiera de un comunicador cuya frecuencia pudiéramos proteger mediante un código o lo que fuese, para que por lo menos hubiera alguna probabilidad de que no nos interfiriesen, entonces podría obtener algún resultado.

—Son muchos «si» —dijo Luke—. Vamos a olvidarnos de ellos. ¿Qué probabilidades tiene de obtener algo más de Tendra tal como están las cosas actualmente?

Kalenda suspiró y meneó la cabeza.

—Aproximadamente cero —dijo—. Pero hay tanto en juego...

—Hay tanto en juego que tenía que intentarlo —dijo Luke—. Lo entiendo. Pero si no puede hacerse, no puede hacerse.

Los labios de Kalenda se curvaron en una sonrisa donde no había ni rastro de buen humor.

—No me parece una actitud muy propia de un Jedi —dijo.

—Incluso los Jedi conocen sus limitaciones —replicó Luke.

Kalenda asintió de mala gana.

—Muy bien —dijo—. Hay un número bastante grande de navíos de guerra estacionados en una órbita alrededor de Sacorria, y eso es todo lo que vamos a obtener de la Fuente T.

—Estoy de acuerdo con usted, así que vamos a dejar las cosas tal como están —dijo Lando—. Estamos llegando a la Estación Centralia. Ese sitio es un misterio tan grande que debería bastar para mantenernos ocupados a todos durante algún tiempo.

Kalenda se volvió nuevamente hacia Lando, y esta vez su mirada sí pareció encontrarse con la suya.

—¿Durante algún tiempo? Quizá nos tenga ocupados durante toda la eternidad —dijo.

Belindi Kalenda no necesitó mucho tiempo para confirmar aquel temor. Centralia era tan absurdamente grande y complicada, y tan distinta de cuanto hubiera conocido hasta el momento, que resultaba prácticamente imposible saber por dónde había que empezar. Durante el día siguiente la flota bakurana se fue acercando a Centralia, avanzando muy despacio. Si Ossilege se limitaba a fingir cautela, lo estaba haciendo estupendamente. El almirante fue acercando sus naves con infinitas precauciones, deteniéndose repetidamente en su maniobra de aproximación para examinar toda la estación tan a fondo como lo permitían los límites de los sistemas de detección bakuranos. Kalenda no podía culparle por ello, desde luego..., no cuando Centralia podría haberse tragado a todo el *Intruso* sin ninguna dificultad con la más pequeña de sus compuertas de ataque.

Pero incluso desde la máxima aproximación que Ossilege estaba dispuesto a correr el riesgo de permitir, los resultados de los sondeos no habían sido lo suficientemente buenos para satisfacer a Kalenda. La teniente de la Inteligencia de la Nueva República estaba sentada en una estación de visionado de la sección de inteligencia del *Intruso* y repasaba las interminables y nada concluyentes imágenes de Centralia.

Parecía como si la estación estuviera desierta, pero no había forma alguna de demostrar que lo contrario no fuese cierto. El enemigo podía haber escondido toda una flota de navíos de guerra de la clase Destructor Estelar allí dentro, junto con todo un ejército de soldados de las tropas de asalto. Si los sistemas de las naves estaban en la modalidad de espera y al mínimo de energía, y si el enemigo estaba utilizando la clase de escudos adecuada, no habría ninguna manera de detectar su presencia.

Lo que hacía que la situación resultara todavía más preocupante era que hasta el momento el enemigo prácticamente no había exhibido ninguna nave de gran tamaño. Tenían que estar escondidas en algún sitio, y ésa era una parte de la razón por la que Kalenda había querido obtener unas cifras más exactas de la Fuente T. Si hubiera podido sacarle datos sólidos y fiables acerca de los tipos de naves que la Fuente T había visto en Sacorria, entonces tendría alguna idea de lo que podía estar esperándoles dentro de Centralia. De hecho, incluso cabía la posibilidad de que Centralia no necesitara naves para defenderse. Kalenda había localizado cincuenta o sesenta puntos en el exterior de la estación que podían ser portillas de armamento. Centralia era una increíble amalgama de lo familiar y lo extraño, lo antiguo y lo moderno. No había forma de saber cuánto tiempo llevaba allí un objeto dado, o quién lo había construido, o si seguía estando en condiciones de operar.

Kalenda hizo que las imágenes desfilaran una detrás de otra por su pantalla. Había compuertas blindadas, protuberancias hemisféricas y largos objetos cilíndricos colocados sobre lo que parecían plataformas móviles que permitían apuntarlos en cualquier dirección, y todo ello estaba unido a complicadas masas de cables y conductos. Algunas de ellas podían ser gigantescas instalaciones de turboláser cubiertos. Y aquellas falanges de oscuras aberturas circulares... Algunas podían ser baterías lanzacohetes, y algunas podían ser estaciones de reaprovisionamiento, sistemas de ataque o bares para que las tripulaciones pudieran disfrutar de un rato de descanso. No había forma de saberlo.

Tendrían que enviar a un equipo de exploración.

El *Dama Suerte* despegó del hangar de ataque del *Intruso*, se elevó por entre la negrura del cielo y puso rumbo hacia Centralia.

— ¿Por qué siempre me tocan estos trabajos? —le preguntó Lando al universo en general mientras pilotaba su nave hacia la estación.

—Tal vez tenga algo que ver con la forma en que se ha ofrecido voluntario —replicó Gaeriel Captison desde el asiento que ocupaba detrás del sillón del copiloto.

A Lando no le gustaba demasiado que viniera con ellos, pero Gaeriel había insistido. La Primera Ministra actual de Bakura había otorgado derechos ilimitados a la ex Primera Ministra para que hablara en nombre de su gobierno, y Gaeriel estaba decidida a unirse al grupo de exploración para que el gobierno bakurano estuviera adecuadamente representado. Para gran disgusto de Lando, Cetrespeó también iba con ellos por si se daba el caso de que se necesitara alguna traducción.

—Tenía que ofrecerme voluntario —gruñó—. En cuanto Luke se ofreció voluntario, supe que iba a necesitar a su hombre de ala.

Luke había despegado primero a bordo de su ala-X. Estaba volando a unos dos kilómetros por delante de Lando, lo suficientemente cerca de ellos para que pudieran mantener contacto visual sin excesivas dificultades.

Kalenda, que ocupaba el sillón de copiloto del *Dama Suerte*, volvió la cabeza hacia Lando y le lanzó una mirada bastante extraña. Todas sus miradas resultaban bastante extrañas, por supuesto, así que aquélla quizá no tuviera ningún significado especial. O quizá se estaba preguntando por qué un hombre que se había esforzado tanto para labrarse una reputación de aventurero y jugador y de ser la clase de persona que sólo pensaba en sí misma, estaba arriesgando su cuello... otra vez.

—Bueno, pues yo pienso que un Maestro Jedi debería ser capaz de cuidar de sí mismo —replicó Gaeriel.

—Tal vez sí y tal vez no —dijo Lando—. Limitémonos a decir que estoy en deuda con él.

—¿Hay alguien en la galaxia que no lo esté? —preguntó Gaeriel.

—En realidad, dama Captison, si hay alguien a quien me gustaría no ver a bordo de esta nave..., es a usted —dijo Kalenda.

—Gracias por ese cumplido —murmuró Lando.

Kalenda torció el gesto.

—Lo siento, no me he explicado demasiado bien... Lo que quiero decir es que el capitán Calrissian y el Maestro Skywalker han recibido adiestramiento militar. Hay más probabilidades de que estén preparados para..., para enfrentarse a lo que nos encontremos en Centralia, sea lo que sea. Realmente, no me parece que éste sea el tipo de trabajo más adecuado para una ex Primera Ministra.

—Existen otras habilidades en el universo aparte de saber disparar, pilotar una nave y luchar sin que te maten —dijo Gaeriel—. Si tenemos suerte, puede que haya alguien razonable en la estación, alguien con quien podamos negociar... En ese caso, tener disponible a una negociadora con amplia experiencia diplomática y poderes plenipotenciarios podría resultar muy útil.

—Bien, pues realmente deberemos tener muchísima suerte para que eso ocurra —dijo Lando—. Hasta ahora no hemos encontrado a mucha gente que sea particularmente razonable en este sistema estelar.

Luke Skywalker se sentía estupendamente. Volvía a estar sentado delante de los controles de su ala-X, a solas salvo por la presencia de Erredós viajando en su agujero de conexión en la popa del caza. Mon Mothma quizá había querido darle un empujón que le obligara a ocupar una posición de liderazgo. Las circunstancias tal vez le estuvieran empujando en esa dirección..., o tal vez todo el universo estuviera empujándole en esa dirección. Pero en aquel momento lo único que existía y que importaba eran él, su androide y su ala-X. Casi todos los pilotos amaban la soledad

y el alejamiento del vuelo, y en ese aspecto Luke no era ninguna excepción. Volar, por sí solo y en sí mismo, era un placer, una forma de evadirse de sus preocupaciones, deberes y obligaciones.

Aunque esa escapatoria no duraría mucho tiempo. Había un trabajo que hacer, como siempre.

Luke alzó la mirada hacia la descomunal estación espacial. Ya estaban lo bastante cerca de ella como para que le resultara muy difícil no contemplarla. Centralia llenaba prácticamente la totalidad de los visores de su ala-X.

Luke apenas pudo dar crédito a sus ojos. Había visto todas las cintas, y había repasado todos los informes. Sabía lo grande que era Centralia, o por lo menos había leído las cifras..., pero, de una manera tan inexplicable como sorprendente, las cifras no expresaban la inmensidad del objeto que flotaba en el cielo.

La Estación Centralia consistía en una gigantesca esfera de un centenar de kilómetros de diámetro con un enorme cilindro en cada polo de la esfera. La estación medía unos trescientos kilómetros de un extremo a otro, y rotaba lentamente alrededor del eje definido por los dos cilindros polares. A juzgar por lo que sugería toda su superficie exterior, Centralia había ido siendo construida casi caprichosamente y sin ningún plan preconcebido a lo largo de los milenios.

Objetos cuadrados que tenían las dimensiones de grandes edificios, cañerías y cables y tubos de todos los tamaños y que iban y venían en todas direcciones, antenas parabólicas y extraños dibujos formados por estructuras cónicas brotaban por todas partes. Luke vio lo que parecían ser los restos de una nave espacial que se hubiera estrellado contra el casco y luego hubiera sido soldada en el lugar del impacto y convertida en alguna clase de habitáculo. Por lo menos, eso era lo que aparentaba ser. Parecía una forma bastante improvisada de aumentar el espacio habitable..., y aumentar el espacio habitable parecía algo más que un poco redundante para un objeto del tamaño de Centralia.

Y sin embargo nada de todo eso transmitía el auténtico tamaño de aquella cosa. Después de todo, Centralia tenía las dimensiones de una luna pequeña y, según algunos patrones de medida, incluso las de una luna mediana. Luke había estado en mundos más pequeños que aquella estación. Centralia era lo suficientemente grande para ser un mundo, y era lo bastante grande para contener toda la miríada de complejidades, toda la variedad y todo el misterio de un mundo. Era lo suficientemente grande para que ir desde un extremo al otro requiriese un período de tiempo bastante largo, y para que pudieras pasar toda tu vida allí sin ver la totalidad de la estación. Ésa era la definición de un mundo para Luke: un lugar demasiado grande para que una persona pudiera llegar a experimentarlo en su totalidad durante una vida.

Luke había estado en muchísimos mundos, pero sabía que nunca había visto todo lo que había que ver en ninguno de ellos. La gente tendía a definir un mundo mediante una etiqueta y se conformaba con ella, como si pudiera ser únicamente una cosa. Pero eso era un grave error. Otra parte de la definición de Luke era que un mundo no podía ser únicamente una cosa.

Resultaba muy fácil decir que Coruscant era un planeta ciudad, o que Mon Calamari era un mundo acuático, o que Kashyyyk era un planeta selvático, y no ir más allá de eso. Pero las formas de una ciudad, de un océano o de una jungla podían contener una infinita variedad, y era raro que un mundo fuese realmente una sola cosa. El mundo de praderas tendría un par de montañas; el mundo de volcanes tendría sus cráteres de impacto; el planeta de las aves tendría insectos.

Y la Estación Centralia era grande, tanto que resultaba difícil hacerse una idea de su escala. El espacio proporcionaba muy pocas de esas pistas visuales que tanto abundaban en el suelo y que indicaban al ojo hasta qué punto eran grandes las cosas.

Dejando aparte las cuestiones de tamaño, la idea de una estación espacial que giraba sobre su eje ya resultaba desconcertante. El girar era algo que hacían los planetas, y lo hacían muy

despacio. La Estación Centralia giraba con lenta y regular majestuosidad, pero aun así podías ver cómo se movía.

Las técnicas para producir gravedad artificial a bordo de una estación o una nave sin necesidad de hacer girar el objeto sobre su eje ya eran viejas cuando se fundó la Antigua República. Luke nunca había visto una estación espacial que girase sobre su eje, y la consecuencia de esa novedad era que Centralia pareciese estar extraña e inexplicablemente fuera del orden natural de las cosas.

Una idea de lo más absurda, por supuesto. ¿Qué había de natural en las naves estelares y las estaciones espaciales?

Pero había algo más en la estación, algo más fundamental que el tamaño o la rotación, que inquietaba y preocupaba a Luke. Centralia era vieja. Era vieja para cualquier patrón de medida humano, y lo era para los patrones de medida de prácticamente cualquier criatura inteligente. Era tan vieja que nadie sabía cuánto tiempo había transcurrido desde su construcción, ni quién la había construido o por qué.

Y sin embargo, en realidad no tenía nada de vieja..., no cuando se la comparaba con las edades de los planetas, las estrellas o la galaxia. Incluso diez millones de años apenas eran un parpadeo en comparación con los cuatro, cinco o seis mil millones de edad de los planetas, estrellas y lunas que llenaban el universo.

Pero si lo que parecía antiquísimo a los humanos era prácticamente una novedad recién aparecida a los ojos del universo, entonces seguramente la interminable sucesión de generaciones de la historia galáctica recordada no ocupaba más espacio que un parpadeo en el tiempo universal. El nacimiento, el desarrollo y la caída de la Antigua República, la aparición y el derrumbamiento del Imperio, el amanecer de la Nueva República... Todo eso se encogía hasta quedar convertido en un solo instante cuando se lo comparaba con la inmensidad del tiempo a una escala realmente galáctica.

—... uke... El...

—Estoy aquí, Lando, pero apenas recibo tu señal.

—... u seña.....bien se recib...

Luke suspiró. Otra molestia. Con las comunicaciones normales todavía totalmente interferidas dentro de todo el sistema corelliano, los bakuranos habían hecho cuanto pudieron para improvisar un sistema de comunicación láser que enviara señales vocales mediante haces láser de baja potencia. No funcionaba muy bien, pero por lo menos funcionaba. Quizá habrían obtenido mejores resultados utilizando una versión del sistema radiónico de Lando, pero ya era demasiado tarde para pensar en eso.

—Intenta limpiar un poquito la recepción, Erredós.

Erredós emitió una serie de zumbidos y pitidos, y Luke asintió.

—De acuerdo, Lando, vuelve a intentarlo. ¿Qué tal me recibes ahora?

—Mucho mejor, ...cias, pero no echaré de menos este tras... cuando podamos volver a emplear los sistemas de comunicaciones normales.

—Yo tampoco.

—Bueno, no estoy conteniendo el aliento mientras espero que llegue ese momento. Pero olvidemos eso. Kalenda ha encontrado algo. Fíjate en la base del cilindro más próximo, ...í donde se une a la esfera. Hay una l... que parpad... ¿La ves?

Luke echó un vistazo a la pantalla y asintió.

—Sí, la veo. Espera un momento mientras obtengo una imagen ampliada.



Activó el ordenador del sistema de puntería y lo utilizó para obtener una fijación de imagen sobre la luz que parpadeaba, y después sintonizó su holocámara de largo alcance con el sistema de puntería. Una imagen apareció en la pantalla principal del caza. Allí estaba la luz parpadeante..., al lado de una gran compuerta exterior que se estaba abriendo y cerrando una y otra vez.

—Si eso no es una invitación a entrar, no sé qué puede ser —dijo Luke.

—Aquí atrás todos estamos de acuerdo en que es precisam... eso —replicó la voz de Lando—. Incluso el Chico de Oro ha entendido lo que significa, y no olvides que puede ser incoherente en más de seis millones de formas de comunicación.

Luke sonrió. Cetrespeó y Lando nunca se habían llevado demasiado bien, y las últimas semanas no habían ayudado en nada a que el humano mejorase el concepto en que tenía al androide.

—Me alegra que el acuerdo sea unánime —dijo—. La pregunta a responder es si aceptamos la invitación.

## 4

# Juegos de niños

Anakin Solo mantuvo los ojos clavados en la lisa pared plateada durante un minuto entero, y después la golpeó por dos veces y con bastante fuerza en un punto aparentemente elegido al azar. Y, naturalmente, un panel de acceso se abrió, revelando otro teclado de control verde y púrpura con una parrilla de cinco teclas por cinco. Anakin contempló el teclado con el ceño fruncido, como si estuviera intentando decidir qué haría a continuación.

El androide experimental Q9-X2 estaba vigilando a Anakin con gran atención..., lo cual, pensándolo bien, era la única forma realmente prudente de vigilarle. Q9-X2 ya había llegado a la conclusión de que la extraña habilidad para manejar la maquinaria que poseía Anakin, su aparentemente instintiva capacidad para hacer funcionar artefactos de toda clase incluso cuando no tenía ni idea de qué eran esos artefactos, resultaba notablemente desconcertante. Parecía tener algo que ver con aquel misterioso asunto de la Fuerza que era tan importante para aquel grupo de humanos. Al parecer, y según sus teorías, el talento para emplear la Fuerza que poseía Anakin le había proporcionado de alguna manera inexplicable la capacidad de ver dentro de las máquinas y manipularlas hasta un nivel microscópico desde el exterior. Eso no quería decir que Anakin fuese infalible, desde luego. Cometía errores..., y a veces, y de manera totalmente deliberada, hacía que una máquina hiciese cosas que nadie más quería que hiciera. Pero se podía llegar a saber mucho acerca de un artefacto desconocido observando cómo Anakin intentaba entenderlo.

La consecuencia de todo eso era que la vigilancia a la que el androide estaba sometiendo al niño tenía dos propósitos, el primero de los cuales consistía en tratar de impedir que Anakin causara demasiados daños mientras iba de una máquina a otra.

Su otro deber consistía en obtener un registro completo de todo lo que hacía el niño cuando empezaba a jugar con los aparatos que encontraba.

Era un trabajo de jornada completa y, de hecho, requería todavía más tiempo. Q9-X2 tenía que cargar con la mayor parte de él gracias a los sistemas de grabación incorporados a su estructura. Pero incluso un androide tenía que recargarse de vez en cuando, y además Q9-X2 no quería pasarse todas las horas de cada día evitando que aquel niño tan extraño pulsara el botón equivocado y derritiera el planeta. Aunque no hubiera ninguna otra razón, la tensión continua habría acabado resultando excesiva para sus circuitos de enjuiciamiento..., o por lo menos existía la posibilidad de que llegara a serlo, y para Q9-X2 eso venía a ser lo mismo. El razonamiento quizá no fuese impecable, pero como argumento era lo suficientemente sólido para proporcionarle algún descanso ocasional en su tarea de vigilar a Anakin, y eso era más que suficiente para el androide.

Anakin tecleó un código en el panel de acceso y se oyó un suave campanileo. Experiencias anteriores habían enseñado a Q9 que aquel sonido no era una buena señal, pues parecía ser una especie de timbre de advertencia.

—Ya es suficiente, Anakin —dijo Q9.

Anakin miró a su alrededor con los ojos llenos de sorpresa, como si no hubiera sabido que Q9 estaba allí.

— ¡Q9! —exclamó—. ¡Oh!

Si el androide hubiera sido programado para hacerlo, habría dejado escapar un suspiro. Q9 ya llevaba horas con el pequeño, por lo que parecía improbable que Anakin hubiera podido ser sorprendido por su llegada. Por otra parte, Anakin nunca había dado señales de poseer excesivas

dotes interpretativas. Q9 había oído hablar del fenómeno conocido como distracción, pero nunca había tenido ninguna razón para creer que existiera realmente hasta que conoció a Anakin.

—Creo que sería preferible que dejaras de examinar esa máquina hasta que Chewbacca o alguno de los otros pueda echarle un vistazo —dijo.

— ¡Pero si ya casi he conseguido que funcione! —protestó Anakin.

— ¿Sabes qué hace? ¿Tienes alguna idea de lo que hace?

—N-n-no —admitió Anakin de muy mala gana.

— ¿Te acuerdas de lo que ocurrió la última vez que oíste esa campanilla y seguiste adelante sin hacerle caso?

—Se abrió una trampilla —dijo Anakin, y de repente encontró razones para volver los ojos hacia cualquier dirección salvo aquella que le habría obligado a mirar a Q9—. Sí. Se abrió una trampilla..., debajo de mí. Y caí por un conducto de eliminación de desperdicios. Si no hubiera conseguido poner mis repulsores a máxima potencia a tiempo y salir disparado hacia arriba, ¿qué sería yo en estos momentos?

—Un cubo de metal compactado de diez centímetros de lado. A menos que la máquina ya te hubiera derretido, claro.

—Exacto. Pero Chewbacca no lo descubrió hasta más tarde, ¿verdad?

—Yo le ayudé —protestó Anakin.

—Sí, lo hiciste. Y te necesitamos para que sigas ayudándole. Así pues, ¿qué haríamos si esta vez la trampilla se abriera debajo de ti?

Anakin, considerablemente alarmado, le miró con los ojos muy abiertos.

—Oh —dijo—. Quizá será mejor que pare y deje que Chewie le eche un vistazo.

—Sí, quizá sería mejor —dijo Q9—. Venga, vamos a buscar a los otros.

Anakin asintió.

—De acuerdo —dijo, y se volvió hacia la dirección por la que habían venido y echó a andar.

Q9 le siguió flotando sobre sus haces repulsores, sintiéndose bastante aliviado al ver que Anakin había decidido cooperar..., por lo menos aquella vez. Q9-X2 había sido diseñado con la capacidad de aprender nuevas conductas a través de los tanteos y los errores, pero nunca se había imaginado que llegaría a usar esa capacidad para aprender psicología infantil práctica. Las habilidades necesarias para manejar a Anakin aunque sólo fuese con un grado de éxito mínimo estaban ocupando una porción desusadamente alta de los recursos de sus sistemas. Q9 decidió que cuando todo aquello hubiera terminado tendría que llevar a cabo un autoborrado parcial de memoria y liberar un poco de capacidad.

Si es que terminaba alguna vez, claro. Mientras salían del pasadizo lateral y entraban en la cámara central, Q9 también pensó que aquella situación empezaba a parecer bastante permanente.

El grupo de refugiados que se habían ocultado en aquel lugar tan gigantesco y extraño no podía ser más abigarrado. Anakin y Q9 se detuvieron en la salida del pasadizo lateral y miraron a su alrededor.

Vista desde allí, la cámara del repulsor parecía demasiado larga y obvia para poder ser un buen escondite, pero Q9 sabía lo difícil que resultaría encontrar aquel lugar desde la superficie. Estaba protegido contra todos los sistemas de detección conocidos por Q9..., con la única excepción de Anakin Solo. El pequeño había encontrado aquella cámara —y su gemela idéntica en Corellia— sin ninguna dificultad.

Y había buenas razones para esconderla, desde luego. La cámara contenía el repulsor planetario que había impulsado a Drall hasta su órbita actual hacía un número desconocido de milenios. Lo mismo había ocurrido con Corellia y, sin duda, con Selonía y los Mundos Dobles, Talus y Tralus, los otros planetas habitados del sistema seloniano. Cada uno de ellos tenía una cámara oculta como aquélla. Cada una de esas cámaras tenía un repulsor planetario como el que había en aquélla, y cada planeta había sido transportado al sistema corelliano hacía mucho, mucho tiempo, por una raza olvidada hacía mucho tiempo y por alguna razón igualmente olvidada hacía mucho tiempo.

Pero la cacería de los repulsores ya estaba en marcha. El grupo que se ocultaba en la cámara del repulsor llevaba algún tiempo sin tener ningún contacto con el exterior, pero según las últimas informaciones de que disponían, las fuerzas rebeldes de por lo menos algunos de los mundos habitados —y probablemente de todos ellos— estaban llevando a cabo una activa búsqueda de los repulsores. La razón no estaba totalmente clara. Los repulsores serían unas armas potentes y muy efectivas, pero nunca permitirían ganar una guerra. Según Ebrihim, un repulsor planetario podía ser utilizado para destruir una nave en órbita..., pero resultaría difícil de apuntar y bastante complicado de utilizar. Habría un elemento de sorpresa, pero sólo la primera vez que el repulsor fuera utilizado. Había otras formas más simples, baratas y fiables de derribar naves espaciales enemigas, y muchas de ellas estaban al alcance de los grupos rebeldes. Así pues, ¿por qué estaban gastando un tiempo y unos esfuerzos preciosos en plena guerra para localizar unas armas de una utilidad tan marginal?

Q9 se dio por vencido. Ya había llegado a ese mismo punto del análisis doscientas treinta y nueve veces..., y si no había conseguido dar con la respuesta al enigma en ninguna de esas ocasiones, no parecía muy probable que fuera a descubrirla en el intento número doscientos cuarenta.

En vez de seguir pensando en el enigma, el androide se dedicó a admirar las extrañas y gigantescas estructuras que formaban la cámara principal del repulsor planetario. La cámara propiamente dicha consistía en un gigantesco cono vertical que medía casi un kilómetro desde la punta a la base y cuyos muros parecían ser de un impecable y reluciente metal plateado. En la base de la cámara cónica había seis conos más pequeños de la misma sustancia plateada, cada uno de cien metros de altura. Estaban colocados a intervalos regulares formando un círculo centrado alrededor del eje de la pirámide. En el centro exacto de la base de la cámara había un séptimo cono más grande y el doble de alto, pero con la misma esbeltez de proporciones que los otros. Los pasillos que llevaban a las cámaras laterales estaban esparcidos alrededor de la circunferencia de la cámara, y conductos verticales que se abrían en el suelo de la cámara llevaban a una serie de niveles inferiores que ni siquiera habían empezado a explorar.

Era un lugar inmenso, artificial, resplandeciente, impersonal y profundamente extraño, con un tosco campamento improvisado de aspecto francamente pobre y casero en su centro, justo al lado de la base del cono central. Visto con los ojos de un humano o un drall —o incluso de un wookiee— el campamento ya resultaba de lo más incongruente. Para un androide, su presencia allí resultaba pura y simplemente absurda.

El *Halcón Milenario* también estaba allí, y pilotarlo a través de la entrada oculta en la superficie había sido una labor francamente difícil y delicada. El aerodeslizador de la duquesa estaba aparcado junto a la nave. Una cuerda con ropa recién lavada colgando de ella iba desde la antena parabólica superior del *Halcón* hasta una antena que brotaba del techo del aerodeslizador. Chewbacca estaba intentando usar la menor cantidad de energía posible para disminuir las probabilidades de que fueran detectados, e incluso la secadora del *Halcón* permanecería desconectada mientras estuvieran allí. Mesas y sillas plegables habían sido colocadas al lado de los dos vehículos y los niños, hartos de soportar la falta de espacio a bordo del *Halcón*, habían trasladado sus colchonetas de dormir al exterior y las habían colocado debajo de la nave. Como

siempre, los niños habían dispuesto sus camas de tal manera que todos pudieran dormir juntos: las de los gemelos estaban pegadas la una a la otra, y la de Anakin quedaba muy cerca de ellas.

Q9 podía ver a todo el resto del grupo desde allí. Jacen y Jaina estaban sacando equipo del *Halcón Milenario*; Chewbacca el wookiee estaba sentado sobre su silla plegable, luchando con algún aparato recalcitrante; y los dos dralls, Ebrihim y su tía Marcha, duquesa de Mastigóforus, estaban sentados al otro extremo de la mesa con la cabeza inclinada sobre su trabajo.

Al igual que todos los individuos de su especie, los dos dralls eran bastante bajos para los patrones de medida humanos, con Ebrihim siendo más o menos de la altura de Jacen. Tenían los miembros cortos y los cuerpos compactos —de hecho, claramente rollizos— y cubiertos por un espeso pelaje marrón. Q9 ya había podido descubrir que los humanos tendían a encontrarlos notablemente parecidos a animalitos de peluche. A algunos humanos les resultaba bastante difícil tomárselos en serio, pero no saber tomarse en serio a un drall siempre era un inmenso error. En general los dralls eran serios, reflexivos y altamente prudentes. Aunque otros representantes de su raza pudieran tener a Ebrihim por un joven algo alocado, su tía era uno de los seres con más sentido común que Q9 había conocido en toda su existencia.

Y, sin duda, el último y un tanto inquietante descubrimiento hecho por Anakin les daría algo más sobre lo que trabajar y les proporcionaría otra pieza para el rompecabezas que estaban intentando montar. Marcha y Ebrihim tenían la firme intención de llegar a entender el sistema de control del repulsor lo suficientemente a fondo para poder utilizarlo. Vista su situación actual, Q9 tenía la impresión de que los dos dralls se habían adjudicado el trabajo más duro y difícil.

Dejando aparte el de esperar, por supuesto..., y eso lo estaban haciendo todos.

— ¡Venga, Q9! —exclamó Anakin—. Muévete de una vez, ¿quieres?

Otro pequeño dato sobre la psicología infantil que registrar: por muy lentos que pudieran llegar a ser los niños cuando estabas esperándoles, ningún cuidador era capaz de moverse lo suficientemente deprisa cuando era el niño quien tenía que esperar.

—Ya voy, Anakin.

Jacen dejó en el suelo la caja que había sacado del *Halcón*, alzó la mirada y vio a Anakin y Q9 volviendo al campamento.

—Por fin —dijo—. Pensaba que no regresarían nunca. Ahora ya podemos comer.

—Maldición. ¿Podemos? Quizá podríamos conseguir que esperasen un rato más antes de volver.

Jaina dejó su caja en el suelo y saludó a Anakin agitando la mano de un lado a otro. Su hermano pequeño le devolvió el saludo.

—Venga, las raciones de supervivencia no son tan malas.

—Y tampoco son muy buenas..., sobre todo cuando has tenido que tragarte nueve millones de raciones de supervivencia una detrás de otra. Creo que las llaman raciones de supervivencia porque nadie sabe si podrás sobrevivir a ellas.

—Ja, ja. Muy gracioso. Creo que ya me has contado ese chiste nueve millones de veces..., y la primera vez ya no me hizo mucha gracia.

—Lo siento —dijo Jaina, sentándose encima de su caja—. Resulta bastante difícil encontrar nuevas fuentes de inspiración estando aquí dentro.

—Lo sé, lo sé —dijo Jacen—. Las cosas nunca cambian mucho en este sitio, ¿verdad? Podría haber ido a echar un vistazo al cronómetro del *Halcón Milenario*, pero sin él y sin la rígida insistencia de Chewbacca en que todos comieran y durmieran a intervalos regulares, no hubieran

tenido ninguna indicación de cuánto tiempo había transcurrido. La iluminación de la cámara siempre se mantenía en el mismo nivel de brillantez, y procedía de alguna fuente difusa e inalcanzable situada en la parte superior de la caverna. La gigantesca cueva no producía ningún sonido, y los únicos ruidos que podían oír eran los que ellos mismos ocasionaban al ir de un lado a otro y hablar. Pero cada sonido que produjeran creaba una serie de débiles ecos lejanos, una cadena de susurros que seguían bajando de la cima de la cámara durante largos segundos después de que el sonido original hubiera cesado. Y los ecos de cada sonido se mezclaban con los de todos los demás: la risa de Anakin se confundía con el gruñido de Chewbacca o el zumbido de una máquina, o el golpe seco de una silla plegable chocando con una mesa se entremezclaba con los tonos solemnes de los dos dralls que mantenían una conversación en voz baja.

Allí donde el campamento estuviera activo y en movimiento, siempre había un continuo telón de fondo de ecos que reverberaban desde arriba, un cierto nivel de sonido que, aun siendo débil, bastaba para conseguir que la cámara pareciera menos imponente y vacía. Pero cinco o diez segundos después de que hubieran dejado de moverse o hablar, la cámara volvía a quedar sumida en el silencio y la ausencia de sonido parecía gritar con más fuerza que cualquier ruido lo extraño que era aquel lugar, lo viejas que eran sus impolutas y relucientes paredes plateadas, y lo incomprensibles y poderosas que eran sus capacidades.

La noche —o el período de tiempo que fingían era la noche— siempre era el peor momento. Las paredes plateadas seguían brillando bajo aquella luz que no cambiaba nunca, y todos se retiraban a descansar: los niños sobre sus colchonetas bajo la sombra del *Halcón*, Chewbacca en la litera de la nave donde había dormido siempre, los dos dralls en camas plegables dentro del aerodeslizador de la tía Marcha, y Q9 conectado a una salida de carga. Entonces todo quedaba tan silencioso que el más leve ruido parecía crear ecos que no se apagaban nunca. Una tos, un susurro, el suave ronquido de Ebrihim —o Anakin llorando en sueños— parecían subir hasta el cielo y volver a bajar una y otra vez.

Jacen pensó que no era la forma de vivir ideal. Pero, en cierto sentido, la verdad es que no era una forma de vivir sino de esperar. Todos ellos, incluso Anakin, parecían saber que las cosas no podían seguir igual eternamente..., y ni siquiera durante mucho tiempo. Ahí fuera se estaba librando una guerra y, más pronto o más tarde, uno de los dos bandos encontraría aquel lugar, y después de eso... Después de eso, nadie se atrevía ni a fingir que sabía lo que iba a ocurrir.

—Siéntate bien, Anakin, y deja de golpear la pata de la mesa con el pie —dijo la duquesa Marcha—. El ruido ya es lo suficientemente molesto, pero estos ecos me impiden concentrarme. —Meneó la cabeza y volvió la mirada hacia su sobrino Ebrihim—. Si he de serle sincera, sobrino, no entiendo a estos niños humanos... ¿Qué consigue Anakin encorvándose de esa manera y produciendo unos ruidos tan irritantes?

—No he estado cerca de ellos el tiempo suficiente para obtener una respuesta clara, queridísima tía. Pero quizá debería añadir que ni siquiera los padres humanos entienden el propósito de una gran parte de lo que hacen los niños humanos..., y eso a pesar de que hubo un tiempo en el que ellos también fueron niños.

— ¡Vaya! No sabría explicarte por qué, pero el caso es que eso no me sorprende nada. Supongo que nuestras crías también pueden llegar a dar unos cuantos problemas, pero debo decir que no guardo ningún recuerdo de que tú te comportaras tan mal como lo hace el pequeño Anakin.

— ¡No habléis como si yo no estuviera aquí! —gritó Anakin con indignación. Aquellos adultos dralls eran peores que los adultos humanos cuando se trataba de hacerles la vida imposible a los niños—. Estaba pensando.

— ¿Y en qué pensabas? —preguntó Jaina.

Todos se estaban aliando contra él, incluso los otros niños.

—Oh, sólo pensaba —dijo Anakin, con un aparatoso fruncimiento de ceño que le dejó la frente llena de arrugas.

—Bueno, Anakin, no hay nada malo en pensar —dijo la tía Marcha—. Estoy segura de que el universo sería un sitio mucho mejor de lo que es si todos dedicáramos algo más de tiempo a pensar. Y si pudieras pensar sin dar patadas a la mesa, eso nos ayudaría muchísimo. ¿Te parece que podrás hacerlo?

—Bueno —dijo Anakin.

Todavía estaba un poco enfadado. Pero sabía que había tenido suerte, porque habían dejado de hacerle preguntas. Si hubieran seguido preguntando, todas esas reglas de los Jedi que no entendía muy bien le habrían obligado a decirles la verdad, o sus hermanos se habrían dado cuenta de que se callaba algo y entonces se hubiese encontrado metido en un lío mucho más serio. A veces Jacen y Jaina se comportaban exactamente igual que los adultos.

Si les hubiese confesado que había estado pensando en aquel panel de control que estaba investigando cuando Q9 le dijo que dejara de hurgar en él, entonces todos habrían empezado a chillar y le habrían dado una gran bronca. Anakin sabía que podía conseguir que hiciera algo, algo grande e importante. En cuanto a qué era exactamente ese algo... Bueno, Anakin no estaba seguro de qué podía hacer, pero sabía que el panel podía hacer algo. Podía sentirlo. Era como si el panel de control le estuviera llamando, pidiéndole que volviera corriendo y liberase a la maquinaria para dejarle hacer el trabajo que se suponía que tenía que hacer.

Pero daba igual, porque no le habían preguntado por el panel.

Y eso quería decir que Anakin podía seguir pensando en él todo el tiempo que quisiera.

—Vamos, queridísima tía —dijo Ebrihim volviéndose hacia la duquesa—. Es muy tarde, y los demás ya están dormidos. Hemos hecho grandes progresos, pero esta noche no podemos avanzar más en nuestras investigaciones.

Los dos dralls estaban sentados en el aerodeslizador y habían estado comparando sus anotaciones del día, y Ebrihim tenía razón: por el momento no podían ir más lejos.

—Sean cuales sean los progresos que hemos hecho, no suponen más que un minúsculo primer paso por el camino que termina en la comprensión de este lugar —replicó la duquesa—. Tenemos una cierta idea de cómo están dispuestos los teclados alienígenas, y de lo que parecen significar algunas de las indicaciones de los botones y su código de colores. Pero pasar de ahí a comprender cómo funciona este sitio, y a dejarlo desconectado para que no pueda ser utilizado... ¿Una máquina que ha estado funcionando durante un mínimo de decenas de millares de años, y quizá durante mucho más tiempo? Por ejemplo, ¿de dónde saca su energía el sistema? Es algo sobre lo que no tenemos ni la más mínima idea. Supón que averiguamos cómo desconectarlo. ¿Adonde va la energía si no viene hasta aquí? Si se trata de alguna forma de aprovechamiento de la energía geológica, como sospecho, podríamos provocar perturbaciones sísmicas de dimensiones colosales. Creo que es muy probable que esta cámara sólo sea una parte de un sistema mucho más grande. Sospecho que esto no es más que la tobera, si quieres expresarlo así, de un sistema de propulsión unido a la mismísima esencia de este mundo. Estamos tratando con un artefacto que puede mover un planeta. Un artefacto con tanto poder también podría destruir un planeta si no fuera utilizado de la manera correcta. No veo ninguna manera de averiguar todo lo que necesitamos saber en un período de tiempo razonable.

Ebrihim sonrió y soltó una breve y seca risita.

—A menos, naturalmente, que nos limitemos a decirle a Anakin que encuentre el panel principal y dejemos que haga lo que quiera con él luego.

Su tía le contempló con los ojos desorbitados por el horror.

—No digas eso, sobrino. No lo digas ni en broma... Ese tipo de bromas tienen la fea costumbre de acabar convirtiéndose en realidad.

Los ojos de Anakin se abrieron tan de repente que el pequeño se sobresaltó. Había despertado de golpe, y se encontró contemplando la parte inferior del casco del *Halcón*. Anakin se irguió sin hacer ningún ruido y miró a su alrededor. Jacen y Jaina seguían estando profundamente dormidos. Chewbacca tenía el sueño lo suficientemente profundo para que Anakin ni siquiera tuviese que preocuparse por él. Ebrihim y la tía Marcha estaban en el aerodeslizador. Anakin se dio la vuelta y miró en esa dirección. Todas las luces del vehículo estaban apagadas. Las ventanas estaban oscuras, y la escotilla se hallaba cerrada.

Eso alejaba a Q9. El androide pasaba la mayoría de noches en la modalidad de espera, con una parte de sus sistemas desactivados y conectado a un puesto de carga portátil entre el aerodeslizador y el *Halcón*, de espaldas a la nave. Anakin también sabía que la masa del *Halcón* bloquearía prácticamente todos los sensores del androide. Mientras consiguiera mantener la nave entre él y Q9, Anakin debería poder salir del campamento sin problemas.

Moviéndose lo más silenciosamente posible, Anakin apartó su manta y rodó sobre sí mismo hasta quedar a cuatro patas. Después fue arrastrándose lentamente hasta que salió de debajo del *Halcón* y se encontró rodeado por la extraña e inmutable claridad que iluminaba la cámara del repulsor.

Anakin parpadeó un par de veces mientras se incorporaba. Escaparse del campamento bajo una luz tan potente como la del día resultaba un poco extraño, pero no tenía tiempo para pensar en esas cosas. Alguien podía despertar en cualquier momento y darse cuenta de que se había ido.

Anakin, moviéndose rápidamente sobre sus pies descalzos y vestido únicamente con su ropa interior, fue hacia el perímetro de la enorme cámara, lanzando alguna que otra mirada por encima del hombro para asegurarse de que mantenía la masa del *Halcón* entre él y Q9.

Llegó al perímetro y avanzó decididamente hacia la entrada del túnel más cercano. El pasadizo por el que quería ir quedaba casi al otro lado de la cámara en relación a su posición actual, pero eso no le preocupaba. Los demás podían perderse en los pasadizos laterales, pero no Anakin. El pequeño siempre podía percibir cuál era la dirección correcta.

Fue desplazándose sin ninguna vacilación o error por el complicado laberinto de pasadizos, enfrentándose a cada giro y pasillo con la más absoluta confianza. Podía sentir cómo el panel se iba acercando. Cada vez estaba más cerca de él.

Y allí estaba, tal como lo había dejado, con el teclado activador abierto y esperando. Anakin lo contempló durante unos momentos, y después alargó la mano y la dejó suspendida encima del teclado con la palma vuelta hacia abajo. Cerró los ojos, desplegó el poder de su mente y sintió el interior del teclado. Anakin fue resiguiendo los circuitos, los senderos lógicos y los potenciales y protecciones que había dentro de la máquina. Llevaba tantísimo tiempo dormida, esperando a que alguien la despertara...

Y ese momento por fin había llegado. Anakin sabía con una certeza total e inmovible cómo hacer que funcionara. Ya no había ningún Q9-X2 para burlarse de él o hacer que se preocupara por tonterías como las trampillas. Anakin sabía. No tenía ni la más mínima duda.

Anakin Solo alargó la mano y presionó el botón central de la parrilla de cinco por cinco. El botón verde se volvió de color púrpura. Bien. El pequeño permaneció inmóvil durante un momento y después, estirando los dedos al máximo, presionó los cuatro botones de las esquinas al mismo tiempo. Los botones se volvieron de color naranja, no púrpura. Anakin frunció el ceño. Eso no era exactamente lo que había esperado, pero daba igual. Tenía que seguir adelante.



Anakin pulsó el botón central de cada hilera, empezando por la de arriba y siguiendo en sentido contrario al de las agujas del reloj. Aquellos botones sí se volvieron de color púrpura, y eso hizo que Anakin se sintiera un poco más animado. El teclado volvió a emitir aquel campanilleo, pero esta vez no se conformó con producirlo una sola vez. El campanilleo siguió y siguió, como si no fuera a cesar jamás.

Anakin volvió a cerrar los ojos y mantuvo la palma de su mano encima del teclado. Sí. Sí. Eso era. Su dedo fue pulsando todos los botones de las esquinas, empezando abajo a la derecha y siguiendo en el sentido de las agujas del reloj. Al ser pulsado, cada botón pasó del naranja a un reconfortante color púrpura. Anakin se quedó inmóvil —pero sólo un instante— antes de pulsar el último botón. ¿Realmente era tan buena idea como parecía? Anakin sabía que aquello iba a meterle en un buen lío. Pero ¿sería un lío tan grave como para que fuese preferible olvidarse del teclado?

No. Tenía que hacerlo. Ya no podía volverse atrás.

Pulsó el último botón naranja. El botón se volvió de color púrpura y el campanilleo se hizo repentinamente más agudo y estrepitoso. Anakin oyó un débil zumbido detrás de él, y se dio la vuelta.

Una sección del suelo se estaba haciendo a un lado, y por un momento Anakin se preguntó si no habría estado equivocado en lo concerniente a las trampillas. Pero entonces una consola de aspecto muy complicado fue surgiendo lentamente del suelo: era un panel de control de aspecto bastante extraño hecho de la misma sustancia plateada que la cámara, y delante de él había un pequeño asiento, de aspecto igualmente raro, que parecía haber sido diseñado para una criatura cuyo cuerpo se doblaba por lugares distintos de los que acogían las articulaciones en el cuerpo humano.

Dando saltitos de pura excitación y con todas sus dudas olvidadas, Anakin se sentó en aquel extraño y diminuto asiento y ni siquiera se dio cuenta de que se estaba adaptando a su cuerpo, alterando su forma y subiéndole y desplazándole hacia adelante para que pudiera llegar a los controles con más comodidad. El pequeño contempló los instrumentos durante un minuto entero y después alargó los brazos y desplegó los dedos, estirándolos todo lo que podía. Anakin cerró los ojos y se sumergió en el intrincado y hermosamente complejo universo de senderos, derivaciones, controles y conexiones que se escondía detrás de los diales, palancas e interruptores que cubrían el panel de control. Lecturas de energía, almacenamiento de capacitancia, control direccional, subsistemas de dirección y centrado, salvaguardas de seguridad, limitaciones de blindaje, equilibramiento de los impulsos... Percibió lo que eran y lo que significaban, cómo operaban y cómo unían sus distintas funciones en una actuación común, y todo eso entró velozmente en él, como si aquellas máquinas antiquísimas estuvieran hablándole y le contaran su historia.

Anakin por fin supo qué eran y pudo entenderlas. Puso las manos sobre el panel de control y sintió cómo todo fluía a través de su cuerpo. «Despierta...» Tenía que despertar a la maquinaria. Todo el sistema llevaba tanto tiempo durmiendo... Quería despertar, revivirse a sí mismo y hacer el trabajo para el que había sido creado. Anakin empezó a actuar de una manera tan inconsciente como si estuviera dormido, moviéndose igual que en un profundo sueño, y se preparó para hacer lo que aquellas misteriosas capacidades suyas que le permitían manipular la Fuerza le decían que podía hacer, olvidándose de lo que era necesario hacer o de lo que debía hacerse. El pequeño sabía de alguna manera inexplicable que la compulsión y el deseo de hacer que el sistema volviera a funcionar estaban dentro de él, y que la maquinaria sólo era maquinaria. Pero aunque esa voz misteriosa que le apremiaba a actuar surgía de sus propios instintos y capacidades, Anakin tenía la extraña impresión de que procedía de la maquinaria. Baja esa palanca larga para poner en marcha el activador de inicialización del proceso. Haz girar ese dial para conectar el sistema de transferencia de energía geogravítica. Introduce esa secuencia de órdenes en el teclado de cinco por cinco para desactivar las protecciones. El suelo tembló levemente en algún lugar

lejano por debajo de él, y un potente zumbido surgió de la nada y empezó a crecer poco a poco. El campanilleo se fue volviendo cada vez más ruidoso, y las estridentes notas musicales que lo formaban se fueron sucediendo con una velocidad cada vez mayor.

Una parte plana del panel de control se onduló y empezó a relucir, y después empezó a abombarse hacia arriba hasta que acabó convirtiéndose en una protuberancia bastante parecida a la palanca de control de una nave espacial. Anakin alargó la mano izquierda hacia ella casi sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, y no se dio cuenta de que la palanca se alteraba y cambiaba de forma para adaptarse a los contornos de su mano. Un gráfico apareció en el aire por encima de la palanca, un cubo hueco formado por una parrilla de cubos más pequeños dispuestos en una estructura tridimensional de cinco por cinco por cinco. Todos los cubos pequeños eran transparentes, pero mientras Anakin los contemplaba un cubo se volvió de color verde en la esquina inferior izquierda del fondo.

El pequeño fue bajando la palanca de control con lenta cautela. El cubo verde se volvió de color púrpura, y de repente los tres cubos transparentes de su alrededor se volvieron de color verde. El cubo de la esquina se volvió de color naranja y la segunda capa pasó al verde, y el púrpura se extendió por una nueva capa de cubos. Los colores se fueron difundiendo poco a poco, hasta que toda la parrilla de cinco por cinco pasó del verde al púrpura para acabar brillando con destellos anaranjados. El suelo volvió a temblar, y el zumbido de la energía se fue intensificando rápidamente y, de alguna manera indefinible, se volvió más enfático y sólido, temblando con el sonido de energías colosales que esperaban ser liberadas.

Anakin soltó la palanca de control. El campanilleo cesó apenas lo hizo. La cámara de control quedó repentinamente sumida en el silencio cuando el zumbido de la energía se fue debilitando para descender por frecuencias cada vez más bajas, hasta que finalmente llegó un momento en el que el sonido cayó por debajo del umbral auditivo.

La palanca de control se derritió y volvió a convertirse en una sección plana del panel. Un nuevo botón se creó a sí mismo en el centro del panel, surgiendo de la superficie en un lento fluir y dándose forma poco a poco hasta que se convirtió en un disco de unos seis centímetros de diámetro y un centímetro de altura. El botón cambió de color mientras Anakin lo contemplaba, pasando del plateado al verde, del verde al púrpura, del púrpura al naranja y, finalmente, del puro y simple color naranja a un naranja que palpitaba y destellaba, latiendo en una variación incesante que pasaba del color del hierro fundido al matiz oscuro y casi rojo de un crepúsculo.

El silencio había vuelto a adueñarse de la cámara. Anakin contempló el último botón con la boca abierta y los ojos llenos de fascinación mientras la luz que brotaba del palpitante botón anaranjado arrojaba extraños colores cambiantes sobre sus ropas, su cara y sus ojos.

El botón. El botón estaba allí. Le llamaba o, si no era el botón, entonces era su propia compulsión, esa compulsión que le obligaba a hacer que las máquinas funcionaran y cumplieran con su misión, la que le estaba llamando desde las profundidades más recónditas de su ser.

Anakin no sabía de cuál de las dos cosas se trataba, y le daba igual.

Extendió la mano izquierda hacia el botón y la mantuvo inmóvil encima de él durante un momento.

Y después pulsó el botón.

Un repentino estallido de rayos surgió de la punta del cono central de la gran cámara. Los relámpagos salieron disparados hacia los conos más pequeños y chocaron con ellos, envolviéndolos en una nube de chispas y fuego. Un trueno ensordecedor, el sonido de la tierra resquebrajándose y abriéndose en un sinfín de grietas y fisuras, recorrió toda la gran cámara como un rugido descomunal. Luces cegadoras brotaron de los rayos para reflejarse en cada superficie plateada, inundando la cámara con un terrible resplandor.

Los conos más pequeños respondieron, y lanzaron sus propios rayos para que chocaran con la punta del cono central y la inflamaran en una explosión de incandescencia. Un instante después los rayos desaparecieron tan de repente como si nunca hubieran estado allí y los conos volvieron a estar como antes, sin haber sido afectados en lo más mínimo por las descomunales energías que habían estado bailoteando a su alrededor. El trueno creó ecos que resonaron por toda la cámara, reverberando de un lado a otro como el grito de guerra lleno de furia de un dios olvidado hacía mucho tiempo.

La cámara se estremeció y tembló bajo el impacto de aquel retumbar. Chewbacca, que estaba durmiendo a bordo del *Halcón*, salió despedido de su litera cuando la nave saltó y osciló junto con la cámara. El wookiee ya había recorrido la mitad del pasillo que llevaba a la sala de control de la nave cuando despertó del todo y comprendió que el *Halcón* seguía en el suelo.

Y no sólo en el suelo sino debajo de él, dentro de una cámara sellada y sin ninguna posibilidad de huida.

Escudos. Los escudos del *Halcón* les proporcionarían cierta protección. Tenía que hacer subir a todo el mundo a la nave, y deprisa. Chewbacca giró sobre sus talones y fue corriendo a la rampa de acceso.

Los gemelos habían salido de debajo de la nave. Estaban de pie y trataban de seguir estándolo mientras el suelo temblaba y bailaba debajo de sus pies. Chewbacca les gritó que subieran a bordo, pero los ecos del trueno eran tan potentes que ni siquiera su voz podía llegar hasta ellos. El wookiee empezó a agitar los brazos, haciéndoles señas de que subieran a bordo, Jacen le vio y asintió vigorosamente. Agarró del brazo a su hermana y tiró de ella, llevándola hacia la rampa. El mero esfuerzo de tratar de moverse bastó para que los dos perdieran el equilibrio. Pero los gemelos no se dieron por vencidos, y empezaron a arrastrarse hacia la rampa de acceso.

Los temblores parecían estar volviéndose menos violentos y el rugido envuelto en ecos se estaba desvaneciendo en la lejanía. Pero Chewbacca no se hizo ilusiones al respecto, pues estaba seguro de que aquella calma no duraría mucho tiempo.

Bajó corriendo por la rampa mientras los gemelos empezaban a subir a rastras por ella. Los otros. Tenía que buscar a los otros y llevarlos a bordo. Moviéndose como si estuviera sobre la cubierta de un navío sacudido por la tormenta en alta mar, Chewbacca fue hasta el otro lado de la nave. El aerodeslizador estaba volcado. Chewbacca fue hacia él y la escotilla lateral se abrió y Ebrihim salió por ella, medio tirando de su tía y medio llevándola en brazos. La duquesa Marcha parecía tener un corte bastante serio en la sien izquierda, y daba la impresión de estar medio aturdida.

Chewbacca se las arregló de alguna manera para recorrer la distancia que le separaba del aerodeslizador, y llegó hasta él sin saber muy bien cómo lo había conseguido. Extendió los brazos y levantó a la tía Marcha, y después se la metió debajo de un brazo y alzó en vilo a Ebrihim con el otro y lo bajó hasta el suelo.

Le gritó a Ebrihim que subiera a bordo del *Halcón* y señaló la nave. O Ebrihim pudo entender lo que le estaba diciendo Chewbacca o entendió el gesto. El drall asintió y empezó a avanzar hacia la nave. El suelo ya casi había dejado de moverse, y Ebrihim pudo caminar de una manera más o menos normal sin ser derribado por las sacudidas.

Chewbacca volvió la mirada hacia la nave y pudo ver a Q9, inerte en su modalidad de reposo, caído junto a su conexión de carga. El wookiee fue hasta la conexión, con la tía Marcha todavía debajo del brazo, y examinó la situación. El androide parecía completamente inactivo e inmóvil. Chewbacca tiró del cable que lo unía a la conexión de carga, pero el cable parecía haber quedado atascado en el orificio. Chewbacca tiró con más fuerza, y el cable se partió. El wookiee cogió al androide con la mano libre y fue hacia el *Halcón*.

Y los rayos volvieron a surgir de la nada en ese mismo instante, saliendo disparados del cono central para lanzarse sobre los seis conos más pequeños que lo rodeaban. Chewbacca no pudo reprimir la reacción totalmente involuntaria de alzar la cabeza hacia aquel cegador despliegue de luces, pero enseguida comprendió su error y desvió la vista antes de que el resplandor pudiera cegarle.

Podía desviar la mirada de la luz, pero el sonido, aquel sonido abrumador... Chewbacca no podía hacer nada para dejar de oírlo.

Echó a correr hacia la nave mientras los conos respondían a la llamada de su dueño y señor enviando sus propios rayos de fuego hacia el cono central. El ruido se intensificó y se volvió más ensordecedor que nunca, y las oscilaciones del suelo se volvieron tan violentas que faltó muy poco para que derribaran a Chewbacca. El *Halcón* estaba dando saltos sobre sus soportes de descenso, bamboleándose encima de los mecanismos hidráulicos que absorbían y amortiguaban los impactos.

Chewbacca corrió con paso tambaleante alrededor de la nave y logró llegar a la rampa de entrada. Una vez allí, tuvo que esperar un momento de calma en las oscilaciones y saltos de la superficie plateada que formaba el suelo para poder subir por ella. El wookiee esperó hasta ver llegar su oportunidad, y subió corriendo por la rampa y entró en la nave. Pulsó el botón que levantaba la rampa, entró en la sala común y dejó a la duquesa Marcha y a Q9-X2 en el suelo, depositándolos sobre las planchas tan delicadamente como se lo permitieron las vibraciones. Ebrihim ya había sacado un equipo de primeros auxilios de algún compartimento, y se arrodilló al lado de su tía.

Los dos dralls, el androide, los gemelos... Y de repente Chewbacca se dio cuenta de que Anakin no estaba allí. El wookiee había supuesto que el pequeño estaría con los gemelos, pero no era así. Chewbacca giró sobre sus talones y fue hacia la puerta.

— ¡Anakin está a salvo! —gritó Jacen, quien resultaba obvio había comprendido lo que estaba pensando Chewbacca a partir de su acción, levantando la voz para hacerse oír por encima de aquel estrépito atronador—. Está en algún túnel lateral. Puedo sentir su presencia en la Fuerza. Se encuentra bien, y le asusta más el pensar en lo mucho que vamos a enfadarnos con él que la posibilidad de sufrir algún daño. Creo que ha provocado todo esto.

Chewbacca se limitó a quedarse inmóvil y contempló a Jacen durante unos momentos sin saber lo que debía hacer. Había jurado proteger a los niños por encima de todo lo demás. Si Anakin estaba a salvo, entonces podía levantar los escudos de la nave y esperar a que toda aquella incomprensible actividad hubiera terminado. Pero si Anakin corría peligro... Bien, ¿qué podía hacer en ese caso? ¿Registrar todos aquellos pasillos interminables buscándole durante aquella colosal perturbación? Pero si hacía eso, entonces estaría exponiendo la nave y a quienes estaban a bordo de ella a un peligro mayor. Tendría que levantar los escudos y bajarlos para poder entrar y salir..., y aparte de él, no había nadie que conociera el *Halcón* lo suficientemente bien para mantener levantados los escudos.

Si quería evitar que los demás corrieran peligro, tendría que quedarse allí. Muy bien. No era la solución ideal y no carecía de riesgos, pero era la decisión más sensata y lógica que podía adoptar dadas las circunstancias. Si se había equivocado, y Anakin sufría algún daño como resultado de su equivocación... Bueno, Chewbacca sabía que entonces ya no tendría ningún derecho a seguir viviendo.

El wookiee sólo necesitó un momento para pensar todo aquello, pero el pensamiento no era nada sin la acción. Fue corriendo hasta la cabina de pilotaje y activó los escudos del *Halcón*, poniéndolos a máxima potencia. El sonido se debilitó un poco cuando los escudos empezaron a funcionar. Chewbacca intentó conectar los repulsores de la nave para elevarla sobre el tembloroso suelo de la cámara, pero los repulsores se negaron a activarse. El wookiee estudió las lecturas de

los indicadores de propulsión. Todos los sistemas de propulsión estaban apagados y sin energía. Chewbacca no tenía ni idea de a qué se debía, pero no había tiempo para preocuparse por eso. Tenía que hacer subir la nave antes de que las convulsiones del suelo la hicieran pedazos. Había una forma de conseguirlo, y podía emplearse incluso si los sistemas de propulsión estaban fuera de servicio. Chewbacca empezó a manipular los controles de los escudos, transfiriendo energía de los escudos superiores a los inferiores y extendiendo los escudos inferiores hasta su máximo alcance. Después fue disminuyendo su rigidez, de tal manera que los escudos formaron una membrana que se iría engrosando gradualmente en vez de constituir un borde duro..., suponiendo que el truco diera resultado. El *Halcón* tembló y pareció vacilar durante un momento, y después se fue levantando sobre sus soportes de descenso hasta que acabó reposando encima de un almohadón de escudos inferiores reblandecidos. Los saltos, sacudidas y oscilaciones del suelo de la cámara seguían allí y todavía podían ser notados, pero los escudos absorbían una parte considerable de su violencia y proporcionaban a la nave una posibilidad de soportarlos sin sufrir daños demasiado graves. Chewbacca ajustó los escudos para que se autocompensaran y mantuvieran la disposición actual.

El wookiee podía albergar la esperanza de que los escudos les protegerían de lo que estaba ocurriendo, pero no podría hacer nada salvo conservar esa esperanza hasta que supiera qué estaba ocurriendo. Lo único que sabía con certeza era que, fuera lo que fuese, parecía estar ocurriendo por encima de ellos. Chewbacca alzó la mirada justo a tiempo de contemplar cómo otro espectacular ciclo de relámpagos iba y venía por entre las puntas de los conos y era sucedido por otro estallido, y luego por otro más. Estaba claro que el ciclo se iba acelerando y que se volvía más poderoso a cada momento que pasaba. No había forma de saber qué clases de energía y radiaciones estaban emitiendo aquellos rayos. Chewbacca no podía hacer nada, y tuvo que conformarse con esperar que los escudos del *Halcón* protegieran a sus ocupantes de todo aquello.

Las transferencias de relámpagos se fueron acelerando más y más y se volvieron cada vez más potentes, hasta que llegó un momento en el que todas las puntas de los conos quedaron unidas por chorros de llamas y se convirtieron en un incesante estallido de claridad.

Entonces pareció como si las puntas de los conos atrajeran todo aquel mar de fuego hacia el interior de las colosales estructuras, absorbiendo la energía que fluía alrededor de ellas. El rugido atronador de los rayos se fue desvaneciendo a medida que los conos ardían entre chisporroteos de energía, con luces de todos los colores imaginables reluciendo y destellando sobre sus superficies.

Chewbacca estaba pensando que la impresionante exhibición de poder ya había llegado a su clímax cuando vio que aquellos colores que fluían y cambiaban incesantemente estaban bajando por los conos, y que se dirigían hacia el suelo de la cámara..., y hacia el *Halcón Milenario*. El wookiee intentó activar alguno de los sistemas de propulsión, cualquiera de ellos..., pero todos permanecieron tozudamente apagados a pesar de sus frenéticos esfuerzos.

Y de repente toda la nave quedó envuelta en una oleada de rayos, una tempestad ígnea de chispas y estallidos de llamas que se deslizó alrededor de los escudos, desparramando sus centelleos y chisporroteos por todas partes. Todos los interruptores de seguridad, fusibles y protectores de circuitos de la nave saltaron en el mismo instante, pero Chewbacca no intentó desconectarlos. No sentía ningún deseo de tener aunque sólo fuese un circuito activo y en funcionamiento con tanta energía fluyendo alrededor de la nave.

La oleada de energía siguió moviéndose velozmente y subió por los lados de la pared interior de la cámara cónica, ascendiendo hacia el ápice de la cámara bajo la forma de un anillo de energía chisporroteante que se fue volviendo más poderosa, deslumbrante e incontenible a medida que iba subiendo por el cono.

El anillo de fuego acabó convirtiéndose en un punto de furioso poder que ardió durante unos momentos en la punta del cono y después estalló hacia fuera, floreciendo en un torrente de luz cegadora que se desparramó en todas direcciones. Las paredes del cono parecieron temblar, vibrar y expandirse mientras la onda de energía pura ondulaba a través de ellas.

Otro chorro de energía resplandeciente bajó por el gran cono central y los seis conos más pequeños y se desparramó por toda la base de la cámara, envolviendo el casco del *Halcón* en rayos de luminosa gloria llameante y alejándose velozmente, para luego seguir adelante y subir hacia el punto donde terminaba la cámara cónica en una veloz carrera hasta el pináculo, esparciendo su potencia en un tremendo estallido que hizo brillar y temblar las paredes del cono bajo su increíble poder. Y el ciclo se repitió y volvió a repetirse, una vez y otra y otra más...

... hasta que el estallido de energía no se reunió en un punto, sino que llegó a la cima del cono abierto y explotó bajo la forma de un anillo de luz..., con el azul del cielo diurno visible encima de él.

Chewbacca, que seguía aturdido y asombrado, empezó a comprender lo que estaba ocurriendo. La cámara cónica del repulsor planetario se estaba transformando a sí misma, abriéndose al exterior y abriendo su cima para poder tener acceso al cielo.

Otro estallido de energía se deslizó sobre la nave. Otro. Otro, y otro, y otro, y cada estallido de potencia inconmensurable subió hasta la cima del cono que había dejado de estar cerrado y fue obligándolo a abrirse más y más y más. Chewbacca echó un vistazo a los indicadores de los escudos y vio que estaban aguantando, lo cual era realmente milagroso..., aunque sin duda eso no era tanto un testimonio de la potencia de los escudos como de las características de la energía que se deslizaba sobre el casco de la nave. Los estallidos de potencia se limitaban a fluir por encima de los escudos, y no intentaban atravesarlos.

Pero Chewbacca ya había dejado de preocuparse por esas cosas. El que sobrevivieran o no, o acabaran calcinados y convertidos en cenizas, era algo que no dependía ni de él ni de nadie. Aquella máquina titánica haría lo que Anakin le había ordenado que hiciese, fuera lo que fuera, y nada podía interponerse en su camino.

Chewbacca pensó en las incontables megatoneladas de roca, peñascos y tierra que la cámara tenía que estar apartando de su implacable trayectoria, y en las descomunales sacudidas y vibraciones que debían de estar reverberando por los alrededores. Había toda una serie de túneles que llevaban hasta la entrada oculta de aquel lugar. Seguramente todos ellos se habían derrumbado, junto con el edificio construido por los drallistas que se alzaba encima de ellos. Los drallistas habían estado buscando el repulsor planetario, pero a esas alturas ya no cabía duda de que el repulsor planetario había encontrado a los drallistas y los había destruido, tal como ellos habían intentado destruir al gobierno de la Nueva República. Chewbacca encontró una especie de tosca justicia en aquel pensamiento, y sonrió para sus adentros.

Jacen entró en la cabina de pilotaje y se sentó en el sillón del piloto, el sitio de su padre, y estiró el cuello en un intento de ver lo que estaba ocurriendo. El muchacho parecía muy pequeño y muy asustado, pero aun así su rostro estaba muy serio y había adquirido una curiosa expresión de seriedad adulta y esforzado control de sí mismo. No había tiempo para sentir el terror del momento. Eso podría venir más tarde. Después de todo, las pesadillas servían precisamente para eso, ¿no?

El muchacho alzó la mirada y vio lo que estaba ocurriendo, y lo que estaban haciendo todas aquellas descomunales energías que hervían y se agitaban por encima de ellos.

—Se está abriendo —dijo Jacen, y su voz estaba llena de asombro—. Y se está volviendo más alto...

Chewbacca miró hacia arriba. No se había dado cuenta de eso, pero Jacen tenía razón. Las paredes del cono se estaban haciendo más y más altas, al mismo tiempo que seguían ensanchándose. Quizá fuese para asegurar que la tierra y las rocas que iba apartando de su camino no cayeran al interior de la caverna, o quizá fuese por otra razón totalmente distinta. ¿Quién podía saber cuáles habían sido las intenciones de los constructores de aquel impresionante artefacto?

Chewbacca se volvió hacia Jacen y señaló el exterior con un dedo, y después extendió la mano con la palma hacia abajo mientras dejaba escapar un gruñido de preocupación.

—Anakin está bien —dijo Jacen—. Puedo sentirlo. Está ahí fuera... —Jacen señaló un punto del perímetro del muro de la cámara—, y está asustado. Puede que todavía esté más asustado que nosotros... Eh... Más asustado que Jaina y que yo, quiero decir, pero no le ha pasado nada.

En la mente de Chewbacca apenas había espacio para nada que no fuese el miedo, pero aun así consiguió hallar un hueco en el que meter una risita silenciosa. Jacen había sido muy hábil. El muchacho sabía que a los wookies no les gustaba nada admitir que había momentos en los que podían llegar a tener miedo, y había encontrado una manera de evitar ofender a un wookie que estaba pura y simplemente aterrorizado. Cualquier ser racional estaría aterrorizado ante todo aquello. Chewbacca señaló la parte de atrás del *Halcón* y emitió un sonido interrogativo.

—Están todos bien —dijo Jacen—. La tía Marcha ya se ha despertado, y creo que pronto estará recuperada. Todos... Oh, excepto Q9. Sigue muerto..., o desconectado, o cortocircuitado, o lo que sea. Bueno, el caso es que no se mueve.

Chewbacca asintió. Tenían mucha suerte de estar vivos. Si Q9 podía ser reparado, Chewie se ocuparía de él más tarde. Si no... Bien, una baja parecía un precio realmente muy bajo que pagar a cambio de salir ilesos de aquella tempestad.

Otra oleada de energía se deslizó sobre el *Halcón*, sacudiéndolo un poco más violentamente que la anterior. La nave dio un par de saltos y giró unos cuantos grados hacia estribor. Chewbacca dejó escapar un gruñido pensativo. Había sido como un recordatorio.

El nuevo estallido de poder incontrolable acababa de recordarles que aún estaban muy lejos del fin de todo aquello..., tan lejos que quizá fuera demasiado pronto para poder decir que sobrevivirían.

## 5

### Al otro lado de la escotilla

Thrackan Sal-Solo, líder de la Liga Humana y Diktat del Sector Corelliano por autoproclamación, estaba contemplando la botella que tenía delante mientras dedicaba una considerable cantidad de reflexión a la idea de emborracharse. Aparte de esperar, no parecía haber ninguna otra cosa que pudiera hacer.

A Thrackan nunca se le había dado demasiado bien el esperar y eso resultaba bastante irónico, porque se había pasado una gran parte de su vida adulta esperando. Sus esperas habían sido múltiples: esperar que un superior dimitiera o se retirase o fuera arrestado, que un complot madurase, que llegara el momento adecuado y que por fin se produjera la largamente aguardada oferta de la sucesión de Dupas Thomrec, Diktat de Corellia..., hasta el día en que Thomree murió y el idiota de Gallamby ocupó su puesto. Después vino el esperar que el Imperio despertase y comprendiera el peligro que representaban los malditos rebeldes, que el Emperador devolviera los terribles golpes que la Rebelión estaba asestando al Imperio y que el contraataque de Thrawn tuviera éxito.

Tanto esperar, y todo en vano... Esperar cosas que nunca habían ocurrido, esperar dulces victorias que se habían acabado derritiendo para convertirse en amargas y humillantes derrotas.

Thrackan agarró la botella por el cuello, otro enemigo al que estaba intentando estrangular. Se levantó y caminó alrededor de su escritorio, salió de su despacho y fue por el pasillo de los cuarteles generales subterráneos. No eran tan espaciosos como los antiguos cuarteles generales, pero por lo menos allí estaba a salvo. Habría preferido mantener sus cuarteles generales en el bunker subterráneo del campo al otro lado de la ciudad, pero la Liga Humana se había visto obligada a abandonar aquella instalación supuestamente secreta. Las malditas selonianas habían sacado a Dracmus, su compatriota, de allí, junto con Han Solo, primo de Thrackan y traidor a la causa.

Thrackan no había necesitado llevar a cabo ningún gran esfuerzo de imaginación para comprender que un grupo que podía sacar a dos prisioneros de debajo de un bunker subterráneo podía colocar una bomba allí con idéntica facilidad. La consecuencia de todo ello era que Thrackan se había visto obligado a irse de allí, y que la Liga Humana tenía un cuartel general menos. Bien, otra anotación a incluir en el haber de la cuenta pendiente que Thrackan estaba acumulando con Han Solo... Más tarde o más temprano, Han Solo pagaría todas las deudas que había contraído.

Thrackan salió del edificio y empezó a caminar bajo la cada vez más débil luz del crepúsculo. Vio cómo los hombres del segundo turno iban llegando y bajaban a los niveles subterráneos para ocupar sus puestos. Algunos de ellos le vieron y lanzaron unos cuantos vítores. Thrackan se obligó a sonreír a los muchachos, y después se llevó la mano a la frente y les ofreció una especie de vago saludo informal. No hizo ningún esfuerzo para ocultar su botella. Ésa era una de las grandes virtudes de sus chicos, desde luego. Thrackan no tenía que fingir que no era humano y que no le gustaba tomar una copa de vez en cuando..., o incluso más frecuentemente.

Ah, si por lo menos sus chicos fueran un poco más hábiles a la hora de encontrar tesoros ocultos... Todavía estaban buscando el repulsor planetario corelliano. Tenía que estar escondido en algún lugar de los túneles que se extendían debajo de ellos. Tenía que estar ahí..., o de lo contrario la situación se volvería realmente muy complicada.

Pero ya se había vuelto muy complicada, naturalmente. Han Solo había escapado. Leia Organa Solo había escapado. Los bakuranos habían logrado abrirse paso a través del campo de



interdicción, nadie sabía cómo. Estaban en el sistema, y quizá ya se hubieran hecho con el control de Centralia. Las cosas no iban según el plan. Bueno, por lo menos Thrackan había conseguido saborear su pequeña ración de venganza particular. Leia Organa Solo podía haber escapado, pero los demás nunca lo harían. Con un poco de suerte, la historia contaría que el gobernador-general Micamberlecto había muerto a causa de las heridas sufridas durante el ataque inicial. Pero aun suponiendo que la verdadera historia de la muerte del froziano saliera a la luz, Thrackan no tendría que preocuparse demasiado por las consecuencias de esa revelación. El terror podía ser una herramienta muy útil.

Pero matar al gobernador-general sólo era un detalle. Había en juego muchas más cosas, y Thrackan sabía hasta qué punto era peligroso el juego al que estaba jugando. En todo el sistema planetario no había nadie que conociese la verdad oculta tan bien como él. Sabía hasta qué punto eran complicadas las mentiras entre las que se movía. Sabía que estaba rodeado de muchísimos peligros. Se había atribuido el control del plan para hacer estallar las estrellas y, al menos de momento, los verdaderos dueños y señores de la conspiración habían considerado conveniente para sus propósitos permitir que se lo atribuyera. Eso les proporcionaba una cobertura adicional, un nivel extra de engaño protector. De momento no podían hacer nada al respecto, por supuesto, pero era más que probable que creyeran que Thrackan cumpliría con su parte del trato y que desmentiría su afirmación inicial cuando llegara el momento más adecuado para que revelasen su identidad.

Podían creer lo que quisieran. Thrackan no tenía intención de hacer nada de eso. Los cerebros ocultos que habían urdido todo el plan también creían que Thrackan les entregaría el repulsor planetario de aquel mundo en cuanto lo encontrase, a cambio de que le dejaran hacer lo que quisiera en el planeta Corellia. Si lo deseaban, también podían seguir creyendo eso. Thrackan tenía otros planes. Los conspiradores que se ocultaban entre las sombras habían explicado a todos los líderes rebeldes que los repulsores planetarios eran unas soberbias armas defensivas y nada más. Pero Thrackan sabía unas cuantas cosas que se habían callado. Sabía que mientras tuvieran los repulsores en su poder y pudieran impedir que alguien más se acercara a ellos, no les molestaría en lo más mínimo que nadie consiguiera hacerlos funcionar. Pero Thrackan también sabía que los repulsores eran armas de negativa, armas de chantaje y amenaza que nunca resultaban más útiles que cuando permanecían apuntadas sin llegar a ser disparadas jamás.

Que los otros líderes rebeldes, la Supramadriguera seloniana de removedores de tierra o esos estúpidos incompetentes, los drallistas, pensaran lo que quisieran. Que los imbéciles de Talus y Tralus creyeran lo que les habían dicho sobre los repulsores. Thrackan sabía muchas cosas que ellos ignoraban. Sabía que los creadores del plan para hacer estallar las estrellas habían urdido un doble engaño en el que todos habían caído, y también sabía que un doble engaño era, sencillamente, el imprescindible primer paso por el camino que llevaba al éxito final de un triple engaño.

Pero nada de todo aquello le sería de utilidad a menos que su gente pudiera encontrar el repulsor y consiguiera dejarlo en condiciones de operar. Si esos asquerosos cavadores de túneles de Selonía podían hacerlo, entonces seguramente los humanos podrían hacerlo igual de bien.

— ¡Diktat Sal-Solo! ¡Diktat!

Thrackan giró sobre sus talones para ver al general Brimon Yarar, el encargado de la excavación, corriendo hacia él.

— ¿Qué ocurre, general?

— Hay noticias, señor. Tal vez sean grandes noticias... El repulsor planetario de Drall acaba de activarse.

— ¡¿Qué?!

—Ha ocurrido ahora mismo, señor. Naturalmente las interferencias siguen bloqueando las comunicaciones, señor, por lo que no podemos obtener más información. Pero nuestros sensores acaban de captar un inmenso estallido de actividad repulsora procedente de Drall. Es energía incontrolada y sin enfocar, pero está ahí. Los drallistas han conseguido activar el artefacto.

—No lo creo —dijo Thrackan—. No puedo creerlo. Los selonianos tal vez sí podrían hacerlo... Son muy buenos en toda clase de trabajos subterráneos. La Supramadriguera cuenta con algunos técnicos de primera categoría. Pero ¿los drallistas? Siempre han sido una pandilla de desgraciados.

En sus raros momentos de honestidad consigo mismo, Thrackan sabía que sus fuerzas de la Liga Humana tampoco eran precisamente la crema de la sociedad. La mayor parte eran unos matones estúpidos. A pesar de toda la ayuda que había recibido de los creadores de la conspiración para hacer estallar las estrellas, Thrackan no había conseguido reclutar a muchas personas realmente competentes. Había aprendido a aceptar esa realidad y a ser consciente de que aunque no fuesen las mejores herramientas posibles, sus tropas eran las mejores herramientas que había podido conseguir.

Pero matones o no, cuando se los comparaba con los drallistas hasta el más estúpido de ellos era todo un caballero y un genio de la ciencia. Por lo menos Thrackan había podido comprar a unos cuantos técnicos que tenían motivos personales para estar en contra de la nueva situación, y a algunos ex soldados y administradores imperiales. Los drallistas no habían tenido tanta suerte. Por muchas cosas malas que pudieras llegar a decir de la especie, tenías que admitir que aquellos pequeños imbéciles pomposos eran honestos, cautelosos y repugnantemente respetuosos de la ley y el orden desde la cabeza hasta los pies. En Corellia, y probablemente también en Selonía, Talus y Tralus, había existido un cierto descontento alrededor del que crear una revuelta. En Drall, por una simple razón de necesidad, la rebelión había tenido que ser totalmente artificial. Ni siquiera la Liga Humana habría aceptado en sus filas a unos reclutas tan lamentables como los que habían llegado a aceptar los drallistas..., y la capacidad técnica de los drallistas era tan pésima como su comportamiento.

La idea de que hubieran conseguido poner en marcha un repulsor planetario resultaba sencillamente increíble.

Eh, un momento. Un momento, un momento. Quizá los drallistas no lo habían puesto en marcha. Quizá ese pequeño truco de magia era obra de alguien más. Un destello de astucia iluminó la mente de Thrackan, y de repente estuvo casi seguro de quién podía ser ese alguien..., y si estaba en lo cierto, entonces tal vez aún podría sacar un pequeño beneficio extra de todo aquello.

Porque fueran quienes fuesen los que habían conseguido poner en marcha el repulsor planetario, Thrackan Sal-Solo estaba dispuesto a apostar que no lo mantendrían en funcionamiento durante mucho tiempo. Se volvió hacia Yara.

—Reúna a los mejores especialistas en repulsores, y a un pelotón de soldados de élite. —Se llevó la botella a los labios y tomó un gran trago. Un cálido resplandor empezó a fluir por sus entrañas—. Vamos a hacer una pequeña visita de cortesía a los drallistas.

Luke contempló la luz que se encendía y apagaba encima de la gigantesca escotilla de la cámara y se preguntó quién había al otro lado y por qué les pedía que entraran..., o, más exactamente, se preguntó si sería prudente seguir adelante y limitarse a entrar. Él y Lando ya llevaban cinco minutos de discusión sobre el tema, y de repente Luke decidió dar la vuelta al debate.

—De acuerdo, y sólo para ver el asunto desde todos los puntos de vista —dijo—. Supongamos que no entramos por esa escotilla. ¿Cuál es la alternativa?

—No lo sé —replicó Lando—. Si descendemos en el otro ...do de la esfera, o si vamos al extremo del cilindro más alejado, tal vez ...dríamos explorar dur... semanas antes de que pudieran dar con nosotros. Y eso podría se... una buen... idea.

— ¿Por qué? —preguntó Luke.

—Ya me conoces, Luke. Siempre pienso a gran escala.

—Oh, desde luego.

Lando había conseguido convertir el crear proyectos descomunales en una especie de profesión. Los proyectos tenían la fea costumbre de fracasar por razones totalmente ajenas a Lando, desde luego, pero eso no guardaba ninguna relación con el problema actual.

—De acuerdo, este sitio es muy grande. ¿Qué opinas de él?

—Creo que algo anda mal. Lo pensé la primera vez que vi este sitio, y cuanto más me acer..., más seguro estoy. Pienso a gran escala, pero también sé pensar de una manera racional y nunca me olvido de los objetivos finales. Lo grande tiene sentido para ciertos tra..., pero esto es demasia... grande. Esa estación tiene cien, mil vec... el volumen que debería tener para cualquier fin que se me pueda ocurrir atribuirle, y todo el diseño estructural es una locura. La gente de aquí no ve nada fuera de lo nor... porque la estación lleva muchísimo tiempo en el sistema. Se limitan a aceptar su presencia, y piensan en ella como un objeto natural. Pero... Bueno, Luke, créeme: hay algo en esa estación que me huele muy mal.

«Hay algo en esa estación que me huele muy mal.» Lando no tenía ninguna capacidad para emplear la Fuerza. Luke estaba seguro de ello, pero eso no quería decir que las intuiciones de Lando no pudieran ser acertadas. Luke cerró los ojos y desplegó su mente, sondeando con la Fuerza y tratando de obtener una impresión general de la estación y de los seres que pudiese haber a bordo de ella. Sólo consiguió detectar una mente inteligente, y era humana. ¿Sólo una? Quizá había otras presencias cuyas mentes estaban protegidas de alguna manera para que Luke no pudiera llegar hasta ellas. Luke desplegó sus sentidos de la Fuerza y rozó la única mente que podía percibir, tocándola con el contacto más delicado del que fue capaz. No descubrió ninguna huella de mal o de intenciones dañinas. Lo que sí encontró fue una potente sensación de miedo e incertidumbre.

Envío su sonda mental hacia la luz que se encendía y se apagaba y la compuerta que continuaba abriéndose y cerrándose. Había una mente allí: una mujer, y joven. Y esa mente seguía pareciendo preocupada y asustada..., pero también parecía bastante amistosa a pesar de todo ello.

—Yo voto porque aceptemos la invitación —dijo Luke—. Tienes razón, Lando. Podríamos pasarnos semanas explorando por nuestra cuenta, pero no creo que dispongamos de semanas para dedicarlas a explorar. Ah, y creo que los nativos son amistosos... Por lo menos, ahí dentro hay uno que parece tener buenas intenciones.

Hubo un silencio absoluto al otro extremo de la comunicación que duró el tiempo suficiente para que Luke empezara a preguntarse si el sistema láser habría dejado de funcionar, pero entonces Lando habló por fin.

—Cuando tienes razón, tienes razón —dijo—. Tendremos que correr el riesgo.

—Muy bien —dijo Luke.

Empujó la palanca de control de su caza, haciéndola avanzar en un movimiento casi imperceptible, y fue hacia la compuerta con el *Dama Suerte* detrás de él.

La luz dejó de parpadear en cuanto estuvieron un poco más cerca, y la compuerta se abrió del todo y se quedó inmóvil en esa posición. Luke tuvo que llevar a cabo unas cuantas maniobras

bastante complicadas para alinear su caza con el hueco de la escotilla y ajustar su velocidad lateral mientras éste rotaba. Hacer todo eso mientras estaba volando cabeza abajo dificultaba aún más las maniobras, pero no mucho. Luke estaba acostumbrado a volar en toda clase de posiciones con relación a su objetivo y, dado que la estación estaba girando para simular un campo gravitatorio, tuvo que asegurarse de que los soportes de descenso del ala-X estuvieran apuntando hacia el cielo mientras entraba por la escotilla.

A medida que se iba aproximando a la entrada, Luke fue comprendiendo que era todavía más grande de lo que le había parecido en un principio. Vista desde lejos había parecido tener unas proporciones normales, pero en realidad aquel acceso podría haber acogido al *Intruso*, el *Defensor* y el *Centinela* volando el uno al lado del otro. El ala-X de Luke entró en Centralia con tanto espacio sobrante a su alrededor como un insecto volador que entrara en la boca abierta de Jabba el Hutt. Lando le siguió a bordo del *Dama Suerte*.

El almirante Hortel Ossilege torció el gesto cuando los detectores del *Intruso* captaron el gigantesco estallido de energía repulsora procedente de Drall. Las sorpresas rara vez eran bienvenidas en una operación militar, y menos cuando te encontrabas tan lejos detrás de las líneas enemigas y tenías que vértelas con fuerzas tan poderosas. Lando Calrissian le había advertido de que sus tácticas de avance audaz podían acabar metiéndole en un buen lío. Bien, que así fuera. Ya no podían retroceder, y la cautela no le serviría de nada. Tendría que investigar aquel repentino estallido de actividad repulsora que seguramente procedía de otro repulsor planetario. Pero aquel chorro de energía no parecía haber sido disparado contra ningún objetivo. De hecho, le recordaba a una bengala lanzada al aire con el único propósito de atraer la atención.

Ossilege frunció el ceño mientras contemplaba la pantalla detectora. Quizá... Sí, quizá fuera exactamente eso. Con todas las comunicaciones convencionales cortadas, ¿de qué otra forma se podía anunciar que habías capturado un repulsor? Mediante un estallido de energía que sirviera como señal, por supuesto. Pero el enemigo, la oposición, había mantenido en secreto la existencia de su repulsor seloniano. Eso sugería que las personas que controlaban aquel repulsor estaban en el otro bando. Quizá estaban advirtiendo al otro bando de que no eran los únicos que contaban con un arma tan poderosa. El chorro de energía tal vez fuese algo más que una bengala de señales: quizá fuera un disparo de advertencia.

Estaba claro que Ossilege no tenía más remedio que investigar, pero el momento no podía haber sido menos conveniente. Sus naves acababan de ocupar las posiciones que se les habían asignado alrededor de la Estación Centralia. Gaeriel Captison y su grupo de exploración ya estaban dentro de la estación, y no disponían de ninguna forma de comunicarse con las fuerzas bakuranas.

Ossilege no podía abandonar su posición en Centralia o dejar abandonada a su gente. No le quedaba más elección que dividir sus fuerzas. Durante una fracción de segundo, el almirante tomó en consideración la posibilidad de limitarse a enviar una escuadrilla de cazas o una patrullera de ataque cargada de soldados. Pero... No. Había muchas probabilidades de que la oposición también decidiera ir a Drall para averiguar qué estaba ocurriendo con aquel repulsor. Las fuerzas bakuranas no podían limitarse a investigar, y tendrían que estar preparadas para luchar.

Ossilege sonrió y sus labios se curvaron, formando una delgada línea. Calrissian le había prevenido de los peligros que encerraba la audacia, cierto. Pero Ossilege había sido extremadamente cauteloso durante su avance hacia la Estación Centralia, y había hecho un pequeño descubrimiento acerca de la cautela: no le gustaba nada. El almirante se volvió hacia la oficial que permanecía inmóvil junto a él.

—Transmita mis felicitaciones a la capitana Semmac —le dijo—, así como la orden de poner rumbo a Drall. El *Intruso* irá a investigar esa oleada de energía repulsora. El *Centinela* y el *Defensor* permanecerán en Centralia. —Ossilege volvió la mirada hacia la pantalla detectora—. Alguien nos ha enviado una invitación. Creo que la cortesía nos obliga a aceptarla.

El ala-X de Luke y el *Dama Suerte* flotaban a quince metros de la cubierta y avanzaban lentamente hacia la escotilla, con los escudos levantados y moviéndose en formación para poder cubrirse mutuamente. En cuanto a la efectividad que pudieran llegar a tener aquellas precauciones cuando se enfrentaban a una estación espacial del tamaño de un planeta pequeño... Bueno, eso era un tema muy distinto del que ni Luke ni Lando hablaron en ningún momento.

Luke hizo entrar el ala-X por el centro de la escotilla, y después ejecutó un viraje para cubrir al *Dama Suerte* durante su entrada. El *Dama* avanzó lentamente, deslizándose poco a poco por el vacío hacia el interior de la zona de ataque. La cámara era cavernosamente gigantesca y estaba muy oscura. Los reflectores de descenso del *Dama Suerte* se encendieron y giraron de un lado a otro, proyectando una mancha móvil de claridad sobre la pared interior de la escotilla, pero Luke no sacó nada en claro de lo que revelaban. La gigantesca compuerta exterior se cerró, separándoles del espacio. Estaban atrapados..., suponiendo que quisieran ver su nueva situación desde ese punto de vista.

Las luces interiores de la cámara cobraron vida un instante después, y la intensidad de la iluminación fue aumentando lo suficientemente despacio para que Luke no quedara deslumbrado. El interior de la escotilla era la mitad de un cilindro puesto de lado, con la pared plana formando la cubierta.

La cubierta estaba llena de basura y restos de todas clases. Había trozos de ropa, maletas y bolsas de viaje rotas, contenedores de carga, maquinaria abandonada e incluso una pequeña nave espacial con todas las portillas de acceso abiertas y el morro desmontado. Estaba claro que había sido despojada de todas las piezas y sistemas que pudieran ser utilizados en otras naves.

—... rece que alguien tuvo que irse de ...quí a toda prisa —comentó Lando.

—Sí, eso parece —dijo Luke. ¿Y de qué habían huido con tanto apresuramiento? ¿Y cuánto tiempo había transcurrido desde que se fueron? ¿Se habían ido la semana pasada, o hacía cien años? Luke empezó a sentirse un poco preocupado—. Oye, Lando, en circunstancias normales yo diría que la nave que lleva pasajeros debería bajar primero y dejaría al caza en vuelo para cubrirla. Pero con esa compuerta cerrada, no le veo mucho sentido a esa forma de proceder. Bajaré primero. Si es una trampa, quizá la hagan saltar para atraparme y entonces...

— ¿Y entonces qué?

—No lo sé —dijo Luke—. Pero no bajes hasta tener la seguridad de que no hay peligro.

—Si espero tanto tiempo, nos vamos a ...sar un buen rato flotando sobre la cubierta —replicó Lando.

No parecía haber ninguna respuesta mínimamente convincente que darle, por lo que Luke ni siquiera intentó encontrarla.

—Voy a bajar —dijo.

Conectó los repulsores y pilotó el ala-X en un lento descenso hacia la cubierta.

Luke ejecutó un aterrizaje impecable, y se estaba preparando para abrir su carlinga cuando Erredós le envió una frenética serie de pitidos y zumbidos.

— ¿Qué? ¡Oh!

Erredós tenía razón: la cámara no estaba presurizada, y eso podía ser un problema. Luke no había traído consigo un traje de vuelo que pudiera ser sellado, y no estaba seguro de que hubiera

suficientes trajes de vuelo para todos a bordo del *Dama Suerte*. Pero ¿qué sentido tenía hacerlos venir hasta allí si luego no podían salir de sus naves?

Volvió a recorrer la cámara con la mirada, y se dio cuenta de que todos los restos se encontraban dentro de un perímetro bastante bien definido. ¿Qué razón podía haber para que todo el mundo se hubiera mantenido tan junto durante lo que parecía haber sido una huida a toda prisa motivada por el pánico? Un estallido de claridad surgió repentinamente de la nada en el centro del techo de la cámara. Cuatro chorros de luz brotaron del centro y bajaron velozmente hasta las cuatro esquinas de la cámara. Las franjas de luz se debilitaron rápidamente hasta ser sustituidas por la oscuridad, y luego el estallido de claridad volvió a surgir de la nada y desarrolló cuatro chorros que bajaron hasta las esquinas, y después la pauta volvió a repetirse. Era una señal tan clara como lo había sido el abrirse y cerrarse de la escotilla. «Bajad, bajad, bajad...»

Luke por fin entendió lo que estaba ocurriendo.

—Puedes descender, Lando —dijo—. Están utilizando un sistema de presurización mediante burbuja de energía. No creo que quieran activar el campo de fuerza hasta que hayas bajado.

Usando un sistema de campo de fuerza, podían evitar el tener que estar presurizando y despresurizando continuamente la cámara, algo que podía llegar a ser francamente laborioso en un hangar de aquellas dimensiones.

—Pero entonces los dos estaríamos...pados dentro del campo de fuerza —protestó Lando.

— ¿Y qué más da? Ya estamos atrapados dentro de la escotilla.

—Hay una cierta diferencia entre estar compartiendo una jaula con un bantha y meterse en la boca del bantha —murmuró Lando—. Pero... De acuerdo, allá vamos.

El *Dama Suerte* fue descendiendo sobre sus repulsores y se posó delante del ala-X de Luke, a unos diez metros de distancia de su proa.

El *Dama Suerte* apenas había acabado de posarse sobre la cubierta cuando hubo un centelleo iridiscente por encima de sus cabezas. Un instante después el centelleo se convirtió en una delgada capa de neblina azulada que envolvió a las dos naves, formando un hemisferio por encima de ellas. Un túnel formado por la misma neblina azul cobró existencia de repente detrás del *Dama Suerte*. Luke miró por él y pudo ver que llevaba hasta una escotilla interior de medidas más convencionales.

—Nos van guiando a cada paso que damos —murmuró para sí mismo.

Oyó un estridente silbido lejano, y el fuselaje del ala-X gruñó y chirrió durante unos momentos mientras se adaptaba al cambio producido en la presión. El siseo se fue volviendo más y más grave hasta que se convirtió en un rugir ahogado, y el aire que entraba en la cámara hizo bailotear algunos de los restos más pequeños y los esparció en todas direcciones hasta que el interior de la burbuja de energía quedó lleno de trocitos de papel, polvo y embalajes rotos que giraban locamente. El ala-X se meció sobre sus amortiguadores hidráulicos cuando el vendaval lo empujó.

Luke echó un vistazo a sus indicadores externos mientras el rugido se iba disipando. En lo que concernía a sus instrumentos, era aire totalmente normal a una presión totalmente normal. Podía contener algún gas nervioso mortífero que los detectores del ala-X eran incapaces de percibir, por supuesto, pero si quienquiera que estuviese dirigiendo todo aquel espectáculo hubiese querido matarles, ya podría haberlo hecho una docena de veces.

Bueno, sería mejor que dejara de pensar en eso y empezara a moverse de una vez. Luke desbloqueó la carlinga, activó el sistema de apertura y esperó hasta que la carlinga se hubo quedado inmóvil detrás de él. Después se quitó el casco de vuelo, lo guardó en un panel de almacenamiento y salió del compartimento de pilotaje. Se deslizó por el lado del fuselaje y saltó

ágilmente al suelo. Enseguida se dio cuenta de que la gravedad era relativamente débil. Estaban bastante cerca del eje de rotación, por supuesto. Luke sabía que la gravedad simulada mediante el giro de Centraria se iría haciendo más fuerte a medida que se aproximaran a la línea ecuatorial de la esfera.

Las escotillas del *Dama Suerte* se abrieron y la rampa de acceso brotó del casco. Lando, Gaeriel y Kalenda bajaron por ella, seguidos muy de cerca por un Cetrespeó visiblemente nervioso e inquieto.

—Este sitio no me gusta nada —anunció el androide de protocolo—. No, no me gusta ni pizca... Estoy seguro de que todos correremos el más terrible de los peligros mientras estemos aquí.

—Sí, por supuesto —masculló Lando—. Y además, ¿cuál Fue el último sitio que te gustó?

Cetrespeó titubeó durante unos momentos antes de responder e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Una pregunta muy interesante —dijo por fin—. La verdad es que ahora no recuerdo ninguno. Tendré que consultar mis archivos generales de datos.

—Ya lo harás más tarde, Cetrespeó —dijo Luke—. Puede que te necesitemos para otras cosas.

—Desde luego, amo Luke.

Gaeriel y Kalenda estaban contemplando la cámara, y sus respectivos comportamientos hacían que resultara muy fácil distinguir a la diplomática de la oficial de inteligencia. Kalenda se arrodilló para examinar algunos de los restos y pilló al vuelo unos cuantos de los trocitos de papel que bailoteaban de un lado a otro, sin duda con la esperanza de encontrar alguna pista importante en ellos. Gaeriel se aseguró de que Cetrespeó, el androide traductor y de protocolo, estuviera cerca de ella, y dirigió su atención hacia el túnel de energía y la escotilla que los llevarían hasta su anfitrión.

Luke oyó unos pitidos procedentes de la parte superior de su ala-X.

—No te preocupes, Erredós. No me he olvidado de ti.

Si estuvieran en la base, el procedimiento normal sería utilizar una polea para sacar a Erredós de su agujero de conexión en la popa del ala-X. En condiciones de campaña, Erredós podía salir del agujero por sus propios medios, pero el proceso resultaba un tanto lento y dificultoso, y había terminado en más de una ocasión con Erredós perdiendo el equilibrio y aterrizando ruidosamente sobre el suelo.

Pero cuando el piloto del ala-X era un Maestro Jedi, no había ninguna necesidad de emplear un método tan tosco e incómodo. Luke desplegó sus poderes de la Fuerza y elevó suavemente a Erredós por los aires.

—Tenga mucho cuidado, amo Luke —dijo Cetrespeó—. Sólo verle hacer eso ya me pone muy nervioso.

Erredós dejó escapar un prolongado gemido quejumbroso para indicar que estaba totalmente de acuerdo con Cetrespeó.

—Eh, calmaros un poco —dijo Luke—. Podría hacerlo incluso estando cabeza abajo. —Erredós dejó escapar un nuevo gemido—. Lo siento —dijo Luke—. No debería hacer bromas con ciertas cosas, ¿verdad?

Luke fue alejando poco a poco a Erredós del ala-X, y se disponía a empezar a bajarle hacia la cubierta cuando la escotilla que había al extremo del túnel de energía empezó a abrirse lentamente. Todos se olvidaron de lo que estaban haciendo y se volvieron en esa dirección.

Luke sintió que su mano iba hacia la espada de luz, pero enseguida la apartó de la empuñadura. No. Lo único que sabía hasta el momento era que había rozado la mente de un ser humano del sexo femenino que no parecía tener absolutamente nada contra ellos. Quienquiera que fuese a entrar por aquella puerta no les había hecho venir hasta allí para librar un combate. Si ésa fuera su intención, ya habrían muerto muchas veces. Vio cómo las manos de Lando y Kalenda iban hacia sus armas en el mismo movimiento reflejo y se apartaban de ellas un instante después.

Los dos paneles de la puerta se abrieron con un estruendo metálico y una mujer alta, delgada, de piel bastante pálida y que parecía estar un poco nerviosa entró por ella. Titubeó en el umbral durante un momento, y después se encogió de hombros y fue hacia ellos con un caminar rápido y decidido que parecía tener mucha más relación con su nerviosismo que con el deseo de llegar lo antes posible al final del túnel.

Luke la observó mientras se iba acercando, y pensó que la recién llegada era bastante atractiva. Tenía el rostro esbelto y alargado, con una abundante y rizada cabellera negra que le llegaba hasta los hombros y unas cejas tan prominentes como expresivas. Mientras venía hacia ellos parecía preocupada, y sus ojos no paraban de moverse de un miembro del grupo al siguiente. Pero un instante después la expresión de nerviosismo y preocupación se esfumó para ser sustituida por la más pura perplejidad cuando la mujer miró hacia arriba.

— ¿Cómo está haciendo eso? —preguntó—. ¿Y por qué lo hace?

— ¿Eh? —balbuceó Luke, y también miró hacia arriba—. ¡Oh!

Casi se había olvidado de que Erredós seguía suspendido en el aire. Si hubiera perdido aunque sólo fuese una fracción de concentración más, el pequeño androide se habría estrellado contra la cubierta. La llegada de su anfitriona parecía haber distraído a Erredós hasta el extremo de hacer que se olvidara de su situación. Luke usó el poder de su voluntad para bajar a Erredós y lo depositó suavemente sobre la cubierta.

—Es una historia bastante larga —dijo después.

—Apuesto a que lo es —replicó la mujer, observándole con un leve brillo malicioso en la mirada—. Bien, tanto da... Me llamo Jenica Sosen, y soy la OJ de O-Ad-Fu de Centralia.

— ¿Qué? —preguntó Luke.

Sosen dejó escapar un suspiro.

—Lo siento. La fuerza de la costumbre... Soy la Oficial Jefe de Operaciones, Administración y Funcionamiento de Centralia. Básicamente, y tal como están las cosas ahora, se podría decir que intento mantener en marcha todo esto. El PG de Centralia ordenó un despeje justo después del primer incidente serio del tipo fogonazo, y todo el SecrEj evacuó junto con prácticamente toda la pobciv de Centralia. Ojalá pudiera irme de aquí, pero me había tocado cargar con el muerto cuando declararon el despeje, así que tuve que quedarme.

Luke se disponía a preguntar qué demonios quería decir todo aquello cuando Cetrespeó dio un rápido paso hacia adelante e intervino.

—Tal vez pueda serle de alguna ayuda, amo Skywalker —dijo el androide—. Está utilizando muchos términos que son similares a los de la jerga burocrática de Coruscant. Creo que lo que la oficial administrativa Sosen quiere decir es que el Presidente General de Centralia ordenó una evacuación total después del primer desastre interno, y que todo el Secretariado Ejecutivo se fue junto con la mayor parte de la población civil. Aunque deseaba irse con todos los demás, daba la casualidad de que la oficial administrativa Sosen estaba al mando en el momento en que se ordenó la evacuación y, dadas las circunstancias, fue designada automáticamente para quedarse aquí como guardiana y cuidadora de la estación.



—No ha dicho nada de un desastre —dijo Lando en un tono bastante suspicaz.

—Le ruego que me disculpe, pero ha hecho referencia a un «incidente serio». Eso es un eufemismo burocrático muy común para referirse a una gran catástrofe.

—Eh, un momento —dijo Sonsen—. La caja de lata lo ha entendido todo muy bien, pero les recuerdo que estoy aquí. Podrían haberme preguntado qué quería decir.

—Sólo si promete hablar básico como todo el mundo —dijo Lando.

Luke no pudo evitar sonreír. Lando nunca había sido capaz de entender las sutilezas del lenguaje burocrático.

Por un momento pareció que Sonsen iba a lanzarse sobre Lando para arrancarle la cabeza de un mordisco, pero enseguida se calmó.

—Tal vez tenga razón —acabó admitiendo—. Pero he de saber qué están haciendo aquí. Sus naves han surgido de la nada, y después esos cazas también se largaron a toda velocidad.

— ¿Eran suyos? —preguntó Kalenda—. ¿Y a qué gobierno representa?

— ¿Los cazas contra los que han estado disparando? No, no eran cazas de la FedDob.

— ¿La FedDob?

—Lo siento. La FedDob es la Federación de los Mundos Dobles.

Kalenda asintió y volvió la vista hacia Luke, con su mirada aparentemente dirigida hacia algo que estaba flotando por encima de su hombro izquierdo.

—La Federación es el gobierno legítimamente elegido de Talus y Tralus.

—Todavía no me han explicado quiénes son ustedes y qué están haciendo aquí—dijo Sonsen.

—Le pedimos disculpas —dijo Gariel, hablando por primera vez—. Soy Gariel Captison, enviada plenipotenciaria del planeta Bakura. Le presento al capitán Lando Calrissian, el Maestro Jedi Luke Skywalker y la teniente Belindi Kalenda, todos del planeta Coruscant. Representamos a la Nueva República y al planeta Bakura. —Gariel siguió hablando en un tono de voz un poco seco que sugería que esperaba protestas, pero que no estaba dispuesta a hacer ningún caso de ellas—. Estamos tomando posesión de la Estación Centralia en nombre de la Nueva República.

— ¡Vaya, estupendo! —exclamó Sonsen—. Ya iba siendo hora de que alguien lo hiciera. Vengan por aquí y les enseñaré dónde está todo.

Después giró bruscamente sobre sus talones y echó a caminar por el túnel que llevaba a la compuerta interior.

Gariel, visiblemente perpleja, miró a Luke.

—Sonsen no es precisamente lo que esperábamos encontrar, ¿verdad? —preguntó.

—Cuando estás cerca de Luke, casi nada resulta ser lo que te esperabas —dijo Lando—. Pero si va a entregarnos las llaves, creo que será mejor que no la perdamos de vista.

Los cuatro humanos y los dos androides encontraron a Sonsen esperándoles al otro lado de la compuerta interior.

—Ahí lo tienen —dijo—. Bien, ¿empezamos el recorrido turístico? —Su tono no podía ser más tranquilo y despreocupado, como si entregar estaciones espaciales a fuerzas más o menos aliadas fuera algo que formaba parte de su rutina cotidiana—. No puedo enseñarles toda la estación, naturalmente, a menos que quieran morir de viejos antes de que hayamos visto la mitad de Centra, pero sí puedo enseñarles los lugares más importantes. Vengan por aquí.

Sonsen los llevó hasta la cabina de un turboascensor que mantenía abiertas sus puertas al otro lado de la cámara de la escotilla y entró en ella. Todos la siguieron. Luke entró el último, sintiéndose cada vez más perplejo. La cabina era enorme, y tenía un aspecto bastante sucio y descuidado. Todas las paredes estaban cubiertas de abolladuras y arañazos, como si el turboascensor hubiera tenido una larga vida de servicio en calidad de montacargas. Había una ventanilla de un metro de anchura igualmente llena de abolladuras y arañazos en la pared del fondo, y otra en el techo, pero no parecía haber nada que ver aparte de negrura.

—Sólo será un momento —dijo Sonsen—. Tenemos que desplazar la cabina a través de una escotilla. Diferencias de presión, ¿saben? Y... Ah, bueno, tuvimos algunos problemas con el aire del sitio al que vamos.

Sonsen manipuló los controles. La cabina avanzó unos metros y oyeron cómo una escotilla se cerraba detrás de ellos. Después hubo un zumbido ahogado de bombas de aire, y luego la ventanilla les permitió ver cómo una segunda escotilla se abría delante de ellos.

Sonsen pulsó otro botón y la cabina empezó a moverse, no hacia arriba o hacia abajo sino en sentido lateral. Unas luces se encendieron en el exterior y mostraron el camino que iban a recorrer. El túnel en el que se encontraban tenía forma circular y era de un color rosa oscuro. El túnel se extendía interminablemente en lo que parecía una oscuridad infinita. Luke tuvo la sensación de que habían sido engullidos por una criatura colosal y de que estaban precipitándose por su gaznate para acudir a una cita con el sistema digestivo.

—Bien, creo que podríamos empezar por Ciudad Hueco —dijo Sonsen—. Es lo que todo el mundo quiere ver primero.

—¿Ciudad Hueco? —preguntó Lando.

Hubo un segundo de silencio bastante incómodo antes de que Sonsen volviera a hablar.

—Me parece que no están muy bien informados —dijo.

—Las cosas han ocurrido bastante deprisa —dijo Luke—. No hemos dispuesto de mucho tiempo.

—Supongo que no. Bueno, entonces permítanme que empiece por el principio. Ciudad Hueco es el espacio abierto que ocupa el centro de la esfera central. Es una oquedad esférica de unos sesenta kilómetros de diámetro. Ustedes atracaron en la unión entre el Polo Norte y la esfera central... Por cierto, la gente de aquí se refiere a los cilindros llamándolos Polo Norte y Polo Sur. Bien, ahora nos estamos moviendo en paralelo al eje de la rotación y en un sentido lateral, y vamos hacia Ciudad Hueco. Antes de llegar allí tenemos que recorrer unos veinte kilómetros de cubiertas y cascaras. Una cascara es el nombre que damos a un techo realmente alto, y un techo realmente alto es cualquiera que esté a más de veinte metros del suelo. En total hay unos dos mil niveles, y en estos momentos estamos acelerando a una velocidad francamente considerable..., bastante más elevada de lo que piensan. Llegaremos a Ciudad Hueco dentro de unos cinco minutos, y después empezaremos a ir cuesta abajo para dirigirnos hacia las zonas de gravedad fuerte. Cuanto más lejos del eje vayas, más pronunciada es la rotación y, naturalmente, más alta es la gravedad efectiva.

—La rotación debe de ser un auténtico problema —dijo Kalenda—. ¿Por qué no han pasado a utilizar los sistemas habituales de generar gravedad artificial?

—Pensamos en ello. OpConsCa... Oh, disculpen. Bueno, el Departamento Operativo de Construcciones de la Capital ha redactado una docena de estudios sobre lo que sería preciso hacer para prescindir de la rotación y usar la gravart.

Luke consiguió traducir ese último término como «gravedad artificial» y asintió, animándola a seguir hablando mientras intentaba fingir que entendía todo lo que estaba oyendo.

—Bueno, ¿y se puede saber a qué conclusiones han llegado esos estudios? —preguntó.

—Demasiado caro, demasiado complicado, demasiado disruptivo y demasiados factores desconocidos. La estructura de la estación podría responder bien a las variaciones en la distribución de tensiones..., o podría no hacerlo. Pero ahora eso es su problema. En lo que a mí concierne, pueden eliminar la rotación cuando quieran.

—Me está dando a entender que quiere irse de aquí—dijo Luke.

—Tómeselo como quiera. Cuando hubo el primer gran fogonazo, mi tiempo se iba acabando. Ya había empezado a contar los días con los dedos de una sola mano, y entonces... Bueno, ya conocen el resto.

—Estamos pésimamente mal informados, ¿recuerda? —dijo Lando.

—Eh, un momento... ¿Es que no saben nada sobre los fogonazos?

—Es la primera vez que oímos hablar de ellos —dijo Luke—. Sólo hace unos días que atravesamos el campo de interdicción que envuelve el sistema.

Sonsen dejó escapar un silbido.

— ¿Han atravesado el campo de interdicción? Vaya, eso sí que es toda una hazaña... Apuesto a que su presencia aquí no le hace ninguna gracia a quienquiera que lo haya creado.

Kalenda frunció el ceño.

—Espere un momento —dijo—. Usted está generando el campo.

— ¿Qué? ¿De qué está hablando?

—Del campo. El campo de interdicción está centrado en la estación. La Estación Centralia está generando el campo de interdicción. Y ya que hablamos del asunto, Centralia también está generando las interferencias que han bloqueado todas las comunicaciones.

— ¡Fuegos estelares! ¿De veras?

—Usted no lo sabía —dijo Lando, y no era una pregunta.

—No. Ninguno de nosotros lo sabía. Parece que yo tampoco estoy tan bien informada como creía.

Luke se estaba sintiendo más confuso a cada momento que pasaba. ¿Cómo era posible que las personas que controlaban la estación no supieran que Centralia estaba creando el campo de interdicción? ¿Y qué eran esos fogonazos de los que estaba hablando Sonsen?

Cada vez resultaba más obvio que la situación no era exactamente lo que parecía a primera vista, pero además cada nueva revelación iba oscureciendo aquella primera apariencia inicial.

—Me parece que tenemos unas cuantas cosas de las que hablar —dijo Luke.

El turboascensor siguió avanzando hacia Ciudad Hueco.

## 6

**El panorama interior**

—Lo que tienen que entender sobre este sitio es que nadie lo entiende —dijo Sonsen—. Nos limitamos a vivir aquí. Centralia está aquí y nosotros también estamos aquí, y eso es todo. Nadie ha dedicado mucho tiempo a pensar en por qué las cosas eran como eran. No sabíamos por qué Centralia hacía la mayor parte de las cosas que hacía, pero sabíamos en qué consistían casi todas esas cosas. O por lo menos creíamos saberlo hasta hace algún tiempo, hasta que los terroristas empezaron a enseñarnos unos cuantos trucos nuevos...

—Nosotros acabamos de llegar —dijo Lando—. ¿De qué terroristas está hablando?

Sonsen meneó la cabeza.

—Me encantaría conocer la respuesta a esa pregunta. Ha habido ataques, y bastante salvajes, pero nadie se ha atribuido la responsabilidad o presentado exigencias de alguna clase. Nada de nada, ni siquiera una sugerencia anónima... Tenemos sospechosos, claro. Están los TraTaLibres y los tipos de los Dos Mundos, y la lista no termina ahí, pero todos han negado tener algo que ver con los ataques. Además, si pudieran provocar a voluntad el tipo de catástrofes que han estado ocurriendo aquí... Bueno, entonces no desperdiciarían el tiempo lanzando amenazas, ¿entienden? Se limitarían a salir de entre las sombras y se harían con el control de todo. La estación no ha podido comunicarse con nadie desde que empezaron las interferencias, naturalmente. Los investigadores podrían haber resuelto el caso por completo y seguiríamos sin saberlo.

Luke supuso que los TraTaLibres debían de ser el Partido de Liberación de Tralus y Talus, o algo por el estilo. En cuanto a los Dos Mundos, probablemente eran un grupo que quería gobiernos separados para cada planeta. Parecían unas conjeturas bastante sólidas. Luke ya tenía una idea bastante clara de a qué se refería Sonsen, y también tenía la corazonada de que no se trataba de organizaciones que debieran preocuparles demasiado.

—Háblenos de los ataques.

Sonsen fue hasta la ventanilla del turboascensor.

—Dentro de un par de minutos podrán verlo con sus propios ojos —dijo—. Antes Ciudad Hueco era realmente impresionante. Producía comida suficiente para toda la estación, y aún sobraban excedentes para almacenar. Tenía parques, y casas preciosas, y lagos y arroyos. Verde y azul, fresco y hermoso... Y entonces alguien empezó a jugar con el Punto Brillante.

—Supongo que el Punto Brillante debe de ser alguna clase de sol artificial, ¿no? —preguntó Luke.

—Exacto —dijo Sonsen—, y alguien hizo que enloqueciera.

—¿Quién controla el Punto Brillante normalmente? —preguntó Lando.

—Nadie, por supuesto —replicó Sonsen, como si Lando acabara de preguntarle dónde estaba el interruptor que controlaba la rotación de la galaxia—. Como ya les he dicho, sencillamente está ahí, al igual que toda la estación. No lo construimos. Supongo que ya estaba allí cuando llegamos a Centralia..., aunque nadie tiene una idea muy clara de cuándo llegamos a Centralia.

—El Punto Brillante sencillamente está ahí —murmuró Lando—. ¿Alguien sabe cómo funciona? ¿Hay alguien que sepa de dónde sale la luz que irradia?

—Hay varias teorías. Una posibilidad es que el Punto Brillante extraiga su energía directamente del flujo gravitacional entre Talus y Tralus, pero nadie ha conseguido construir un instrumento que pueda confirmarlo. No hay nada concluyente.

— ¿No saben cómo funciona la fuente de energía que les proporciona la mitad de sus alimentos? —preguntó Gaeriel.

—No —dijo Sosen—. ¿Sabe usted cómo funcionan los hiperimpulsores que la trajeron hasta aquí?

Luke no pudo evitar sonreír. Jenica Sosen acababa de anotarse un tanto. No había prácticamente ningún ser humano capaz de entender toda la tecnología que utilizaba. Los centralianos, al parecer, sencillamente estaban más dispuestos a admitirlo que otros.

—Bueno, ya estamos llegando a Ciudad Hueco —dijo Sosen—. Si quieren, pueden echar un vistazo y hacerse una idea ustedes mismos.

Los humanos se reunieron con ella en la ventanilla, dejando a los androides junto a la pared de la cabina. Una mancha de claridad empezó a brillar al final del túnel que se extendía delante de ellos.

—Eso es el Punto Brillante —dijo Sosen—. Ha vuelto a la normalidad, por lo menos de momento. Antes siempre estaba así.

La cabina se fue acercando más y más al final del túnel, produciendo la ilusión de que su velocidad se iba incrementando a medida que se aproximaba a la luz. La repentina luminosidad hizo que los humanos se protegieran los ojos con las manos.

En un momento que pareció necesitar una eternidad para llegar y que luego hizo que todo ocurriera a la vez cuando por fin hubo llegado, la cabina del turboascensor salió por el final del túnel y empezó a bajar en un vertiginoso descenso que pareció empujar los estómagos de todos los ocupantes de la cabina hacia sus pies. Pero nadie prestó mucha atención al violento cambio de dirección. Todos estaban demasiado ocupados contemplando Ciudad Hueco.

O lo que quedaba de ella.

El Punto Brillante era sencillamente eso, un punto de luz suspendido en el aire que flotaba en el centro exacto de la gigantesca cámara esférica. Parecía un sol en miniatura. El Punto Brillante relucía con una claridad suave, cálida y delicada que invitaba a dejarse bañar por ella..., pero el paisaje que se extendía debajo de él no tenía nada de invitador.

Ciudad Hueco había sido consumida hasta convertirse en un cascarón reseco, y las llamas la habían calcinado y sólo habían dejado una tierra de cenizas ennegrecidas. Nubes de polvo flotaban por todas partes. Luke pudo ver los restos esqueléticos de los edificios quemados, y lo que en tiempos habían sido huertos pulcramente cultivados de los que sólo quedaban hileras de tocones incinerados. Un lago había hervido hasta secarse y su fondo había quedado al descubierto, con los restos de las embarcaciones de recreo esparcidas aquí y allá como juguetes abandonados por un niño después de que se vaciara la bañera.

Era un lugar terrible, un lugar de pesadilla que parecía todavía más espantoso y aterrador porque resultaba obvio que había sido muy hermoso y había estado muy bien cuidado no hacía mucho tiempo.

—Normalmente detendría la cabina en una de las paradas intermedias y les dejaría salir para que echaran un vistazo —dijo Sosen—, pero ahora apenas si queda oxígeno libre. Todo fue consumido por las llamas. No sé cómo nos las arreglaremos para volver a llenarlo de aire respirable... Y ya que estoy hablando del aire, conseguir que hubiera aire respirable dentro de esta cabina tampoco resultó nada fácil. Antes la cabina no tenía una fuente de aire independiente, y se limitaba a usar un compresor que tomaba aire del exterior. La atmósfera del túnel y de las zonas

próximas al eje de rotación siempre ha sido demasiado tenue para que se la pudiera considerar respirable. Después del primer fogonazo, los técnicos instalaron un sistema de acondicionamiento completo para permitirme seguir utilizando el turboascensor. Es el transporte más rápido y cómodo para ir desde el ecuador hasta los niveles de atraque y el servicio de seguridad técnica, donde fui a recibirles. Los ingenieros sacaron el compresor e instalaron unos cuantos tanques de aire y un limpiador de dióxido de carbono.

— ¿Qué ocurrió exactamente? —preguntó Lando.

—El primer fogonazo se produjo hace unos treinta o cuarenta días estándar —explicó Sosen, y su voz se volvió repentinamente triste y llena de cansancio—. Hasta entonces, todo lo que están viendo ahora eran parques, o campos de cultivo, o residencias de lujo. Era muy hermoso. El Punto Brillante siempre estaba bañándolo todo de luz. Los granjeros utilizaban escudos de sombra para bloquear la luz y simular las estaciones. Si estabas debajo de un escudo, podías tener toda la luz o la oscuridad que quisieras con sólo hacer girar un dial. Desde fuera, el escudo podía parecer una sombra, o una burbuja plateada, o un cuadrado de oro... Podías darle el aspecto que quisieras. La gente adornaba sus escudos de mil formas distintas. Saber que aquí siempre era de día... Bueno, era una sensación muy especial y muy difícil de explicar, pero debajo de cada manchita dorada siempre había un trocito de noche secreta. Todo eso ha desaparecido. Ya no existe. Desapareció cuando se produjo el fogonazo.

—Eso ocurrió antes de que empezaran las interferencias, y yo entré en el sistema más o menos en ese momento —protestó Kalenda—. No he oído ningún comentario al respecto, y tendría que haber sido la gran noticia del día.

—Intentamos mantenerlo lo más en secreto posible —dijo Sosen—. El gobierno ya estaba lo bastante debilitado sin necesidad de crearle nuevos problemas, y lo que los terroristas quieren por encima de todo es publicidad. Los federales temían que si llegaba a saberse... Bien, tal vez hubiera podido provocar un pánico generalizado o incluso una rebelión, y supongo que tenían razón. Pudimos evitar que los otros mundos llegaran a enterarse de esto... —movió una mano, señalando el panorama de devastación que se extendía al otro lado de la ventanilla—, pero todos los refugiados tuvieron que ir a Talus o a Tralus. Los rumores fueron circulando, naturalmente, y no tardamos en tener nuestra cuota de rebeliones. Hubo una en Talus, y dos en Tralus. Un grupo rebelde, y ni siquiera sé cuál fue, envió una escuadrilla de cazas que bajaron en algún lugar del Polo Sur y reclamaron Centralia para su organización. —Sosen se encogió de hombros—. ¿Qué podía hacer? ¿Luchar contra todos ellos yo sola? Les dejé en paz y ellos hicieron exactamente lo mismo conmigo..., hasta que ustedes los echaron de ahí.

— ¿Qué quiere decir con eso de «usted sola»? —preguntó Gaeriel—. ¿Es que no hay nadie más en toda la estación?

Sosen meneó la cabeza.

—Probablemente no. Centralia es muy grande. Intentamos evacuar a todo el mundo, pero supongo que debieron olvidarse de alguien. No he visto a nadie, pero eso no quiere decir nada.

—Hasta ahora nos ha hablado del primer fogonazo —dijo Lando—. ¿Cuántos más hubo?

—Sólo uno más. Hasta el momento hemos tenido dos fogonazos, y el segundo ocurrió un día antes de que el campo de interdicción y las interferencias empezaran a actuar. Y no me pregunten qué sentido puede tener lanzar un nuevo ataque terrorista cuando ya no queda nadie a quien aterrorizar y no hay nada más que quemar, ¿de acuerdo?

—Claro, claro —dijo Lando, que no parecía estar prestándole mucha atención—. Centralia se encuentra exactamente en el punto central, ¿no? Eso quiere decir que está en el baricentro entre Talus y Tralus, ¿verdad?

—Exacto —dijo Sonsen, lanzándole otra de sus miradas entre dubitativas y maliciosas—. Oiga, ¿es que no les dieron ninguna información?

—Ya sabía todo eso, y sólo quería confirmarlo —dijo Lando—. Y el Punto Brillante... ¿Está en el centro exacto de la Ciudad Hueco, y Ciudad Hueco está en el centro exacto de la estación?

—Puede que esté un centímetro o dos hacia un lado. Si quiere, puede coger una cinta métrica y comprobarlo.

Lando ignoró el sarcasmo de Sonsen. Extendió un brazo y señaló el extremo más alejado del eje de rotación, que se alzaba en la lejanía al otro lado del gigantesco espacio esférico, y después echó la cabeza hacia atrás para mirar por la ventanilla del techo.

—Esas estructuras cónicas que salen de los Polos Norte y Sur, justo en el eje de rotación... —murmuró—. ¿Qué puede decirme acerca de ellas?

Luke miró por la ventanilla del techo y después se volvió hacia la ventanilla de la pared. Hasta hacía un momento habían estado demasiado cerca de un grupo de conos para poder verlos con claridad, y el otro había quedado oculto por la luminosidad del Punto Brillante. Pero Lando parecía haberse fijado en ellos apenas se hicieron visibles, casi como si hubiera estado esperando verlos. Los dos grupos de estructuras eran aparentemente idénticos, y consistían en un cono central más grande rodeado por lo que parecían seis conos más pequeños, todos de proporciones similares.

Sonsen se encogió de hombros de una manera un tanto melodramática.

—Puedo decirle que a uno lo llamamos Montañas Cónicas del Sur y que al otro lo llamamos Montañas Cónicas del Norte, y dejaré que deduzca qué nombre corresponde a cada grupo —replicó—. La gente intenta escalarlos de vez en cuando, pero la subida no resulta fácil ni siquiera cerca del eje de rotación, donde la gravedad es casi cero. ¿Algún otro dato de interés vital que necesite conocer, como por ejemplo los nombres de las embarcaciones de recreo esparcidas por el fondo del lago?

—No —dijo Lando, y su expresión indicaba que estaba pensando en otras cosas—. Creo que eso es todo lo que necesito saber.

—Estupendo —dijo Sonsen—. Cuando disponga de un rato libre, tendré que dedicar cinco minutos a enterarme de cómo es su mundo.

— ¿Hmmm? ¿Qué ha dicho? No, no, lo siento. No quería ser tan brusco... Lo que quiero decir es que creo que ya sé lo suficiente para entender lo que está ocurriendo.

— ¿Después de cinco minutos? No se ofenda, pero los chicos del ETI llevan un poquito más de tiempo intentándolo y todavía no hemos obtenido ningún resultado.

— ¿El ETI? —preguntó Luke.

—Dado el contexto, creo que se refiere al departamento de Evaluación Técnica y de Inteligencia —intervino Cetrespeó, siempre deseoso de ayudar.

—Estoy seguro de que cuentan con personal muy capacitado, y no pretendía ser grosero ni condescendiente —dijo Lando—. Todo se reduce a una cuestión de punto de vista. Ustedes llevan toda la vida viendo Centralia desde el interior. Da la casualidad de que yo puedo ver el problema desde el exterior, y...

Y en ese momento Erredós dejó escapar un silbido impregnado de preocupación. La lente de su visor subió para proporcionarle una panorámica de lo que tenía encima, y después el pequeño androide se volvió hacia Cetrespeó y lanzó una serie de pitidos y zumbidos tan rápidos que Luke no consiguió entenderlos.

—Muy bien, Erredós. Lo preguntaré, aunque has sido muy grosero al interrumpir de esa manera. —Cetrespeó se volvió hacia Jenica Sonsen—. Disculpe la intrusión, administradora Sonsen, pero mi compañero desea saber, y de una manera francamente apremiante, si los dos fogonazos anteriores padecidos por el Punto Brillante se iniciaron de repente, o si se produjo un incremento gradual en el resplandor proporcionado por dicha fuente de luz.

La expresión del rostro de Sonsen dejó muy claro que iba encontrando más y más extraños e imprevisibles a sus visitantes con cada momento que transcurría.

—Qué androides más interesantes —dijo, sin dirigirse a nadie en particular—. Por lo que hemos podido averiguar, el incremento en la luminosidad que culminó con el fogonazo se fue produciendo gradualmente, y el proceso tuvo una duración aproximada de media hora. No estamos totalmente seguros porque ninguna de las personas que estaban aquí para verlo sobrevivió..., y todos los instrumentos de registro y sistemas de grabación también fueron destruidos, naturalmente.

Erredós se meció sobre sus ruedas, bamboleándose violentamente hacia adelante, y soltó un silbido apremiante mientras hacía girar su cabeza de un lado a otro.

— ¡Oh, cielos! —exclamó Cetrespeó—. Estoy totalmente de acuerdo contigo. Debemos marcharnos inmediatamente.

— ¿Qué estás diciendo? —preguntó Lando—. ¿Por qué? ¿Qué está pasando?

Cetrespeó giró envaradamente sobre sus talones hasta quedar de cara a Luke y le miró. El androide de protocolo parecía muy sorprendido.

— ¿No se ha dado cuenta? ¡Oh! Por supuesto. Le pido disculpas, amo Luke... Sus ojos efectúan la compensación de una manera tan automática que no ha percibido el cambio. Es una demostración muy interesante de las diferencias existentes entre nuestras respectivas percepciones.

Lando fulminó con la mirada al androide de protocolo.

—Si lo que digas cuando yo haya terminado de hablar no explica con toda claridad en qué consiste el problema, Cetrespeó —dijo, hablando con una calma evidentemente artificial y forzada—, voy a desactivarte y luego desmontaré tu centro vocal y lo tiraré a la basura. Bien, ¿cuál es el problema?

Cetrespeó pareció disponerse a protestar, pero enseguida cambió de parecer.

—Para expresarlo de la manera más sencilla posible, capitán Calrissian —replicó—, lo que sucede es que la cantidad de luz visible emitida por el Punto Brillante se ha incrementado en un seis por ciento durante los últimos cinco minutos.

— ¡Anakin!

Jacen podía percibir la presencia de su hermano, y sabía que Anakin también podía percibir su presencia. Pero todo ese conocimiento y toda su capacidad de conocer con gran exactitud dónde se encontraba su hermano pequeño no servían de mucho en las circunstancias actuales, porque Jacen también podía percibir las emociones de Anakin y sabía que Anakin estaba asustado y que se sentía terriblemente culpable, y que lamentaba muchísimo lo que había hecho.

En cierto sentido, era una maravillosa paradoja. Si alguna vez había existido un niño en toda la historia de la galaxia que mereciera verse metido en un buen lío, tenía que ser Anakin Solo aquel día. Después de todo, habían estado tratando de mantener oculto aquel lugar..., y Anakin no podría haberlo vuelto más visible ni aunque lo hubiera estado intentando con todas sus fuerzas.



Pero la pura magnitud de lo que había hecho hacía que resultara prácticamente imposible considerarle responsable de lo ocurrido. Anakin no podía haber entendido lo que estaba haciendo, pues en ese caso jamás lo habría hecho. No era más que un niño al que le encantaba jugar con las máquinas, Jacen recordó unos cuantos incidentes de su vida en los que sus padres no habían sido tan duros como habría podido esperar en un principio. Ninguno de ellos había sido tan serio, por supuesto, pero en el fondo se trataba de lo mismo. Jacen siempre había pensado que tuvo suerte y que había logrado escapar por los pelos, pero de repente ya no se sintió tan seguro. Quizá lo que había ocurrido en aquellas ocasiones no tuvo que ver tanto con la suerte como con el que sus padres habían sabido ser comprensivos.

— ¡Todo va bien, Anakin! Nadie está enfadado contigo.

Bueno, en realidad Chewbacca estaba un poco irritado y a la tía Marcha no le había hecho mucha gracia ver cómo su aerodeslizador quedaba vaporizado, por no mencionar la herida que había sufrido en la cabeza. Si conseguían que Q9-X2 volviera a funcionar, tampoco parecía muy probable que el androide decidiera recompensar el comportamiento de Anakin dando las gracias al pequeño por lo que había hecho. Pero nadie estaba realmente enfadado con Anakin..., no exactamente, por lo menos.

—Venga, sal de una vez.

Jacen sabía que ir en busca de Anakin o perseguirle no habría servido de nada. El pequeño se limitaría a huir y volvería a esconderse, Jacen tendría que convencerle de que debía salir de su escondite por su propia voluntad.

— ¡Quiero quedarme aquí! —respondió Anakin.

Como primer paso, era sorprendentemente positivo. Jacen conocía lo suficientemente bien a su hermano para saber que en realidad Anakin estaba pidiendo que se le convenciera de que debía hacer justo lo contrario de lo que acababa de decir que haría.

—Vamos, Anakin... —dijo Jacen—. No puedes quedarte ahí toda la vida.

— ¡Sí que puedo!

—Pero está oscureciendo.

Debido a razones imposibles de imaginar y conocidas únicamente por los seres que habían construido aquel lugar, la iluminación inmutable y perfecta que la cámara había estado produciendo a partir de la nada cuando tenía forma de cono había desaparecido bruscamente desde el momento en que quedó abierta al cielo, y la noche se estaba aproximando.

— ¿Y qué hay de la comida? —siguió diciendo Jacen—. ¿No tienes hambre?

—Bueno... Sí, puede que tenga un poquito de hambre.

—Y puede que tengas muchísima —replicó Jacen—. Te diré lo que vamos a hacer. ¿Por qué no vienes a comer algo, y luego puedes volver a esconderte si quieres?

La sugerencia no tenía ninguna lógica, por supuesto, pero eso no importaba. Lo importante era que permitía que Anakin pudiese convencerse a sí mismo de que había vuelto única y exclusivamente porque había querido volver, y no porque no le quedara otro remedio.

Hubo un largo silencio, y eso también era una buena señal. Anakin se lo estaba pensando. Jacen esperó durante un minuto, y después decidió hacer otro intento.

— ¿Anakin? Vuelve al campamento..., a la nave, y come algo.

Jacen no podía invitarle a que volviera al campamento, básicamente porque el campamento ya no existía. Todo lo que no estaba dentro del *Halcón* había sido calcinado por las oleadas de energía.

— ¿Puedo regresar un rato y volver a esconderme luego si quiero? —preguntó Anakin.

—Podrás hacer lo que quieras —le prometió Jacen.

Sabía hasta qué punto iba a ser fácil mantener aquella promesa. Después de todo, Anakin no había necesitado ningún permiso para huir y esconderse la primera vez. La próxima vez tampoco lo necesitaría, a menos que lo mantuvieran vigilado día y noche o lo encerraran y soldaran la escotilla después para que no pudiera salir..., y Jacen conocía lo suficientemente bien a su hermano como para no descartar del todo la posibilidad de que Anakin pudiera escaparse incluso estando vigilado y encerrado.

—Bueno, de acuerdo. Espera un segundo.

Un momento después Anakin apareció en la entrada del pasillo. El pequeño se quedó inmóvil y miró a su hermano mayor.

—Oh, Anakin, vamos. Todo va bien, de veras.

En realidad casi nada iba bien, por supuesto, pero Anakin sabía a qué se refería Jacen. El pequeño empezó a ir hacia él. Al principio iba muy despacio, pero de repente echó a correr. Anakin rodeó a Jacen con los brazos, y Jacen le devolvió el abrazo.

—Lo siento, Jacen. No quería hacer nada malo, de veras.

—Lo sé, lo sé. Pero a veces tus intenciones no tienen demasiada importancia, ¿entiendes? Lo que importa es lo que ocurre.

Jacen casi pudo oír la voz de su padre diciéndole esas mismas palabras, y de repente se encontró pensando no en lo que habrían hecho su padre o su madre, sino en ellos. Probablemente también estaban metidos en un buen lío, aunque no tenía ni idea de dónde. Lo último que sabían de sus padres era que habían quedado atrapados en la Casa de Corona cuando Chewbacca logró sacar de ahí a los tres niños, Q9 y Ebhrihim. ¿Seguirían allí o estarían prisioneros en algún otro lugar, cautivos de Thrackan, el primo de su padre? ¿O habrían logrado escapar de alguna manera? Jacen sintió que una oleada de culpabilidad surgía repentinamente de la nada y recorría todo su ser. ¿Por qué no se había preocupado más por ellos? ¿Por qué no había pensado más en ellos?

—Echo de menos a papá y a mamá —anunció Anakin, con el rostro incrustado en el hombro de Jacen y la voz un tanto ahogada y un poquito lacrimosa.

A Jacen le sorprendió bastante oírle decir eso en aquel preciso instante. Al parecer su mente y la de Anakin no eran tan distintas como había creído hasta el momento, y en realidad las dos funcionaban de una forma bastante parecida.

—Yo también —murmuró Jacen—. Anda, vamos. Volvamos con los demás.

Los dos hermanos se cogieron de la mano y fueron hacia el centro de la gigantesca cámara. Anakin se fue calmando lo suficiente para empezar a interesarse por lo que le rodeaba. El pequeño alzó la mirada hacia lo que antes había sido el final de la cámara cónica, aquella enorme punta que había pasado a ser sustituida por el cielo.

—Oh, vaya —dijo—. Todo ha cambiado mucho.

—Sí, desde luego —asintió Jacen.

Después imitó a su hermano y volvió a quedar asombrado ante aquel espectáculo increíble.

El cielo se estaba oscureciendo y el interior de la cámara se iba oscureciendo con él, pero las superficies plateadas eran bastante eficaces a la hora de reflejar la escasa claridad disponible. Probablemente sólo estaba anocheciendo, pero no había ninguna forma de saberlo. Lo único que podían ver era un retazo perfectamente circular de cielo oscuro suspendido directamente encima de sus cabezas en el punto exacto del cenit, con las sombras relucientes de los siete conos

plateados incrustándose en el perímetro de aquel círculo perfecto de noche. Jacen también pudo ver estrellas que empezaban a brillar aquí y allá.

Siguieron avanzando hacia el *Halcón*, moviéndose con un poco más de cuidado cuando tuvieron que empezar a abrirse paso por entre los montones de objetos quemados. Todo lo que estaba fuera de la nave había quedado reducido a charcos derretidos y cenizas. Jacen y Anakin volvieron a detenerse para echar un vistazo al *Halcón*.

—La nave se ha vuelto a averiar —dijo Anakin, y no era una pregunta.

—Sí. Parece que todos los sistemas de propulsión se quemaron antes de que Chewbacca pudiera levantar los escudos.

Anakin asintió lentamente.

—Eso es serio —dijo.

Jacen levantó la vista hacia el extremo del cilindro, que se alzaba a un par de kilómetros por encima de sus cabezas. A menos que Chewbacca consiguiera reparar la nave, o que alguien consiguiera descubrir una manera de subir por aquellas paredes tan lisas como impenetrables y resbaladizas, estaban atrapados allí abajo.

—Desde luego —dijo Jacen. Estuvo a punto de decirle a su hermano que todos le estaban esperando, pero un instante después pensó que tal vez no fuera la forma más aconsejable de darle ánimos antes de su encuentro con los demás—. Venga, subamos a bordo.

La duquesa Marcha de Mastigóforus estaba sentada en la sala común del *Halcón Milenario*, y su estado de ánimo no podía ser más sombrío. Los demás tampoco parecían demasiado alegres. Su sobrino Ebrihim estaba jugando una apática partida de sabacc con Jaina. El hecho de que Jaina ya hubiera perdido varias partidas indicaba hasta qué punto se sentía abatida e inquieta. Q9, o lo que quedaba de él, estaba apoyado en el mamparo del fondo. Marcha estaba empezando a encontrarle un desagradable parecido con un cadáver momificado que nadie se hubiera acordado de enterrar.

La anciana drall tenía un espantoso dolor de cabeza, aunque sabía que podía considerarse afortunada por no tener nada más serio de lo que quejarse. Era un milagro que ninguno de ellos hubiera muerto. Bueno, Q9 tal vez hubiera muerto. Por lo menos Chewbacca no había conseguido revivirle.

El que estuvieras muerto o estuvieras vivo en aquel momento tal vez acabara siendo mucho menos importante de lo que parecía en esos instantes, por supuesto. Estaban atrapados allí, y la mayor parte de sus raciones habían estado fuera del *Halcón*, o guardadas dentro del aerodeslizador o dentro de cajas que habían sido amontonadas fuera de la nave espacial para tener un poco más de espacio. Los suministros de emergencia del *Halcón* durarían algún tiempo, pero no toda la eternidad. Según los cálculos de Marcha, que no había compartido con nadie, tenían agua para seis días y comida suficiente para diez.

Y tal vez tuvieran suerte si vivían el tiempo suficiente para preocuparse por esas cosas. Marcha estaba de acuerdo con Chewbacca en que podían estar prácticamente seguros de que el violento despertar del repulsor había acabado con los drallistas —y nadie los echaría de menos, desde luego—, pero tenía que haber alguien que se encontrara lo suficientemente lejos para sobrevivir a las sacudidas y haberlas percibido.

Marcha veía dos posibilidades. Los científicos dralls podían haber detectado las convulsiones sísmicas, o las perturbaciones eléctricas, o lo que fuese que había ocurrido, y venir a echar un vistazo. Pero eso parecía un poquito improbable, ya que después de todo no podían olvidar que había una guerra, que la inmensa mayoría de instituciones públicas habían sido cerradas y que todos los desplazamientos estaban sometidos a severas restricciones. Por muy desagradable que

podiera resultar esa perspectiva, parecía mucho más probable que algún grupo militar, equipado para detectar cualquier clase de actividad repulsora, hubiera percibido un estallido de energía repulsora lo bastante potente para fundir sus pantallas detectoras y decidiera investigarlo.

Dadas esas circunstancias, parecía haber muy pocas probabilidades de que se tratara de alguien excesivamente agradable. Incluso si pasaba por alto el pequeño problema del tipo de tratamiento que la mayoría de grupos militares del sistema podía adoptar para con unos civiles enemigos capturados, también estaba la cuestión de qué harían con el repulsor planetario capturado una vez que estuviera en su poder. Muchas personas realmente desagradables llevaban mucho tiempo buscando aquellos artefactos. Marcha no sabía qué esperaban hacer con el repulsor, pero dudaba de que fuese algo bueno. Lo único que sabía era que el enemigo consideraba que encontrar los repulsores era una tarea de importancia tan vital como apremiante. La posibilidad de que Anakin, él solo y sin la ayuda de nadie, hubiera conseguido hacerles perder la guerra al poner aquel repulsor en manos del enemigo, no resultaba totalmente inconcebible.

Marcha también se había reservado esas opiniones para sí misma. Las cosas ya estaban lo bastante mal, y no tenía ningún sentido empeorarlas cuando sin duda se irían deteriorando por sí solas a medida que fuera transcurriendo el tiempo.

Su única esperanza parecía ser que Chewbacca consiguiera volver a poner en funcionamiento los sistemas de propulsión del *Halcón*. El wookiee estaba trabajando en el problema y había empezado a hurgar en el interior de todos los paneles de acceso, sumergido hasta las rodillas entre cables y montones de piezas quemadas. Marcha podía oír el ruido que producía. Chewbacca estaba haciendo cuanto podía, naturalmente, pero Marcha dudaba de que tuviera éxito. Las averías de la nave seguramente habían sido provocadas por aquel gigantesco estallido inicial de energía repulsora, tan potente que había logrado abrirse paso incluso a través de circuitos abiertos. En cuanto a Q9, lo más probable era que hubiera sido dejado fuera de combate por una erupción de actividad electromagnética similar.

No, la situación era francamente grave..., y todo indicaba que lo único que podía hacer era empeorar.

Marcha oyó ruido de pasos subiendo por la rampa de entrada del *Halcón* y alzó la mirada justo a tiempo de ver cómo Jacen y Anakin entraban en la sala común. Ebrihim y Jaina también alzaron la mirada. Al parecer Chewbacca también les oyó, pues apareció en el umbral y se quedó inmóvil allí durante unos momentos después de que los dos hermanos hubieran entrado en la sala.

—Hola a todos —dijo Anakin—. He vuelto. Yo... Bueno, siento mucho lo que hice. No quería romper nada..., pero lo hice. Lo siento muchísimo.

El pequeño estaba pidiendo disculpas, y la verdad era que tenía mucho por lo que pedir perdón. Lo que había hecho muy bien podía condenar a millones de seres inteligentes a una vida bajo la tiranía. Marcha era perfectamente capaz de imaginarse un curso de los acontecimientos en el que la pérdida del repulsor significara la pérdida de la guerra para la Nueva República, con lo que su prestigio quedaría lo suficientemente dañado para que la Nueva República se desmoronara por completo. Era un peso muy grande para los hombros de un niño, desde luego.

—Todo irá bien, Anakin —dijo Jaina—. Encontraremos alguna manera de salir de este lío. No te preocupes.

Marcha intercambió una rápida mirada con su sobrino, y después otra con el wookiee. Estaba claro que tanto Ebrihim como Chewbacca tenían tan pocas ganas de escuchar frases huecas como ella, pero había momentos en los que las frases huecas eran lo único que te quedaba. También había momentos en los que emitir una declaración de optimismo totalmente irracional e infundado era absolutamente necesario.

—Por supuesto que todo irá bien —se oyó decir a sí misma mientras se levantaba y daba un par de pasos hacia el niño—. Ven aquí, Anakin.

Y de repente Anakin se echó a llorar, corrió hacia ella y la rodeó con los brazos.

—Vamos, vamos... —murmuró Marcha, abrazándole—. Vamos, vamos.

Si hubiera sabido qué pretendía expresar con aquellas palabras de consuelo, quizá también se habría sentido consolada por ellas.

## 7

**Viendo la luz**

—Supongo que si le pregunto si este trasto puede ir más deprisa recibiré una respuesta que no me gustará nada —dijo Lando.

La cabina del turboascensor continuaba su lento y majestuoso descenso por la línea ecuatorial de Ciudad Hueco, dirigiéndose hacia la salida más cercana. El Punto Brillante había empezado a volverse más luminoso cuando se encontraban a mitad del descenso.

Jenica Sonsen meneó la cabeza.

—No, me temo que la respuesta no le gustaría nada —dijo.

—Tenía el presentimiento de que diría eso.

Lando alzó la mirada hacia la ventanilla del techo. El Punto Brillante ardía con un resplandor deslumbrante, pero la pregunta a responder era hasta qué punto se había vuelto más luminoso y con qué velocidad se iba desarrollando el proceso. Lando se preguntó si podría hacerse una idea más exacta observando el suelo y la luz reflejada en vez de la fuente. Clavó la mirada en el suelo durante un momento, y enseguida se rindió. Cetrespeó había estado irritantemente acertado aunque sólo fuese por una vez. El ojo humano era sencillamente demasiado hábil a la hora de adaptarse a los cambios en la iluminación, y sin instrumentos de precisión Lando no podía hacer ningún cálculo aproximado de la rapidez con que estaba empeorando la situación. Podía preguntárselo a Cetrespeó, naturalmente, pero incluso en aquella crisis seguía habiendo una parte de él que no quería dar esa satisfacción al androide..., y además el Chico de Oro probablemente se limitaría a recitar un interminable informe sobre los niveles de claridad, y seguiría hablando y hablando hasta volverles locos.

—Yo diría que la claridad se ha incrementado en un veinte por ciento —anunció Luke. Por supuesto. Con su control Jedi de los sentidos, Luke podía hacer esa clase de estimación—. Pero hay otros problemas aparte de la luz. A medida que vayamos bajando, entraremos en capas de aire menos tenue que pueden retener una gran cantidad de calor. —Luke se volvió hacia Sonsen—. ¿Cuál es la temperatura máxima que puede soportar esta cabina? —preguntó.

Sonsen se encogió de hombros.

— ¿Como quiere que lo sepa? Dudo que nadie se haya tomado la molestia de calcularlo jamás. Esto es un superascensor, no una nave espacial... Pero no cabe duda de que cada vez hace más calor.

—Lo cierto es que ya se ha producido un aumento de temperatura bastante significativo —dijo Cetrespeó—. Si lo desean, puedo mantenerles informados en todo momento de...

—No, no lo deseamos —le interrumpió Lando—. De todas maneras, no podemos hacer nada al respecto. —Acercó la palma de la mano a la pared de la cabina del ascensor, y después la rozó muy cautelosamente con la yema del dedo índice—. Pero la piel de este trasto se está empezando a poner bastante caliente, y no cabe duda de que el calor se va filtrando poco a poco.

— ¿Cuánto tiempo falta para que hayamos salido de aquí? —preguntó Kalenda.

—Unos cinco minutos —dijo Sonsen—. Pero hay un problema.

— ¿Cuál? —preguntó Lando.

Estaba claro que Centralia había decidido darles una mala noticia detrás de otra.

—Existe un diferencial de presión entre la región ecuatorial de Ciudad Hueco y el Cascarón Uno. No es gran cosa, puede que un ocho por ciento, pero es suficiente para que tengas que usar una compuerta. La compuerta principal del turboascensor quedó atascada durante el segundo fogonazo. Cuando la diseñaron sólo pensaban en compensar ese pequeño diferencial de presión entre Ciudad Hueco y el Cascarón Uno, ¿comprenden? Bien, conseguí hacer que volviera a funcionar después del fogonazo, pero no resultó nada fácil..., y no estoy segura de que mis reparaciones improvisadas vayan a aguantar.

—Así que estamos atrapados —dijo Lando.

— ¡Cielos! —exclamó Cetrespeó—. Nos asaremos vivos.

—Eh, habla cuando te pregunten —dijo Sonsen, que resultaba obvio estaba empezando a compartir la opinión de Lando sobre el androide de protocolo—. No estamos atrapados —les dijo a los demás—. Hay una escotilla de personal al lado de la compuerta del turboascensor. Es más pequeña y más sencilla, y se usa mucho más, por lo que el mecanismo es muy sólido y resistente. Estoy segura de que todavía funciona. Si no logramos hacer funcionar la compuerta del turboascensor, entonces tendremos que salir por la escotilla de personal.

—Pero recuerdo haberle oído decir que todo el oxígeno de esta zona fue consumido por el primer fogonazo —dijo Luke.

—Y aunque quedara un poco de oxígeno, probablemente respirarlo les mataría. Los niveles de anhídrido carbónico son muy elevados, y además hay toda clase de residuos tóxicos producidos por la combustión.

— ¿Podremos salir todos a la vez por esa escotilla? —preguntó Luke.

—Bueno, la escotilla es bastante grande —replicó Sonsen—, pero no creo que debamos intentarlo todos a la vez. La situación normal es que tenga este lado cerrado. Hay un panel de control a este lado de la escotilla, y tiene que ser operado manualmente. Tendré que abrir la puerta del turboascensor, ir corriendo hasta la escotilla y abrirla. Tener a todo el mundo esperando mientras yo abro la puerta... Bueno, francamente no me parece demasiado prudente. Tendremos que hacerlo en dos fases.

—Esto va a ser interesante —dijo Lando.

Sonsen frunció los labios en una mueca que intentaba ser una sonrisa.

—Desde luego, pero tal vez tengamos suerte. Puede que la compuerta del turboascensor funcione.

—Puede. Pero si no funciona y tiene que ir corriendo hasta la escotilla de personal, entonces iré con usted. Hace tiempo fui administrador de un sitio llamado Ciudad de las Nubes, y me pasaba la vida entrando y saliendo de atmósferas tóxicas de todo tipo. Si hay algún problema, quizá sería aconsejable que tuviera cerca a alguien.

—Lando, si alguien debe ir con ella me parece que ese alguien debería ser yo —intervino Luke.

—No —dijo Lando—. Tus poderes Jedi te permitirán aguantar más tiempo que cualquiera de nosotros, y puede que acabemos necesitando toda la ayuda que nos puedas proporcionar. Tendrás que cuidar de todo el mundo. En cuanto a mí, sólo quiero tener que preocuparme de Sonsen y de esa escotilla.

Luke pareció disponerse a protestar, pero acabó asintiendo de mala gana.

—Quizá tengas razón —dijo—. Y la atmósfera tóxica no afectará a los androides. Eso nos ayudará un poco.

—Os recuerdo que Kalenda y yo podemos valemos por nosotras mismas —dijo Gaeriel.

—Por supuesto, señora, y no he pretendido sugerir lo contrario —dijo Lando—. Pero no tenemos tiempo para hacer esto de la manera educada y cortés. Sonsen tiene que ir porque conoce la escotilla, y alguien debería ir con ella. No soy ningún héroe, pero el candidato más lógico para acompañarla es alguien que ya haya tenido experiencia con atmósferas tóxicas..., y eso quiere decir que me ha tocado. Y ya que hemos sacado a relucir el tema, la verdad es que comparados con Luke ninguno de nosotros puede valerse por sí mismo. Ah, y también podría añadir que la teniente Kalenda no parece tener nada que objetar a mi plan.

Los ojos de Gaeriel Captison fueron de Lando al rostro impassible e inexpresivo de Kalenda.

—Muy bien —acabó diciendo—. Llevo el tiempo suficiente en la política para saber cuándo es aconsejable callarse.

—Ya hemos bajado bastante, y el recalentamiento está empezando a remover el aire —dijo Luke.

Lando miró por la ventanilla. Luke tenía razón. Las capas de atmósfera menos tenues de aquella zona se estaban calentando bastante más deprisa que las capas de aire más tenues de arriba. Tener aire caliente y aire frío a distintas presiones ya habría sido una receta infalible para producir alteraciones climáticas en cualquier circunstancia, y era todavía más infalible en un mundo hueco que giraba sobre su eje y poseía un considerable gradiente gravitatorio. Remolinos de polvo que parecían tornados en miniatura habían surgido de la nada y giraban por todas partes, y nubes en forma de embudo lanzaban chorros de polvo y restos al aire.

El viento empezó a aullar a medida que la cabina del turboascensor iba bajando más y más, descendiendo hacia las tempestades de polvo que surgían por todas partes y que parecían salidas de una pesadilla. Un muro de partículas de tierra y polvo envolvió la cabina, ocultando el paisaje mientras el vendaval azotaba la cabina con millares de pequeños impactos que crujieron y repiquetearon ruidosamente sobre su exterior.

Y entonces pareció como si los vientos hubieran invertido bruscamente su dirección, y el mundo exterior reapareció tan de repente como se había esfumado.

Era como si hubieran pasado por debajo de alguna especie de cubierta de nubes. La cabina estaba avanzando a lo largo de la pared interior de la esfera rotatoria, desplazándose desde el eje de rotación hacia las regiones ecuatoriales en una larga curva. La cabina ya estaba moviéndose tanto hacia adelante como hacia abajo, y el aumento en el peso aparente se fue haciendo más y más perceptible con cada momento que pasaba. Lando se dio cuenta de que sus ojos habían llevado a cabo un ajuste subconsciente y habían decidido que la cabina ya no estaba bajando por la pared casi vertical de un acantilado, sino que descendía por una colina muy larga que se iba volviendo menos empinada a cada instante del descenso. Algún tipo de mecanismo basculante mantuvo nivelado el suelo mientras la cabina iba bajando por los rieles.

—Ya estamos muy cerca —dijo Sonsen—. Deberíamos empezar a frenar dentro de un instante.

La cabina empezó a reducir la velocidad como si la hubiera oído. Lando alargó una mano para apoyarse en la pared de la cabina, pero se lo pensó mejor en el último momento. Detuvo la mano a un par de centímetros de la pared, y pudo notar que estaba considerablemente caliente.

La cabina siguió reduciendo la velocidad hasta que llegó un momento en el que apenas se movía y su avance quedó reducido a unos veinticinco centímetros por segundo. Los remolinos de nubes volvieron a dispersarse durante un segundo, y revelaron un edificio de dos pisos bastante grande que se alzaba directamente delante de ellos.



—Es el complejo de la entrada principal de este sector —explicó Sonsen. Los rieles del turboascensor llevaban hasta una gran puerta de presión, una estructura de dos paneles que se deslizaban hacia los lados produciendo una abertura central—. Bien, ahora veremos qué ocurre —siguió diciendo Sonsen—. Dejaré que los mecanismos automáticos lo intenten primero.

La cabina se detuvo del todo cuando sólo les faltaban un par de metros para llegar a la puerta, y después no ocurrió nada durante un momento.

— ¿Está averiada? —preguntó Gaeriel.

—Las bombas necesitan unos momentos para igualar las presiones. Bien, allá vamos. —Las puertas blindadas empezaron a abrirse sin ningún problema aparente..., pero después se quedaron atascadas cuando sólo se habían abierto un metro—. Maldición —murmuró Sonsen—. Es exactamente lo mismo que hicieron la otra vez. Voy a probar con el ciclo manual, a ver si tenemos un poco de suerte.

Fue hasta el panel que había al lado de la puerta de la cabina e hizo girar un dial, llevándolo desde la posición indicada con la palabra automático a la marcada como anulación manual. Después pulsó un botón sobre el que estaba escrito *apertura puertas herméticas del lado de ciudad hueco*. Las puertas temblaron y zumbaron, pero no se abrieron más. Sonsen pulsó el botón cierre de puertas, y los paneles avanzaron unos tres centímetros el uno hacia el otro antes de empezar a chirriar y acabar deteniéndose. Sonsen volvió a ejecutar todo el ciclo, pero las puertas se negaron a moverse más de tres centímetros en cualquier sentido.

—Bueno, no se puede hacer nada más —dijo Sonsen—. No se abrirán lo suficiente para que la cabina pueda pasar, y no se cerrarán. Las puertas interiores no se abrirán a menos que las del exterior estén cerradas.

— ¿No hay ningún sistema de anulación para casos de emergencia? —preguntó Lando—. ¿No tienen ninguna forma de forzar las puertas interiores y conseguir que se abran si las del exterior están atascadas?

—No —dijo Sonsen—. ¿Para qué tomarse tantas molestias, cuando se suponía que habría aire respirable a ambos lados de la escotilla y además hay otra compuerta a diez metros de distancia? Ya se lo he dicho antes, y se lo vuelvo a repetir ahora: esto es un superascensor, no una nave espacial.

—Muy bien —dijo Lando—. Parece que tendremos que salir y caminar. Creo que ya va siendo hora de hacer unos cuantos preparativos.

Se quitó la camisa, sacó su cuchillo vibratorio de un bolsillo y empezó a cortar la prenda en tiras. Después se guardó una tira en el bolsillo junto con el cuchillo.

—Envuélvase la nariz y la boca con una tira de tela —dijo—. Si se desmaya, o si no consigue dominar sus reflejos respiratorios, un poco de tela quizá logre filtrar los residuos más tóxicos. Y si descubre que tiene que respirar y no puede contenerse, entonces respire por la nariz. Las fosas nasales tienen unos mecanismos de filtrado y enfriamiento mucho más eficientes que la boca.

—Esperemos que la compuerta de personal no se abra tan deprisa que al final resulte que ha perdido su camisa para nada —dijo Sonsen.

Lando sonrió.

—Me rompe el corazón hacer este tipo de cosas con mi vestuario a menos que sea estrictamente necesario —dijo—, pero creo que por esta vez podré aguantarlo. —Después se tapó la boca con una tira de tela—. ¿Dónde está la otra compuerta? —preguntó, con su voz un poco ahogada por la tela.

—No se la puede ver desde aquí —explicó Sosen—. La ventanilla es demasiado pequeña, pero se encuentra a unos diez metros a la izquierda de la compuerta principal. Debería estar ajustada para la presión del otro lado, pero no debería necesitar mucho tiempo para igualar... —Sosen se calló y alzó la mirada hacia los tanques de aire suspendidos del techo de la cabina—, para igualar la presión. Eh, espere un momento —añadió—. Se me acaba de ocurrir una idea. Ahí arriba tenemos unos cuantos tanques de aire, ¿no? Si vaciamos los tanques dentro de la cabina, podríamos obtener una presión más alta que la del exterior. Cuando abramos la puerta, nuestro aire saldría despedido hacia fuera, en vez de que el aire tóxico entrara...

—Y tendríamos un telón de presión —dijo Lando—. ¡Buena idea! Entonces el segundo grupo podría cerrar la puerta de la cabina después de que hubiéramos salido, y quizá todavía le quedaría un poco de aire para respirar.

—Ayúdeme a llegar hasta los tanques —dijo Sosen.

Luke se arrodilló y formó un estribo con las manos. Sosen puso las manos sobre sus hombros para no perder el equilibrio, y se subió a las manos de Luke.

—De acuerdo —dijo—. Y ahora, arriba.

Luke se incorporó con tanta facilidad como si no estuviera soportando ningún peso extra.

— ¡Uf! —exclamó Sosen—. Su amigo es realmente fuerte, capitán Calrissian. Y ahora, con calma. Un poquito hacia la derecha... No, mi derecha, o sea su izquierda. Un poco hacia atrás. Vale, muy bien. —Sosen alargó la mano hacia el regulador de presión y lo rozó cautelosamente con las puntas de los dedos—. No cabe duda de que se está calentando, pero no está lo bastante caliente para quemar..., todavía.

—Yo le sugeriría que se diera prisa —intervino Cetrespeó—. El Punto Brillante ha incrementado su emisión lumínica en un treinta y cinco por ciento.

— ¿Qué les parece si dejamos a este androide aquí cuando nos vayamos? —preguntó Sosen.

Sus dedos giraron el regulador hasta dejarlo lo más abierto posible, y un ruidoso siseo de aire empezó a oírse casi al instante.

Lando movió las mandíbulas y sintió un chasquido en las orejas.

—Tiene mi voto a favor —dijo—. Llevo años intentando dejarlo tirado en algún sitio.

—Pues ya podéis ir olvidando esa idea —dijo Luke—. Cetrespeó y yo hemos pasado por muchos momentos difíciles juntos.

—Bien, creo que ya está —dijo Sosen—. Bájeme.

Luke la dejó en el suelo.

—Muy bien —dijo Lando—. Y ahora, administradora Sosen... Jenica, ¿cuál es el plan exactamente?

—Voy a abrir la puerta —explicó Sosen—. Cuando lo haga, deberíamos dejar salir un buen chorro de aire, y como mínimo eso hará que el aire tóxico de fuera entre más despacio. Lando y yo saldremos de la cabina lo más deprisa posible e iremos corriendo a la otra escotilla. Usted... —señaló a Gaeriel—. Vuelva a cerrar la puerta pulsando este botón en cuanto estemos fuera del turboascensor. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—En cuanto la puerta esté cerrada, el regulador volverá a funcionar automáticamente y empezará a llenar la cabina con aire limpio de los tanques, pero de todas maneras seguirá habiendo una buena cantidad de esa basura de fuera para añadir a la mezcla. Aun así, tendrán que

respirar ese aire por muy asqueroso que llegue a ser..., porque el de fuera será mucho peor. En cuanto la puerta esté cerrada, respiren lo mejor que puedan. Dénnos tres minutos, ni más ni menos, y luego vuelvan a abrir la puerta y salgan corriendo. Eso nos proporcionará el tiempo necesario para salir por la compuerta, llegar al otro lado y ejecutar el ciclo del mecanismo para que la puerta exterior quede abierta. Salgan por la compuerta lo más deprisa posible. Si los androides pueden llegar hasta allí sin retrasarles, estupendo. Si no, déjenlos a este lado y luego volveremos a ejecutar el ciclo de apertura para que entren en cuanto ustedes hayan pasado. Los androides no necesitan respirar. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Luke.

— ¡Oh, estoy seguro de que quedaremos abandonados aquí! —exclamó Cetrespeó en su tono más melodramático, e incluso Erredós dejó escapar un gemido quejumbroso.

Lando no les prestó ninguna atención. No podía perder el tiempo pensando en ellos..., no cuando toda Ciudad Hueco estaba a punto de ser calcinada una vez más. Lando pensó que se conformaría con que eso fuera lo peor de cuanto podía ocurrir. Si el nuevo fogonazo del Punto Brillante significaba lo que creía que significaba, entonces algo tan insignificante como el que cinco seres humanos y dos androides fueran asados vivos no iba a importar demasiado.

—Bien, ahora a taparse la nariz y la boca, y luego vamos a hacer otra cosa que puede ayudarnos a salir de este lío enteros —dijo—. Necesitamos tener el máximo de oxígeno posible en la sangre y en los pulmones antes de salir ahí fuera. La alta presión ayudará, pero necesitamos hacer algo más. Ahora quiero que todo el mundo empiece a respirar muy deprisa y de una manera lo más entrecortada posible. Eso ayudará a que os resulte más fácil contener el aliento cuando llegue el momento de hacerlo.

Lando siguió su propio consejo y empezó a respirar a toda prisa, jadeando ruidosamente. Respirar de esa manera durante mucho rato no le haría ningún bien a su organismo, pero le ayudaría a sobrevivir a los cinco minutos siguientes. Después volvió la mirada hacia la ventanilla para contemplar las nubes de cenizas y hollín que se arremolinaban en el exterior y meneó la cabeza.

—Tenemos que evitar respirar esa sopa negra —dijo entre jadeo y jadeo—. Aun suponiendo que contuviera todo el oxígeno que podamos necesitar, probablemente nos haría agujeros en los pulmones.

Lando siguió respirando con aquellos jadeos entrecortados hasta que empezó a notar que le faltaba muy poco para marearse. Esperaba haber recordado correctamente todo lo que había que hacer en aquellos casos.

—Muy bien —dijo—. Encárgate de contar, Erredós. Nos seguireis dentro de tres minutos. Y ahora, adelante.

Sonsen se aseguró la tira de tela encima de la boca y la nariz con un nudo, miró a su alrededor para asegurarse de que todo el mundo había hecho lo mismo que ella y después pulsó el botón que abría la puerta.

El aire salió de la cabina del turboascensor a una velocidad aterradora y un instante después un muro de aire tan caliente que parecía salido de un horno entró en ella, trayendo consigo un chorro de polvo, humo y hollín. Sonsen cruzó el umbral a la carrera y Lando la siguió, ya medio cegado por las acres humaredas que ondulaban a su alrededor. No habían podido hacer nada para protegerse los ojos. ¿Dónde demonios estaba Sonsen? ¿Acaso ya la había perdido?

El aire —suponiendo que a aquello se le pudiera llamar aire— pasó aullando junto a él impulsado por una ululante ráfaga de viento y le permitió ver durante un momento. Lando, que ya

tenía los ojos llenos de lágrimas, consiguió localizar a Sonsen y vio que estaba avanzando hacia el edificio.

El calor estaba afectándole casi tanto como el aire envenenado y el polvo. El sudor ya estaba chorreando por todo su cuerpo y bajaba por su frente y se le metía en los ojos, haciendo que le resultara todavía más difícil ver. Lando intentó reprimir el impulso casi irresistible de limpiarse la frente..., y el de respirar. La rapidez con la que quería volver a respirar en cuanto había dejado de hacerlo era realmente asombrosa.

Bueno, no tenía tiempo para pensar en esas cosas. Jenica ya estaba en la compuerta e intentaba manipular unos controles de aspecto muy anticuado, pero los botones y diales metálicos ya estaban demasiado calientes para que pudiera tocarlos. Lando sacó el trozo de tela que se había guardado en el bolsillo, asegurándose de que su cuchillo vibratorio no caía al suelo mientras lo extraía, y se lo alargó.

Jenica se lo agradeció con un asentimiento de cabeza, sin desperdiciar el aliento en palabras, y se envolvió la mano con la tela. Después subió la palanca de vaciado, iniciando el proceso de igualación de presiones entre el interior de la compuerta y el exterior. A juzgar por la columna de hollín y humo que fue aspirada hacia el interior de la compuerta, la presión era más elevada en el exterior. Jenica subió una gran palanca y el panel metálico giró sobre sus bisagras. Jenica agitó vigorosamente el brazo de un lado a otro, apremiando a Lando..., y Lando no necesitaba ningún estímulo para ponerse en movimiento. El compartimento era grande, lo suficientemente espacioso para acoger a veinte o treinta personas a la vez. Eso era otro inconveniente. Cuanto más grande fuese la compuerta, más aire habría que mover y más tiempo se necesitaría.

Torbellinos de polvo y humo giraron por la atmósfera contaminada mientras Lando entraba tambaleándose en el interior del compartimento, que estaba tan caliente como un horno..., y de repente se dio cuenta de que Jenica no estaba con él. Lando giró sobre sus talones para verla derrumbada junto a la entrada de la compuerta, tosiendo y estremeciéndose con el rostro pegado al suelo.

Se obligó a volver a salir para ir en su busca aunque tenía la sensación de que los pulmones le iban a reventar de un momento a otro. Agarró a Jenica por debajo de los brazos y tiró de ella hacia el interior de la cámara, deseando tener aliento suficiente para poder maldecir la gravedad excesivamente elevada de las regiones ecuatoriales de la Estación Centralia.

Lando, medio cegado por las sustancias químicas causticas que le abrasaban los ojos, siguió tirando de Jenica Sonsen hasta meterla dentro de la cámara. Se disponía a dejarla encima de la cubierta cuando se dio cuenta de lo caliente que debía de estar el metal a esas alturas. Lando se pasó el brazo izquierdo de Jenica por encima de los hombros, y la mantuvo medio incorporada mientras buscaba frenéticamente los controles del panel interior. Jenica consiguió sostener una pequeña parte de su peso sobre sus pies y, tosiendo horriblemente, extendió un dedo tembloroso hacia una esquina de la compuerta.

Lando volvió la cabeza hacia la dirección que le estaba señalando. ¡Allí! Avanzó penosamente hacia los controles, con Jenica todavía encima de su espalda, y bajó la palanca de cierre, quemándose la mano durante el proceso. El metal estaba muy caliente, y se iba calentando cada vez más. El panel pareció necesitar toda una eternidad para girar sobre sus bisagras y cerrarse.

Lando ya tenía un dedo encima del botón de la bomba de aire unos segundos antes de que el panel hubiera terminado de cerrarse, pero los mecanismos automáticos entraron en acción al instante sin necesidad de que hiciera nada..., no bombeando aire limpio en la cámara, sino expulsando la atmósfera tóxica al otro lado de la compuerta. Jenica había dicho que aquel lugar era conocido con el nombre de Cascarón Uno. Las bombas de aire zumbaron diligentemente, removiendo el hollín y el polvo hasta acabar creando una nueva nube cegadora.

Los pulmones de Lando ya pedían aire a gritos, y le exigían que respirara inmediatamente. Se encontraba tan débil que pensó que iba a desmayarse, pero Lando también sabía que no podía atreverse a perder el conocimiento. Si se desmayaba, sus reflejos harían que volviera a respirar..., y eso probablemente le mataría.

Las presiones se igualaron por fin, y la puerta del fondo se abrió. El aire del exterior estaba mucho más fresco que la atmósfera ponzoñosa acumulada en el interior de la compuerta, y el diferencial de temperatura era lo bastante grande para crear una ráfaga de viento cuando el aire tóxico y recalentado empezó a expandirse por el Cascarón Uno y el aire frío y limpio entró a chorros en la cámara de la compuerta.

Lando soltó a Jenica y cayó de rodillas. Apenas notó el calor abrasador de la cubierta mientras empezaba a jadear en busca de aire, tosiendo, sufriendo accesos de náuseas e intentando controlar las convulsiones de sus pulmones. Apartó el trozo de tela de su boca y tosió con más violencia, escupiendo aquella horrible sustancia viscosa que parecía habersele metido en la boca a pesar de que no hubiera estado respirando la atmósfera envenenada.

—Fuera —dijo, con un hilo de voz que convirtió la palabra en un graznido inaudible—. Tenemos que... salir... y preparar la compuerta... para los demás.

Jenica se había derrumbado junto a él. Le miró y asintió, incapaz de pronunciar ni siquiera un monosílabo de afirmación. Se ayudaron el uno al otro a levantarse y salieron tambaleándose de la cámara de la compuerta. La atmósfera era una masa arremolinada de letal humo sulfuroso, pero también había aire limpio. Todavía no podían respirar a sus anchas y no podrían hacerlo hasta que el polvo y el humo se hubieran dispersado, pero al menos podían respirar.

Jenica fue hasta los controles del Cascarón Uno y bajó la palanca de diseño visiblemente antiguo que cerraba el panel interior.

— ¡Esperel! —gritó Lando.

Acababa de ver algo. Al lado de la puerta había un estante con equipo de emergencia que incluía dos pequeños tanques de oxígeno provistos de respiradores. Lando cogió uno, hizo girar la válvula para que el oxígeno empezara a fluir y arrojó el tanque al interior de la cámara. La mayor parte del oxígeno —o quizá todo— se desperdiciaría, naturalmente. Pero daba igual. Incluso con la válvula abierta al máximo, un tanque de ese tamaño tardaría diez o quince minutos en quedar totalmente vacío; pero siempre había la posibilidad de que consiguiera esparcir una cantidad de oxígeno lo bastante grande para que sirviera de algo. Si todos estaban cegados por los vapores tóxicos, quizá alguien pudiera oír el silbido del tanque y entonces alguien encontraría el respirador y se lo pondría en la cara.

La puerta ya se estaba moviendo. Jenica tiró de la palanca para abrir la puerta del lado de Ciudad Hueco, y ya no hubo nada más que hacer. Jenica giró sobre sus talones y se fue dejando resbalar hasta el suelo con la espalda pegada a la pared. Lando cogió el otro tanque de oxígeno y se sentó en el suelo, de cara a ella. Abrió la válvula y le alargó el tanque.

Jenica se puso la mascarilla del respirador e hizo una profunda inspiración..., y sufrió otro ataque de tos desgarradora. Volvió a intentarlo, esta vez con un poco más de éxito.

—Aaaj —dijo—. No pretendía respirar esa porquería, pero supongo que la tela no consiguió filtrarla toda.

Le pasó el tanque a Lando, y éste se puso la mascarilla y respiró profundamente. El oxígeno limpio y puro tenía un sabor maravilloso.

— ¿Hay algo más que podamos hacer para ayudarles? —preguntó.

Jenica meneó la cabeza.

—No, realmente no —dijo—. La compuerta tiene una ventanilla. El mecanismo de seguridad no me permitirá tener abiertas las dos puertas a la vez, pero quizá consiga abrir por este lado antes de que la cámara haya quedado represurizada. Eso podría permitirles entrar un poco más deprisa. Aparte de eso, no hay nada que podamos hacer.

Habían necesitado hasta el último de los noventa segundos que se habían dado como plazo para llegar allí, y Lando pensó en lo asombrosamente mucho más largo que le había parecido aquel período de tiempo. Pero si iban a tener visitas, sería mejor que se hieran preparando. Hizo otra profunda aspiración del tanque de oxígeno y se lo devolvió a Jenica.

—Bien, vamos —dijo—. Tenemos que preparar los controles para que pueda abrir la puerta interior lo más pronto posible.

—Sí, más vale que lo hagamos. Tengo el desagradable presentimiento de que sus amigos quizá van a pasarlo un poco peor que nosotros. —Jenica se puso en pie y se frotó la cara. Cuando apartó los dedos del rostro, su mano estaba todavía más sucia que antes—. ¡Oh, por todas las estrellas! Debo de estar hecha un desastre.

—Tenía mejor aspecto antes —dijo Lando, y sonrió—. Ahora tiene como un centímetro de polvo encima de la cara.

—Oh, un poco de jabón y agua se ocuparán de eso —dijo Jenica—. Pero no quiero ni pensar en lo que este paseo le habrá hecho a mi pelo.

Luke Skywalker no apartaba los ojos de Erredós mientras esperaba a que transcurrieran los tres minutos. Se obligó a permanecer tranquilo y pensar con claridad. Los Jedi nunca se dejaban dominar por la impaciencia.

Salvo en algunas ocasiones, claro. La situación estaba empezando a volverse realmente preocupante. La temperatura de la cabina había subido de una manera espectacular cuando el aire del exterior entró en el turboascensor, y todos estaban sudando abundantemente. Y todos ellos —incluso el gran Maestro Jedi— tenían crecientes dificultades para respirar.

Kalenda volvió a toser y malgastó una parte del poco aliento que le quedaba en mascullar una maldición.

—¿Cuánto falta? —preguntó.

El humo, o quizá la tela que le tapaba la cara, hizo que su voz sonara un poco pastosa y gutural.

—Creo que todavía faltan unos treinta segundos —dijo Luke—. Bien, preparémonos. Saldréis antes que yo para que pueda ver qué tal os va.

Gaeriel pareció disponerse a protestar, pero Luke se le adelantó.

—No es momento de andarse con falsas modestias —siguió diciendo—. Mis poderes Jedi me proporcionan una ventaja de la que vosotras carecéis. Si no fuera así, entonces habría perdido el tiempo entrenándome durante todos estos años. Erredós, Cetrespeó: vosotros iréis detrás de mí. Me vigilaréis, ¿entendido? Tendréis que vigilarnos a todos. Puede que necesitemos vuestra ayuda..., pero tal vez podamos movernos más deprisa que vosotros. Si llegamos allí antes, tendremos que dejaros a este lado de la compuerta, pero volveremos a abrirla apenas hayamos pasado. ¿De acuerdo?

Erredós soltó una serie de silbidos y zumbidos e hizo girar su cabeza de un lado a otro.

—Estoy totalmente de acuerdo con Erredós —dijo Cetrespeó—. Puede que seamos inmunes a la atmósfera venenosa, pero las sustancias químicas corrosivas que flotan en el aire y el continuo aumento de la temperatura podrían causarnos graves daños. Le ruego que nos saque de allí lo más pronto posible.

—Lo haré —dijo Luke—. Os lo prometo.

Cetrespeó asintió entusiásticamente.

—Me alegra oírlo —dijo.

Al parecer la palabra de un Maestro Jedi bastaba para tranquilizar incluso a un androide de protocolo.

— ¿Kalenda, Gaeriel? ¿Estáis preparadas?

—No, la verdad es que no —dijo Gaeriel, ahogando una tos—. Pero dudo mucho que pueda llegar a estar preparada para esta clase de cosas. Bien, adelante.

Kalenda se limitó a asentir.

—Allá vamos —dijo Luke, y pulsó el botón.

Una nueva ráfaga de aire lo bastante caliente para quemar cayó sobre ellos al abrirse la puerta. El vendaval se estaba volviendo más y más feroz a medida que el Punto Brillante derramaba más y más energía dentro del sistema. Gaeriel salió a la tormenta y casi fue arrastrada por ella antes de que Kalenda consiguiera agarrarla. Luke salió de la cabina, y también faltó muy poco para que perdiera el equilibrio. El calor era increíblemente intenso, y los gases tóxicos parecían estar royendo su piel y sus ojos. «Para un Jedi el dolor no existe —se dijo Luke—. Sólo existe la percepción, y la calma.» Los tres humanos avanzaron lentamente alrededor de la cabina del turboascensor..., y descubrieron que había estado protegiéndoles del viento. Un instante después toda la salvaje potencia de aquella galerna corrosiva les dio de lleno en la cara, dejándoles totalmente cegados y obligándoles a cerrar los ojos. El viento estaba saturado de arenilla, y las diminutas partículas también se estrellaron contra sus rostros.

Luke sólo tuvo un fugaz momento de buena visibilidad antes de que el muro rugiente de polvo y cenizas los envolviese, y durante ese momento vio dónde estaba la compuerta..., y vio que se estaba abriendo para acogerles. Ese momento tendría que ser suficiente. Abrir los ojos en aquella tempestad sería peor que inútil. Luke no sólo no podría ver, sino que sus ojos quedarían destruidos al instante. Tendría que llegar hasta la compuerta sin ver..., y además tendría que llevar a los demás con él. Desplegó la Fuerza y localizó a Kalenda y Gaeriel, cogidas de la mano a un par de metros por delante de él. Las dos estaban avanzando en la dirección equivocada, y Luke pensó que el impacto del vendaval ya debía de haber conseguido darles la vuelta.

Luke se lanzó hacia el vendaval usando la Fuerza para guiarse, y agarró de la mano a Kalenda y tiró de ella para indicarle cuál era la dirección correcta. Kalenda se dejó llevar sin oponer ninguna resistencia, y Luke pudo sentir a Gaeriel en la Fuerza. Percibió cómo titubeaba durante un momento, y cómo acababa siguiéndoles.

Un instante después empezó a ser consciente de un calor abrasador que ardía dentro de su pecho. Aire. Necesitaba aire. Y si él sentía la apremiante necesidad de respirar, Gaeriel y Kalenda ya debían de estar padeciendo una auténtica agonía de asfixia.

Más cerca. Más cerca. Luke podía ver la compuerta con los ojos de su mente. Conocía su situación exacta con toda la potencia y precisión de sus sentidos Jedi, pero eso no le permitía avanzar más deprisa hacia ella ni le proporcionaba el poder de avanzar en contra de aquel viento letal como si no existiera.

Ya habían llegado. Luke seguía sin atreverse a abrir los ojos, pero sabía que estaban en la entrada de la compuerta. Tiró de Kalenda hasta colocarla delante de él, y después repitió la maniobra con Gaeriel antes de avanzar..., y darse de narices con algo metálico, algo alto, duro y anguloso. Un instante después comprendió que acababa de tropezar con Cetrespeó.

— ¡Al parecer Erredós y yo hemos conseguido llegar antes que ustedes, amo Luke! —gritó Cetrespeó para hacerse oír por encima del ulular de la tempestad de arena.

Un androide podía hablar en aquella horrible atmósfera sin malgastar el aire y sin que se le metiese arena en la boca. Luke no podía hacerlo, y se conformó con asentir.

Dio un par de pasos hacia adelante para acercarse a la compuerta y escapar al azote del viento. Después se quitó la mayor parte del polvo de los ojos y se atrevió a abrirlos justo a tiempo de ver cerrarse la puerta.

Un destello anaranjado surgió de la nada detrás de él. Luke giró sobre sus talones. Gaeriel y Kalenda estaban inmóviles, con los ojos todavía cerrados, agarrándose la una a la otra y tosiendo convulsivamente.

Y el largo vestido blanco de Gaeriel estaba ardiendo..., y Gaeriel todavía no lo sabía. Luke se lanzó sobre ella y arrojó su cuerpo sobre las llamas que empezaban a extenderse por la tela, intentando extinguirlas. Su mono de vuelo tenía un aislamiento protector y era a prueba de fuego. Luke sintió una fugaz oleada de calor en su pecho, y eso fue todo. El fuego se apagó. Luke retrocedió y ayudó a levantarse a Gaeriel.

Un trocito de metal al rojo vivo, traído por el viento desde algún lugar en el que hacía todavía más calor que allí, debía de haberse adherido al vestido de Gaeriel. Pero ¿cómo podía arder, si no había oxígeno disponible?

Luke oyó un siseo detrás de él y se volvió para ver una mascarilla de oxígeno. Lando y Jenica habían arrojado una mascarilla de oxígeno al interior de la compuerta..., y Gaeriel estaba de pie justo encima de ella. Su vestido debía de haber capturado el oxígeno. La probabilidad de que eso ocurriera era de una entre un millón, pero casi había matado a Gaeriel.

Todos aquellos pensamientos desfilaban velozmente por su cerebro mientras alargaba los brazos hacia la mascarilla. Luke arrancó de un manotazo la tira de tela que le cubría la boca y colocó la mascarilla encima de la boca y la nariz de Gaeriel. Todavía medio cegada, y probablemente todavía sin tener ni idea de por qué Luke la había tirado al suelo, al principio Gaeriel intentó apartarse de la mascarilla..., hasta que comprendió lo que era. Enseguida la agarró ávidamente, abrió la boca y aspiró una profunda bocanada de aire. Después empezó a toser casi al instante. Luke le pasó la mascarilla a Kalenda, que hizo dos profundas inspiraciones antes de devolvérsela.

Luke bajó hasta su mentón la tira de tela que había usado para protegerse del polvo, exhaló la última bocanada de aire que había inhalado dentro de la cabina del turboascensor y aspiró todo el aire que la mascarilla podía expulsar. Se dio cuenta de que durante los últimos momentos había estado viendo manchitas de colores que flotaban delante de sus ojos. «Hasta los Maestros Jedi tienen que respirar», se dijo.

Le estaba alargando la mascarilla a Gaeriel cuando la puerta interior giró violentamente sobre sus bisagras y el aire de la compuerta se precipitó por la cámara en una última nube de polvo asfixiante y cegadora, pero por fin inofensiva. Lo habían conseguido.

— ¿Que estaba ardiendo? —preguntó Gaeriel, contemplando los restos de su vestido.

Jenica había llevado al grupo hasta una pequeña enfermería del Cascarón Uno que se encontraba cerca de la compuerta. Todos tenían morados, golpes, arañazos y pequeñas quemaduras que necesitaban alguna clase de atención. Además del equipo de primeros auxilios todos necesitaban un baño y ropas limpias, pero esas dos cosas podían esperar un rato.

— ¿Estaba ardiendo y no lo sabía?

—Es algo de lo que muy pocas personas pueden presumir —dijo Luke, y se rió—. Te pido disculpas por haberte tirado al suelo...



—Y yo pido disculpas por haber arrojado esa mascarilla de oxígeno al interior de la compuerta —dijo Lando.

—No hace falta que os disculpéis —dijo Gaeriel, aunque con una cierta sequedad, mientras iba al lavabo y empezaba a lavarse las manos—. La mascarilla probablemente nos salvó la vida a todos. Estaba a punto de desmayarme, y si hubiera perdido el conocimiento y hubiese acabado respirando todas esas sustancias tóxicas que ya había empezado a inhalar... Bueno, en el mejor de los casos ahora tendría problemas mucho más serios que una garganta irritada. Y entre que mi dignidad esté algo magullada por culpa de un empujón y un montón de quemaduras de tercer grado, escojo lo primero.

—Creo que todos hemos tenido mucha suerte —dijo Kalenda en un tono bastante más serio que el empleado por Gaeriel mientras rociaba la mano quemada de Jenica con un aerosol de ungüento curativo—. Tal como estaba subiendo la temperatura, me parece que cinco minutos después ya no lo habríamos conseguido.

—¿Qué tal están las cosas ahora, Erredós? —preguntó Luke mientras Lando iba esparciendo solución antiséptica sobre las quemaduras que la arena había dejado en su rostro—. ¡Ay! ¡Esta cosa escuece!

—No te muevas —dijo Lando, empezando a recubrir las quemaduras más serias con ungüento—. Ya casi he terminado.

Erredós, que se había conectado a una salida de datos de la pared de la enfermería, respondió con una nerviosa serie de chirridos, zumbidos, pitidos y trinos.

—Oh, cielos —dijo Cetréspeo—. La situación está empeorando rápidamente.

—Y para los que no hablamos el idioma de los pájaros, ¿se puede saber qué ha dicho Erredós? —preguntó Jenica.

—La temperatura del lugar en el que estábamos hace diez minutos ha subido por encima del punto de ebullición y sigue ascendiendo —tradujo Cetrespeó—. Los detectores supervivientes indican zonas que se encuentran por encima de los quinientos grados más cerca del Punto Brillante..., y probablemente hay temperaturas mucho más elevadas, sólo que los detectores ya no están allí para informarnos de ellas.

—Esto tiene muy mal aspecto —dijo Lando.

Jenica Sonsen asintió.

—Y tampoco es ningún ataque terrorista —dijo—. Dos veces ya no tenía mucho sentido, pero ¿tres?

—Pues creo que te equivocas —dijo Lando—. Sí, me parece que no puedes estar más equivocada. Pero me temo que esos ataques fueron concebidos para causar otras víctimas, y no para acabar con tu gente. Tengo la impresión de que fuisteis espectadores inocentes que se vieron metidos en todo ese lío por casualidad.

Jenica se volvió y miró fijamente a Lando mientras flexionaba la mano cubierta de ungüento contra las quemaduras.

—Capitán Calrissian... Eh... Lando, hace un rato dijiste algunas cosas que me hicieron pensar que tenías una cierta idea de qué está ocurriendo aquí. Quizá sea el momento de que te expliques con claridad.

Lando dejó escapar un largo suspiro.

—Me parece que tal vez tengas razón —dijo—. Pero me temo que no le va a gustar mucho a nadie. Incluso puede que esté equivocado..., pero por otra parte, lo tenemos delante de las narices.

— ¿A qué te refieres? —preguntó Luke.

—A Centralia —respondió Lando—. Centralia está justo en el centro de todo este asunto. Piensa, Luke... Tenemos tres tecnologías enormes, impresionantes e inexplicables que forman el centro de esta crisis. La primera, y la más fácil de explicar, es el bloqueo de comunicaciones en todo el sistema. Resulta impresionante, desde luego, pero en realidad lo único que necesitas para producir las interferencias es un montón de energía. ¿Y de dónde proceden las interferencias?

—De Centralia —dijo Jenica—. Sin que la FedDob tuviera ni idea..., y nosotros controlábamos este sitio.

—O por lo menos creíais controlarlo —dijo Lando—. En segundo lugar, tenemos el campo de interdicción. No hay nada increíble en él, aparte de sus dimensiones. Pero si dispusieras de un generador gravítico lo suficientemente poderoso, podrías crearlo. ¿De dónde procede?

—De Centralia —volvió a decir Jenica—. Y a juzgar por las preguntas que estabas haciendo antes, pensabas que tenía algo que ver con el hecho de que nos encontremos justo en el punto de equilibrio del potencial gravítico.

—Exacto. No tengo ni idea de cómo lo hace, pero estoy empezando a pensar que Centralia puede utilizar las emisiones gravíticas de los Mundos Dobles. Bien, pues parece que alguien ha encontrado una forma de convertir esa energía en un campo de interdicción...

— ¿Y la tercera tecnología inexplicada? —preguntó Luke.

Lando le contempló en silencio durante unos momentos antes de responder.

—El creador de novas, por supuesto. El misterioso artefacto que hace estallar las estrellas... Todos nos preguntábamos cómo lo hacían, ¿verdad? Todos nos preguntábamos dónde estaba ese trasto que hace estallar las estrellas. Bien, pues ahora estoy seguro de que nos encontramos sentados en él. Creo que el fogonazo del Punto Brillante significa que está a punto de volver a actuar.

## 8

# Reuniones y discusiones

Hacía una mañana preciosa. La estrella Corell estaba subiendo por el este. Las hermosas colinas y el límpido cielo azul de Selonía se extendían por delante de ellos. La Madriguera Hunchuzuc les había instalado en una espléndida villa situada en lo alto de una colina, un edificio que estaba claro había sido construido para que fuese usado por dignatarios humanos durante sus visitas. Todos habían estado muy cómodos y bien atendidos desde el momento en que Mará Jade había hecho descender el *Fuego de Jade*.

—Estoy harto de esperar, Dracmus —dijo Han.

—Paciencia, respetado Solo. El esperar todavía no se ha hartado de ti.

—Sea lo que sea lo que signifique eso —gruñó Han—. ¿Has dado alguna vez una respuesta clara y directa en tu vida?

— ¿A qué le refieres exactamente cuando empleas los términos «clara» y «directa»?

Han Solo se volvió hacia su esposa, que estaba sentada con ellos en la mesa del desayuno y parecía hallarse de muy buen humor.

— ¿Ves lo que he tenido que aguantar? —preguntó. Dracmus había venido a hacerles su visita matutina, tal como hacía cada día. Y, como ocurría cada día, Han enseguida se había encontrado preguntándose cuál era el propósito de aquella visita—. Acertijos. Acertijos incoherentes. Eso es lo único que he conseguido sacarle, y es lo único que conseguimos sacarle ahora.

—Tómalo con calma, Han —dijo Leia—. La paciencia es la parte más dura y difícil de la diplomacia.

—Pero la mía ha llegado a sus límites —replicó Han.

—Me temo que he de estar de acuerdo con Han —dijo Mará—. Los acontecimientos se están desarrollando con demasiada rapidez en todas partes para que pueda aguantar el seguir esperando aquí durante más tiempo.

—Todavía no estoy seguro de por qué estamos aquí —dijo Han—. Desde el momento en que me sacaste de esa celda, nunca he sabido si era tu compañero o tu prisionero. ¿Estamos prisioneros? ¿Somos rehenes, quizá? ¿O estamos aquí para alguna clase de negociación? Y, de ser así, ¿qué vamos a negociar?

—Me temo que no es tan sencillo —dijo Dracmus—. Para mi gente, todas estas cosas, compañero, prisionero, rehén, negociador, no están tan separadas unas de otras como entre vuestra gente. Para mi pueblo, puedes ser sólo una de esas cosas o todas ellas a la vez, o algunas de ellas de forma cambiante a medida que va pasando el tiempo.

—Bien, ¿y de cuál de ellas se trata en esta ocasión? —pregunto Han, con una nota de advertencia muy clara en la voz..., que enseguida resultó obvio pasó totalmente desapercibida para Dracmus.

—Todavía no se ha determinado —replicó la seloniana—. Debéis entender que para mi gente el consenso lo es todo. Siempre sabemos encontrar muchos usos a la ambigüedad. Si el problema es incierto, entonces la reunión puede prolongarse durante mucho tiempo, pues el desacuerdo se vuelve más difícil si nadie entiende la totalidad del problema.

—Y el ponerse de acuerdo también se vuelve más difícil —dijo Han—. Ahí fuera hay tipos con naves y armas que están disparando contra nuestra gente. No veo que haya mucha ambigüedad en esa situación.

— ¡Por favor! ¡Por favor! —exclamó Dracmus—. Comprendo tu impaciencia, pero lo que pides no entra en nuestra naturaleza. Para mi pueblo...

—Las tradiciones siempre proporcionan excusas magníficas —intervino Mará—. Cada vez que he tenido que tratar con una seloniana que no quería hacer algo, me ha explicado de qué manera la tradición hacía que fuese imposible hacerlo, o que las costumbres de su pueblo hacían que resultara muy difícil tomar una decisión, o me ha dado la excusa que le pareciera más adecuada según el momento. Y mi gente siempre ha respetado vuestras costumbres y tradiciones, y ha aceptado la estructura de vuestra cultura. Bien, pues eso se acabó. No estamos intentando llegar a un acuerdo comercial sobre unos cuantos artículos de lujo en el que podáis tenernos esperando durante seis meses, con la esperanza de que esas tradiciones vuestras que tan útiles os resultan acaben frustrándonos hasta el extremo de que nos rindamos y ofrezcamos un precio mejor. Esto es la guerra. Es tamos hablando de la supervivencia. No hay tiempo. Ha llegado el momento de que aceptéis la forma de hacer las cosas en nuestra cultura antes de que todos seamos exterminados. Nosotros hablamos claro y decimos la verdad, y elegimos una manera de actuar y luego la seguimos.

— ¡Oh, os lo ruego! —dijo Dracmus—. Debéis aguantar. Las cosas están siendo muy complejas. Se necesita tiempo para resolver todos los problemas.

—Pero es que no hay tiempo —dijo Mará, dando un énfasis acerado y cortante a su voz—. No podemos disponer de lo que ya no existe, y se nos ha acabado el tiempo... O, mejor dicho, se os ha acabado el tiempo. Puede que sea muchas cosas, pero no seré vuestra prisionera.

— ¿Cuál es el significado de tus palabras? —preguntó Dracmus.

—Informa a quien debas informar de que me voy. Dentro de una hora iré hasta la pista de descenso en la que bajamos. Subiré al *Fuego de Jade* y me marcharé. Mis compañeros pueden venir conmigo si lo desean, pero me iré en cualquier caso. También deseo recordarte que Leia y yo escapamos de la Liga Humana y nos fuimos de Corellia a bordo del *Fuego de Jade*, y que hicimos todo eso mientras nos enfrentábamos a una oposición mucho más poderosa que nada de cuanto haya visto aquí hasta el momento. Además, y dado que mi nave trajo a la jefa de Estado de la Nueva República hasta este planeta, se podría considerar que un ataque contra mi nave constituiría un ataque contra la Nueva República que afirmáis reconocer y apoyar. En resumen, que yo os sugeriría que no intentarais detenerme. No lo conseguiréis, y no seré responsable de ningún daño que pueda producirse como resultado del intento.

—Pero... Pero...

—Sólo hay una manera de evitar mi marcha, y es que mi grupo pueda hablar con alguien que tenga la suficiente autoridad, que proporcione respuestas claras a nuestras preguntas y que disponga del poder necesario para tomar decisiones antes de que esa hora haya transcurrido. Si no vemos aparecer a una persona que reúna todas esas características, me iré...

—Y yo me iré con ella —dijo Han, y se volvió hacia su esposa.

Leia parecía preocupada y un poco enfadada, pero asintió.

—Y yo también.

—Pero... Pero...

—Pero dispones de una hora —dijo Mará—. Esfúmate. Vete, y procura que ocurra algo de una vez.

Dracmus parecía al borde de la histeria.

—Veré qué puedo hacer. ¡Por favor, no os marchéis!

—Una hora —dijo Mará—. Anda, muévete.

Dracmus asintió, giró sobre sus talones, se puso a cuatro patas y partió como una exhalación.

—Si no creyera en el poder de presentar un frente unido, me habría negado a ir con vosotros —dijo Leia, que todavía estaba un poco enfadada—. Habéis causado algunos daños, pero si me hubiera negado a seguirs la corriente, entonces el resultado aún habría sido peor. Soy diplomática, y vosotros no. Tendríais que haber dejado que me encargara de hablar.

—He estado permitiendo que hablaras en nombre de todos, y lo único que hemos conseguido hasta el momento son unas vacaciones forzosas en esta villa —replicó Mará—. Soy una mujer de negocios, una comerciante. Me gano la vida negociando.

—¿Llamas negociar a insultar a nuestros anfitriones?

—Negociar es el arte de conseguir lo que quieres —dijo Mará—. No es el arte de conseguir que la otra parte se sienta más feliz y satisfecha.

—No son «la otra parte». Son nuestros asociados en esta negociación.

—Si lo fueran, entonces no necesitaríamos negociar—dijo Mará sin inmutarse.

Han se percató de que el tono seco, la ira aparente y la impaciencia de Mará se habían esfumado en el mismo instante en que lo hizo Dracmus. Todo había sido una mascarada en beneficio de Dracmus. Mará no podía estar más tranquila y relajada.

—Asociados u oponentes, estoy convencida de que no llegaremos a ninguna parte sometiéndoles a esa clase de presión —elijo Leia.

—Bueno, lo sabremos dentro de cincuenta y siete minutos dijo Mará mientras se servía otra taza de té—. Ya he tratado con selonianos anteriormente. Me pregunto si tú y Han habéis tratado con ellos alguna vez.

—Yo hablo su lenguaje, y he tenido tratos de naturaleza social con ellos. Pero nunca he dirigido una auténtica negociación en la que estuvieran involucrados selonianos —dijo Leia.

—Y la verdad es que yo nunca he tenido nada que ver con ellos —dijo Han—, no desde que era un crío y vivía en Corellia.

—Pues entonces hay algo que los dos debéis entender —dijo Mará.

Leia parecía estar a punto de protestar, pero Han alzó una mano para pedirle que no lo hiciera.

—Adelante, Mará —dijo.

—Resulta un poco difícil de explicar. —Mará guardó silencio durante unos momentos antes de seguir hablando—. Pensad... Pensad en una partida de sabacc, en la que cada jugador sabe que el otro se está echando un farol, pero los dos siguen depositando fichas encima de la mesa porque no quieren hacer el ridículo dejándose impresionar por un farol. Ninguno de los dos puede volverse atrás. O pensad en dos ejércitos que están luchando encarnizadamente, y que siguen lanzando tropas y más tropas a una feroz batalla en la que se disputan un trocito de tierra que no sirve para nada. Hay casos en los que los humanos olvidan el propósito de la competición y en que la competición por sí sola se vuelve absolutamente vital. A veces es algo totalmente irracional, y a veces tiene algún sentido. A veces existe un cierto valor de supervivencia, pues de lo contrario la evolución no nos habría dado esa tendencia. A veces quizá estés pensando en la próxima mano, en la próxima batalla... Si sabe que no te vas a dar por vencido, tu oponente puede acabar decidiendo que no vale la pena seguir luchando. Se dará por vencido..., y entonces la

próxima vez ganarás sin necesidad de tener que luchar. La mayoría de veces ni siquiera hay una decisión consciente, por supuesto. Hacemos esa clase de cosas sin pensar en ellas. Es como un punto ciego.

—Nada de todo eso me parece muy propio de los selonianos —dijo Han.

—No, no lo es —admitió Mará—. Estaba hablando de un punto ciego humano. Somos mucho más competitivos e individualistas que los selonianos. Todo eso del consenso no es simple palabrería: realmente son así. Para simplificarlo un poquito, y de una manera excesiva, sienten una compulsión que les obliga a ponerse de acuerdo tanto si el hacerlo tiene sentido como si no lo tiene, de la misma manera que a veces a nosotros nos parece que tenemos que ganar tanto si el ganar tiene sentido como si no lo tiene. Es algo que sencillamente no pueden evitar hacer en una situación de estas características. Es como un punto ciego de su raza... Si nos limitáramos a esperar hasta que estuvieran listos para hablar con nosotros, podrían tardar semanas, meses o años sólo para decidir qué querían pedirnos. He tenido que hacerles saber que si no pedían algo inmediatamente, entonces lo perderían todo.

—¿Estás segura de que ha sido prudente por tu parte hacerlo? —preguntó Leia.

—No, no lo estoy. Pero a veces lo importante es conseguir que ocurra algo, y hay veces en que lo que sea exactamente ese algo casi carece de importancia.

—Ese «casi» puede abarcar un montón de situaciones distintas —dijo Han.

—Supongo que sí —replicó Mará—, pero ahora tal vez significa que tenemos una posibilidad de elegir el terreno. Si conseguimos averiguar qué está ocurriendo aquí, tal vez podamos tomar algunas decisiones lógicas y acertadas —siguió diciendo—. Hay algo que debemos tomar en consideración. Dracmus nos ha dicho que todos esos mundos tienen repulsores, y que alguien del exterior estaba ayudando a organizar su búsqueda. Muy bien, perfecto... Puedes utilizar un repulsor para destruir una nave espacial. Desde un punto de vista militar, eso es todavía mejor. Pero también puedes destruir una nave espacial con un montón de cosas que resultan mucho más fáciles de obtener, controlar, apuntar y utilizar que un repulsor. Creo que todavía no conocemos toda la razón que se oculta detrás de esta feroz competición para hacerse con el repulsor de Corellia. Y no olvidéis que Dracmus dijo que los rebeldes de los otros mundos están buscando los repulsores..., o quizá ya los hayan encontrado y estén empezando a utilizarlos.

—¿Para qué quieren utilizarlos? —preguntó Han.

—No tengo ni idea —dijo Mará—, pero nadie se esfuerza tanto para encontrar algo a menos que lo necesite desesperadamente. No durante una guerra, cuando estás intentando reservar tus fuerzas para el momento en que las necesites... Hemos visto toda clase de indicaciones de que las distintas rebeliones consideran que los repulsores son enormemente valiosos. Estoy empezando a pensar que los repulsores son la única razón por la que existen todos esos rebeldes. En cierto sentido, creo que no hay rebeldes... Sólo son una fachada, una cortina de humo para ocultar al verdadero enemigo.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Leia.

—Tengo la corazonada de que todas esas frenéticas búsquedas de los repulsores no se han producido a causa de las revueltas —dijo Mará—, y mi teoría es que las revueltas son una tapadera para ocultar la búsqueda de los repulsores. Estamos prácticamente seguros de que las revueltas fueron organizadas desde el exterior. Dracmus nos lo dijo..., aunque no sé hasta qué punto podemos fiarnos de lo que nos dice. Además, ¿cuáles son las probabilidades de que se produzcan rebeliones simultáneas en cinco planetas distintos meramente debido a la coincidencia? Tuvo que existir alguna clase de coordinación, y todos estamos de acuerdo en eso. Bueno, pues ahora os estoy diciendo que el principio organizador fue la necesidad de encontrar los repulsores.

—Eso tiene sentido si toda esa labor de organización fue llevada a cabo por alguien del exterior y si estamos hablando de una fuerza externa —dijo Leia—. No consigo imaginarme a nuestros viejos conocidos de la Liga Humana decidiendo visitar a sus queridos amigos de la Supramadriguera seloniana para organizar todo este montaje. Si alguna fuerza exterior se encargó de organizarlo todo, pudieron ponerse en contacto con un grupo disidente en cada planeta y proporcionarle dinero, recursos técnicos y todo lo que hiciera falta. Y sabemos que los rebeldes están actuando de una manera coordinada, por lo menos hasta cierto punto... Ese ataque coordinado contra las naves bakuranas fue ejecutado por todos los grupos.

—Pero ¿qué razón pueden tener los rebeldes para cooperar entre ellos y cooperar con esa fuerza exterior? —preguntó Han—. ¿Qué van a sacar de ello?

Leia meneó la cabeza.

—No estoy segura, pero si nosotros hubiéramos tenido que organizar todo este plan... Bueno, entonces yo les habría dicho que aceptaran nuestro dinero y nuestra información, que cooperasen con nosotros y usaran a su gente para desenterrar los repulsores y que luego nos los entregaran, y que después dejaríamos que hicieran lo que quisiesen en su planeta cuando hubiéramos echado a patadas a la Nueva República. Pero a cambio obtendríamos su ayuda..., y el control total y absoluto sobre el repulsor de su planeta.

—Pero entonces correrías el riesgo de que los rebeldes acabaran decidiendo que los repulsores tenían algún valor después de todo —dijo Han.

—Bueno, me parece que eso debe de ser lo que ha ocurrido en el caso de la Liga Humana —dijo Leia—. Si esta idea de la fuerza exterior se corresponde con la realidad... Bien, entonces serían los tipos de fuera los que controlarían el destructor de estrellas, y no la Liga Humana. Cuando la Liga Humana empezó a lanzar amenazas en todas direcciones, la misteriosa fuerza exterior debió de tomárselo bastante mal.

—Eso suponiendo que llegaran a enterarse —dijo Mará—. Puede que se encuentren una situación totalmente externa a este sistema estelar. Tendrían unos cuantos representantes y observadores dentro del sistema, pero en cuanto las interferencias hubieran empezado a actuar, puedes meter a los observadores en la cárcel y decir lo que quieras sin que nadie de fuera se entere. Y en cuanto el campo de interdicción empiece a funcionar, nadie de fuera puede llegar hasta ti para hacer algo al respecto. El campo de interdicción y las interferencias son desactivadas más tarde o más temprano..., pero a esas alturas Thrackan Sal-Solo ya controla el planeta, y puede que todo el sistema estelar, y las fuerzas externas pueden hacer lo que les dé la gana al respecto sin que eso les sirva de mucho. Y si para entonces Thrackan también ha conseguido hacerse con unos cuantos repulsores, quizá disponga de unas cuantas cartas realmente serias que jugar. O quizá no, claro... Ni siquiera sabemos para qué pueden ser utilizados los repulsores, y mucho menos por qué son tan importantes.

Leia reflexionó durante unos momentos.

—Si todo esto es verdad, entonces el problema al que debemos enfrentarnos no es la existencia de los rebeldes —acabó diciendo—. No, el auténtico problema es la existencia de los repulsores y de la gente que hizo que los rebeldes empezaran a buscarlos, las fuerzas del exterior... Resulta obvio que a las fuerzas exteriores no les importan en lo más mínimo las causas rebeldes, y los rebeldes no pueden estar más divididos y enfrentados. Suponiendo que tenga alguna clase de postura clara, la Liga Humana sólo puede definirse como básicamente anti-seloniana y anti-drall. Eso quiere decir que las fuerzas exteriores están apoyándoles por alguna otra razón..., seguramente como forma de llegar hasta los repulsores. Corta las conexiones existentes entre los rebeldes y las fuerzas exteriores, hazte con el control de los repulsores y averigua cómo usarlos contra las fuerzas exteriores, y entonces las rebeliones deberían desaparecer por sí solas.

—Estupendo —dijo Han—. Muy bonito y sencillo, desde luego. Pero acabas de redactar una lista de trabajos realmente inmensos. No veo cómo vamos a arreglárnoslas para empezar a hacerlos.

—Pero por lo menos son trabajos políticos y de inteligencia, no trabajos militares —replicó Leia—. Teniendo en cuenta que no disponemos de ningún contingente militar dentro del sistema, eso es una buena noticia. Existe un aspecto militar, por supuesto, pero tenemos la esperanza de que los selonianos puedan prestarnos alguna ayuda en lo referente a esa faceta del asunto. —Miró a Mará—. A menos que dentro de cuarenta y cinco minutos decidan que no se han dejado impresionar por tu farol.

—No me estaba echando ningún farol —dijo Mará.

— ¿Tenéis alguna idea de cómo encajan los selonianos en todo esto? —preguntó Han—. Me pregunto si la Supramadriguera y los hunchuzucs todavía seguirán luchando entre ellos. No he visto ninguna señal de lucha y Dracmus no ha hecho ninguna referencia a que haya combates..., y no es demasiado buena a la hora de guardar secretos.

—No me sorprendería nada que hubieran dejado de luchar, pero si lo han hecho eso es una mala noticia para nosotros —dijo Mará—. Tengo la impresión de que la Supramadriguera se ha hecho con el control del repulsor..., y el repulsor es un arma muy poderosa. Los selonianos nunca han sentido mucho aprecio por las causas perdidas. Los humanos solemos seguir luchando incluso cuando ya no queda ninguna esperanza. El honor lo exige, o esperamos que ocurra un milagro, o estamos rezando para que una probabilidad entre un millón se materialice y nos eche una mano. Los selonianos son distintos. Lo habitual es que un enfrentamiento entre dos grupos finalice cuando uno de los dos bandos demuestra que posee una ventaja lo suficientemente aplastante sobre el otro. Entonces los selonianos del bando que tiene todas las de perder comprenderán que no tiene sentido seguir luchando, y solicitarán un acuerdo negociado. De hecho, harán algo más que eso: querrán aliarse con los vencedores.

—Y tú piensas que nuestras nobles aliadas hunchuzucs acaban de decidir que han sido derrotadas —dijo Han—. ¿Piensas que están intentando llegar a alguna clase de acuerdo con la Supramadriguera, y que nosotros formamos parte del trato?

—Algo por el estilo. La Supramadriguera quizá nos quiera para utilizarnos en alguna clase de regateo o quizá quiera tenernos como rehenes, o quizá quieran negociar directamente con Leia. Ni siquiera estamos seguros de que sea la Supramadriguera y no los hunchuzucs quien controla el repulsor, por supuesto. Puede que nuestro bando haya ganado.

—Es muy lamentable, pero me temo que no es ése el caso —dijo una nueva voz—. La inestimable Mará Jade ha descrito la situación con toda exactitud.

Han se volvió, muy sorprendido. La recién llegada había surgido del interior de la villa sin hacer ningún ruido. Era una seloniana de aspecto bastante anciano, alta pero un poco encorvada. Su pelaje estaba salpicado de gris, pero sus ojos alertas y vivaces relucían con el brillo de la inteligencia.

—Me llamo Kleyvits, y hablo en nombre de la Supramadriguera —dijo—. Hemos conseguido ganar a nuestras hermanas hunchuzucs para nuestra causa. —Hizo una pausa y después sonrió, exhibiendo una desagradablemente impresionante colección de dientes—. Y eso significa que todos ustedes también han sido ganados para nuestra causa.

Tendra Risant ya estaba más que harta de esperar. Había llegado el momento de actuar.



El *Caballero Galante* seguiría atrapado en el espacio normal y todavía pasaría varios meses avanzando hacia los primeros planetas interiores del sistema estelar corelliano..., eso siempre suponiendo que el campo de interdicción siguiera activado.

Pero ¿y suponiendo que dejara de funcionar? El *Caballero Galante* no era la nave más rápida del universo, pero incluso una nave lenta sólo necesitaría un par de minutos dentro del hiperespacio para recorrer la distancia que la separaba de los planetas interiores. Tendra sabía que había una flota esperando en órbita alrededor de Sacorria, y nadie tenía más datos que ella sobre esas naves. Parecía muy probable que las naves misteriosas tomaran ese mismo rumbo, y necesitarían que el campo de interdicción dejara de funcionar para poder hacerlo. El campo podía ser reactivado o no una vez que las naves estuvieran dentro del sistema, y tal vez sólo permaneciera desconectado durante un período de tiempo muy corto.

En consecuencia, parecía probable que hubiese un momento, quizá sólo unos minutos o tal vez más tiempo, en el que Tendra podría conectar su hiperimpulsor y llegar a su destino..., siempre que supiera cuándo llegaba ese momento.

El ordenador de navegación disponía de un indicador de campos gravíticos que por el instante estaba mostrando de una manera muy clara los efectos del campo de interdicción. Lo único que tenía que hacer era instalar una alarma que se activara cuando el campo de interdicción dejara de funcionar. Entonces todo se reduciría a una cuestión de hacer cálculos y dar el salto antes de que el campo de interdicción volviera a actuar.

Había docenas de cosas que podían salir mal, y un número incalculable de presuposiciones que quizá carecieran de toda justificación. Pero si continuaba sin hacer nada durante mucho tiempo, enloquecería. Tendra sabía que si quería conservar la cordura tenía que hacer algo para ejercer un cierto grado de control sobre su situación, pero de hecho no estaba pensando en esos términos.

Lo único que quería era hacer algo, lo que fuese, que le permitiera salir de aquella maldita nave.

— ¿Prin? ¡Chumit! ¡Norgch! Norgchal. Normal. Reanudando el funcionamiento normal. ¿Reanudando? ¡Reajuste! ¡Reajuste! ¡Funcionamiento normal reanudándose! ¡Yaraycay! ¡Prin!

El chorro de parloteo siguió y siguió incesantemente mientras la cabeza de Q9-X2 daba tres vueltas completas y todo un bosque de sondas, sensores y brazos manipuladores entraba y salía de sus compartimentos.

—No va del todo bien —dijo Anakin, frunciendo el ceño. El pequeño pulsó el botón activador del androide. Todos los brazos manipuladores desaparecieron bruscamente dentro de sus compartimentos, y las luces de estado general se apagaron. Anakin metió la mano en el interior de Q9 y desconectó un cable—. Estaba del revés —explicó.

Después Anakin volvió a conectar el cable y pulsó el botón activador.

Esta vez la reactivación del androide se produjo de una manera un poco más pausada y discreta. Su cabeza dio una sola vuelta, sus luces de estado general se encendieron y ninguno de sus brazos o sensores emergió de los compartimentos.

—Funcionamiento normal reanudándose —se limitó a anunciar Q9 después de haber emitido un par de pitidos.

—Bueno, eso espero —dijo Ebrihim—. Después de todo lo que nos ha costado repararte...

— ¿Pararme? ¿Ezquetaba choto? —preguntó Q9—. Dispúllenme. Ziztemas vocaleros nostabilizados del tó. Momento uno. —Aproximadamente la mitad de las luces de estado general

del androide se apagaron durante unos segundos y después volvieron a encenderse—. Probemos otra vez. ¿Repararme? ¿Qué clase de avería había sufrido?

—Anakin conectó el repulsor y hubo alguna clase de estallido de energía —dijo Ebrihim—. Temíamos haberte perdido por completo..., pero Anakin y Chewbacca por fin han conseguido que volvieras a funcionar.

Ebrihim se encontró preguntándose si realmente Q9 había necesitado que se le hicieran reparaciones mínimamente serias. Anakin sólo había necesitado un par de horas para llevar a cabo el trabajo, y Ebrihim se preguntó si Chewbacca habría dejado que el pequeño se ocupara de Q9 como forma de permitir que Anakin compensara un poco lo que había hecho. ¿O sería quizá que esa instintiva y casi mística capacidad con las máquinas que poseía Anakin era tan grande que podía hacer cosas que Chewbacca, con sus siglos de experiencia, era incapaz de hacer? Chewbacca sólo había podido trabajar sobre Q9 durante un máximo de unos cuantos minutos cada vez, cuando se tomaba un descanso de sus reparaciones en los sistemas de propulsión. Ah, bueno. La vida estaba llena de pequeños milagros que nunca llegaban a aclararse del todo, y su dominio del lenguaje wookie no era lo suficientemente grande para que Ebrihim pudiera interrogar a Chewbacca sobre un matiz tan sutil. Aparte de eso, interrogar con excesiva insistencia a un wookie nunca resultaba demasiado prudente.

—Os agradezco mucho que me hayáis reparado —dijo Q9—. Pero ¿qué es todo eso de conectar el repulsor? Me parece un acto de lo más temerario. ¿De quién fue la idea?

—Mía —dijo Anakin, clavando la mirada en el suelo de la sala común—. Lo siento. No pretendía causar tantos problemas.

—Es un alivio oírlo. Me sentiría todavía más aliviado si a continuación se me informara de que no causaste ningún problema, pero deduzco que no ha sido así.

—Oh, Anakin consiguió causar unos cuantos daños —dijo Ebrihim en el tono más despreocupado y jovial de que fue capaz—, pero ya hablaremos de eso después. Bien, ahora te sugeriría que llevaras acabo una batería completa de pruebas de autodiagnóstico. Es muy posible que descubras que todavía hay que hacer varios ajustes correctores.

Q9 activó sus repulsores y subió por el aire hasta alcanzar su posición normal de suspensión sobre el suelo.

—Así lo haré —replicó—. Pero antes me permito añadir que en esta sala quizá haya alguien que también debería examinarse a sí mismo y llevar a cabo algunos ajustes.

Después salió del compartimento, flotando silenciosamente sobre sus repulsores.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó Anakin.

—Creo que estaba sugiriendo que los niños deberían tratar de aprender de sus errores —dijo Ebrihim.

—Pero eso no fue lo que dijo —protestó Anakin.

—No. Mi versión era más cortés, pero el consejo sigue pareciéndome acertado.

Los ojos de Anakin fueron de Chewbacca a Ebrihim.

—¿Quieres decir que debería pensármelo un poco antes de empezar a trabajar en una máquina? —preguntó.

—Eso es exactamente lo que quería decir —contestó Ebrihim—. Sí, era precisamente eso. Y ahora vete a jugar..., con tus juguetes, no con maquinaria. —Vio cómo el niño se iba corriendo en busca de sus hermanos—. Naturalmente —añadió volviéndose hacia Chewbacca—, el problema estriba en que para Anakin no hay ninguna diferencia entre los juguetes y las máquinas.

Chewbacca asintió sombríamente y empezó a recoger sus herramientas.

—En cualquier caso —siguió diciendo Ebrihim—, me alegra mucho ver que Q9 vuelve a funcionar. Gracias por tu ayuda, Chewbacca. Ah, y creo que ya va siendo hora de que releve a mi tía... Mi turno de guardia está a punto de empezar.

Chewbacca emitió un cortés trompeteo de despedida mientras Ebrihim giraba sobre sus talones y salía de la sala.

Los dos dralls se habían estado turnando para montar guardia desde la cabina del *Halcón*. Los sensores tal vez pudieran proporcionarles alguna clase de advertencia si surgían problemas.

Permitir que los dralls se encargaran de la vigilancia había servido para que Chewbacca tuviera el máximo de tiempo posible para dedicarlo a sus reparaciones. Los wookies en general, y Chewbacca en particular, no eran muy dados a los estallidos de optimismo, pero Chewbacca había dado la impresión de que estaba muy cerca de conseguir que la nave recuperase aunque sólo fuera una parte de su potencia propulsora. Incluso suponiendo que lo único que pudieran hacer fuese subir lo suficiente para salir de aquella enorme trampa con forma de cilindro y volver a la superficie, eso ya les ayudaría considerablemente.

Ebrihim entró en la cabina de pilotaje y vio que su tía estaba sentada en el sillón del piloto. La anciana drall había utilizado un montón de ropas colocado debajo de su más bien opulento trasero a fin de estar lo bastante arriba para poder ver los instrumentos.

—Saludos, sobrino —dijo, volviendo la cabeza hacia él cuando Ebrihim entró en la cabina—. Q9 apareció flotando sobre sus repulsores hace unos momentos y emitió un par de observaciones bastante insultantes. Me alegra ver que vuelve a estar en condiciones de funcionar.

—Así es, queridísima tía, y yo también me alegro de ello. ¿Ha habido alguna novedad?

La tía Marcha meneó la cabeza.

—No, y debemos estar muy agradecidos de que no la haya habido, porque... —Entonces se interrumpió de repente y echó un vistazo a la pantalla detectora superior. Permaneció totalmente inmóvil y con los ojos clavados en ella durante cinco segundos, y después meneó la cabeza—. Bien, al parecer tendría que haber esperado un poco antes de hablar —añadió mientras dejaba caer la mano sobre la sirena de la alerta roja.

El ulular de la sirena retumbó en la caverna con la potencia suficiente para que los niños la oyeran desde fuera de la nave y vinieran corriendo.

—¿Qué ocurre, tía? —preguntó Ebrihim.

—Me parece que está muy claro —respondió la anciana drall sin apartar los ojos de la pantalla—. Es una nave, por supuesto, y viene directamente hacia nosotros. Pero el qué es no me interesa excesivamente. Lo que me gustaría saber es quién viaja a bordo de ella.

## 9

# Si y cuándo

—Es asombroso lo mucho que puedes llegar a averiguar cuando sabes hacia dónde has de mirar —dijo Lando mientras estudiaba los datos que iban desfilando por las pantallas—. Y contar con alguien a quien se le dan tan bien las búsquedas de datos como Erredós también ayuda mucho, desde luego. Y... Ah, bueno, incluso las dotes lingüísticas de Cetrespeó han sido de cierta utilidad.

Cetrespeó volvió la cabeza hacia Lando en un movimiento más bien brusco.

— ¿De cierta utilidad? —exclamó—. Yo diría que han sido esenciales. Sin mí nunca habría podido traducir ni una décima parte de esa información.

—Eh, no te embales —dijo Lando—. Vale, nos has ayudado muchísimo. Ya está, ya lo he dicho... Pero lo que me disponía a decir era que nunca habríamos conseguido llegar a ninguna parte sin la administradora Sonsen.

Jenica Sonsen sonrió de oreja a oreja, y le asestó un codazo en las costillas que probablemente resultó un poquito más enérgico de lo que había pretendido en un principio.

—Que todo el mundo se calme un poco —dijo—. Lo único que hice fue enseñaros los archivos.

Pero los archivos les habían dicho muchas cosas, y les habían guiado por un gran número de direcciones provechosas. Todo estaba allí, y todo estaba muy claro.

Si se examinaba la situación desde allí, resultaba fácil detectar señales de que algo andaba mal. Sistemas de la estación sobre los que nadie sabía nada habían empezado a cobrar vida. Se habían producido fluctuaciones en los niveles de energía y subidas y bajadas repentinas en varias clases de radiación, algunas de ellas lo suficientemente significativas para requerir la evacuación temporal de partes de la estación. Centralia había alterado su eje de rotación, reorientando gradualmente sus polos hacia nuevas direcciones.

—Hablemos del cambio en la orientación del giro —dijo Lando—. ¿Cómo explicó eso su gente?

—Centraría siempre ha sido capaz de autocorregirse —dijo Jenica—. El punto del baricentro no es totalmente estable. La estación siempre se ha ido moviendo un poco de un lado a otro para mantenerse correctamente orientada y en la posición adecuada. No estamos hablando de algo que nunca hubiera ocurrido anteriormente

—Dejando eso a un lado, lo importante es que he conseguido confirmar prácticamente sin lugar a dudas lo que sospeché en cuanto vi esos conos en los polos de Ciudad Hueco —dijo Lando—. La formación de seis conos pequeños rodeando a uno más grande es la geometría exacta que necesitas para cierto modelo bastante antiguo de repulsor. De hecho, si le echas un vistazo al nivel microscópico, verás exactamente la misma pauta repetida una y otra vez sobre la superficie de los modernos sistemas repulsores. Para expresarlo de una forma un tanto tosca, ya no fabricamos repulsores de ese tamaño porque cuanto más grande es el repulsor, más pesado tiene que ser el objeto para que el repulsor funcione de una manera eficiente —Lando hizo aparecer un diagrama de Centralia en una pantalla y señaló los repulsores—. Éstos son bastante grandes, pero no hay que olvidar que los planetas también son bastante grandes.

—Pero todos los planetas habitados tienen sus repulsores —protestó Kalenda—. ¿Para qué podían necesitar este sitio los constructores de Corellia?

—Porque no es sólo un repulsor —dijo Lando—. Es un repulsor hiperespacial. Esta estación fue diseñada para abrir una..., una puerta, un túnel a través del hiperespacio, agarrar un planeta y traerlo hasta aquí. En realidad Centralia actúa más como un rayo tractor que como un repulsor, pero ésa es la idea.

— ¿Cómo lo hace? —preguntó Luke—. ¿Cómo funciona?

Lando se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero como ha observado la administradora Sonsen en un par de ocasiones, saber cómo funciona no siempre es tan importante. A veces lo realmente importante es saber que funciona, ¿verdad? Bien, mi teoría es que actúa como una «lente» que puede amplificar y dirigir un gigantesco chorro de energía repulsora a través del hiperespacio. Creo que debe de utilizar el potencial gravítico de Talus y Tralus, pero no estoy totalmente seguro de ello.

—Sí, pero aun así... ¿Por qué iban a utilizar una estación espacial como super-rayo tractor? —preguntó Jenica.

Lando meneó la cabeza.

—La pregunta a la que debemos responder no es ésa —replicó—. La pregunta realmente importante es por qué su gente usó el repulsor-tractor hiperespacial como estación espacial. Los arquitectos de este sistema espacial construyeron Centralia, la utilizaron, dejaron de considerarla útil y la abandonaron. Entonces sus antepasados, o por lo menos los antepasados de alguien, decidieron que sería un buen sitio para vivir. La estructura a la que llaman Ciudad Hueco nunca fue concebida como sitio para vivir. Era una instalación especial para contener las gigantescas energías que el tractor-repulsor iba emanando a medida que se cargaba.

— ¿A medida que se cargaba? Eh, un momento... ¿Me está diciendo que Ciudad Hueco no es más que una batería para almacenar energía?

—Más o menos sí —dijo Lando.

— ¡Pero la gente vivía allí!

—Quizá sí, pero no había sido diseñada para eso.

— ¿Y entonces por qué el Punto Brillante siempre estaba encendido? —preguntó Jenica—. Ha estado funcionando y emitiendo un nivel de luz y calor muy estable durante millares de años. Tiene que haber una razón para ello. Nosotros pensábamos que servía para proporcionar luz de sol a Ciudad Hueco, pero supongo que estábamos equivocados. Si es que usted tiene razón, quiero decir...

Lando frunció el ceño.

—No lo sé. Quizá sea como algunos hornos de ciertos planetas dentro de los que queman hidrógeno y metano para cocinar... Siempre dejas encendida una llamita, porque así puedes volver a encender el sistema principal sin ninguna dificultad cuando quieres cocinar.

— ¿Me está diciendo que el Punto Brillante, que nos proporcionaba luz y calor, era una luz piloto?

—Quizá. Pero también cabe la posibilidad de que los constructores se lo dejaran conectado cuando hubieron acabado de utilizar Centralia, y de que proporcionara luz y calor a Ciudad Hueco. Quizá pretendían que el espacio de carga fuera utilizado como sitio para vivir. Después de todo, no tenían ninguna razón para volver a activar el tractor-repulsor hiperespacial... Ya habían acabado de construir el sistema estelar corelliano.

—Creo que nos estamos alejando un poco de lo que realmente importa —dijo Kalenda—. ¿Puede explicarnos por qué piensa que Centralia es el misterioso artefacto que están utilizando para destruir estrellas?

—Bien, en primer lugar o aceptan mi palabra al respecto, o puedo mostrarles los cálculos matemáticos que demuestran que la forma y el nivel de la energía necesaria para desplazar un planeta a través de una conexión hiperespacial pueden ser convertidos en la energía necesaria para provocar una onda de compresión dentro del núcleo de una estrella. Si la energía del tractor-repulsor es dirigida hacia el núcleo de una estrella y si es concentrada en una sola ráfaga explosiva, el estallido será lo suficientemente potente para provocar una explosión nova.

—Aceptaremos su palabra al respecto —se apresuró a decir Jenica—. Las matemáticas nunca se me han dado demasiado bien. ¿Y el resto de la explicación?

—Harían falta un par de generaciones únicamente para ir examinando los circuitos y sistemas que hemos descubierto, pero sólo cuentan con un servidor y un par de androides, y no disponen de tiempo. Aun así, pienso que he conseguido hacerme una idea general bastante clara de cómo ocurrió todo. La explicación que he conseguido componer investigando los registros y relacionándolos con lo que sucedió en la estación es, más o menos, la siguiente: en primer lugar, la Estación Centralia cambió la orientación su eje de rotación de una forma tan repentina como drástica. Después hubo un gran número de informes sobre «alteraciones no explicadas en el suministro de energía», «fluctuaciones energéticas no previstas», «acontecimientos transitorios» y «emisiones de radiación no planeadas» que fueron incorporados a los archivos de la estación, junto con un montón más de hermosas frases burocráticas cuyo significado básico es que nadie tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo.

»Creo que todos los acontecimientos transitorios y demás incidencias eran el resultado de que Centralia se estaba preparando para lanzar la energía acumulada en el Punto Brillante. Pero, en cualquier caso, el primer fogonazo del Punto Brillante se produce y mueren montones de personas y tenemos caos, pánico y la evacuación. Poco después se produce la explosión de la primera supernova inducida artificialmente. Después estalla la guerra civil. Justo después de la primera supernova, Centralia vuelve a cambiar la orientación de su eje de rotación. El cambio también es más drástico que cualquiera de los llevados a cabo anteriormente. No había nadie en la estación para dejar informes de lo ocurrido, pero los sistemas automáticos de archivo que he descubierto y examinado indican que hubo más de lo mismo. Después los instrumentos de registro automatizados que todavía no han sido destruidos muestran una alteración distinta en los intercambios y flujos de energía..., y esa alteración empieza en el momento exacto en que aparecen las interferencias y el campo de interdicción. Después tenemos el segundo fogonazo del Punto Brillante y, poco después, la segunda supernova artificial.

—Pero ¿cómo es posible que no viéramos nada de todo eso y que no sintiéramos nada? —preguntó Jenica—. Está hablando de una oleada de energía inmensamente poderosa que fue lanzada desde esta estación. Nadie vio nada. No hubo ninguna vibración colosal, y tampoco hubo ninguna emisión de calor.

—En este mismo instante Centralia está emitiendo un campo de interdicción inmensamente poderoso y un potente campo de interferencias. ¿Sienten algo?

—El cambio de orientación... —dijo Kalenda—. ¿Qué indica el cambio de orientación?

Lando conectó un proyector holográfico e hizo aparecer una imagen de las estrellas más cercanas a Corellia.

—El punto rojo del centro es nuestra posición. Ésta es la orientación del Polo Sur de Centralia en relación al panorama estelar antes de que empezaran a ocurrir todas esas cosas. —Una línea azul surgió del centro de la imagen y se alargó hacia la nada—. Ésta es la nueva orientación

después del primer cambio en la dirección del giro. -Una línea roja surgió de la nada y se incrustó en el corazón de una estrella—. Ésa es TD-10036-EM1271, la primera estrella que se convirtió en nova.

Lando tecleó otra orden, y un haz dorado surgió de Centralia y tocó a otra estrella.

—Thanta Zilbra —dijo Lando—, la segunda estrella de la lista. Tenía decenas de millares de habitantes, y supongo que la mayoría de ellos están muertos. Poseo cierta experiencia logística, y no veo ninguna forma de que pudieran haberlos evacuado a todos a tiempo. Y ésta es la orientación actual... —Una línea de fuego violeta brotó de Centralia y se sumergió en el centro de otra estrella—. Ésa es la tercera estrella en la lista de blancos a destruir que recibimos en el mensaje de advertencia inicial. Bovo Yagen... He consultado los archivos. Una fuente dice que tiene un planeta con ocho millones de habitantes. Otra habla de dos planetas con una población total del sistema estimada en doce millones para los planetas, y quién sabe cuántas estaciones, habitáculos, campamentos mineros y etcétera más. Centralia es el misterioso artefacto que puede destruir estrellas, y se está preparando para convertir esa estrella, esos planetas y todas esas personas en un montón de cenizas y polvo.

— ¿Cuándo? —preguntó Kalenda.

Lando pulsó otro botón de los controles y un reloj de cuenta atrás apareció en el aire.

—Enredos se encargó de hacer los cálculos —dijo—. Tenemos que retroceder un poco para tomar en consideración el tiempo que necesitará la onda para viajar por el hiperespacio, y cuánto tiempo necesitará la reacción en cadena para prender dentro de la estrella e irse incrementando hasta provocar una explosión. Si quiere seguir el programa del mensaje de advertencia original, Centralia tendrá que enviar un haz tractor-repulsor hiperespacial exactamente dentro de ciento veintitrés horas, diez minutos y trece segundos contados a partir de ahora. Doce horas y doce minutos después de la emisión, la reacción en cadena inducida por el haz de energía saldrá del núcleo de la estrella, y se irá extendiendo por toda la estrella y hará que estalle.

— ¡Por todas las nebulosas! Centralia... Mi hogar... es un arma —exclamó Jenica, perpleja y asombrada.

—Y quien lo controle podrá controlar el Sector Corelliano..., y tal vez toda la galaxia—dijo Gaeriel—. «Haced lo que decimos, o haremos estallar vuestra estrella.»

—Esperad un momento dijo Luke. Hay una pieza que no encaja. Si Centralia es el artefacto que hace estallar las estrellas, entonces es el gran tesoro, el sitio más importante de todo el sistema corelliano. ¿A qué viene todo ese jaleo por los repulsores planetarios? ¿Por qué los conspiradores no se preocupan por lo que le pueda ocurrir a Centralia?

—Hay tres razones para ello —replicó Lando—. La primera es que no intentaron hacerse con el control de Centralia porque pensaron que la estación ya estaba en sus manos..., o por lo menos que habían encontrado una forma de controlar Centralia. Creo que hay una sala de control muy bien escondida y protegida en algún lugar de esta estación, y que se trata de un sitio que no encontraríamos ni aunque nos pasáramos cien años buscándolo. De todas maneras probablemente no haya nadie allí. Todo estará automatizado, ajustado para que funcione obedeciendo a controles remotos y sistemas activadores que se pondrán en marcha cuando llegue el momento adecuado. La segunda razón podría ser un puro y simple intento de crear confusión y desorientar al enemigo. Si consigues que todo el mundo se obsesione con los repulsores, entonces nadie tendrá tiempo de buscar el artefacto que hace estallar las estrellas. Y la tercera razón...

—La hemos tenido delante de las narices todo el rato —intervino Kalenda—. Me parece que acabo de comprenderlo. No he trabajado con la teoría de los campos repulsores desde que estaba estudiando, pero una parte de lo que hace que los repulsores funcionen es que pueden interferir y crear resonancias entre ellos, ¿no? Y puedes utilizar esa interferencia entre dos o más células

repulsoras para obtener un control y una dirección básica de la energía. La energía enviada a una pequeña célula repulsora lateral puede desviar el haz del repulsor principal.

Lando asintió.

—Exactamente. Los repulsores planetarios pueden interferir y desviar el haz tractor-repulsor hiperspacial de Centralia. Son los únicos repulsores lo bastante poderosos para conseguirlo.

—Pero hay algo más. Los repulsores planetarios pueden funcionar como amplificadores, y no sólo como creadores de interferencias. En la práctica el efecto resultaría tremendamente difícil de controlar y dirigir, pero en teoría podrías sintonizar todos los repulsores planetarios integrándolos en una sola red conectada a Centralia y controlada por la estación. Eso proporcionaría a Centralia todavía más energía y alcance de los que posee ahora. En estos momentos Centralia obtiene su energía del potencial gravítico de Talus y Tralus. Supongamos que pudiera acceder al potencial gravítico de Selonía, Corellia y Drall... Todavía no he conseguido entender todos los aspectos geométricos del problema, pero con los cinco planetas y Centralia en la red, probablemente podrías utilizar el potencial gravítico de la estrella Corell. Si yo hubiera diseñado este sistema, cuando quiera que fue diseñado, me habría asegurado de que fuera posible hacerlo. Imaginaos a Centralia con todo ese poder... Sería capaz de llegar a cualquier punto de la galaxia. Los dueños de Centralia podrían coger el planeta que les diera la gana y traerlo hasta este sistema..., o dejarlo caer dentro de una estrella, si lo deseaban. Centralia podría hacer estallar cualquier estrella que sus dueños quisieran ver destruida. Podría crear un campo de interdicción o una interferencia global de las comunicaciones que abarcara a toda la galaxia..., o a cualquier parte de ella que quienes controlaran Centralia quisieran dejar aislada. Probablemente podría hacer un montón de cosas más en las que ni siquiera hemos pensado todavía.

—Y un montón de cosas que no tenían ningún sentido están empezando a tenerlo de repente —dijo Luke—. Pero utilizar los repulsores para crear interferencias... ¿Cómo podría hacerse?

—Eso es mucho más sencillo —dijo Lando—. Si cualquiera de los repulsores planetarios disparase un haz correctamente sintonizado y enfocado contra Centralia, perturbaría la sintonización y la dirección del haz tractor-repulsor.

—¿Crees que esos haces planetarios podrían llegar a mover Centralia? —preguntó Luke.

—No podrían desplazarla lo suficiente para que eso produjera algún efecto perceptible —dijo Lando—. Centralia es más potente que cualquiera de los repulsores planetarios, y podría limitarse a responder con una emisión propia y rechazar el rayo. Pero cualquiera de los repulsores planetarios puede desactivar a Centralia enviando una señal de interferencia.

—Muy bien —dijo Kalenda—. Y ahora que sabemos todo esto, ¿qué vamos a hacer al respecto?

Lando levantó las manos con las palmas vueltas hacia arriba en un gesto de impotencia.

—No podemos hacer gran cosa. No sabemos si Centralia está siendo controlada, o desde dónde o cómo. Tenemos una idea aproximada de en qué consiste el sistema, pero estamos lejísimos de entender cómo opera.

—Tiene que haber algún cable que podamos cortar, algún sistema de control que podamos destruir... —dijo Jenica.

—Apostaría a que sí..., pero no sabemos dónde está. Y no lo averiguaremos a menos que registremos hasta el último cascarón, cubierta y compartimento de Centralia. Y aunque encontremos el sistema de control, no estoy tan seguro de que podamos destruirlo. Debemos recordar que este sistema es lo bastante robusto como para haberse mantenido funcionando sin problemas desde antes de la Antigua República.

—Entonces podríamos volar toda la estación —dijo Gaeriel.



— ¿Con qué? —preguntó Kalenda—. Disponemos de un crucero ligero y dos destructores. Ninguna de esas naves lleva a bordo una bomba que sea lo suficientemente poderosa para destruir algo que mide trescientos kilómetros de un extremo a otro. Si les dieras tiempo suficiente a los ingenieros bakuranos, tal vez podrían preparar detonadores programables lo bastante poderosos como para dejar razonablemente destruido el interior. Si dispusieran del tiempo suficiente, claro... Pero no con sólo unas ciento veinte horas para hacerlo.

—Bueno, creo que hay una cosa que sí podemos hacer —dijo Luke—. Tenemos que difundir toda esta información. Tenemos que comunicar a nuestra gente lo que hemos descubierto. Si conseguimos encontrar a Han, Leia y Chewbacca e informarles de lo que sabemos, eso ya será un comienzo. Si ellos consiguen llegar a un repulsor planetario a tiempo, y si consiguen averiguar cómo se maneja, y si consiguen interferir ese haz tractor-repulsor hiperespacial, entonces tal vez podamos salvar algunas vidas.

Lando meneó la cabeza.

—Son muchos «sí», Luke —dijo, y la duda resultaba claramente audible en su voz.

—Lo sé —dijo Luke. Alzó la mirada hacia el reloj de la cuenta atrás, el reloj que indicaba el tiempo de vida que le quedaba a Bovo Yagen. Los segundos se estaban esfumando rápidamente—. Y vencer a ese «cuándo» de ahí arriba va a requerir todos los «sí» de que disponemos.

La nave se sumergió en la cámara del repulsor, bajando en un descenso veloz y agresivo que aun así no era lo bastante rápido para que Ebrihim no pudiera ver la insignia pintada sobre la parte inferior de su fuselaje cuando alzó la mirada hacia ella: un cráneo humano estilizado con un cuchillo entre los dientes.

— ¡Es una nave de la Liga Humana! —exclamó—. ¿Podemos levantar los escudos?

— ¡No! —gritó la tía Marcha—. Los niños todavía están fuera. Tenemos que esperar a que suban a bordo.

Ebrihim subió de un salto al sillón del copiloto y se volvió hacia los controles del armamento mientras la nave enemiga continuaba descendiendo para acabar ejecutando el rápido aterrizaje típico de una operación militar. Corpulentas siluetas con equipo de combate empezaron a salir por las escotillas de la patrullera de asalto antes de que ésta hubiera dejado de oscilar sobre sus soportes de descenso.

Armas. Ebrihim no entendía mucho de esas cosas, pero debía intentarlo. Tenía que haber algún tipo de sistema automático que permitiese que los turboláser...

Y entonces unas manos enormes levantaron su cuerpo del asiento y lo quitaron de en medio. Chewbacca se dejó caer en el sillón del copiloto y empezó a activar los sistemas defensivos. El zumbido de la energía empezó a recorrer el armamento del *Halcón*.

— ¡Los niños están a bordo! —gritó Marcha—. Levanta la rampa de acceso. ¡Activa los escudos!

Chewbacca pulsó el botón que cerraba la rampa y alargó la mano hacia los controles de los escudos..., pero ya era demasiado tarde. Un soldado armado con un desintegrador de aspecto muy potente estaba alzando la mirada hacia él desde debajo de la carlinga. El *Halcón* estaba rodeado de soldados que se encontraban dentro del perímetro de los escudos, pero aun así Chewbacca decidió probar suerte con ellos. Las luces de la cabina se debilitaron durante un momento cuando la energía fue derivada hacia los generadores de los escudos, pero no ocurrió nada más. Chewbacca soltó un rugido de pura frustración. Estaban usando interferidores de escudos. Debían de haber los adherido al casco, y sus emisiones impedían que los escudos pudieran llegar a formarse.

Una silueta barbuda, alta y corpulenta bajó de la patrullera de asalto y fue hacia ellos con una sonrisa muy desagradable en los labios.

—Sal-Solo... —dijo Ebrihim—. Es el.

— ¿Es el primo de nuestro papá? —preguntó Anakin.

Ebrihim se dio la vuelta y fue consciente por primera vez de que los niños habían entrado en la cabina. Los tres estaban allí, justo detrás de él.

—Es su primo y también lo es vuestro, niños —dijo Marcha Pero dudo que conocerle vaya a daros muchas alegrías.

Ebrihim estaba intentando no escucharles. La sombra de una idea a medio formar acababa de cruzar velozmente por su cerebro un instante después de que hubiera pensado que por fin estaban todos juntos. Un momento... Eso no era verdad. No estaban todos. Pero si él, Ebrihim, había dado por supuesto que todos estaban allí, entonces seguramente sus amigos del exterior podían cometer el mismo error. Ebrihim tuvo una idea. No era ni siquiera un plan, meramente una idea que les proporcionaría algunas opciones y una cierta ventaja. Quizá bastaran para que aún hubiera una posibilidad de salir de aquel lío. Lo más seguro era que no diese resultado, desde luego, pero aun así seguía habiendo una posibilidad de que pudieran dar la vuelta a la situación. Ésa era la buena noticia.

La mala constaba de dos partes. En primer lugar, sólo disponían de unos segundos para actuar. En segundo lugar, su idea dependía por completo y únicamente de Q9-X2.

Thrackan Sal-Solo no podía sentirse más feliz. Aquello era un auténtico regalo de los dioses. Se paseó por su nueva posesión, admirándola y pensando en todo lo que podía hacer... en su beneficio. Por fin había logrado hacerse con un repulsor planetario. Se había jugado cuanto poseía en una partida desesperada para obtener uno a tiempo. Había pensado que sería el de Corellia. El que hubiera acabado adueñándose del de Drall sólo era una pequeña ironía. Por fin disponía de un repulsor planetario, y eso era lo único que importaba. Había conseguido hacerse con un repulsor planetario a tiempo de controlar la situación. Alzó la vista para admirar el gigantesco panorama que se extendía hasta la superficie, aquel círculo azul impecablemente definido que se encontraba a varios kilómetros por encima de su cabeza. Después fue bajando la mirada hasta que sus ojos se posaron en la colosal y grácil acumulación de conos que formaban el repulsor propiamente dicho. Todo aquello era suyo.

Sus ojos descendieron un poco más y llegaron al *Halcón Milenario*. Qué bonificación tan inesperada, qué magnífico y reluciente premio extra... Adueñarse del *Halcón* ya bastaba para humillar a Han Solo, y era un castigo más que suficiente para el crimen que había cometido al huir. Pero encontrar al wookiee de Han y a sus hijos a bordo... ¿Qué podía ser mejor que eso? También había dos dralls a bordo, pero no significaban nada comparados con los niños. Los niños representaban no sólo la posibilidad de cobrarse una venganza deliciosamente personal, sino algo más y muy distinto: eran una oportunidad. Si sabía jugar bien aquella nueva carta, podían permitirle ganar la guerra. Thrackan se encontraba repentinamente en una nueva situación que le permitía controlar y manipular a la mismísima Leia Organa Solo. La jefa de Estado de la Nueva República tendría que acudir a la mesa de negociaciones por la sencilla razón de que no le quedaría otra opción.

Y en cuanto se hubiera sentado a esa mesa, Thrackan podría tener la seguridad de que se levantaría de ella sin haber obtenido nada. La obligaría a aceptar un trato que dejaría a la Nueva República con el corazón arrancado del pecho y tan gravemente herida, tan completa y absolutamente desacreditada, que no podría sobrevivir a él.

La reciente destrucción de Thanta Zilbra y la inminente destrucción de Bovo Yagen tal vez bastaran para producir ese efecto, desde luego. Una galaxia que viese que la Nueva República no

podía evitar semejante desastre sería una galaxia que perdería la fe en la Nueva República. Sería una galaxia que comprendería que rebelarse contra la Nueva República era algo perfectamente posible. Todo eso redundaría en beneficio suyo, por supuesto. Pero además si la galaxia veía a Thrackan Sal-Solo como una figura central en la humillación de la Nueva República... Bueno, tanto mejor. El hombre que se había atrevido a capturar a los hijos de la jefa de Estado y los había convertido en rehenes... Ah, sí, no cabía duda de que ese hombre sería temido y respetado. Thrackan sería ese hombre.

Pero retener a los niños no serviría de nada a menos que Han Solo y Leia Organa Solo se enteraran. Las interferencias tendrían que dejar de bloquear las comunicaciones. Eso no era ningún problema. Una orden radiónica cifrada enviada a la sala de control oculta de Centralia desconectaría el sistema generador de interferencias. A los constructores de la sala de control oculta no debía de hacerles ninguna gracia que Thrackan controlara su herramienta, pero tendrían que haber pensado en esa posibilidad antes de enviar agentes que podían ser sobornados y que eran capaces de llegar a traicionar a sus señores.

Pero lo importante era que la última pieza del rompecabezas por fin había quedado encajada en su sitio. Thrackan contaba con un disruptor planetario, y era el único de todos los líderes rebeldes del sistema corelliano que sabía lo que podía llegar a hacerse con un repulsor planetario. Ser capaz de destruir una nave era algo trivial comparado con la capacidad de convertir en su rehén particular a toda la conspiración para hacer estallar las estrellas.

Thrackan también sabía que debería esperar algún tiempo —quizá mucho— antes de que sus técnicos fueran capaces de manejar el repulsor, pero ni siquiera eso importaba. Su nueva posición le permitía utilizar a fondo la táctica del farol y fingir que controlaba el repulsor. Eso debería ser más que suficiente para que consiguiera lo que quería.

Sí, sería más que suficiente...

El almirante Hortel Ossilege mantenía los ojos clavados en los sensores de largo alcance y contemplaba cómo la patrullera de asalto de la Liga Humana se precipitaba hacia la boca del repulsor. La imagen era granulosa y bastante borrosa. Los sensores estaban operando en el límite de su radio de alcance, lo cual significaba que la patrullera de asalto se encontraba mucho más allá del alcance máximo del armamento del *Intruso*. Se le habían adelantado, y eso resultaba tan irritante como frustrante. Pero revelar esas emociones no serviría de nada, desde luego. Y, en realidad, había que admirar el descaro y la audacia del comandante de la patrullera de asalto, que había sido capaz de introducir su nave por el cañón de un arma que podía reducir la patrullera a polvo y minúsculos fragmentos metálicos en unos milisegundos. Aunque el *Intruso* hubiera sido capaz de llevar a cabo operaciones atmosféricas o pudiera posarse en un planeta, Ossilege nunca hubiese podido correr el riesgo de una acción semejante..., no cuando el *Intruso* representaba una fracción tan enorme de la potencia de fuego con que contaba el lado de la ecuación correspondiente a la Nueva República. Ossilege envidiaba la libertad de correr riesgos de que disfrutaba su oponente.

Pero, hablando de correr riesgos, se enfrentaba a un repulsor idéntico al que había desintegrado al *Guardián*. Ossilege tenía que dar por sentado que aquel repulsor sería igual de poderoso dentro de un corto período de tiempo..., suponiendo que no lo fuese ya. Después de todo, alguien lo había puesto en marcha. En consecuencia, era más que probable que ese alguien también supiera cómo apuntarlo y dispararlo.

Y un instante después pensó que era más que probable que ese alguien estuviera aliado con la Liga Humana. En ese caso, entonces la patrullera de asalto no había estado corriendo ningún riesgo, y se había limitado a meterse en la cámara para tomar posesión de un repulsor planetario que había sido localizado y activado por agentes de la Liga Humana.

Y sin embargo, y sin embargo... La patrullera había llevado a cabo un velocísimo descenso de ataque, en vez de emplear el procedimiento de bajada mucho más lento y menos arriesgado que se utilizaba para posarse en una base amiga. Casi parecía como si el otro bando estuviera tan sorprendido como Ossilege, como si hubieran estado intentando hacer lo que él había estado intentando hacer cuando decidió aprovechar una oportunidad inesperada... Ossilege tenía el presentimiento de que la historia aún no había terminado. Algo más iba a ocurrir allí dentro, algo más iba a cambiar. Y normalmente el cambio siempre podía ser explotado en beneficio propio, ¿no?

Además, sólo era una pequeña patrullera de asalto. No podía haber más de veinte o treinta personas a bordo, y eso como máximo. El *Intruso* tenía que ser capaz de enfrentarse a una fuerza tan pequeña por muy poderosa que fuese el arma que controlaba. Ossilege siempre había creído que las armas importaban mucho menos que las personas que las utilizaban. El *Intruso* llevaba a bordo un pequeño contingente de tropas de asalto, y disponía de sus propios transportes de asalto. Quizá no pudiera atacar al repulsor en una ofensiva frontal, pero había otras formas de ataque. Requerían un poco más de tiempo y un poco más de delicadeza, pero podían funcionar igual de bien si quien las empleaba era lo suficientemente audaz.

Ossilege se volvió hacia el oficial que permanecía inmóvil junto a él.

—Transmita mis felicitaciones a la capitana Semmac —dijo—. El *Intruso* se colocará en una órbita sincrónica con la rotación del planeta, adoptando una posición lo suficientemente alejada de la instalación repulsóra. Iremos siguiendo el desarrollo de los acontecimientos desde allí mientras empezamos los preparativos para un ataque por tierra.

El oficial saludó y se fue a toda prisa. Ossilege volvió a clavar la mirada en la imagen del repulsor planetario que le mostraba la pantalla del detector. Después levantó la mano y dedicó un burlón saludo al comandante de la patrullera de asalto.

—Has ganado el primer asalto —le dijo a la pantalla—. Pero no olvidemos que el momento culminante de la fiesta todavía está por llegar.

## 10

**El lanzamiento de la piedra**

Luke entró en la gigantesca compuerta en la que estaban esperándoles el *Dama Suerte* y su ala-X, y dejó escapar un suspiro de alivio.

Jenica les había llevado por una ruta bastante tortuosa, pero habían llegado allí más deprisa de lo que Luke nunca hubiese creído posible cuando se pusieron en camino..., y con aquel reloj cuya cuenta atrás iba avanzando hacia la muerte de Bovo Yagen, no podían perder ni un solo segundo.

Creía saber lo que tenía que hacer a continuación, pero tenía que estar seguro. Tenía que comprobarlo. Los demás le contemplaron en silencio mientras Luke iba hasta una caja que había quedado abandonada en la compuerta y se sentaba sobre ella. Luke cerró los ojos y se concentró, obligándose a proceder despacio y con calma para estar totalmente seguro de que no cometía errores, y desplegó sus sentidos lo más lejos posible.

—Leia está en Selonia —dijo por fin mientras volvía a abrir los ojos—. No cabe ninguna duda de ello, porque puedo sentir su presencia allí. Creo que Han está con ella, y probablemente Mará Jade también. Los tres niños están en Drall, y si no hay ningún error en lo que Kalenda nos contó sobre cómo huyeron de Corellia, eso probablemente significa que Chewbacca y el *Halcón* están allí con ellos. Puedo captar una sensación mental que probablemente corresponda a Chewbacca, pero no puedo estar totalmente seguro..., no a esta distancia. Ah, y quizá debería añadir que todos ellos parecen estar muy preocupados. Resulta difícil de explicar, pero... Bueno, he captado la impresión general de que todos ellos —Leia y los niños, y los que están con ellos— se encuentran prisioneros de una manera u otra.

—Pues entonces será mejor que empecemos a actuar de una vez e intentemos liberarles —se apresuró a decir Lando—. Tú te ocuparas de Leia —siguió diciendo—. Llévate a Erredós y el ala-X. Averigua las coordenadas del lugar de Drall en el que están los chicos y comunícamelas. Yo llevaré a Gaeriel y Jenica hasta la flota bakurana, donde podrán informar al almirante Ossilege de lo que hemos descubierto. Gaeriel debería volver a su puesto en la nave, y Jenica es nuestra experta en Centralia. Tendría que poder ayudarnos un poco si las cosas se ponen feas. Después de que las haya dejado allí, la teniente Kalenda y yo iremos a Drall e intentaremos llegar hasta Chewbacca y los chicos.

Jenica se volvió hacia Lando.

—No eres muy optimista, ¿verdad?

—No sabemos cómo encontrar el repulsor de Drall —replicó Lando—. Me da igual lo bueno que sea Chewbacca resolviendo problemas de ingeniería, porque no puede trabajar sobre un repulsor hasta el que no puede llegar. Tenemos que rescatarlos, naturalmente, pero a menos que estén sentados justo encima de un repulsor, no veo de qué manera el encontrar a Chewbacca va a ayudarnos a encontrar un repulsor. —Se volvió hacia Luke—. Leia es nuestra mejor posibilidad, y con mucha diferencia sobre las demás. Se encuentra en un planeta cuyo repulsor ya está funcionando, y que probablemente está controlado por quienes la tienen prisionera. Bastará con que la informes de lo que está ocurriendo, y después tendrás que esperar que Leia consiga convencer a sus captores de que interfieran las emisiones energéticas de Centralia.

Luke intentó sonreír.

—Sí —replicó—. Es facilísimo. Tendría que ser coser y cantar.

Jenica se frotó el mentón.

—Casi tiene sentido —dijo con voz pensativa—. Pero dejaríamos totalmente desprotegida Centralia, y eso no me gusta nada.

—No creo que la pérdida de la abrumadora fuerza que representan dos naves ligeras, dos androides y cinco seres humanos vaya a tener tantísima importancia —dijo Lando—. Y, de todas maneras, ¿qué seríamos capaces de hacer? ¿Esperar a que llegue alguien y acercarnos luego muy cautelosamente para darle unas cuantas patadas en las espinillas?

Jenica inclinó la cabeza hacia un lado y asintió.

—De acuerdo, de acuerdo. Supongo que yo tampoco sé qué más podríamos hacer.

Luke se levantó y asintió.

—En ese caso —dijo—, sugiero que hagamos lo que podamos y ahora mismo.

—Os tenemos, pero no os retendremos durante mucho tiempo —dijo Kleyvits, portavoz de la Supramadriguera. Estaba sentada enfrente de Mará, Leia y Han. Dracmus estaba sentada junto a Kleyvits, demostrando con el simple hecho de su presencia que su clan se había sometido a las vencedoras. No parecía muy feliz de tener que estar allí—. Ahora sólo necesitamos llegar a ciertos acuerdos muy claros y sencillos, y después todos podremos seguir nuestros respectivos caminos.

—No vamos a acceder a lo que nos pedís —dijo Leia con voz cansada.

La mañana se había convertido en el atardecer, y seguían en el suntuoso interior de la villa que les servía de prisión..., pues eso era lo que había acabado resultando ser. La Supramadriguera había desplegado un campo de fuerza alrededor del *Fuego de Jade*, y había centinelas alrededor del campo de fuerza. Leia podía ver la nave posada en la pista de descenso. Lo único que les separaba de ella era una puerta, pero esta vez no habría ninguna fuga a bordo del *Fuego*.

—Aunque deseáramos llegar a dicho acuerdo, no podríamos hacerlo mientras nos tuvierais prisioneros —siguió diciendo—. Aunque lo hiciéramos, no serviría de nada y no tendría ningún sentido. Mi gobierno nunca ratificaría ninguna clase de acuerdo adoptado bajo presión.

— ¿Cómo podéis estar sometidos a presión cuando seréis libres de ir os en cuanto hayamos llegado a un acuerdo?

—Ahora mismo estamos siendo presionados —dijo Leia, con su voz y su expresión llenas de una calma imperiosa—, y no accederemos bajo ninguna circunstancia. En consecuencia, no hay ninguna razón para seguir hablando del asunto.

—Vuelvo a pedir os que lo reconsideréis —dijo Kleyvits—. Lo único que os pedimos es que admitáis la realidad. Somos libres. Ya no pertenecemos a la Nueva República. Os hemos echado de aquí. Somos una tierra libre, un planeta libre... Lo único que os pedimos es que admitáis este hecho.

—No sois más libres ahora de lo que lo erais bajo el gobierno de la Nueva República —dijo Mará con voz gélida e impasible—. Entonces no había ningún dictador, y no había nadie que os dijera cómo pensar, sentir y actuar. No habéis derrocado a ninguna tiranía. Lo que le pedís que reconozca no es la libertad para Selonía, sino el dominio de la Supramadriguera.

— ¡Eh, voy a deciros lo que haremos! —exclamó Han—. Démosles lo que quieren. Libertad total, ¿de acuerdo? Libertad total de los intercambios comerciales, del comercio interestelar, de las importaciones. Libertad total de los viajes fuera del planeta. Embargo total ¿Qué tal os suena eso?

—La Supramadriguera desea verse libre de toda influencia anti-seloniana, por lo que nos parece una perspectiva excelente. ¿No es así, mi querida amiga Dracmus? Habla en nombre de los hunchuzucs. ¿No estás de acuerdo en que el aislamiento total sería la más grande de las bendiciones?

—Oh, sí, eminente Kleyvits —dijo Dracmus, empleando un tono lúgubre y melancólico que dejaba muy claro hasta qué punto se sentía humillada y abatida—. No puede haber ninguna duda de que todo el pueblo de Selonía anhela quedar aislado del universo exterior.

—¿Y qué hay de todas tus amistades y parientes de Corellia, donde has vivido toda tu vida? —preguntó Han.

—Se regocijarán conmigo al saber que hemos quedado libres de toda influencia exterior —dijo Dracmus, clavando la mirada en la mesa.

—Me temo que no se te da nada bien mentir, respetada Dracmus —dijo Han—. He visto cadáveres que resultaban más convincentes.

Dracmus se apresuró a alzar los ojos con visible preocupación, y se atrevió a lanzar una rápida mirada de soslayo a Kleyvits.

—Por favor, respetado Solo, te ruego que no tengas ni la más pequeña duda en cuanto a mi sinceridad...

—Oh, no te preocupes por eso —dijo Han—. No tengo absolutamente ninguna duda.

—Insisto en que volvamos a lo que realmente importa ahora —dijo Kleyvits, que estaba claro no se sentía muy satisfecha del comportamiento de Dracmus—. Reconoced la libertad de Selonía bajo la guía de la Supramadriguera, o de lo contrario nunca saldréis vivos de este planeta.

—De acuerdo, trato hecho —dijo Leia.

Kleyvits se inclinó sobre la mesa y la miró fijamente.

—Entonces te hemos persuadido, ¿no? —preguntó, con la voz algo temblorosa a causa de la excitación que sentía.

—Totalmente —dijo Leia—. Elegimos la segunda opción, la de no salir de aquí con vida. Adelante: mátanos ahora mismo.

Kleyvits dejó escapar un suspiro lleno de cansancio y extendió las garras para tabalear con ellas sobre la mesa, produciendo una sucesión de chasquidos y crujidos más bien inquietante. Por mucho que intentaran no fijarse en ellas, todos se dieron cuenta de lo afiladas que eran.

—Bien, ya veo que vamos a pasar mucho tiempo aquí —dijo la enviada de la Supramadriguera.

Thrackan estaba sentado en el sillón del copiloto viendo cómo el piloto dirigía la patrullera de asalto en un lento ascenso hasta el extremo del enorme cilindro que era el repulsor planetario. Despacio, despacio, cada vez más y más arriba... La patrullera de asalto quedó suspendida en el aire durante un momento, y después giró lentamente sobre sí misma hasta que su morro quedó enfilado hacia los dos puntos de luz que brillaban en el horizonte vespertino. Talus y Tralus. Thrackan no podía verla desde tan lejos sólo con sus ojos, pero sabía que empleando tan sólo la amplificación más leve de los instrumentos también habría podido divisar a Centralia.

Todo estaba preparado. Lo único que debía hacer era pulsar el botón, ordenar al sistema radiónico que enviara su señal y, después, ordenar al piloto que volviera a bajarles al interior del repulsor. Luego todo se reduciría a esperar que la señal radiónica recorriera la distancia existente entre aquel lugar y Centralia para llegar al centro de control. El centro de control automatizado

desconectaría el generador de interferencias, y ahí acabaría todo. Thrackan ni siquiera tendría que volver hasta allí para transmitir el mensaje por los canales de comunicación. La señal de comunicaciones no sería bloqueada por el repulsor, y tampoco necesitaba un contacto visual. El sistema resultaba de lo más cómodo.

Y, en realidad, también era muy sencillo. Thrackan no era muy dado a tener pensamientos de naturaleza poética, pero en aquel momento se le ocurrió que lo que se disponía a hacer era arrojar una piedra a una laguna, lanzándola justo en su centro. Las ondulaciones irían surgiendo del lugar en el que cayera la piedra, y se irían extendiendo en todas direcciones. Thrackan podía predecir algunas de las consecuencias, pero aun así no había nadie que supiese mejor que él hasta qué punto era arriesgado el juego al que estaba jugando. Las ondulaciones podían avanzar en direcciones que no había tomado en consideración, y llegar a orillas inesperadas. Thrackan quería interrumpir las interferencias de las comunicaciones porque eso servía a sus propios propósitos, pero el ser capaz de comunicarse también serviría a muchos propósitos más aparte de los suyos.

Thrackan podía predecir algunas de las consecuencias, por supuesto. En cuanto las interferencias hubieran cesado, los controladores originales del plan para hacer estallar las estrellas utilizarían inmediatamente el sistema de comunicaciones primario para enviar la orden que desconectaría el campo de interdicción. Después pondrían rumbo hacia el sistema corelliano y se dispondrían a enfrentarse con las naves bakuranas. Bien, pues que lo hicieran... Que los dos bandos lucharan entre ellos. Que un bando derrotara al otro. Fuera quien fuese el vencedor, ese bando habría quedado debilitado por el combate, y después a las fuerzas de Thrackan les resultaría bastante más fácil acabar con él en la confrontación final.

Thrackan también estaba casi totalmente seguro de que los controladores originales del sistema bloquearían el subsistema que había estado utilizando, lo cual le impediría seguir manipulándolo. No querían que las interferencias volvieran a activarse, desde luego. Que así fuera. Eso significaba que los enemigos que Thrackan tenía dentro del sistema descubrirían que podían volver a comunicarse entre ellos e intercambiar información. Averiguarían cosas sobre los demás y sobre Thrackan..., pero las averiguarían demasiado tarde. Eso no le preocupaba.

Pero ¿y las consecuencias que no había imaginado? ¿Qué riesgos desconocidos se disponía a correr? Estaba claro que no había forma alguna de saberlo.

Pero había una cosa que sí sabía. Dejar de interferir las comunicaciones permitiría que Thrackan Sal-Solo le dijera a todo el sistema corelliano que tenía en su poder a los hijos de Han Solo. Han Solo se enteraría de que sus hijos estaban en sus manos y lo sabría, y no podía hacer absolutamente nada al respecto.

¿Acaso podía haber una venganza más dulce?

Thrackan pulsó el botón. La orden fue emitida.

Ossilege estaba inclinado sobre los sensores de largo alcance del *Intruso* contemplando cómo la patrullera de asalto, apenas visible, quedaba suspendida encima del repulsor, llevaba a cabo un ligero viraje y volvía a desaparecer. El almirante se volvió hacia el jefe de sistemas artilleros del *Intruso* y vio que estaba meneando la cabeza.

—Lo siento, señor. No hemos tenido tiempo de disparar. No a esta distancia, y especialmente con tanta atmósfera interponiéndose entre nosotros y el objetivo. Si se hubiera quedado allí treinta segundos más...

El jefe de sistemas artilleros no llegó a concluir su pensamiento, pero Ossilege le entendió y dejó escapar un suspiro. Si aquella patrullera de asalto se hubiera mantenido inmóvil el tiempo



suficiente para que el *Intruso* pudiera disparar, entonces toda la guerra podría haber terminado en ese mismo instante.

—Chico, estás fuera cinco minutos y todo cambia —dijo Lando mientras el *Dama Suerte* despegababa y se alejaba de la gigantesca compuerta de Centralia—. ¿Dónde está el *Intruso*?

— ¿Qué es el *Intruso*? —preguntó Jenica.

—Bueno, es un objeto francamente grande... El *Intruso* es una nave espacial, un crucero ligero bakurano. Debería ser fácil de ver, pero no lo encuentro por ningún sitio.

— ¿Has mirado en el último lugar donde lo habías dejado? —preguntó Jenica.

Lando sonrió.

—Acabo de hacerlo, y no estaba allí. Pero apuesto a que lo encontraré en el último sitio donde mire.

—Bien, ¿y dónde está?

—Yo diría que ha ocurrido algo y que el almirante Ossilege ha salido disparado lo más valerosamente posible para hacer algo al respecto, tanto si es necesario hacerlo como si no.

—Ese tono que estás empleando no acaba de gustarme, Lando —dijo Gaeriel.

—A mí tampoco acaba de gustarme la afición a correr riesgos que tiene Ossilege —replicó Lando—. Pero la pregunta a la que debemos responder es qué vamos a hacer ahora.

—No estoy segura —dijo Gaeriel—. La vida volverá a ser mucho más sencilla cuando podamos volver a usar los sistemas de comunicación habituales..., suponiendo que algún día podamos volver a usarlos. —Reflexionó en silencio durante unos momentos—. ¿Podemos comunicarnos con alguno de los dos destructores mediante la conexión láser?

—Será bastante difícil —dijo Lando—. Probablemente resultaría más rápido y sencillo ir hasta la nave más cercana, atracar, abrir la escotilla y preguntarles qué está pasando.

—Pues entonces hagamos eso —dijo Gaeriel—. Después ya podremos decidir qué haremos cuando tengamos un poco más de información.

—Una actitud muy lógica y prudente —dijo Lando—. Bien, vamos para allá.

Jaina dejó escapar un suspiro lleno de melancolía. Las cosas no podían ir peor. Los prisioneros estaban inmóviles, abatidos y tristes, —y más bien apretujados— dentro del recinto móvil, incapaces de hacer nada que no fuese contemplar cómo los soldados y técnicos de la Liga Humana iban sacando su equipo de la patrullera, en lo que resultaba obvio eran preparativos con vistas a instalarse allí para una larga estancia.

El recinto móvil consistía en un generador de campos de fuerzas diseñado para quedar fuera del campo que producía, con el resultado de que quienes estaban prisioneros dentro del campo no podían llegar a la maquinaria generadora. Pero el campo de fuerza era transparente y los que estaban dentro podían ver el generador, que estaba justo delante de ellos.

Y, para expresarlo de una manera suave, a Anakin aquello no le gustaba nada. La idea de que pudiera ver el artefacto que los mantenía prisioneros sin que pudiese tocarlo parecía irritarle y preocuparle mucho más que el hecho de que estuviese prisionero.

Sus hermanos intentaron mantenerle lo más distraído posible, pero no resultaba nada fácil. El lado bueno de la situación era que el esforzarse por mantener animado a Anakin les impedía pensar en sus propias preocupaciones. Los dos dralls, Ebrihim y Marcha, parecían haber decidido

que el estar encerrados les proporcionaba una ocasión de ponerse al día en lo referente al cotilleo familiar, algo en lo que debían de llevar una década de retraso..., y estaba claro que tenían una familia enorme. Los dos habían permanecido sentados hora tras hora, discutiendo lo que había hecho el primo tal, los problemas monetarios del tío cual y el escandaloso e inexplicable misterio que suponía el que una tía abuela lejana y su quinto esposo todavía no se hubieran divorciado.

Chewbacca iba y venía de un lado del campo de fuerza hemisférico que los mantenía prisioneros a otro. Se había visto obligado a contemplar cómo los técnicos de la Liga Humana hurgaban en el *Halcón Milenario*, paseándose por la parte superior del casco, abriendo los paneles de acceso y estudiando su interior. Hubo un par de momentos en los que un técnico de la Liga abrió un panel y se rió ruidosamente de lo que estaba viendo. Contener a Chewbacca en esos momentos había resultado particularmente difícil. El wookiee había golpeado el campo de fuerza con los puños y había pregonado su frustración con ensordecedores rugidos, pero lo único que consiguió con eso fue dejar ligeramente chamuscado el pelaje de sus manos y sus antebrazos.

Y cuando Thrackan Sal-Solo bajó de la patrullera de asalto y fue hacia ellos, los dos dralls eran los únicos prisioneros que se encontraban lo suficientemente calmados para enfrentarse a la nueva situación de una manera racional. Jaina no estaba de humor para ser razonable, desde luego. Un técnico de la Liga Humana que empuñaba una holocámara caminaba al lado de Thrackan.

—Buenas tardes a todos —dijo Thrackan, con esa voz que se parecía tanto a la de su padre y que al mismo tiempo era tan distinta de ella.

El primo Thrackan... Jaina se dijo que le resultaba inexplicablemente extraño y desagradable pensar en él utilizando esa palabra, pero aun así seguía siendo su primo.

—Hola —dijo.

Jacen también murmuró un hola. Anakin lanzó una rápida mirada al primo de su padre y se echó a llorar..., y Jaina no pudo culparle por ello. El mero hecho de estar viendo a..., a Thrackan ya resultaba inquietante. Se parecía muchísimo a su padre, con las únicas diferencias de que era un poco más moreno, pesaba unos cuantos kilos más y tenía el cabello de un color ligeramente distinto. La barba ayudaba a que no se pareciese tanto a su padre, pero su existencia sólo servía para que las similitudes resultaran todavía más inquietantes. Era como si estuviera contemplando una versión de su padre salida del lado oscuro y pudiera ver cómo habría sido Han Solo si la ira, el resentimiento y la sospecha se hubieran adueñado de él.

—Haz que ese niño deje de llorar —dijo Thrackan, como si Jaina pudiera hacer callar a Anakin con un gesto de la mano.

—No puedo —dijo Jaina—. Quizá se calme dentro de unos momentos, pero le asustas.

—No hay ninguna razón para tenerme miedo —dijo Thrackan—. Por lo menos, todavía no...

Esa aclaración final no resultaba nada tranquilizadora.

Jaina se puso de rodillas y abrazó a su hermano pequeño.

—Vamos, Anakin, cálmate... Te prometo que todo se arreglará —le susurró, esperando estar diciéndole la verdad.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Jacen, fulminando con la mirada a Thrackan—. ¿Qué quieres?

—Oh, muy poca cosa —dijo Thrackan—. Sólo necesito unas cuantas imágenes en las que estemos todos juntos.

Chewbacca rugió, gruñó y le enseñó los dientes, y después movió los brazos en un gesto cuyo significado no podía estar más claro: el wookiee quería que Thrackan entrara en el recinto de confinamiento.

Thrackan sonrió.

—No hablo tu bárbaro lenguaje, wookiee, pero te he entendido. No, muchas gracias. Puedo ponerme lo suficientemente cerca para mis propósitos permaneciendo fuera del campo de fuerza.

— ¿Por qué quieres una grabación holográfica de nosotros? —preguntó la tía Marcha.

Thrackan volvió a sonreír.

—Bueno, me parece que eso debería resultar obvio incluso para un miembro de tu especie —replicó—. He iniciado el proceso que desactivará las interferencias que bloquean las comunicaciones. Cuando las interferencias hayan cesado, emitiré las imágenes holográficas para demostrar que sois mis prisioneros. Dudo mucho que a alguien le importe lo que le pueda ocurrir a un par de dralls regordetes o a un wookiee sicótico, pero espero que los padres de los niños se sientan inclinados a comportarse de una manera más razonable en cuanto sepan que tengo en mis manos a sus hijos..., y a un repulsor planetario.

Marcha, duquesa de Mastigóforus, se irguió cuan alta era y miró fijamente a su carcelero.

—Estás a punto de cometer un gravísimo error —dijo—. Por tu propio bien, te pido que no lo hagas.

Thrackan soltó una estrepitosa carcajada.

—No estás en situación de lanzar amenazas, drall. No desperdicies tu aliento.

—Muy bien. Que las consecuencias caigan únicamente sobre tu cabeza. El honor me obligaba a decir lo que he dicho, pero un ser inteligente siempre puede distinguir una amenaza de una advertencia.

La vacua sonrisa que curvaba sus labios desapareció del rostro de Thrackan durante una fracción de segundo, pero enseguida volvió a aparecer, tan impasible y carente de significado como siempre.

—No necesito decir nada más sobre el tema a ninguno de vosotros —replicó—. Ahora quiero que los tres niños se pongan en este lado del recinto, lo más cerca posible de mí, y que los tres alienígenas os pongáis al otro extremo.

— ¿Por qué...? —empezó a preguntar Ebrihim.

— ¡Porque yo lo deseo! —le interrumpió secamente Thrackan—. Porque si no obedecéis, puedo manipular el campo de fuerza hasta dejar reducido el recinto de confinamiento a la mitad de su tamaño actual. Porque puedo hacer que os maten a todos si así lo decido. —Thrackan hizo una pausa y sonrió—. Porque puedo hacer daño a los niños, y porque se lo haré si no me obedecéis —añadió—. Y ahora, id al otro lado del campo.

Los dos dralls y el wookiee intercambiaron rápidas miradas. Estaba claro que no tenían otra elección, y los tres fueron al otro lado del recinto.

Anakin ya estaba más o menos calmado, y Jaina tiró de él para que se levantara. Siempre había una forma infalible de distraer al pequeño, y consistía en hacer que viera cómo alguien utilizaba una máquina. Hacer que Anakin observara el procedimiento de operación de la maquinaria también podía acabar teniendo otros resultados tan inesperados como deseables, naturalmente.

—Mira, Anakin —dijo Jaina—. Mira lo que hace ese hombre.

Anakin asintió y se limpió la nariz. Los tres hermanos se colocaron lo más cerca posible del límite del campo, y observaron con gran atención al técnico mientras éste se arrodillaba junto al generador del campo de fuerza dentro del que estaban confinados. El técnico sacó de su bolsillo una llave metálica de aspecto muy anticuado, la introdujo en una ranura del generador y le dio un cuarto de vuelta hacia la izquierda. Después hizo varios ajustes en los controles del aparato. Un nuevo campo de fuerza, un muro vertical que atravesaba el campo de confinamiento por el centro separando a los adultos de los niños, surgió de la nada un instante después. El técnico hizo girar la llave un cuarto de vuelta hacia la izquierda y la sacó de la ranura.

—Señor... Ah... Diktat, quizá también sería aconsejable intensificar un poco el campo para que pueda ser visto con más claridad en la grabación holográfica.

— ¿Y esa intensificación hará que resulte más difícil distinguir a los prisioneros?

—De una manera casi imperceptible, señor, pero los podrán reconocer sin ninguna dificultad, y la visión del campo de energía será una confirmación visual clarísima de que están prisioneros. Dará más fuerza a sus palabras.

—Muy bien —dijo Thrackan—. Haz los ajustes necesarios.

El técnico giró un dial, y el campo de fuerza se oscureció un poco.

—Excelente —dijo Thrackan—. Sí, realmente excelente... Bien, adelante. Coge tu holocámara y empieza a grabar —dijo—. Graba una secuencia larga de cada rostro, y después un plano general de todos nosotros juntos. No quiero que haya ninguna posibilidad de que alguien no quede convencido de que tengo a los niños en mi poder, o de que piense que se trata de alguna clase de falsificación.

El técnico se llevó la holocámara a la cara y empezó a trabajar grabando la imagen de un rostro hosco y sombrío detrás de otro y tomando un plano general de Thrackan con todos los prisioneros cuando hubo acabado de filmar los rostros.

—Eso debería bastar, Diktat Sal-Solo —dijo.

—Muy bien —dijo Thrackan—. Vamos a preparar el transmisor para enviar las imágenes.

— ¿Vuelvo a ajustar el campo de fuerza para dejarlo en la intensidad anterior, señor?

Thrackan contempló el recinto de confinamiento durante unos momentos.

—Déjalo como está —dijo por fin—. Quizá sea más prudente mantener separados a los niños de los alienígenas. Puede que eso sirva para que les resulte más difícil hacer planes.

Thrackan giró sobre sus talones y se fue, y el técnico se apresuró a seguirle.

Jaina contempló cómo se alejaban.

— ¿Has podido ver lo que hacía el técnico? —le preguntó a Jacen.

—La verdad es que no —respondió su hermano—, y de todas maneras no creo que fuera capaz de manipular los controles con la Fuerza. No poseo esa clase de control tan preciso y delicado..., y además el técnico tenía esa llave.

—Bien, Anakin, ¿y tú?

—Podría hacer algo si pudiera llegar hasta los controles —dijo el pequeño—. Podría cambiar algunas cosas... Pero necesitas esa llave para conectar un campo o para apagarlo, o para cortar toda la energía. Ya viste lo que hizo. Necesito esa llave para apagarlo.

—Entonces no hay ninguna esperanza —dijo Jaina.

—No digas eso, niña —murmuró la duquesa Marcha desde el otro lado del muro vertical de energía—. Siempre hay esperanza..., especialmente si te enfrentas a un oponente convencido de que puede obtener todo lo que desee mediante las amenazas y el uso de la fuerza.

Jaina fue hasta el muro vertical, y sus hermanos la siguieron.

— ¿Realmente ha cometido un error, tía Marcha? —preguntó, deseando un poco de consuelo y esperanza tanto como información.

—Oh, sí —replicó la anciana drall—. Ha cometido un grave error, niña.

Chewbacca dejó escapar una suave carcajada a la que siguieron un gruñido ahogado y un chillido gutural. El wookiee miró a su alrededor para asegurarse de que no había ningún soldado de la Liga Humana que se encontrara lo bastante cerca para verle. Después se colocó tan cerca como pudo del muro vertical y abrió la palma de su mano.

Chewbacca tenía un comunicador de bolsillo.

Jaina alzó la mirada hacia él y sus labios se curvaron en una gran sonrisa.

—Tendría que haberlo sabido —dijo—. Con todo ese pelaje tan largo, puedes esconder prácticamente cualquier cosa en tu cuerpo. Y, además, ¿quién va a cachear a un wookiee?

La pregunta hizo que Chewbacca soltara otra risita.

—Pero ¿de qué nos sirve eso? —preguntó Jacen—. Ese comunicador tiene poquísimo alcance, y sólo permite comunicarse a unos cuantos kilómetros de distancia.

—Te estás olvidando de alguien que se encuentra muy cerca de aquí—dijo Ebrihim—. Ese alguien lleva incorporado un equipo de comunicaciones... —Ebrihim sonrió—. Y probablemente ya está muy harto de esperar.

Q9-X2 estaba más que harto de esperar, lo que en sí mismo ya era toda una hazaña para un androide. Cualquier otro androide se habría limitado a desconectarse después de haber implantado una orden de despertar en el momento necesario dentro de sus circuitos de espera. Q9 no lo había hecho porque temía perderse algo. No es que pudiera haber mucho que perderse cuando estaba cabeza abajo en uno de los compartimentos secretos del *Halcón* que habían servido para ocultar el contrabando en tiempos lejanos, desde luego. Q9 había descubierto que el confinamiento le molestaba bastante más que el hecho de estar cabeza abajo. Haber estado en posición normal hubiera resultado bastante más agradable, pero no habían dispuesto de mucho tiempo, y aquél había sido el primer sitio lo bastante grande para que el androide pudiera ser metido dentro de él, en cualquier orientación, que consiguieron encontrar.

Las instrucciones de Ebrihim habían sido bastante sencillas, y no exigían que Q9 permaneciese conectado. «Espera a que haya transcurrido un mínimo de catorce horas. No aparezcas hasta que no haya peligro. En ese momento, examina la nave y la situación lo mejor que puedas. Determina cuál es el mejor método para ayudarnos, y ponlo en práctica. Las instrucciones propiamente dichas quizá fueran un poco vagas, pero el objetivo no podía estar más claro. La ejecución resultaría complicada, ya que la mayoría de sensores de Q9 tenían que sobresalir de su cuerpo antes de que pudiera utilizarlos, lo cual significaba que el androide no podía ser de gran ayuda mientras estuviera cabeza abajo dentro de un recipiente de almacenamiento.

Q9 podría haber seguido desconectado, pero estaba demasiado nervioso y preocupado para ello. Había llevado a cabo unos cuantos diagnósticos y había analizado su registro de servicio interno. Sabía con toda exactitud lo cerca que había estado de ser destruido por la activación del repulsor. A los androides rara vez se les recordaba su mortalidad de una manera tan clara. Poco tiempo después de eso, Q9 disponía de muchas horas para pensar en la idea de su destrucción. Había faltado muy poco para que ocurriera en el pasado reciente, y parecía haber bastantes

probabilidades de que ocurriera en un futuro próximo. Dadas las circunstancias, desconectarse deliberadamente parecía la peor de las estupideces. ¿Y si un componente hubiera fallado o estuviera a punto de fallar, y sus diagnósticos no hubieran logrado percibir el problema? ¿Y si hubiera cargado un acontecimiento programado para que le despertase, hubiera pasado a la modalidad de espera en desconexión y la orden de despertar nunca hubiera sido enviada? Para expresarlo de la manera más breve y clara posible, Q9 no deseaba desconectarse mientras no tuviera la certeza absoluta de que podría volver a activar sus sistemas.

Resultaba obvio que se trataba de una situación altamente absurda, pero así estaban las cosas: Q9 no se atrevía a dormir.

El androide se resignó a la idea de seguir esperando un rato más.

Gariel Captison estaba inmóvil en el hangar del *Centinela*, a unos metros del *Dama Suerte*.

—No creo que pueda haber ninguna discusión sobre lo que deberíamos hacer —dijo—. Iremos a Drall, y nos reuniremos con el *Intruso*.

—Por supuesto —dijo Lando—. Si alguien ya ha encontrado un repulsor allí, entonces tenemos que ir a Drall.

—Pues yo no lo veo tan claro —dijo Jenica—. El *Centinela* y el *Defensor* van a quedarse aquí para vigilar la Estación Centralia, y yo soy lo más cercano a una experta en Centralia que van a poder encontrar. Me quedaré.

Lando asintió.

—Tienes razón —dijo—. ¿Y qué me dice usted, teniente Kalenda?

Kalenda enarcó la ceja izquierda y movió la cabeza en una negativa casi imperceptible.

—La decisión es bastante difícil —dijo por fin—. Pero dada la situación, yo diría que mi sitio está aquí al lado del almirante Ossilege.

«¿Para que puedas ver lo que hace, quizá?», se preguntó Lando.

—Me parece correcto —dijo—. Bien, pues entonces subamos a bordo.

— ¿Y qué hay de mí? —preguntó Cetrespeó—. ¿Debo seguir con ustedes? Hay más probabilidades de que mis capacidades lingüísticas resulten más útiles en un viaje a Drall que aquí.

Lando sintió la tentación de rechazar su oferta y dejar a Cetrespeó en la nave, pero lo más irritante era que el androide tal vez tuviera razón. ¿Qué ocurriría si conseguían llegar hasta el repulsor y se encontraban con dralls que no hablaran básico?

—Sube a bordo —acabó gruñendo, y Cetrespeó subió por la rampa de acceso con un torpe y envarado trotecillo.

Gariel y Kalenda se despidieron de Jenica y subieron al *Dama Suerte*. Lando esperó unos momentos antes de subir a bordo. Había algo más que quería decirle a Jenica Sonsen, algo que tal vez no tuviera la oportunidad de volver a decir..., y a juzgar por el brillo de diversión que había en sus ojos, ella parecía estar esperando que Lando dijera algo. De hecho, Jenica se le adelantó y habló antes que él.

—Bien, me pregunto si éste es el momento en el que me dices que nunca habías conocido a nadie como yo y que quieres llegar a conocerme mejor. Ya sabes, ese tipo de cosas... Quizá algo por el estilo de que hemos pasado por muchas aventuras juntos, que hemos establecido una

extraña conexión personal y que no deberíamos permitir que se quedara en eso sin volver a vernos. ¿Vas a soltarme alguna de esas frases irresistibles que vuelven locas a todas las mujeres?

Lando no estaba muy seguro de si se burlaba de él o si le estaba pidiendo que siguiera adelante, y no sabía si le advertía de que debía guardar silencio o le apremiaba a hablar. Lo extraño era que eso no importaba. Lando había tenido muchas aventuras románticas, pero una pequeña parte de su ser estaba segura de que ésta no iba a ser una de aquellas veces. Esta vez no iba a permitir que la situación se convirtiera en una más de «esas veces».

Lando suspiró y meneó la cabeza.

—Hubo un tiempo, y no hace mucho de eso, en el que habría dicho esas palabras y habría creído sinceramente en todas y cada una de ellas..., por lo menos mientras las estaba diciendo y aunque luego se me olvidaran. El problema es que no hace mucho le dije eso mismo a otra dama, y que en aquel momento era sincero. Lo curioso es que, por primera vez en mi vida, he descubierto que sigo creyendo en lo que dije. Incluso cabe la posibilidad de que lo siga creyendo durante mucho, mucho tiempo... Así pues, me temo que será mejor que me vaya sin decir nada.

Jenica pareció sorprendida, aunque su sorpresa no era nada comparada con la que estaba sintiendo Lando.

—Bueno, puede que éste sea el discurso más elegante de toda la historia —dijo por fin, y sonrió—. Creo que hay una dama muy afortunada esperándote en algún lugar del universo, y no me estoy refiriendo al *Dama Suerte*. —Jenica le ofreció la mano, y Lando la aceptó—. Cuídate, Lando. Debo admitir que casi deseo que hubieras intentado conquistarme..., aunque sólo sea porque así habría sabido cuál era mi reacción. Ahora supongo que nunca lo sabré.

Lando le devolvió la sonrisa, obsequiándola con la más deslumbrante y encantadora de todo su repertorio y enseñándole todos sus dientes al hacerlo.

—Ni yo tampoco —dijo—. Cuídate tú también.

Le soltó la mano, subió al *Dama Suerte* y fue hasta el sillón de pilotaje.

Gariel estaba esperándole en el asiento de observación de estribor, y Kalenda se había instalado en el sillón del copiloto.

—Bien, ¿va a dejar que le haga una visita?.....preguntó mientras estaba llevando a cabo las comprobaciones previas al despegue.

Sus ojos no se apartaron ni un segundo de los instrumentos, pero había la sombra casi imperceptible de una sonrisa flotando en las comisuras de sus labios. Lando no estuvo seguro, pero creyó oír una risita nada propia de una ex Primera Ministra detrás de él cuando se sentó.

— ¿Cómo ha dicho? —preguntó.

—Que si dejará que le haga una visita. Usted le preguntó si podía volver a verla después de que todo esto hubiera acabado. ¿Qué dijo ella, sí o no?

Lando notó que se estaba ruborizando. ¿Acaso había resultado tan obvio? ¿Tan mala era su reputación?

—Hum... Ah... Bueno... Ya que quiere saberlo, me preguntó si se lo iba a preguntar, y yo le dije que no podía hacerlo debido a unas promesas que hice en otro sitio.

Esta vez Kalenda apartó la vista de los instrumentos y le miró a los ojos.

—Está bromeando —dijo, lanzándole esa desconcertante mirada por encima del hombro tan típica de ella y dejándole todavía más confuso que de costumbre con ella.

—Ah, no —dijo Lando—. No estoy bromeando. No sé por qué he de contarle nada de todo esto, pero es lo que ha ocurrido. Le doy mi palabra de honor de comerciante.

Kalenda dejó escapar un silbido y meneó la cabeza.

Bien, señora Primera Ministra, parece ser que nuestra pequeña apuesta nunca llegará a resolverse. ¿Por qué no nos saca de aquí, capitán Calrissian?

Eh... Hum... Sí, de acuerdo —dijo Lando.

Terminó sus comprobaciones previas al despegue y fue elevando delicadamente el *Dama Suerte* sobre sus haces repulsores. No cabía duda de que siempre había momentos y lugares en los que era consciente de que aún le quedaba mucho por aprender sobre las mujeres.

El *Dama Suerte* salió del hangar, fue adquiriendo velocidad y puso rumbo hacia Drall..., y hacia el *Intruso*.

Luke Skywalker movió la palanca de control hacia adelante hasta dar máxima potencia a su ala-X y la mantuvo en esa posición. La danza de las órbitas había colocado a Selonía todo lo cerca de Centralia y los Mundos Dobles que podía llegar a estar, pero aun así las distancias seguían siendo grandes y Luke tenía mucha prisa. Él también se había preguntado qué podía significar la ausencia del *Intruso*, pero no tenía tiempo para preocuparse por eso. Tenía un trabajo y un deber. Tenía que pensar en Bovo Yagen y en sus millones de habitantes. Parecía que había una esperanza de salvarlos. Y si —si— conseguían evitar la destrucción de Bovo Yagen, eso quizá marcará el comienzo del fin de la conspiración para hacer estallar las estrellas y de las rebeliones en los mundos del sistema corelliano.

Pero a la galaxia le interesaban muy poco los «si». Al universo sólo le preocupaba lo que ocurría, no lo que pudiera llegar a ocurrir. Tenían una pequeña posibilidad, pero eso era todo..., y la supervivencia de aquellos doce millones de personas muy bien podía depender de cuánto tardara en llegar a Selonía para reunirse con Leia.

«Doce millones de personas...» Luke recordó haber pensado, y no hacía tanto tiempo de ello, que lo que ocurriese allí apenas tenía importancia dentro de la escala del tiempo galáctico. Toda la historia conocida y todos los días del mito y la leyenda anteriores a ella no eran más que un parpadeo en el ojo cósmico. Pero doce millones de personas, doce millones de vidas... ¡Tantas esperanzas, tantos sueños y pasados, tantas familias, tantas historias y recuerdos que también se desvanecerían como si nunca hubieran existido! Todas las generaciones aún no nacidas que nunca llegarían a nacer, todas las promesas y todo el potencial que se esfumarían, robados del futuro de la galaxia...

Destruir una estrella —algo tan grande, tan viejo, tan poderoso y complicado y hermoso— sólo para obtener una ventaja política transitoria era un acto que nunca podría ser justificado.

Luke sonrió. Nadie iba a utilizar las supernovas como armas..., no durante su parpadeo de historia y no si él podía evitarlo.

Erredós lanzó una serie de pitidos y zumbidos de advertencia y Luke echó un vistazo a sus pantallas.

—Oh, chico —dijo—. Tenemos compañía.

Una escuadrilla de ocho Cazas de Ataque Ligeros estaba saliendo de su órbita para venir a su encuentro. No era la clase de problema que Luke necesitaba en aquellos momentos, y pensó que quizá podría hacerlos huir sin tener que perder demasiado tiempo en un combate.

Luke tiró de la palanca de control de su ala-X y desconectó todos sus escudos, derivando toda la energía sobrante de los motores y los escudos a su sistema de armamento.



Erredós dejó escapar un tembloroso chillido de protesta.

—Tómatelo con calma, Erredós. Volveré a levantar los escudos antes de que hayamos entrado en el radio de acción de sus armas.

Luke se había enfrentado a otros CAL no hacía mucho tiempo. Sabía qué podían hacer..., y qué no podían hacer. El ala-X básico era superior a los CAL, pero no hasta el punto de que Luke quisiera enfrentarse a ocho CAL en solitario. La mejor forma de salir vencedor de aquel combate era evitar tener que luchar.

Lo que debía hacer era convencerles de que él y su caza ala-X mejorado formaban una combinación invencible, en vez de meramente una muy buena.

Luke desplegó sus poderes de la Fuerza, enviando sus sentidos lo más lejos posible hasta que rozaron las mentes de los pilotos de caza selonianos. No quería manipular su estado emocional, y sólo deseaba percibirlo. El temperamento seloniano, con su ardiente deseo de obtener un consenso general dentro del grupo, no era el más adecuado para soportar las tensiones de la batalla. Los selonianos siempre luchaban mejor en solitario y cuando defendían a un grupo que cuando formaban parte de un grupo enfrentado a otro bando.

Luke enseguida detectó su nerviosismo y su inseguridad, y percibió la sensación de volver a un lugar lleno de miedo y catástrofes claramente presente en dos o tres mentes. Supuso que eran veteranos de la reciente batalla contra las fuerzas bakuranas que habían conseguido sobrevivir por los pelos.

Era suficiente. Si Luke sabía jugar correctamente sus cartas, entonces todos los pilotos sobrevivirían a aquel combate. Quizá no les gustaría mucho, pero seguirían con vida.

Echó un vistazo a sus lecturas de energía. El armamento tenía carga máxima. Luke desvió toda la energía generadora de escudos y la energía de carga de armas al sistema de propulsión, y después aceleró hasta un ciento veinte por ciento de la potencia impulsora máxima normal. El ala-X salió disparado hacia los CAL, moviéndose a una velocidad aterradora. Dos CAL dispararon contra él, enviándole un par de andanadas que el pánico les había impedido dirigir y que se perdieron en el espacio. Un caza estuvo a punto de perder a su propio compañero de ala.

Luke sabía que estaba corriendo un gran riesgo al volar sin escudos. Si uno de aquellos disparos tenía a la fortuna de cara y lograba acertarle... Bueno, sería realmente una lástima.

Así pues, más valía que intentara poner punto final a aquel enfrentamiento antes de que eso pudiera ocurrir. Conseguirlo requeriría toda su habilidad en el uso de la Fuerza..., y una considerable cantidad de suerte. Luke desconectó el ordenador de disparo, cerró los ojos y empezó a pilotar el ala-X guiándose por el instinto, las sensaciones y la Fuerza. Después disparó una, dos, tres veces. Tres estallidos de fuego turboláser florecieron en el vacío. Las ráfagas alcanzaron a los tres CAL hacia los que habían sido dirigidas, dando de lleno en los módulos ventrales de armamento de las tres naves. De repente tres CAL se encontraron con que podían volar, pero no luchar.

Las maniobras y los disparos de Luke pretendían transmitir un mensaje. «Soy más veloz y más grande que vosotros, tengo mejores armas que vosotros y puedo disparar desde más lejos. Podría destruirlos a todos si decidiera hacerlo. He decidido no destruirlos. No me hagáis cambiar de parecer.»

Al parecer los tres veteranos captaron el mensaje al instante e invirtieron el curso inmediatamente para volver a su base. Dos CAL más titubearon durante un momento, y después siguieron a los otros cazas.

Eso dejaba tres enemigos de los que ocuparse, y tres era mucho mejor que ocho. Por otra parte, también le obligaba a enfrentarse con los tres pilotos a los que resultaba más difícil asustar.

Los tres CAL fueron hacia él en una formación triangular, con un caza en cada ángulo de la figura. Se estaban aproximando rápidamente, y pronto estarían lo bastante cerca para poder disparar. Luke redujo la potencia lo suficiente para poder levantar los escudos delanteros, pero no desvió energía al armamento para recargarlo. De una manera o de otra, aquella batalla terminaría antes de que sus sistemas de armamento acabaran de consumir toda la energía almacenada en ellos.

Erredós lanzó una repentina serie de silbidos llenos de excitación, y un texto empezó a desfilarse por la pantalla de Luke. Las líneas se sucedieron unas a otras tan deprisa que Luke no pudo seguirlas.

— ¿Qué pasa, Erredós?

Los frenéticos silbidos y pitidos del androide resonaron en los auriculares de Luke. Echó un vistazo a la pantalla de su detector principal, vio que los tres CAL se estaban acercando muy deprisa y tomó una rápida decisión sobre sus prioridades.

—Más tarde, Erredós —dijo—. Ahora tengo otro problema del que ocuparme. Sea lo que sea, tendrá que esperar.

Aquellos tres pilotos no se dejaban asustar con facilidad, pero tampoco eran unos genios de la táctica. Estaban volando demasiado cerca los unos de los otros, y se mantenían demasiado juntos. Un disparo dirigido contra un caza que fallara el blanco seguramente daría en otro aparato. Luke quizá pudiera utilizar ese exceso de proximidad, pero tendría que hacerlo antes de que el ala-X entrara en el radio de acción de sus armas.

No quería matar a menos que fuera estrictamente necesario, y empezó a pensar a toda velocidad..., y de repente creyó ver una posible solución. Pasó el selector del control de fuego de LÁSER a TORPEDO y tecleó una rápida serie de órdenes, reprogramando un torpedo protónico para un estallido de proximidad.

Y de repente los tres CAL dispararon a la vez, concentrando sus andanadas en una ráfaga de fuego. Al parecer los pilotos estaban consiguiendo coordinar sus disparos a pesar de las interferencias que bloqueaban las comunicaciones. Quizá conocían su oficio mejor de lo que había pensado en un principio.

Los haces láser chocaron con el ala-X, y Luke se felicitó por haber tenido la idea de reactivar los escudos hacía unos momentos. Los escudos delanteros del ala-X consiguieron absorber los múltiples impactos, pero por muy poco.

Luke sabía que si quería sobrevivir a aquel combate tendría que salir de allí..., y deprisa. Un último truco. Lanzó el torpedo protónico programado hacia el centro de la formación de los CAL. El ala-X tembló levemente cuando el torpedo salió disparado de su tubo de lanzamiento.

Luke confiaba en el elemento sorpresa. Nadie utilizaba torpedos protónicos en batallas del tipo caza-contracaza. Los torpedos eran más lentos y menos precisos que los turboláser —aunque tenían más potencia destructora que los haces de energía—, y habían sido diseñados para usarlos contra blancos de mayores dimensiones.

Los tres CAL volvieron a lanzar una andanada conjunta, y los rayos láser desfilaban como una exhalación alrededor del torpedo que se dirigía hacia ellos. El ala-X de Luke se estremeció de proa a popa cuando la segunda ráfaga láser chocó con él. Luke echó un vistazo a las lecturas de sus escudos y meneó la cabeza. La próxima andanada se abriría paso a través de su protección.

Apagó los motores y dejó que el ala-X siguiera avanzando, con la inercia acumulada como única fuente de impulsión. Que pensaran que se había quedado sin propulsión. Eso podía hacer que resultara mucho más difícil de localizar cuando...

El torpedo protónico estalló en el centro exacto de la formación de los CAL, iluminando el cielo —y, sin duda, cegando a los pilotos durante un par de segundos como mínimo— y, con un poco de suerte, distorsionando las lecturas de sus instrumentos al mismo tiempo.

Luke volvió a encender los motores y aceleró a máxima potencia, lanzando su ala-X hacia el lugar en el que había estallado el torpedo protónico y abriéndose paso a través de la formación de cazas enemigos.

El ala-X vibró, se bamboleó y se estremeció al encontrarse con la onda de choque de la explosión, con sus debilitados escudos ofreciéndole una protección a duras penas suficiente.

Luke siguió adelante y se aferró a los brazos de su asiento mientras cabalgaba sobre aquel torbellino..., y entonces todo terminó de repente. Había logrado pasar, y estaba a salvo. Echó un vistazo a las pantallas de sus detectores. Dos CAL estaban dando tumbos de un lado a otro, claramente incapacitados al menos por el momento, mientras que el tercero había logrado mantener el control por muy poco. Uno de los cazas que se habían salido de la formación pareció recuperarse bajo sus ojos, pero Luke sabía que no debía quedarse allí para averiguar cómo terminaba todo. Luke fijó un nuevo rumbo, una trayectoria directa a Selonía.

Cuando hubo terminado dejó escapar un suspiro de alivio. Todo había salido bien, cierto, pero por los pelos... No cabía duda de que había momentos en los que las ventajas de ser un Maestro Jedi podían devolverse contra ti y morderte. Un piloto de caza que no tuviese el poder de utilizar la Fuerza no habría sentido ninguna obligación moral de arriesgar la vida mientras usaba la Fuerza para no tener que acabar con sus enemigos. Luke sonrió para sus adentros. «Uno de estos días —pensó—, mis obligaciones morales de respetar la vida van a conseguir que me maten.»

Erredós volvió a atraer su atención con un silbido. Luke reconfiguró sus niveles de energía para devolverlos a la distribución normal y se recostó en su sillón de pilotaje.

—Muy bien, Erredós —dijo—. ¿Qué pasa ahora?

Erredós asumió el control de la pantalla principal y se lo enseñó. La pantalla pasó a la modalidad de comunicaciones, y Luke pudo verlo con sus propios ojos.

— ¡Las interferencias han cesado! —exclamó Luke—. Pero ¿por qué...?

Erredós respondió a su pregunta antes de que Luke pudiera terminarla. La pantalla volvió a quedar en blanco, y Erredós empezó a pasar por ella la grabación de un mensaje que había registrado cuando Luke aún estaba jugándose la vida en su intento de hacer huir a los CAL.

Una estilizada calavera humana que sonreía con un cuchillo entre los dientes apareció en la pantalla, con un estallido de música triunfal acompañándola. Luke reconoció la calavera: era el símbolo de la Liga Humana. La calavera se desvaneció, para ser sustituida por los no mucho más agradables rasgos de un sonriente Thrackan Sal-Solo.

Pero mientras empezaba a escuchar lo que aquel hombre tenía que decir, Luke no estaba sonriendo.

## 11

**Las ondulaciones se extienden**

Ya era de noche, y Kleyvits y Dracmus estaban a punto de irse. Han ya había perdido la cuenta del número de veces que habían venido a verles para preguntar si Leia todavía no había cambiado de parecer. Aquella tenía que ser la tercera o cuarta visita del día. Estaba claro que no sabían cuándo había que darse por vencido.

Leia, Han, Mará y las selonianas estaban en la sala de la villa-prisión, de pie y entonando sus absurdamente corteses y diplomáticas despedidas, cuando el sistema de comunicaciones instalado en una esquina cobró vida de repente sin que nadie lo hubiera tocado. Un ruidoso chorro de estática invadió la habitación.

Han se sorprendió lo suficiente para saltar medio metro en el aire, pero los demás se lo tomaron con un poco más de tranquilidad.

—Cálmate, Han —dijo Mará—. Alguien acaba de usar el sistema de activación automática, nada más.

La mayoría de sistemas de comunicación podían ser activados mediante control remoto, lo que permitía que las autoridades pudieran emitir comunicados de emergencia.

La pantalla se iluminó y mostró un enloquecido mosaico de colores cambiantes. Después los colores se fueron mezclando hasta formar la imagen granulosa de una enorme calavera sonriente, que apareció junto con un acompañamiento musical atronadoramente potente y muy distorsionado. El granulado y la distorsión indicaron a Han que la señal estaba siendo emitida por un transmisor que no reunía las calificaciones técnicas necesarias para hacer aquel trabajo, y pensó que debía tratarse de algún viejo equipo que había sido puesto en servicio a toda prisa.

Mientras estaba evaluando la calidad de la imagen en una pura reacción refleja, Han necesitó un momento para comprender todas las implicaciones de la repentina activación del sistema.

— ¡Eh, esperad un momento! —exclamó—. ¡Esto quiere decir que las interferencias han cesado! Ahora podemos...

— ¡Shhh! Calla, Han —dijo Leia—. Si Thrackan cree necesario interrumpir las interferencias sólo para hacer un anuncio público, tiene que ser algo importante. Quiero oírlo.

Pulsó un botón del panel de control del sistema de comunicaciones, ordenándole que grabara el mensaje, y después se sentó delante de la pantalla.

— ¿Cómo sabes que es Sal-Solo el que...? —empezó a decir Dracmus.

La calavera se esfumó una fracción de segundo después y, naturalmente, allí estaba Sal-Solo, sentado en lo que parecía la sala de control de una nave militar de pequeñas dimensiones, sonriendo con una sonrisa en la que había tan poca bondad o afabilidad como en la de la calavera a la que acababa de sustituir. Toda la escena tenía un vago aire de apresuramiento y provisionalidad, como si acabara de ser improvisada a toda prisa. La imagen tembló y se bamboleó levemente de un lado a otro, lo que sugería que estaba siendo registrada por una holocámara manual.

—Saludo a todos los habitantes del sistema corelliano —dijo Thrackan mientras un pequeño estallido de estática desintegraba su imagen durante un segundo—. Soy Thrackan Sal-Solo, Diktat de Corellia. He ordenado que las interferencias fueran desconectadas para poder informar a todos los que se encuentran en el sistema corelliano, tanto amigos como enemigos, de dos nuevos y muy importantes logros que las tropas de la Liga Humana, actuando bajo mi mando,

acaban de alcanzar. En primer lugar, hago saber que hemos obtenido el control del repulsor planetario de Drall. La Nueva República mantuvo en secreto incluso la misma existencia de este artefacto extremadamente poderoso, ocultándolo celosamente a los ojos de todos vosotros, pueblos del sistema corelliano...

—Porque no sabíamos que existiera —murmuró Han.

— ¡Shhhh! —siseó Leia.

—... pero ahora se halla en nuestro poder, y no tardaremos mucho tiempo en controlar el repulsor del planeta Corellia. Tengo entendido que estos artefactos os son totalmente desconocidos. Baste con decir que con estas potentes armas seremos capaces de protegernos de todos nuestros enemigos, sean cuales sean.

Dracmus se volvió hacia Kleyvits.

— ¿La Liga tiene el repulsor de Drall? —preguntó—. ¿Qué significará esto?

—El segundo trofeo que hemos obtenido es de una naturaleza más personal —siguió diciendo Thrackan—. Hemos rescatado a los tres hijos de Leia Organa Solo, jefe de Estado de la Nueva República.

Han sintió que la sangre se retiraba de su rostro y que el corazón se le convertía en un trozo de hielo. Se volvió hacia Leia, y vio el mismo horror en sus facciones.

—Los hemos salvado de los alienígenas que los tenían prisioneros —continuó diciendo Thrackan—. Ahora están a salvo aquí conmigo, y espero con impaciencia la llegada del momento en el que podré devolvérselos a su madre. Antes, naturalmente, debe informarnos de su paradero. Tendrá que dejar de esconderse y confirmar su reconocimiento de la libertad del Sector Corelliano. Ofrezco estas imágenes de vídeo para demostrar que controlo el repulsor, y que los niños están a salvo.

—De todos los sucios y asquerosos hijos de... —gruñó Han—. ¡Oh, las mentiras que es capaz de inventarse ese hombre!

La pantalla volvió a oscurecerse, y después mostró el interior de un vasto cilindro plateado que parecía estar siendo enfocado desde el fondo. La imagen seguía siendo un poco temblorosa y vacilante y la resolución habría podido ser bastante mejor, pero aun así todos pudieron ver claramente lo que les estaba enseñando. La holocámara giró hacia un lado para mostrar una patrullera de asalto y al *Halcón Milenario*, inmóviles en el fondo del cilindro. Hombres vestidos de uniforme se movían con paso rápido y decidido alrededor de las dos naves. La holocámara se inclinó hacia arriba para mostrar seis enormes conos que surgían del suelo y un séptimo cono, más grande que los otros, situado en el centro de la cámara, con el cielo visible allí donde terminaba ésta.

—Es como mínimo muy considerablemente idéntico a nuestros repulsores... —dijo Dracmus antes de que Kleyvits la hiciese callar con una mirada de advertencia.

La holocámara volvió a descender hacia el suelo de la cámara y enfocó a un grupo de siluetas de aspecto abatido que estaban sentadas o de pie en un espacio de confinamiento.

La imagen se desvaneció, y después volvió a aparecer con mayor nitidez para mostrar un plano de aquel grupo de apariencia tan melancólica tomado desde más cerca.

Eran los niños, prisioneros dentro de un campo de fuerza, con Chewbacca, Ebrihim y una drall a la que Leia no conocía prisioneros dentro de un espacio de confinamiento contiguo. La cámara fue pasando de un rostro a otro y les mostró un primer plano de cada uno: Jacen, con expresión triste pero decidida; Jaina, preocupada y con sus ojos desviándose a cada momento hacia Anakin; Anakin fulminando a la cámara con la mirada... El rostro del pequeño estaba humedecido por las

lágrimas y parecía estar sorbiendo aire por la nariz, como si acabara de calmarse después de haber estado llorando. La cámara siguió moviéndose para mostrar a Thrackan, que tenía los labios curvados en una sonrisa implacable.

Leia reprimió un sollozo y Han sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Thrackan los tenía en su poder. Thrackan había secuestrado a unos niños, a los hijos de Han... Thrackan había secuestrado a unos niños por cuyas venas corría su misma sangre. Pero un instante después Han sintió cómo su miedo, su horror y su consternación se transformaban en una ira dura y fría que le calmó de repente y le permitió pensar con claridad. Thrackan quería que se asustaran y quedaran paralizados por el estupor, pero Han ya había decidido que no le daría lo que quería.

La holocámara siguió moviéndose hasta enfocar a la drall, y después acabó enfocando a Chewbacca. Había algo en la postura y la expresión del wookie que dio nuevas esperanzas a Han. Chewbacca se mantenía erguido, y miró a la holocámara y le enseñó los colmillos. No había nada en su aspecto o en su comportamiento que sugiriese que estaba vencido. Han conocía a Chewie..., y aquél no era un Chewbacca que creyera haber sido derrotado. Fin ese instante Han supo sin la más mínima sombra de una duda que Chewbacca todavía tenía un par de trucos escondidos en la manga..., o por lo menos los habría tenido escondidos allí si llevara ropa.

La imagen se desvaneció y la pantalla volvió a mostrar el plano original de Thrackan en la sala de control de la nave.

—Eso ...bería ser prueba s...ficiente de que estoy diciendo la verdad —dijo Thrackan mientras otra ondulación de estática recorría la imagen—. Espero la respuesta de la jefe de Estado, y como Diktat del Sector de Corellia Independiente, llamo a todos los corellianos para que me concedan su sincero apoyo y su lealtad.

La calavera con el cuchillo entre los dientes volvió a aparecer durante unos momentos. Después hubo otro estallido de música marcial y la pantalla se oscureció.

—Han... Han... Tiene a nuestros hijos. Tiene a nuestros hijos, y no..., no podemos hacer lo que nos pide. No podemos hacerlo.

Leia miró a su esposo. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Lo sé —dijo Han, sintiendo cómo esas dos palabras le desgarraban las entrañas—. Y aunque lo intentáramos, tampoco serviría de nada.

¿De qué serviría, aun suponiendo que Leia pronunciara las palabras que le pedía Thrackan y confirmara la independencia corelliana? Como mínimo sería depuesta de su cargo, y era más que probable que fuese arrestada y acusada de traición, y el acuerdo sería repudiado..., todo lo cual sería un puro y simple acto de justicia, por supuesto. Resultaba obvio que no se podía permitir que Corellia se declarase independiente, pues en caso contrario toda la Nueva República podía desmoronarse. Incluso un intento fracasado, un fracaso que lograra parecer noble y heroico y que creara la impresión de que había sido llevado a cabo por un grupo de patriotas que luchaban para librarse de la tiranía, debilitaría de una manera terrible —quizá incluso fatalmente— a la Nueva República. ¿Y cuántos morirían en la nueva cadena de guerras y rebeliones? ¿Cuántos hijos de otros padres serían asesinados en aquellas batallas?

—Sé que no podemos hacerlo —dijo Han, y las palabras eran cenizas en su boca—. Pero ¿cómo podemos permitir que estén en sus manos?

— ¡Esto es horrible, y terriblemente nocivo y malo! —exclamó Dracmus—. Thrackan se vuelve todavía más profundamente contra su propia sangre, su madriguera y su clan.

Kleyvits se volvió hacia Dracmus.

— ¿Qué estás diciendo, hunchuzuc?

Estaba muy claro que cuando salía de los labios de Kleyvits, la palabra «hunchuzuc» no era precisamente un cumplido.

— ¿Acaso no lo sabes, eminente Kleyvits? ¡Thrackan Sal-Solo es de la sangre de Han Solo, de la sangre de los hijos de Leia Organa Solo! ¡Su proximidad es tan grande como la de dos clanes de la misma madriguera! ¡Amenaza a los suyos!

— ¡Imposible! —gritó Kleyvits—. ¿Cómo es posible que ninguna criatura haga algo semejante? ¡Estoy asombrada! Hay tantas cosas que me asombran... ¡Thrackan te pide que confirmes tu reconocimiento de la independencia corelliana! ¿Es cierto que has reconocido su proclamación? No lo entiendo, y debo entenderlo.

—Thrackan Sal-Solo ha mentido —dijo Dracmus, y el asco que sentía resultaba claramente audible en su voz—. Ha dicho cosas que no eran verdad esperando obtener un beneficio con ello. La mitad de lo que ha dicho era falso o, si no, eran verdades expresadas torcidamente para hacer que las mentiras pareciesen verdad.

— ¡Imposible de nuevo! Dijo que...

— ¡Callaros las dos! —gritó Mará—. Es posible, y lo ha hecho. —Extendió un brazo en un veloz gesto que abarcó a Han y Leia—. Se lo ha hecho a este hombre, y a esta mujer, y a sus hijos. Respetad su estupor y su pena. ¡Salid de esta habitación! ¡Dadles tiempo para que se apenen y se lamenten, y llevaros vuestras estúpidas discusiones a otro sitio!

— ¡No! —aulló Han.

Toda la ira dirigida contra su primo, toda aquella furia abrasadora que había despertado en él la villanía de que era capaz su pariente, encontró repentinamente un nuevo blanco, uno que estaba mucho más cerca de él y al que podía atacar con la esperanza de obtener algún resultado tangible. De repente Han encontró palabras que eran armas, armas que podían herir a ese enemigo manipulador, artero, apacible y aparentemente tan tranquilo y racional que se alzaba delante de él.

— ¡No os mováis! Tú, Kleyvits... ¿Cómo osas hablar tan despectivamente de Thrackan Sal-Solo porque ha tomado como rehenes a aquellos que llevan su misma sangre en las venas para obtener un beneficio? ¡Tú haces lo mismo, porque nos tienes prisioneros aquí!

—Pero... Pero... ¡No sois de mi familia! ¡No sois de mi sangre!

Han apuntó a Dracmus con un dedo y siguió hablando.

—Ella es de tu sangre, y tú mantienes como rehén a su espíritu reteniéndonos, obligándola a colaborar contigo en tu acoso y en tu intento de presionarnos.

«Dracmus me ha salvado la vida, y yo le he salvado la vida. Ha arriesgado su vida por la mía, y yo he arriesgado mi vida por ella. Me ha defendido ante tu pueblo, y se ha comprometido ante ellos por mí. Me ha concedido su protección. Hemos vivido y combatido juntos. No, no es el lazo de la sangre..., pero sí el de la familia. Tenemos derechos el uno sobre el otro, derechos nacidos del deber y el respeto... Somos aliados contra ti y tu Supramadriguera. Ahora tú la obligas a escupir sobre sus aliados, en contra de su voluntad, para divertirme.

—Respetado Solo, por favor... ¡Basta! —exclamó Dracmus.

—Hay más, mucho más —le dijo Han—. Tu gente siempre dice la verdad y no sabe mentir. ¿Puedes decirme, sin mentir, que algo de cuanto he dicho no se corresponde con la verdad?

Y de repente Dracmus pareció más pequeña y todavía más abatida, como si un gigantesco peso invisible estuviera aplastándola.

—No —dijo—, no puedo.

Han sintió una inspiración repentina surgida de la nada. De repente tuvo una idea, una corazonada, un instinto. Quizá se equivocara, pero si estaba en lo cierto, y si había entendido correctamente a los selonianos... Sí, sí.

—Entonces tengamos un poco más de verdad —dijo—. Tú, Kleyvits. Sabíamos de tu repulsor. ¿Quién lo maneja? ¿Qué manos-patas se mueven sobre sus controles?

Kleyvits contempló a Han con los ojos repentinamente llenos de suspicacia.

—Pues... Las de buenas patriotas selonianas, por supuesto.

—Pero ¿a quién obedecen esas selonianas? —preguntó Han—. ¿A ti? ¿A la Supramadriguera?

Hubo un momento de silencio absoluto en el que Kleyvits permaneció totalmente inmóvil salvo por el veloz ir y venir de sus ojos, que saltaban de Han a Dracmus para volver a Han. Después sus bigotes se estremecieron con un fugaz temblor involuntario, y las garras de sus manos-patas se extendieron unos milímetros antes de volver a retraerse.

—No debo decir nada más acerca de ello —replicó por fin.

Han sintió una embriagadora mezcla de júbilo e ira, y experimentó un momento de salvaje alegría. Había ganado, y lo sabía. Pero no podía jugar la próxima carta en aquella mano de sabacc. Sólo Dracmus podía jugar esa carta. Aquél era el momento crucial. Dracmus podía decidir que no había oído lo que acababa de oír, o podía...

—Te equivocas, eminente Kleyvits —siseó Dracmus, y las palabras se deslizaron por entre los dientes afilados como agujas que la tensa mueca de sus labios acababa de dejar al descubierto—. Estás equivocada hasta las más oscuras profundidades de tu alma deshonrada. Debes seguir hablando acerca de ello, oh, sí... Debes decir mucho más.

—Yo... No debo decir nada más...

—¿Quién? —exigió Dracmus—. ¿Quién controla el repulsor? Capitulamos ante ti porque nos habías mostrado tu poder. ¡Pero el poder no era tuyo! ¡Deshonra y vergüenza! ¿Quién?

—No debo decir...

—¡Obtendré una RESPUESTA! —aulló Dracmus, una Dracmus que parecía haber adquirido repentinamente el tamaño y el ímpetu incontenible de un wookiee enfurecido. Sus ojos llameaban y su pelaje estaba erizado. Había sacado las garras y enseñaba los dientes, y su corta cola se agitaba de un lado a otro en un iracundo vaivén—. ¿QUIÉN?

—Eh... Son... Son... las..., las Exiladas. Las sacorrianas. Las selonianas de la Tríada.

—Por todas las estrellas —murmuró Mará—. Las sacorrianas... La Tríada. No puedo creerlo.

La habitación volvió a quedar sumida en el silencio, pero esta vez el silencio parecía proyectar ecos en cada esquina y estar gritándoles con una potencia ensordecedora, llenando la sala con su mortífero vacío.

—Si alguien de otro mundo, un humano versado en el arte de las mentiras, me hubiera dicho algo semejante, me uniría a la respetada Jade y me negaría a creerlo —dijo Dracmus, hablando por fin y hablando en una voz tan baja, tranquila y ominosamente amenazadora como un trueno lejano—. Pero eres tú, Kleyvits, una seloniana, quien ha pronunciado las palabras, y me veo obligada a creerlas. Esas palabras me llenan de asco y repugnancia. La verdad me llena de repulsión.

Kleyvits se puso a cuatro patas y se encogió delante de Dracmus. Estaba claro que aquello no era un simple ritual. Kleyvits se estaba sometiendo a Dracmus, y le suplicaba misericordia.



— ¡Levántate! —rugió Dracmus—. Levántate y ven conmigo. Otras deben sentirse asqueadas por la verdad. Otras deben oír esas palabras, y cuando las oigan... Entonces los días de la Supramadriguera habrán terminado.

Kleyvits se incorporó sobre sus patas traseras y se inclinó ante Dracmus en una gran reverencia. Dracmus no se la devolvió y se limitó a darse la vuelta y salir de la sala, manteniendo la cabeza erguida y habiéndose olvidado por completo de los humanos. Kleyvits la siguió, con la cabeza gacha y los hombros encorvados, en una repentina inversión de los papeles de vencedora y vencida.

Y los humanos se encontraron repentinamente solos en la habitación.

—No lo entiendo —dijo Han, lo cual era una reacción muy moderada para él dadas las circunstancias—. Tenía la corazonada de que habrían necesitado alguna clase de ayuda del exterior. Pensé que el repulsor tenía que estar siendo manejado por alguien de fuera que había investigado su funcionamiento. Pensé que podía colocar a Kleyvits en una situación un poco comprometida..., pero no me imaginaba que fuera a verse metida en un lío semejante. ¿Qué ha ocurrido?

—Ya os lo explicaré luego —dijo Mará—. Ahora tienes que ocuparte de Leia.

Han se volvió hacia su esposa, que había vuelto a sentarse en uno de los muchos espléndidos y maravillosamente cómodos sillones esparcidos por aquella villa espléndida y maravillosamente cómoda que se había convertido en su prisión. Leia lloraba con sollozos ahogados que apenas podían oírse, y las lágrimas se deslizaban silenciosamente por su rostro.

—Oh, Han... Nuestros hijos. Ese hombre tiene a nuestros niños...

—Lo sé —dijo Han—. Lo sé, Leia. Pero no estarán en su poder durante mucho tiempo. Te prometo que iremos allí y...

Pero un instante después Leia estaba de pie y miraba hacia arriba con una expresión entre anhelante y absorta en los ojos. El cambio se había producido con una asombrosa rapidez. Han intercambió una mirada con Mará, y durante un momento resultó obvio que los dos se estaban preguntando si Leia no habría enloquecido de repente. Pero Han conocía lo suficiente a su esposa como para que no hubiese debido pensar eso ni por un solo instante: Leia era demasiado fuerte para derrumbarse de esa manera.

— ¡Es Luke! —exclamó de repente—. Luke viene hacia aquí. Puedo sentirle, puedo sentir cómo intenta llegar hasta mí con la Fuerza... Me está buscando.

— ¿Cuánto tardará en llegar? —preguntó Han—. ¿Va a...?

Su pregunta fue respondida en el mismo instante en que quedaba ahogada por el rugido atronador de una nave que se acercaba en un veloz vuelo rasante. El tremendo estrépito llenó toda la sala, haciendo tintinear las ventanas y derribando varias estatuillas y objetos decorativos de las mesitas laterales. Después el sonido se alejó tan repentinamente como había llegado cuando el ala-X de Luke pasó como una exhalación por encima de la villa.

Han corrió hacia las puertas y vio cómo el ala-X se perdía en la lejanía antes de virar para hacer otra pasada.

Esta vez el ala-X se acercó mucho más despacio que antes y trazó un círculo sobre la villa. Leia y Mará se habían reunido con Han y todos estaban agitando frenéticamente los brazos, como si pudiera existir alguna posibilidad de que Luke no llegara a verles después de haber aparecido directamente encima de ellos con una impecable precisión. El ala-X describió un lento circuito por encima del perímetro de la villa y disparó un par de ráfagas de fuego turboláser para animar a las centinelas a que se fueran. Las centinelas se dejaron convencer enseguida. Cuando el ala-X se posó junto al *Fuego de Jade*, todas estaban corriendo hacia el punto más cercano del horizonte.

La carlinga del ala-X se abrió y Luke salió del compartimento de pilotaje tan deprisa como pudo y bajó al suelo de un salto. Rodeó a su hermana con los brazos, y después abrazó a Han. Mará no tomó parte en aquellos saludos tan efusivos, pero por lo menos consiguió recibir a Luke con una sonrisa que parecía muy sincera.

—Oh, Luke... ¡Ha pasado tanto tiempo, y han ocurrido tantas cosas! —exclamó Leia, volviendo a abrazarle.

—Cierto, Leia, cierto —murmuró Luke.

—Bueno, yo no estoy tan seguro de que haya pasado mucho tiempo, pero estoy totalmente de acuerdo en eso de que han ocurrido muchas cosas —dijo Han.

La última vez que vieron a Luke, estaba despidiéndose de ellos mientras se preparaban para pasar unas tranquilas y agradables vacaciones familiares en Corellia. Han no había esperado vivir ninguna experiencia más emocionante que un paseo por la calle de los recuerdos, o más mortífera que una recepción diplomática excesivamente aburrida. Pero las vacaciones habían resultado ser muy distintas a lo que esperaban. Parecía como si hubiera transcurrido una vida entera desde la última vez que vieron a Luke, pero ¿cuánto tiempo había pasado realmente? ¿Unas cuantas semanas? ¿Un par de meses, como mucho? Los cambios constantes de un planeta a otro y las diferencias en la longitud del día y la zona temporal hacían que resultara muy difícil ir siguiendo el paso del tiempo. Han sólo estaba seguro de que ya hacía muchos días que le parecía como si todo estuviera ocurriendo a la vez.

Luke levantó la vista sin interrumpir su abrazo con Han y Leia y saludó a la otra integrante del grupo.

—Hola, Mará —dijo—. Me alegro de verte.

—Yo también me alegro de verte, Luke —dijo Mará, y Han tuvo la impresión de que la habitual sequedad de su voz se había suavizado de una manera casi imperceptible.

—Desearía que este encuentro hubiera tenido lugar en otras circunstancias, pero... —replicó Luke—. Vi el mensaje de Thrackan. No sé qué decir, aparte de que lo siento. Recuperaremos a los niños, Leia. Te lo prometo.

—Sé que lo haremos, Luke —dijo Leia—. Lo sé. Pero... Gracias de todos modos.

—Eh, no os deis por ofendidos, pero Luke ha hecho huir a las centinelas —dijo Mará—. Apuesto a que si lo intentáramos sólo necesitaríamos unos momentos para abrir una brecha en el campo de fuerza que envuelve al *Fuego de Jade*. ¿No deberíamos huir ahora mismo?

Luke meneó la cabeza.

—Tenemos que eliminar ese campo de fuerza que mantiene inmovilizada tu nave, desde luego, pero creo que sería preferible que os quedarais aquí de momento. Si he entendido correctamente la situación... Bueno, entonces vamos a necesitar un montón de ayuda de vuestras antiguas carceleras, y será mejor que nos quedemos donde puedan encontrarnos.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir? —preguntó Han—. ¿Qué ha ocurrido?

—Muchas cosas, y casi todas ellas malas —replicó Luke—. Aunque quizá haya alguna buena noticia enterrada debajo del montón de las malas, y ahí es donde entran nuestras amigas selonianas.

Han le miró y dejó escapar un suspiro lleno de cansancio.

—Nunca es sencillo, ¿verdad? Venga, chico. Volvamos a la villa, Creo que ya va siendo hora de que nos sentemos y comparemos nuestras anotaciones.

— ¡Q9! ¡Q9! ¡Adelante, Q9! ¿Estás ahí?

—Por supuesto que sí —replicó Q9—. Sigo en el sitio donde me dejaron, cabeza abajo dentro de un recipiente de almacenamiento. ¿En qué otro sitio podría estar?

El androide estaba muy harto de aquel escondite, y el resultado era que se sentía francamente irritable.

—Una pregunta retórica muy interesante —dijo Ebrihim en un susurro que llegó hasta el androide a través de su sistema de comunicación—. Pero dejémonos de tonterías. Me limitaré a decir que nos gustaría que vinieras aquí ahora mismo, si eres tan amable.

—Será un placer —replicó Q9—. O, para ser más exactos, salir de este compartimento de contrabando será un gran placer para mí. Iré ahora mismo, suponiendo que pueda llegar hasta el sitio en el que están siendo retenidos.

—Estamos lo suficientemente cerca de la nave para poder verla.

—Muy bien. Pero creo que hay un par de puntos que deberíamos analizar antes de que vaya allí. Mi equipo de vigilancia ha detectado el cese de las interferencias, y ya hace bastante rato de eso. Han transcurrido dos horas desde que capté la transmisión de Thrackan Sal-Solo. Entre paréntesis, y por así decirlo, debería añadir que ninguno de ustedes tenía muy buen aspecto... Pero, en cualquier caso, ¿por qué han esperado hasta ahora para llamarme?

—Hemos estado esperando hasta que los soldados de la Liga Humana se fueron a dormir. El último se marchó hace una hora. Parece ser que ahora todos están profundamente dormidos a bordo de la patrullera de asalto.

— ¿Y por qué no han apostado un centinela? ¿Cuál es la razón de esa falta de celo?

Ebrihim se rió.

—Estamos en el fondo de un pozo de kilómetros de profundidad cuyas paredes son imposibles de escalar; estamos siendo retenidos dentro de un campo de fuerza; y de las dos naves disponibles, una se encuentra averiada y la otra está llena de tropas enemigas. Supongo que toda esa situación hace que se sientan bastante seguros.

—Podría ser una trampa —dijo Q9—. Podrían estar intentando inspirarles una falsa sensación de seguridad.

—Son ellos los que actúan basándose en una falsa sensación de seguridad. No saben que disponemos de un comunicador, y no conocen tu existencia.

— ¿De dónde han sacado el comunicador? —preguntó Q9, sintiendo una repentina suspicacia—. No sabía que tenían uno. ¿Cómo sé que es usted Ebrihim? ¿Cómo sé que no es un agente de la Liga Humana que finge ser Ebrihim? ¿Cómo sé que todo esto no es una trampa para hacerme salir de mi escondite?

Q9 oyó con toda claridad el suspiro de cansancio de Ebrihim.

—Q9, creo que has desarrollado una cierta tendencia a la paranoia.

—Usted también la desarrollaría si sus sistemas principales fueran cortocircuitados por un niño aquejado de obsesión mecánica y luego no se le diera prácticamente ninguna oportunidad de hacer una doble comprobación de sus reparaciones antes de meterle en un agujero oscuro durante un día entero. Llevo todo ese tiempo en posición invertida y preguntándome qué más puede sucederme, y se me han ocurrido muchísimas posibilidades altamente alarmantes.

—Comprendo —dijo Ebrihim, con una sombra de impaciencia en la voz—. Es realmente lamentable, desde luego. Bien, veamos si puedo tranquilizarte al respecto... No te dijimos que teníamos un comunicador porque andábamos un tanto escasos de tiempo cuando fuimos

capturados. No me enteré de que Chewbacca había conseguido ocultar el comunicador en su persona hasta mucho después de que estuviéramos fuera de la nave. En cuanto al otro asunto, puedo asegurarte que soy Ebrihim. El recibo de la venta muestra que pagué mil doscientas cincuenta coronas drallianas por ti. Sin embargo, en realidad y en el último momento, conseguí convencer a tus propietarios de que me hicieran un descuento de cien coronas a cambio de pagar en efectivo, un detalle que había olvidado. Cuando anoté la cantidad más elevada como deducción de mis impuestos sin darme cuenta de mi error, me señalaste la discrepancia y amenazaste con informar a las autoridades correspondientes si no lo corregía. En aquellos momentos estuve pensando muy seriamente en venderte por las ocho coronas extra de impuestos que me vi obligado a pagar como resultado. Ha habido muchos momentos en los que he lamentado haber acabado decidiendo no hacerlo. ¿Estás satisfecho?

—Supongo que sí —dijo Q9, en un tono algo dubitativo.

—Estupendo. Y ahora deja de actuar como una víctima mentalmente desequilibrada de alguna demencia paranoide y ven aquí lo más deprisa y más sigilosamente posible. ¡Ebrihim, corto y cierro!

—Me parece que no había ninguna necesidad de reaccionar con tanta irritabilidad —se dijo Q9, sabiendo que Ebrihim había desconectado su comunicador—. No veo que haya nada de demencial en tratar de asegurar al máximo mi integridad física. —El androide se calló durante unos momentos—. Por otra parte, hay algo claramente peculiar en un androide que ha empezado a hablar consigo mismo... Es posible que el amo Ebrihim tenga algo de razón en lo concerniente a mi estado mental. Ah, bueno.

Q9 activó sus repulsores y los haces de energía empujaron la tapa camuflada del compartimento de contrabando hasta sacarla del hueco. El androide dejó que la tapa subiera hasta quedar a unos treinta centímetros del suelo y después redujo la potencia del repulsor izquierdo, con lo que hizo que la tapa se fuera deslizando en esa dirección y cayera sobre la cubierta con un sordo golpe metálico. Q9 habría preferido no hacer tanto ruido, pero en realidad no podía hacer otra cosa.

Q9 hizo surgir un par de brazos manipuladores de sus planchas y se fue empujando lentamente a sí mismo hasta salir del compartimento y tener todo el cuerpo fuera del agujero. Después hizo girar su cuerpo alrededor de los cojinetes que servían de articulaciones a los brazos hasta que su base quedó dirigida hacia el suelo. Luego volvió a conectar sus repulsores y ocultó los dos brazos dentro de su cuerpo. Volver a estar erguido y fuera de ese agujero era un gran alivio, desde luego.

Q9 flotó por el pasillo circular del *Halcón* hasta que llegó a la rampa de acceso. La rampa estaba abierta y desplegada, lo que le evitó tener que abrirla y también le ahorró tener que hacer todo ese ruido. Aun así, eso suponía un fallo de seguridad tan claro que Q9 no pudo evitar pensar que todo aquello era una compleja trampa.

Pero si lo era... Bueno, de todas maneras ya había revelado su posición y podía considerarse atrapado. Dada la situación, lo único que podía hacer era seguir adelante. Q9 bajó por la rampa y salió al gigantesco interior de la cámara del repulsor.

Todo estaba muy oscuro, y la cámara sólo se hallaba iluminada por la débil claridad de las estrellas. Q9 pasó a la visualización infrarroja, y la cámara quedó bañada por un repentino estallido de iluminación. Siguió avanzando hasta que estuvo a unos treinta metros del *Halcón* y se detuvo. El androide hizo girar su cúpula superior, describiendo un círculo completo para examinar el interior. Tal como había prometido Ebrihim, los prisioneros no eran nada difíciles de localizar: seis cuerpos calientes dentro de un campo de fuerza suponían un objetivo de lo más obvio. De hecho, su presencia resultaba tan obvia que Q9 sintió una cierta reluctancia ante la perspectiva de tener que ir hacia ellos. Se consoló pensando que probablemente él también sería un blanco de primera clase visto en la gama infrarroja. Después terminó su examen del interior de

la cámara, registrando la situación y las coordenadas de la patrullera de asalto. Q9 se dijo que sería mejor que mantuviera un sensor apuntado en esa dirección.

El androide flotó rápidamente hacia el campo de fuerza y se detuvo a un metro exacto de su perímetro.

—Estoy aquí —dijo—. Bien, ¿qué quiere que haga?

Interpretar las expresiones de un rostro drall visto en infrarrojos resultaba un poco difícil, pero parecía como si Ebrihim estuviera fulminándole con la mirada.

—Dadas las circunstancias, creo que eso resulta obvio para cualquier ser inteligente —dijo—. ¡Quiero que nos saques de aquí!

—Por supuesto —dijo Q9—. Y para formular una pregunta retórica, ¿qué más quiere que haga? —Q9 hizo girar su cúpula visora hacia la izquierda primero y hacia la derecha después—. ¿Tiene alguna sugerencia acerca de cómo puedo satisfacer esa petición?

—Ve por el otro lado —dijo Ebrihim—. El panel de control del confinamiento energético se encuentra en el lado de la cúpula donde están los niños.

—Ah. Bien, bien —dijo Q9.

Un instante después se dio cuenta de que se sentía repentinamente mucho más alegre y animado. Se desplazó hasta el otro lado del confinamiento en un rápido planeo y vio el panel de control y a los niños dentro del campo de energía. Los tres estaban observándole.

—Buenas noches, niños —dijo Q9, empleando un tono de voz francamente jovial—. ¿Qué tal estáis todos esta noche?

El androide subió y bajó sobre sus haces repulsores, ofreciéndoles una tosca imitación de una pequeña reverencia.

Anakin, que estaba muy serio, le observó en silencio durante unos momentos antes de volverse hacia sus hermanos.

—Q9 se está comportando de una manera muy rara —anunció.

—¿De veras? —preguntó Q9—. Un momento, por favor. Voy a llevar a cabo un diagnóstico de conducta. —Q9 activó las rutinas correspondientes y analizó su registro de acciones de la última hora, comparándolas y correlacionándolas con las pautas—. Tienes toda la razón, joven Anakin —dijo en cuanto hubo terminado—. Me estoy comportando de una manera un tanto errática. Es posible que eso tenga alguna relación con el haber sido asado vivo y haber pasado horas y más horas dentro de un compartimento secreto, pero en el fondo no tiene ninguna importancia. Aquí todos somos amigos, ¿no? En cualquier caso, puedo asegurarnos que mis acciones y reacciones siguen estando dentro de los límites aceptables. Sí, puedo asegurarlo sin lugar a dudas.

—Es uno de los defectos del diseño de la serie Q9 —dijo Ebrihim, dirigiéndose a los niños en voz baja desde el otro lado del muro vertical que dividía el confinamiento—. Los períodos prolongados de tensión pueden afectarles un poco.

—Ah, sí, ¿y a quién no? —preguntó Q9.

—Puede exhibir cambios de humor muy bruscos durante algún tiempo, pero debería acabar pasándosele —explicó Ebrihim—. No se puede hacer nada al respecto, así que debemos tener paciencia hasta que se recupere.

—Estupendo —dijo Jacen—. Tenemos que confiar en un androide que padece manía depresiva para que nos saque de aquí.

—Y eso es exactamente lo que haré —dijo Q9—. Voy a sacaros de aquí, y lo único que necesito es que me digáis cómo. —El androide volvió a hacer girar su cúpula visora para observar la patrullera de asalto, y después la devolvió a su posición anterior con un giro un tanto brusco—. Pero daros prisa, antes de que los guardias tengan la posibilidad de despertarse.

—Sí, claro —dijo Jacen—. Bueno, eso se lo has de preguntar a Anakin.

— ¡Ah, sí! —exclamó Q9—. Anakin, el señor de las máquinas. Basta con que me digas lo que he de hacer y lo haré..., siempre que pulsar el botón equivocado no lance el planeta al interior del sol o produzca cualquier otro pequeño contratiempo similar.

—Tienes que controlarte, Q9 —dijo Ebrihim—. Intenta calmarte. Esto es muy importante.

—Pido disculpas —dijo Q9, pensando en lo extraño que resultaba el que de repente todos parecieran preocuparse por él cuando lo habitual era que no le prestaran la más mínima atención..., y eso cuando no estaban clara y activamente en contra de él—. Ah, esto es muy interesante —siguió diciendo—. Parece que ya estoy entrando en una fase de paranoia depresiva.

—Eh... Intenta pensar de una manera controlada y equilibrada, ¿de acuerdo? —dijo Ebrihim en el tono más afable y tranquilizador de que fue capaz—. Explícale qué ha de hacer, Anakin.

—Ah, sí—dijo Anakin—. No podemos ver la parte delantera del panel de control, pero creo que hay una ranura bastante grande para meter una especie de llave metálica en el centro. ¿Puedes verla?

— ¿Cómo sabías que estaba allí si no puedes verla? —preguntó Q9, en una nueva demostración de suspicacia.

—Vi cómo el técnico la utilizaba —respondió Anakin, mirando a Jacen como si no supiera qué debía decir—. Está allí, ¿no?

—Sí.

—Ebrihim nos ha dicho que a veces puedes utilizar tus brazos manipuladores para abrir cerraduras. ¿Crees que podrías forzar ésta?

Q9 sacó de su cuerpo una cámara situada al final de un brazo flexible. El brazo también contaba con un pequeño iluminador situado al lado del cable. El androide conectó el iluminador y centró el objetivo de la cámara en la cerradura. Después la examinó meticulosamente desde varios ángulos distintos, apagó el iluminador e hizo desaparecer la cámara dentro de su cuerpo.

—No —anunció.

—Oh —dijo Anakin—. Qué lástima.

— ¿Eso es todo? —preguntó Q9—. ¿Ya puedo irme?

— ¡No! —exclamó Anakin. El pequeño cerró los ojos y extendió la mano hacia el panel de control—. Casi puedo hacerlo, pero no puedo ver los controles de la manera en que puedo ver el interior... —Meneó la cabeza y abrió los ojos—. Léeme lo que dicen las etiquetas. Léeme lo que pone en todos los botones e interruptores.

Q9 volvió a sacar la cámara y conectó el iluminador para examinar el panel.

—Es un sistema de controles de lo más arcaico —dijo—. La etiqueta del primer dial dice selector principal de energía... Es el que tiene la cerradura. El selector puede ser colocado en apagado, CONFINAMIENTO SIMPLE, CONFINAMIENTO DOBLE y CONFINAMIENTO CUÁDRUPLE. Está ajustado en doble. Debajo hay un dial encima del que está escrito escala de intensidad. La escala abarca del uno al once, y está ajustada en el ocho coma cinco.

—Haz girar ese dial todo lo que puedas —dijo Anakin.

Q9 sacó un brazo manipulador de su cuerpo e hizo girar el dial hacia la izquierda hasta que no pudo seguir moviéndolo.

—No se puede colocar por debajo del punto marcado con el dos. Mi conjetura es que la intensidad no puede ser disminuida por debajo del dos sin la llave.

—Claro, claro —dijo Anakin. Volvió a alargar la mano y examinó cautelosamente el campo de fuerza. Anakin pareció poder introducir su mano dentro de él si la movía muy despacio, pero sólo logró hacerla avanzar unos centímetros—. No, no... —murmuró—. Sigue siendo demasiado fuerte. Léeme lo que pone en los otros controles.

—Hay tres diales. El primero está iluminado. En la etiqueta está escrito INTENSIDAD RELATIVA LADO IZQUIERDO CONFINAMIENTO DOBLE. La escala va del uno al once, y el dial está ajustado en el punto central, el seis. Los otros dos diales parecen controlar la modalidad cuádruple. Dado que resulta obvio que estamos en la modalidad doble, esos controles no tienen ninguna importancia para nosotros.

—Haz girar el dial del nivel doble todo lo que puedas.

Q9 así lo hizo, y el campo de fuerza que formaba el confinamiento de los niños no tardó en oscurecerse, hasta tal extremo que el efecto de ennegrecimiento resultó claramente visible incluso en la oscuridad de la cámara del repulsor.

—Ahora hazlo girar en el otro sentido —dijo Anakin.

Q9 obedeció, y el campo volvió a irse aclarando hasta que fue completamente invisible incluso en la gama de infrarrojos. Anakin volvió a ejercer presión con la mano y esta vez el campo cedió un poco más..., pero el pequeño no podía salir ni aunque empujara con todas sus fuerzas.

— ¿Hay algún control más? —preguntó.

—No, eso es todo —replicó Q9.

—Ya me lo imaginaba —dijo Anakin—. No he podido sentir nada más aparte de esos mandos.

— ¿Y entonces por qué me lo has preguntado?

— ¡Porque quería estar seguro! —replicó Anakin—. Deja de portarte de una manera tan rara, ¿de acuerdo?

— ¿Sigo comportándome de forma extraña? —preguntó Q9—. ¿O meramente quieres conseguir que piense que estoy comportándome de forma extraña? ¿Es ése tu plan?

—No tenemos tiempo para esto, Q9 —dijo Jacen—. Más tarde, ¿vale? Sea lo que sea lo que estás haciendo, guárdalo para más tarde. ¿Entendido?

Q9 se sumió en un silencio receloso y le observó durante unos momentos.

—No estoy «haciendo» nada aparte de obedecer las órdenes que se me dan.

—Oh, olvídalo —dijo Anakin—. ¿No se puede bajar más, Q9? ¿No hay alguna forma de debilitar un poco más el campo por este lado?

—No se puede seguir reduciendo la intensidad a menos que se tenga la llave.

—Muy bien —dijo Anakin—. Espero que sea suficiente. Vamos allá.

Extendió los brazos delante de él y estiró sus dedos regordetes hasta dejarlos tensos. Después cerró los ojos y avanzó hasta que sus manos entraron en contacto con el campo de fuerza.

—He de moverme muy despacio —se recordó a sí mismo.

Anakin fue empujando con lenta delicadeza e introdujo su mano cada vez más profundamente en el debilitado campo de fuerza. La cortina de energía que envolvía sus manos empezó a brillar

y a emitir chispazos. Al principio fueron bastante intensos, pero luego se desvanecieron y Anakin acabó encontrándose en el interior de una burbuja de campo de fuerza creada a base de empujones cuyos contornos quedaban indicados por tenues chisporroteos de energía. Anakin continuó empujando con las manos, pero no parecía poder avanzar ni un centímetro más.

—Ayudadme —les dijo a sus hermanos.

Jacen y Jaina entraron cautelosamente en la burbuja del campo de fuerza. Jacen cerró los ojos y extendió las manos. Después frunció el ceño y meneó la cabeza.

—No entiendo qué... Oh, claro.

Estiró las manos, y Jaina hizo lo mismo. La burbuja volvió a quedar iluminada por chispazos y destellos no tan intensos como la primera vez, y que luego se desvanecieron más deprisa y de una forma más completa.

—Vuelve a intentarlo, Anakin —dijo Jaina.

Esta vez Anakin empujó el campo de fuerza únicamente con su mano izquierda, ejerciendo una presión suave pero continua que fue causando una deformación cada vez más grande en el campo. Después, siempre moviéndose muy despacio, juntó los dedos hasta formar un puño y luego extendió el dedo índice. El pequeño siguió empujando con aquel dedo, estirando cada vez más el campo de fuerza hasta que, en un momento tan gradual como indefinible, la punta de su dedo atravesó el campo y quedó fuera de él.

—Cógeme de la mano, Jacen —dijo Anakin—. Y tú coge de la mano a Jacen, Jaina.

Jacen tomó la mano derecha de su hermano en la izquierda, y Jaina le tomó la mano derecha con la izquierda. Anakin siguió avanzando hasta que todo su dedo primero y todo su brazo, su hombro, su cabeza y su pecho después hubieron atravesado el campo de fuerza. El pequeño se inclinó hacia adelante, ejerciendo una suave pero incesante presión. Levantó la pierna izquierda y la fue introduciendo lentamente a través del campo, haciendo que lo atravesara. El campo de fuerza brilló y chisporroteó durante un momento cuando la pierna de Anakin salió de él y su pie entró en contacto con el suelo al otro lado. La pierna derecha pareció atravesar el campo con más facilidad.

Y un instante después el pequeño había pasado a través del campo y todo su cuerpo estaba fuera de él salvo por el brazo derecho. Anakin siguió avanzando, moviéndose muy despacio e inclinándose hacia adelante mientras tiraba, arrastrando el brazo de su hermano a través del campo. Los resplandores y chisporroteos de la cortina de energía se volvieron más violentos cuando la mano de Jacen entró en contacto con ella. Jacen torció el gesto, y faltó poco para que retrocediese. Después hubo un chispazo y un chasquido de electricidad estática cuando su mano pasó a través del campo. Era como si el campo de fuerza estuviera ofreciendo más resistencia a su paso que al de su hermano, y la expresión de su rostro dejaba muy claro que la sensación distaba mucho de ser agradable. El campo parecía no querer dejar pasar su cabeza, y chorros de chispas y llamas ondularon y serpentearon alrededor del rostro de Jacen. Su cabeza acabó de atravesar el campo de una manera bastante brusca, y Jacen dejó escapar un gruñido de dolor. Sus cabellos se estiraron por toda su cabeza, cobrando una nueva y repentina vida debido a la electricidad estática, algo que no le había ocurrido a Anakin. Las chispas saltaron y temblaron alrededor de su cuerpo cuando Jacen obligó a su pierna derecha primero y a la izquierda después a que se abrieran paso a través del campo.

Jacen dejó escapar un jadeo de alivio cuando su cuerpo por fin quedó libre del campo de fuerza. Anakin seguía sujetándole la mano derecha, y los dos hermanos fueron saliendo lentamente del campo mientras Jacen tiraba de la mano de Jaina y hacía que lo atravesara. Hubo un nuevo estallido de chispazos, pero esta vez eran de un color más oscuro y opaco, como si el campo de fuerza estuviera enfurecido.



— ¡Ay! —exclamó Jaina—. Es como..., como fuego.

—Sigue adelante —dijo Jacen—. Tu mano ya está fuera del campo. No abras los ojos. De esa manera resulta más fácil, créeme... Venga, sigue. Vamos, adelante. Tu brazo ya está fuera. Aquí viene tu cabeza. ¡Aguanta, aguanta! Ya casi está fuera... Bien, tu cara ha salido del campo de fuerza. Ésa es la parte más difícil. ¡Tendrías que verte el pelo! No, no abras los ojos, pero lo tienes todo erizado... Bien. Bien. Ahora saca la pierna. Con calma, sin prisas... Ahora la otra pierna. Arriba, vamos, pásala a través del campo. Muy bien. Ya sólo falta el pie... ¡Oooops!

Jaina se desplomó encima de su hermano cuando quedó libre del campo y Jacen cayó, arrastrando consigo a Anakin en su caída. La parte distendida del campo de fuerza brilló y chisporroteó por última vez, y después se retrajo, encogiéndose y retrocediendo rápidamente para confundirse con el resto del campo sin dejar ni rastro de su curvatura anterior, como si nunca hubiera existido la más pequeña distorsión en la superficie del campo.

—Chico, eso duele —dijo Jaina—. Ha sido como si una descarga eléctrica recorriese todo mi cuerpo.

—Creo que tú lo has pasado peor que yo —dijo Jacen mientras los tres hermanos se apartaban los unos de los otros y se ayudaban a levantarse—. ¿Te ha dolido, Anakin? —preguntó, volviéndose hacia su hermano.

Anakin meneó la cabeza.

—No, nada —dijo—. Sólo sentí una especie de cosquilleo... Bueno, la verdad es que no era una sensación muy agradable, pero fue algo así como un cosquilleo.

—Eso era imposible, naturalmente —dijo Q9—. Lo que acabáis de hacer era totalmente imposible. Nadie puede caminar a través de un campo de fuerza.

—Bueno, en realidad no hemos caminado a través del campo de fuerza —dijo Anakin—. Más bien ha sido como si pasáramos por entre él. Lo fuimos estirando hasta que hubo espacio suficiente para pasar por ahí..., más o menos. Después separé las distintas partes, y acabamos de pasar. No hice nada más.

—Ah. No hiciste nada más. Gracias. Puedo asegurarte que ahora todo ha quedado muy claro.

— ¿Y qué hay de Chewbacca, Ebrihim y la tía Marcha, Anakin? —preguntó Jaina.

Anakin meneó la cabeza.

—No creo que pueda hacerlo desde este lado —dijo—. Sacar gente a través del campo... No, no podré hacerlo. Cuanto más grande y pesado eres, más cuesta hacerlo.

— ¿Puedes hacer algo con el panel de control? —preguntó Jaina.

Anakin fue hasta el panel. Lo miró, puso la mano sobre él y cerró los ojos. Después se concentró, enviando su atención hacia el interior del aparato. El pequeño acabó apartando la mano del panel y abrió los ojos.

—No —dijo.

— ¡Pero tú siempre puedes hacer que todas las máquinas hagan lo que quieres! —protestó Jaina.

—Sí, pero eso resulta muy fácil —replicó Anakin—. Si son cosas muy pequeñas, puedo moverlas de un lado a otro. Puedo hacer que las máquinas hagan lo que se supone que han de hacer. Pero la cerradura es demasiado grande, y además la cerradura está haciendo lo que se supone que ha de hacer. Ya está funcionando.

—No habría podido pedir una explicación más clara ni aunque hubiese querido hacerlo —dijo Q9—. Pero entonces debo suponer que no puedes sacar a los demás, ¿verdad?

—No —dijo Anakin—. No sin la llave.

—Veo que habían planeado meticulosamente todo esto por adelantado —observó Q9.

—El plan era que tú podías forzar la cerradura —replicó Ebrihim, empleando un tono bastante severo—. Pero no perdamos más tiempo hablando de eso, Q9. Si no podemos salir, resulta obvio que los niños deberán tratar de escapar por su cuenta. Con tu ayuda, naturalmente.

—¿Qué? —exclamó Q9—. ¿Cómo? ¿Cómo se supone que vamos a escapar?

—A bordo del *Halcón Milenario*, por supuesto.

—Eh, un momento —dijo Jaina—. ¿Quieres que pilotemos el *Halcón*.

Chewbacca miró a Ebrihim, emitió una especie de gáñido ahogado y después enseñó los dientes y meneó la cabeza.

—Estoy de acuerdo en que es temerario y peligroso —dijo Ebrihim mirando al wookiee, y después se volvió hacia los niños—. Aun así, es la mejor entre muchas opciones no demasiado aconsejables. Chewbacca, tú mismo dijiste que ya casi habías terminado las reparaciones... Estoy seguro de que no tendrías ninguna dificultad para explicar a los niños qué es lo que falta por hacer, y tampoco tengo ninguna duda de que ellos serán capaces de llevar a cabo las reparaciones restantes.

»Aparte de todo eso, los que seguimos dentro del campo de fuerza tenemos un valor muy inferior en tanto que rehenes, y Thrackan lo sabe. Las tres joyas ya han salido del recinto de confinamiento. Anakin, Jacen, Jaina... Si intentáis escapar por vuestra cuenta, correréis un gran peligro. Pero estoy sinceramente convencido de que el peligro para vosotros, y para nosotros y otras muchas personas, será mucho menor que si os quedáis aquí. Thrackan es un hombre cruel y sin corazón, y no quiero veros en sus garras. Tal como yo veo la situación, sólo hay dos posibilidades. La primera es que vuestra madre acceda a hacer lo que le pida.

—Mamá nunca hará eso —dijo Jacen.

—Estoy totalmente de acuerdo con tu opinión. Pero si lo hiciera, entonces creo que vuestro tío decidiría que erais demasiado valiosos para devolveros. Os mantendría prisioneros con la esperanza de arrancar nuevas concesiones. Y cada vez que vuestra madre cediera ante sus exigencias, Thrackan tendría nuevas razones para reteneros. Creo que acabaríais convertidos en unos prisioneros permanentes.

—Y si mamá accediera a hacer lo que le pedía por nosotros, muchas personas lo pasarían bastante mal —dijo Jaina.

—Y morirían —añadió Jacen.

—Exactamente. La segunda posibilidad, y que tiene muchas más probabilidades de convertirse en realidad, es que vuestra madre rechazara sus exigencias. Lo haría sabiendo muy bien cuáles serían las consecuencias, y eso le rompería el corazón..., pero aun así, se negaría a hacer lo que Thrackan le pedía. Más tarde o más temprano, vuestro primo Thrackan acabaría sintiéndose tan enfurecido y frustrado que descargaría todas esas emociones sobre vosotros..., o amenazaría con torturaros, o llegaría a hacerlo, para que vuestra madre hiciera lo que le pedía.

—¿La tortura? —murmuró Jaina—. No había pensado en eso.

—¿Realmente lo haría? —preguntó Jacen.

—Me parece perfectamente posible, e incluso probable.

Q9 hizo girar su cúpula visora para contemplar a su dueño, y después la volvió hacia los niños y nuevamente hacia su dueño. Había algo que no estaba siendo dicho en voz alta, algo que Ebrihim había estado a punto de decir antes de pensárselo mejor. Nadie estaba diciendo que sería mejor que los niños tuvieran una muerte rápida y limpia estrellándose con la nave antes que ser peones involuntarios en un juego cruel donde otros muchos sufrirían, un juego que sólo podía terminar con los peones siendo destruidos en el momento más conveniente para quien los había estado moviendo. Qué noble, qué valiente era por parte de ellos no decir nada de eso... Y qué extraño resultaba que él, Q9, estuviera teniendo unas reacciones tan peculiares y altamente emotivas a todo. Una idea nueva y aterradora pasó por su mente mecánica un instante después.

—Eh, un momento —dijo—. ¿Y qué hay de mí?

Ebrihim se volvió hacia Q9 y soltó una risita.

—Oh, irás con ellos, naturalmente. ¿Qué otra cosa podrías hacer? ¿Qué te imaginas que te hará Thrackan Sal-Solo si se despierta por la mañana para encontrarse con que los niños se han ido y tú sigues aquí?

Q9 dedicó unos instantes a reflexionar en las posibles alternativas, y ninguna de las conclusiones a las que llegó le gustó demasiado.

—Tendría que haberlo sabido —dijo por fin—. Ahora veo que todo ha sido un complot contra mí.

—Me parece que hay otros seres que se encuentran en una situación mucho peor que la tuya —replicó Ebrihim—. Pero no es el momento de hablar de eso... Marcharos, y hacedlo ahora mismo. Cuanto más tiempo sigáis aquí, más grandes serán los peligros a los que os enfrentaréis.

—Pero no sabemos qué le pasa a la nave, y no sabemos cómo reparar las averías —protestó Jaina.

Ebrihim alzó la mano con la que había estado sosteniendo el comunicador.

—Tenemos este comunicador, y vosotros podréis utilizar el comunicador interno de Q9 para manteneros en contacto con nosotros hasta que hayáis restablecido las conexiones con el sistema de comunicaciones del *Halcón*. Yo me encargaré del comunicador, y Chewbacca puede decirme lo que hay que hacer y yo os lo iré diciendo. Os iremos guiando en cada fase de las reparaciones. Podéis hacerlo.

Chewbacca asintió para indicar que estaba de acuerdo con él, y emitió un burbujeo de estímulo.

—Eres muy amable al decirlo, pero eso no quiere decir que tengas razón —murmuró Jaina, mirando fijamente a Ebrihim.

—Estoy seguro de que podréis hacerlo. Y ahora debéis iros —replicó Ebrihim—. Los guardias podrían despertar en cualquier instante. No tenemos otra elección. ¡Marcharos!

Los tres hermanos se contemplaron en silencio durante un momento y después, moviéndose al unísono, giraron sobre sus talones y fueron hacia la nave, marchándose de una forma tan repentina y silenciosa que pilló totalmente por sorpresa a Q9. El androide siguió suspendido en el aire durante una fracción de segundo antes de hacer girar su cúpula visora y darse cuenta de que los tres niños se habían esfumado.

Y después Q9 dio más potencia a sus repulsores y se apresuró a seguirles.

El almirante Ossilege fue a recibir personalmente al *Dama Suerte* cuando la nave se posó sobre la cubierta del hangar del *Intruso*. Ossilege esperó pacientemente, tan resplandeciente como siempre en su uniforme de gala blanco, hasta que vio abrirse la escotilla del Dama.

—Saludos —dijo mientras Lando, Gaeriel y Kalenda desembarcaban, con Cetrespeó siguiéndoles por la rampa—. Confío en que su información sea tan interesante como han prometido. Encuentro de lo más irónico que debamos empezar a preocuparnos por la posibilidad de que alguien nos oiga justo cuando por fin somos capaces de volver a hablar por los comunicadores.

—Me parece que estará de acuerdo en que la información es digna de ser oída..., y en que es mejor que nos aseguremos de que no llega a oídos de nadie más —dijo Lando—. Vamos a algún sitio en el que podamos hablar.

—Por supuesto —dijo el almirante—. Iremos a mis habitaciones particulares. —Después se volvió hacia Cetrespeó—. Creo que eso puede quedarse a bordo de su nave —añadió mirando a Lando.

— ¡Bueno! Realmente, qué falta de consideración tan... —empezó a protestar Cetrespeó, pero el fruncimiento de ceño de Ossilege bastó para reducirle al silencio.

—Vengan por aquí.

Lando miró a Kalenda, pero la teniente se limitó a menear la cabeza. No cabía duda de que el mismo pensamiento acababa de cruzar por su mente. El almirante pasaba tanto tiempo en el puente que nunca se les había ocurrido que pudiera tener unas habitaciones particulares.

Pero las tenía, y llevó al grupo hasta ellas sin perder ni un instante. Lando siempre se había enorgullecido de poseer un buen gusto instintivo en cuestiones de diseño y de poseer el don de saber qué clase de decoración convenía a cada ambiente. Sus ojos de experto enseguida vieron que la suite de Ossilege era una chirriante exhibición de opuestos donde lo opulento chocaba con lo espartano y lo inmenso y magnífico se codeaba con lo pequeño y barato.

La habitación resultaba espectacular gracias a sus paredes color crema, las alfombras azul oscuro y sus dimensiones, pues era el doble de grande que cualquier otro camarote de la nave. Un gigantesco mirador circular de dos metros de diámetro ocupaba la mayor parte de un mamparo, y cuando se volvió hacia él Lando pudo contemplar un impresionante panorama de Drall enmarcado por el cielo nocturno. La iluminación indirecta era delicada y cálida, y el que viniera de todas las direcciones a la vez imposibilitaba la existencia de sombras en la habitación.

Por otra parte, apenas había pertenencias personales. Un catre de campaña ocupaba un rincón, con una mesilla de noche plegable al lado. El catre estaba hecho con implacable precisión, con la almohada ahuecada y colocada exactamente en el centro de la cama, justo en el punto donde la manta y la sábana habían sido apartadas en un pliegue perfecto. Toda aquella perfección indicó a Lando que Hortel Ossilege siempre se hacía él mismo la cama por la mañana, sin importar el número de criados androides y sirvientes humanos con el que pudiera contar. Ossilege era la clase de persona que nunca confiaría la tarea de hacerle la cama a nadie por la sencilla razón de que nadie sabría hacérsela correctamente. Encima de la mesilla de noche había un despertador, un comunicador portátil y una luz de lectura, así como un solo libro bastante grande. En cuanto a si el volumen era una novela, un pesado tomo histórico, un texto religioso bakurano o los reglamentos de la Armada de Bakura, Lando no tenía ninguna forma de saberlo.

No había absolutamente ningún otro objeto de naturaleza personal en toda la habitación. Cualquier otra posesión privada presumiblemente estaría oculta detrás de las puertas del armario. Enfrente de la puerta había un escritorio de aspecto espartanamente funcional con una impecablemente ordenada pila de trabajo aguardando al almirante en un lado, y una pila de trabajo ya despachado, ordenada con la misma e impecable pulcritud pero mucho más grande, en

el otro. Había unos cuantos instrumentos de escritura meticulosamente alineados a un lado del escritorio, una lámpara de mesa, un cuaderno de datos y otro comunicador, y nada más. El escritorio estaba situado de tal manera que el espléndido mirador quedaba a su espalda cuando el almirante se sentaba detrás de él, como estaba haciendo en aquel momento. Ese era todo el mobiliario de la habitación. De hecho, no había ninguna silla aparte de la colocada detrás del escritorio, pero en el mismo instante en que Lando se estaba percatando de ello, un androide de servicio de color gris acero entró en la habitación, transportando tres sillas plegables sobre su espalda. El androide colocó las sillas delante del escritorio con una velocidad y una eficiencia realmente sorprendentes, y se marchó apenas hubo terminado.

Los tres visitantes se sentaron delante del escritorio, y Ossilege les contempló con expresión expectante.

—Bien, cuéntenme todo lo que han averiguado sobre Centralia —dijo.

La teniente Kalenda carraspeó para aclararse la garganta y empezó a hablar en un tono algo nervioso.

—Para expresarlo de la manera más breve posible, resulta que Centralia es el artefacto que hace estallar las estrellas. Están utilizando la estación para convertir las estrellas en novas.

—Comprendo —dijo Ossilege, con la misma voz que habría empleado si Kalenda acabara de recitarle el menú de aquella noche.

—Y también estamos casi seguros de que los repulsores planetarios son la única forma de desactivar Centralia.

—¿De veras? —preguntó Ossilege, en el mismo tono tranquilo e impasible de antes—. Eso es muy interesante... Quizá podrían proporcionarme unos cuantos detalles.

## 12

**En el interior del sistema**

El zumbido de la alarma resonó estrepitosamente en el diminuto camarote del *Caballero Galante*. Tendra Risant se levantó de un salto, con el corazón latiéndole desenfrenadamente. Mientras se incorporaba se enredó en las sábanas, y faltó muy poco para que se cayera de narices antes de que consiguiera liberarse e ir a la sala de control.

Aquella alarma no le resultaba familiar. ¿Qué se habría averiado esta vez? Tendra entró en la sala de control y examinó todas las lecturas, pero sólo vio luces verdes.

Entonces acabó de despertarse y se acordó. Ella misma había instalado la alarma para que se activara cuando el ordenador de navegación del *Caballero Galante* detectara la desaparición del campo de interdicción.

¡El campo de interdicción había dejado de funcionar! La mente de Tendra empezó a funcionar a toda velocidad, y una parte de su ser se asustó. Que el campo de interdicción hubiese dejado de funcionar podía significar cualquiera entre muchas cosas, y muchas de ellas no eran nada buenas. Pero todo eso estaba más allá de su control. Ya tendría tiempo de dar rienda suelta a su imaginación y permitirse especular sobre lo que podía significar todo aquello, pero de momento la desaparición del campo significaba solamente una cosa: al fin podía viajar por el hiperespacio. Tendra se sentó en el sillón de pilotaje y empezó a trabajar.

No había tenido muchas ocasiones de familiarizarse con los ordenadores de navegación antes de subir al *Caballero Galante*, pero desde entonces había dispuesto de muchísimo tiempo para practicar con aquel sistema. Tendra planteó el problema trabajando lo más deprisa posible: obtuvo una determinación de su situación actual y una parrilla de referencia centrada en el objetivo que pretendía alcanzar, y después permitió que el ordenador de navegación hiciera malabarismos con las cifras y obtuviera los valores del salto de entrada y salida del hiperespacio que la llevaría hasta allí.

Tendra conocía bastante bien su situación —también había tenido mucho tiempo para aprender a averiguarla—, pero nunca había llegado a encontrar una respuesta definitiva para la pregunta de adonde ir. Le había parecido más sencillo mantener actualizado el ordenador de navegación con todos los destinos potenciales, pensando que eso le permitiría tomar una decisión en el último segundo si se producía algún cambio en la situación. El único problema era que por fin había llegado el momento de tomar una decisión..., y Tendra estaba muy lejos de haberse decidido.

Pero tenía que actuar, y deprisa. Fuesen quienes fuesen los misteriosos controladores del campo de interdicción, podían volver a activarlo en cualquier momento. Tendra titubeó durante unos segundos más y acabó tomando una decisión. Centralia. Iría a Centralia. A juzgar por lo último que había sabido de Lando, parecía que iba en esa dirección. Tendra sospechaba que eso significaba muy poco cuando estabas tratando con Lando o en tiempos de guerra, y todavía menos cuando se daban ambas circunstancias, pero tenía que elegir algún sitio. Tecleó las coordenadas correspondientes y activó el circuito de operación automatizada del ordenador. La pantalla se iluminó y le mostró un reloj de cuenta atrás que había sido ajustado para contar treinta segundos. El reloj empezó a funcionar, y los segundos se fueron esfumando rápidamente.

Durante un momento Tendra jugueteó con la idea de prepararse para dar el salto manualmente si el sistema automático fallaba. Después de todo, los héroes de los holovideos siempre lo hacían así. Pero... No, no. Los héroes de los holovideos siempre eran pilotos con gran experiencia acostumbrados a recorrer todos los caminos del espacio o, a falta de eso, eran los pilotos con el

instinto más infalible que la galaxia hubiera visto jamás. Además, siempre contaban con el respaldo del más poderoso de los aliados, el guionista dispuesto a cooperar con su personaje. La vida no funcionaba así. Tendra no podía confiar en que todo acabaría arreglándose en la última escena.

Y por otra parte, aquél iba a ser su segundo salto hiperespacial. Si los sistemas automáticos no funcionaban como esperaba que lo hicieran y decidían desconectarse en vez de actuar, entonces sería más prudente aceptar su palabra al respecto. Pasar un par de meses más dentro de la nave, medio enloquecida por el aburrimiento, siempre sería preferible a que los motores hiperespaciales estallaran debajo de sus pies o la llevaran hasta el otro extremo de la galaxia.

Echó un vistazo al reloj de la cuenta atrás. Quince segundos. Hasta el momento el viaje había sido infernalmente largo, y aunque aquello diera resultado y llegara al interior del sistema corelliano, incluso suponiendo que su ordenador de navegación no cometiera el más mínimo error y su nave apareciese justo delante del hangar de atraque de Centralia, no había ninguna garantía de que aquel interminable paseo hubiera acabado por fin.

Diez segundos. ¿Y qué habría sido de Lando? ¿Estaría bien? ¿Estaría aunque sólo fuese remotamente cerca de Centralia? ¿Conseguiría encontrarle alguna vez? Después de todo, había una guerra. El grado de confusión y desorganización tenía que ser considerablemente elevado, ¿no?

Cinco segundos. Y, de todas maneras, ¿qué estaba haciendo ella allí? ¿Por qué se había subido a esa nave estelar de segunda mano que le había salido carísima para ir en busca de un mujeriego lleno de palabras melosas al que sólo había visto una vez? Tendra siempre se había considerado una persona muy equilibrada y prudente, pero en aquellos momentos todas las evidencias disponibles sugerían estrictamente lo contrario.

Tres segundos. Aquello era una locura. Estaba a punto de saltar a una zona de guerra. Tendría que abortar el salto a la velocidad lumínica, invertir el curso y volver a Sacorria, donde estaría a salvo.

Dos segundos. No. Ya era demasiado tarde para eso. Si lo hacía, entonces se pasaría el resto de la vida preguntándose qué habría ocurrido si hubiese seguido adelante.

Un segundo. Bien, estaba a punto de descubrirlo.

Cero. El visor de la cabina estalló en una repentina explosión de vida cuando el cielo se llenó de líneas estelares y el *Caballero Galante* dio el gran salto a la velocidad lumínica.

Y de repente Tendra Risant ya no tuvo tiempo para preocuparse por nada.

Ossilege se levantó, giró sobre sus talones y empezó a pasearse por la habitación. Después se detuvo delante del mirador y contempló en silencio el planeta Drall durante unos momentos que se hicieron interminables.

«Cuando sólo era un hermoso espectáculo no le interesaba en lo más mínimo —pensó Lando—. Pero ahora que ha adquirido un considerable significado militar... Bueno, ahora sí quiere echarle un vistazo.»

—Bien, si les he entendido correctamente —dijo Ossilege, volviéndose hacia ellos—, entonces los repulsores planetarios tienen un significado mucho más grande de lo que pensábamos. Si poseyéramos uno a tiempo de desviar la emisión tractora-repulsora hiperespacial lanzada por Centralia..., entonces eso salvaría a todas las buenas gentes de Bovo Yagen y quizá, y de paso, nos permitiría ganar la guerra. ¿Lo he comprendido bien?

—Lo ha entendido perfectamente, señor —dijo la teniente Kalenda—. Sin embargo, hay algo más que la cuestión de quién controla el repulsor. También está el problema de saber cómo utilizarlo..., y no estoy totalmente segura de que Thrackan Sal-Solo pueda operarlo.

—Pero ya lo ha disparado.

—En realidad no, señor. Lo que ocurrió se parece bastante más a..., a un arranque incontrolado. Hubo un gigantesco estallido de radiación repulsora no regulada, y eso fue todo. El disparo del repulsor seloniano fue mucho más controlado. Y también hay otra razón: recuerde que su patrullera de asalto entró en el repulsor después de que fuese disparado. Hasta el momento hemos estado suponiendo que fueron sus técnicos quienes lo conectaron y dispararon.

—Después de haber visto esa emisión suya... Bueno, voy a decirle quién pienso que disparó ese chorro de energía —intervino Lando.

—¿Y quién puede ser esa persona? —preguntó Ossilege con los labios curvados en una gélida sonrisa llena de indulgencia.

Su expresión dejaba muy claro que ya había rechazado lo que Lando se disponía a decir, fuera lo que fuese.

—Los niños —dijo Lando—. Creo que consiguieron activarlo de manera accidental. El estallido de energía repulsora atrajo la atención de Thrackan, de la misma manera que atrajo la suya, y él llegó allí antes.

—No sea absurdo —dijo Ossilege, sin llegar al desprecio abierto pero rozándolo—. ¿Cómo es posible que unos niños activen un repulsor planetario?

—No lo sé. Cabe la posibilidad de que lo hiciera Chewbacca, pero dudo mucho que llegara al extremo de descuido necesario para permitir un estallido incontrolado de esas características. Quizá lo hicieron los dos dralls. Pero alguien de ese grupo es la persona que pulsó el botón.

—Lo dudo. Creo que el repulsor fue activado por alguno de los hombres de Sal-Solo... Un equipo de avanzadilla, si quiere llamarlo así. Creo que se las arreglaron de alguna manera para capturar a los niños mientras estaban buscando el repulsor. Pero todo esto no tiene ninguna importancia. Ahora Sal-Solo tiene el repulsor, y yo tengo a un grupo de asalto preparándose para ir allí y quitárselo de las manos. Falta muy poco para el amanecer local. El grupo de asalto estará allí antes del crepúsculo de esta noche..., aunque puedo adelantar su llegada si las circunstancias así lo aconsejan. En este mismo instante están llevando a cabo ejercicios tácticos y simulaciones de combate.

—¿Y por qué no atacar ahora mismo? —preguntó Lando.

—Hace algunas horas le hice esa misma pregunta al comandante Putney, el oficial que mandará el grupo. Puedo asegurarle que Putney tiene tantas ganas de actuar inmediatamente como usted, pero no es tan sencillo. El problema es que di la orden de que sus patrulleras de asalto fueran equipadas y preparadas para una prolongada expedición exploratoria de Centralia, en el caso de que eso resultara ser necesario. Esa misión es totalmente distinta a un ataque rápido contra una fuerza pequeña en una posición determinada. Se necesita tiempo para descargar las patrulleras una vez preparadas con vistas a un perfil de misión y re-equiparlas para otro. También hay otros factores. El comandante Putney cree que atacar durante las horas de oscuridad les dará una cierta ventaja. También ha calculado las zonas de tiempo relativo, y los efectos de los cambios en el horario local y la duración del día. Según sus cálculos, los corellianos del repulsor padecerán el máximo agotamiento y la máxima falta de sueño exactamente en el crepúsculo local de esta noche. Baste con decir que aunque usted y yo estamos totalmente de acuerdo en este punto y que yo desearía que el ataque se produjera más pronto, existen razones para el retraso.



Los riesgos son obvios..., pero creo que una vez sopesados todos los factores, tendremos más probabilidades de triunfar si esperamos.

—O tiene razón o está equivocado, sin ninguna forma de saberlo hasta que ya es demasiado tarde —dijo Lando—. Entonces será un genio por haber tomado la decisión correcta, o un monstruo y un estúpido por haber tomado la decisión equivocada. No le envidio tener que tomar esa clase de decisión, almirante. Hace mucho tiempo fui general, ¿sabe? Bien, pues descubrí que no me gustaba nada..., y básicamente debido a que tenía que tomar decisiones como ésa. Tiene toda mi simpatía.

—Gracias, capitán Calrissian. Dadas nuestras pasadas diferencias, el que diga eso demuestra una gran generosidad por su parte.

—Cada palabra era totalmente sincera, créame. Pero todavía no hemos abordado la cuestión principal. ¿Alguno de ustedes cree que nuestro amigo de ahí abajo, el poderoso y temible Thrackan Sal-Solo, es capaz de operar ese repulsor en estos momentos? Y si no puede utilizarlo, ¿tardará mucho en poder hacerlo?

—Bueno, la verdad es que resulta bastante difícil responder a esas preguntas —dijo Kalenda—. Mi teoría es que la fuerza exterior que controlaba toda esta operación envió equipos de técnicos con la intención de que su gente controlase los repulsores porque no confiaban en los nativos. Sal-Solo habría recibido el suficiente número de técnicos para manejar un repulsor. ¿Ha dejado a esos técnicos donde estaban, o se los ha traído consigo? ¿Hasta qué punto están capacitados? ¿Saben qué están haciendo? ¿En qué estado se encuentra el repulsor? ¿Fue dañado por ese repentino estallido de actividad incontrolada? —Kalenda meneó la cabeza—. Hay demasiadas variables.

—Hmmm. Algún día un oficial de inteligencia responderá a una pregunta con una respuesta, en vez de con toda una serie de preguntas nuevas. El repulsor seloniano está en condiciones de funcionar. El repulsor de Drall es un interrogante. ¿Qué hay del repulsor corelliano, o de las unidades de Talus y Tralus?

Kalenda volvió a menear la cabeza.

—No tenemos ninguna indicación de que se hallen en condiciones de funcionar —dijo—, pero eso no significa nada. Que no hayan sido utilizados puede significar que todavía no han sido encontrados, o que los técnicos tienen el dedo encima del botón y que están limitándose a esperar a que llegue su gran momento.

—Oscuridad y confusión —dijo Ossilege—. Todo es oscuridad y confusión. No hay nada claro, nada definido e indudable, ningún enemigo al que puedas señalar con el dedo y decir: «¡Es él! ¡Ataquemos!». ¿Qué opina usted, señora Primera Ministra? Ya lleva un buen rato sentada sin decir nada.

Gariel se recostó en su asiento, cruzó los brazos y le contempló con expresión pensativa.

—Acaba de mencionar la principal dificultad a la que nos enfrentamos —dijo después—. Hay demasiados enemigos, y son demasiado vagos, demasiado inciertos, demasiado difusos. Creo que todo eso forma parte de una táctica deliberada que tiene como objetivo confundirnos, distraernos y hacer que miremos en todas las direcciones equivocadas. Y me temo que ha dado resultado... Hemos oído tantas historias que se contradicen unas a otras y hemos tenido que vérnoslas con tantas afirmaciones contradictorias que ya no sabemos cuál es la realidad. Lo único que sé con seguridad es que todavía no nos hemos enfrentado al verdadero enemigo. Los grupos rebeldes son, básicamente, un montón de simulaciones. Algunos son totalmente artificiales y otros no son más que diminutos grupúsculos de disidentes, organizaciones extremistas de lunáticos que la verdadera fuerza exterior ha reforzado con su dinero y su apoyo. La excepción parcial es la Liga Humana. En ese caso se trata de una organización real..., pero fue financiada por la misma fuerza

exterior que financió al resto de los rebeldes. Y ahora estoy casi segura de que la Liga Humana se halla en un estado de rebelión total, tanto contra quienes le daban dinero como contra nosotros. El enemigo externo puso en marcha toda esta cadena de acontecimientos para adueñarse del Sector Corelliano y dañar a la Nueva República. Pero la Liga Humana y Thrackan Sal-Solo han decidido apoderarse de Corellia.

»Todavía no hemos visto al verdadero enemigo. Sólo hemos visto a sus hombres de paja, sus peones, esas fachadas que han utilizado para ocultarse detrás de ellas... Creo que el fin del bloqueo de las comunicaciones significa que por fin vamos a conocer al verdadero enemigo, y que eso no tardará mucho en ocurrir.

El intercomunicador del escritorio emitió un discreto zumbido. Ossilege se volvió hacia él y fue hasta el escritorio.

— ¿Sí? —preguntó—. ¿Qué ocurre?

—Acabamos de detectar el inicio del desvanecimiento del campo de interdicción, señor —dijo la voz que brotó del intercomunicador—. Se está esfumando muy deprisa, y ya se encuentra por debajo del umbral que permite el viaje hiperespacial.

— ¿De veras? Entonces pienso que podemos suponer que alguien va a empezar a viajar por el hiperespacio. Ordene la alerta general en todos los puestos y sistemas, y que todos los oficiales de detección mantengan los ojos bien abiertos.

—Sí, señor. Hay otro asunto, señor... Hemos recibido otra comunicación de la Fuente A en el mismo instante que el campo empezó a debilitarse. Está en...

—Un momento.

Ossilege pulsó un botón del comunicador que suspendía la conexión con su interlocutor y cogió la terminal manual del aparato. «Hacía mucho tiempo que no veía uno de esos trastos —pensó Lando—. Y ver cómo alguien lo utiliza resulta todavía más raro...» Casi todo el mundo prefería dirigir sus palabras al aire teniendo las manos libres, en vez de sostener un trozo de plástico junto a su cabeza y hablar por él. Pero las terminales manuales tenían la gran ventaja de impedir que quienes estaban cerca pudieran oír la conversación, y estaba claro que Ossilege nunca permitiría que quienes le rodeaban supieran más de lo estrictamente necesario.

—De acuerdo, adelante. —Ossilege escuchó en silencio durante unos momentos—. Ah, ¿sí? Bien, entonces pásame su conexión. No, no, bastará únicamente con la voz... Pero antes espere un momento, por favor. —Ossilege puso la mano sobre el altavoz de la terminal—. Les pido disculpas. Si no hubiera prometido el máximo secreto, me encantaría incluirles a todos en esta conversación. Pero he dado mi palabra de mantener una discreción absoluta en todo lo referente a esta..., ah..., fuente.

Gariel se levantó, y Lando y Kalenda la imitaron.

—Por supuesto, almirante. Lo comprendemos. Tiene que hacer honor a su palabra.

—Le agradezco su comprensión, señora Primera Ministra. Teniente Kalenda, capitán Calrissian... Continuaremos esta discusión más tarde.

—Ojalá pudiera subir al puente y ver el espectáculo —dijo Lando mientras los tres salían al pasillo.

— ¿Y por qué no puede hacerlo? De hecho, creo que subiré al puente —dijo Gariel.

—Bueno... Eh... Sí, pero usted es una ex Primera Ministra, y la enviada plenipotenciaria y todo eso —dijo Lando, usando un tono curiosamente vacilante—. Es una personalidad altamente oficial. Yo sólo soy un tipo que les acompaña en este largo paseo.

— ¿Me acompaña, teniente Kalenda? —preguntó Gaeriel.

—No, señora. Por el momento no.

—Comprendo —dijo Gaeriel, aunque estaba claro que no entendía nada—. Parece que hay alguna cosa que se me escapa, ¿no? Suponía que los dos tendrían muchas ganas de subir al puente y ver qué está ocurriendo.

—Bueno, y así es —admitió Lando—. Pero lo último que necesitan los oficiales de un puente durante una crisis es la presencia de personal civil jugando a los turistas... —«O de huéspedes de alto rango no invitados jadeando encima de sus cuellos y dándoles codazos en el momento menos oportuno», pensó, aunque nunca se atrevería a decírselo en voz alta—. Preferimos esperar un poco.

—Ah, ya entiendo —dijo Gaeriel—. Y me imagino que la etiqueta militar también aconseja que no vaya al puente, ¿verdad?

Lando pensó que la ex Primera Ministra tenía una mente tan aguda como veloz.

—Bien... Ah... Sí, señora.

—Pues en ese caso, al infierno con la etiqueta militar. Iré al nivel superior del puente, que ha sido diseñado con el propósito de permitir que quienes están allí puedan observar sin interferir. No molestaré a nadie, y tampoco se me pasará por la cabeza la idea de empezar a dar órdenes por mi cuenta. Pero voy a subir allí para ver qué está ocurriendo.

—Le... Le pido disculpas, Gaeriel..., eh..., señora... Primera Ministra —balbuceó Lando—. No pretendía ofenderla.

«Por lo menos, no tanto como para que se ponga así.»

Gaeriel Captison dejó escapar un suspiro lleno de cansancio.

—Y no estoy ofendida —dijo—. Discúlpeme, ¿quiere? No tendría que haber sido tan brusca. Pero, por todo lo que es sagrado, ésta es mi misión... Soy la razón por la que esta nave está aquí. Luke Skywalker vino a verme y me pidió ayuda, y yo se la conseguí. Y mi gobierno me ha nombrado enviada plenipotenciaria, otorgándome el poder de tomar cualquier clase de decisión en su nombre. Tengo el derecho, y también el deber, de verlo todo y saberlo todo antes de tomar esas decisiones. Pero todos me cuidan y me protegen como si fuese a romperme de un momento a otro. Me aíslan, y mantienen alejados de mí todos los hechos desagradables y los detalles sin importancia. Ir a Centralia y estar a punto de morir por inhalar humos tóxicos fue todo un alivio. Por lo menos estaba haciendo algo, ¿entienden? Y ahora Centralia va a incinerar otra estrella dentro de tres días, y el campo de interdicción acaba de desvanecerse, y sólo los demonios del negro espacio saben qué significa eso, ¿y se supone que yo he de ir a mi camarote a sentarme para seguir sumida en una educada ignorancia porque subir al puente es algo «que no se hace»?

—Bueno, la verdad es que tiene razón —dijo Lando.

— ¿Y ustedes dos también deberían verlo todo, pero no van a hacerlo porque sería una falta de cortesía?

—Sí, señora. Suena ridículo, pero...

—Suena ridículo porque es ridículo —le interrumpió Gaeriel. Sus ojos fueron de Lando a Kalenda y volvieron a posarse en Lando—. Les ordeno que me acompañen al puente ahora mismo.

Lando se volvió hacia Kalenda. Estaba casi totalmente seguro de que Gaeriel Captison no poseía ninguna autoridad legal bajo ninguna interpretación de la ley espacial posible que le permitiera darle órdenes, y su seguridad de que tampoco tenía ningún derecho a dar órdenes a

Kalenda era casi igual de grande. Pero ¿quién iba a decirle todo eso a una ex Primera Ministra y enviada plenipotenciaria?

—Muy bien, señora Primera Ministra —acabó diciendo—. Si insiste...

Gaeriel sonrió.

—Oh, insisto, insisto —dijo—. Bien, vamos allá —dijo, y echó a andar.

Kalenda y Lando la siguieron y permitieron que se adelantara primero unos cuantos pasos, y luego unos cuantos más. En cuanto estuvieron lo suficientemente lejos de ella para que no pudiera oírles, Lando se inclinó sobre Kalenda y le habló al oído.

—Bien, me parece que esta vez sí que he metido la pata hasta el fondo —murmuró.

—Desde luego —respondió Kalenda, hablando en un tono de voz tan bajo como el que había empleado Lando—. Pero, puestos a ver las cosas por el lado bueno, por lo menos ahora podremos saber qué infiernos está ocurriendo ahí fuera.

—Cierto, y me alegro de ello.

—Cambiano de tema, ¿tiene alguna idea de qué es todo eso de la Fuente A? —susurró Kalenda.

«Cierto —pensó Lando—. ¿Qué es todo eso de la fuente A?» Había algo indefinible en la idea de que una oficial de inteligencia le hiciese una pregunta meramente porque se le acababa de pasar por la cabeza que despertó las sospechas de Lando. Kalenda era la clase de persona que nunca hacía una pregunta sin tener una buena razón para ello. ¿Le estaría tendiendo una trampa? ¿Estaba intentando averiguar si sabía más de lo que hubiese debido saber? ¿O sencillamente le consideraba un buen analista cuyas conjeturas solían dar en el blanco, una buena fuente de la que obtener especulaciones mínimamente informadas..., o sólo estaba siendo educada y trataba de mantener una charla cortés mientras él empezaba a sucumbir a la paranoia?

Pero en realidad lo que Kalenda pretendiera conseguir con esa pregunta carecía de importancia, desde luego. Lando no tenía ninguna información. Tenía un par de sospechas, pero eso no contaba. En cuanto oyó las palabras «Fuente A», pensó inmediatamente en la brillantemente original idea de llamar Fuente T a Tendra Risant..., y eso le dio una idea muy clara de quién podía ser la Fuente A. Pero Lando sabía que guardar silencio siempre era preferible a hablar y meterse en algún lío.

—Usted es la oficial de inteligencia —dijo—, y sus hipótesis son tan válidas como las mías..., y probablemente mejores.

—Oh, vamos. Estoy segura de que puede inventarse una excusa mejor que ésta.

—De acuerdo, de acuerdo. Admito que tengo un par de teorías, pero me parece que de momento prefiero guardármelas para mí incluso si ni yo mismo acabo de creérmelas.

Kalenda se rió.

—Hace bien —dijo—. Pero presiento que tengo la misma idea que usted. Venga, apretemos el paso y alcancemos a la Primera Ministra antes de que nos meta entre rejas por haber desobedecido una orden directa.

Tendra Risant estaba pensando que tenía que ser la primera en llegar. No hacía falta romperse la cabeza para imaginarse que quien había desactivado el campo de interdicción lo había hecho con el fin de que sus naves pudieran viajar por el hiperespacio, y que las naves estarían preparadas para el salto. Pero aun así, Tendra debería llegar primero. El *Caballero Galante* era

una nave vieja y lenta, desde luego, pero ¿cuántas otras naves que se dirigieran hacia el interior del sistema podía haber dentro del campo de interdicción?

Tendra no pensó que ser la primera en llegar quizá no fuese una buena idea cuando te estabas metiendo en una zona de guerra hasta que los mecanismos automáticos activaron el impulsor hiperespacial. Después de todo, sabía que había navíos de guerra aguardando dentro del sistema y que por lo menos algunos de ellos se encontraban en los alrededores de Centralia..., y ella había puesto rumbo a Centralia. Las tripulaciones de esas naves podrían detectar la desaparición del campo de interdicción tan fácilmente como había podido hacerlo Tendra y, de hecho, todavía les costaría menos que a ella. Entonces sabrían que eso significaba que pronto llegarían otras naves, y que serían naves de guerra enemigas. La consecuencia de todo eso sería que esas naves se hallarían en estado de alerta máxima, porque las naves bakuranas también se hallarían en estado de alerta máxima y tendrían el armamento preparado para disparar. En resumen, que iba a meterse en una situación altamente confusa y peligrosa con todo el mundo en estado de alerta.

Y Tendra llegaría allí antes que esas naves, y de repente esa perspectiva dejó de parecerle un gran logro del que debiera sentirse muy complacida.

Durante unos segundos incluso pensó en abortar el salto y salir del hiperespacio antes de lo previsto. Pero si había dos cosas de las que estuviera totalmente segura, una era que no se podía considerar una piloto muy hábil o experimentada, y la segunda era que, careciendo de habilidad o experiencia, las probabilidades de sobrevivir a un salto hiperespacial no calculado rozaban el cero.

Además, sólo dispuso de unos cuantos segundos para pensar en esa posibilidad. El salto que estaba haciendo no era muy largo. De hecho, el ordenador de navegación ya estaba contando los últimos segundos antes de la reaparición en el espacio real. Había muy poco que Tendra pudiera hacer aparte de echar un vistazo a sus instrumentos, asegurarse de que su arnés de seguridad estaba bien colocado y aguardar el final del trayecto.

La cuenta atrás del ordenador de navegación llegó a cero, y el visor volvió a ser un repentino estallido de claridad en el que las líneas estelares se fueron apagando rápidamente para convertirse en las estrellas del sistema corelliano, que apenas habían cambiado con el viaje.

Las estrellas eran las mismas, pero el resto del cielo no. Justo delante de ella se desplegaba el panorama casi insoportablemente hermoso de los Mundos Dobles, dos globos de tonos blancos, azules y verdes vistos en su fase de cuarto, con sus capas de nubes, océanos y continentes perfectamente visibles y delimitados tan bellos como siempre.

Y allí, directa y exactamente entre ellos, estaba la extraña forma de Centralia, una esfera de un color blanco grisáceo con un grueso cilindro sobresaliendo de cada extremo. Su destino estaba a la vista.

Tendra casi se echó a sollozar de pura alegría. Lo había conseguido. Lo había conseguido. Después de todos los interminables días y semanas, un tiempo que le había parecido tan largo como meses o años, ya no estaba sola y aislada del universo exterior. Estaba allí. Y pronto podría salir de aquella condenada nave, estirar un poco las piernas en algo que no fuera un trocito minúsculo de pasillo de nave, comer algo que no fuera...

— ¡Nave no identificada! Aquí el destructor bakurano *Centinela*. ¡Responda de inmediato o dispararemos contra usted!

Tendra habría atravesado el visor de un salto si las tiras de su arnés de seguridad no la hubieran retenido. Había transcurrido tanto tiempo desde que el sistema de comunicaciones le había sido de alguna utilidad que casi había olvidado cómo utilizarlo. Pero si quería vivir para ver el final de aquella situación, entonces sería mejor que ese «casi» no llegara a materializarse. Tendra se concentró durante unos momentos hasta recordar qué botón debía pulsar y habló.

—Ah... Eh... Hola, *Centinela*. Aquí Tendra Risant a bordo del *Caballero Galante*.

—De acuerdo, *Caballero Galante*. Tenga la bondad de activar su emisor del código estándar de identidad.

— ¿Cómo dice? ¡Oh! —Tendra se inclinó sobre el panel de control y movió el interruptor correspondiente. El emisor transmitiría la identidad del *Caballero* siempre que fuese interrogado por un sistema de control del tráfico—. Me había olvidado de que estaba desconectado. Ha estado bastante tiempo sin servir de mucho.

—Desde luego, *Caballero Galante*. Tiene permiso para seguir adelante, pero se le advierte que no debe aproximarse a más de cien mil kilómetros de la Estación Centralia. Si se aproxima más, recibirá advertencias. *Centinela*, corto y cierro.

Aquello sonaba un poco ominoso, y no cabía duda de que suponía un serio obstáculo para sus planes de viaje. Pero Tendra no necesitó mucho rato de reflexión para comprender que discutir con un destructor no tenía ningún sentido, y además tampoco parecía el momento más adecuado para volver a ponerse en contacto con ellos y preguntarles si sabían dónde estaba Lando.

Pero ¿cómo iba a encontrar a Lando entonces? ¿Y adonde debía ir, si no iba a Centralia?

El sistema detector del *Caballero Galante* reclamó su atención en ese momento con un suave campanilleo. Tendra pasó las lecturas a la pantalla correspondiente para ver qué estaba ocurriendo.

Y de repente el adonde ir se convirtió en el más insignificante de todos sus problemas.

Alejarse de donde estaba en aquel momento y salir disparada en cualquier dirección del espacio acababa de convertirse en una prioridad máxima.

Porque de pronto Tendra tenía compañía..., y a montones.

El panorama desde el nivel superior del puente era altamente informativo, desde luego. No cabía duda de ello, pero lo que podía ver desde allí no fue muy del agrado de Lando. La pantalla principal estaba mostrando el esquema táctico enviado por el *Centinela*, que era transmitido al *Intruso*. El esquema mostraba las posiciones del *Centinela* y el *Defensor*, así como las posiciones relativas de Talus, Tralus y Centralia..., y un mínimo de cincuenta naves no identificadas, con más apareciendo a cada momento.

—La flota sacorriana —dijo Lando, volviéndose hacia Kalenda—. Es la flota de la Tríada sobre la que nos advirtió Tendra.

—Pero ¿qué están haciendo aquí? —preguntó Kalenda—. ¿Y de parte de quién están?

—Creo que preguntarse quién está de parte de ellos resultaría bastante más adecuado, dadas las circunstancias —dijo el almirante Ossilege, que parecía haber surgido de la nada—. Supongo que cambiarán de opinión rápidamente, pero en estos momentos esa flota está buscando a las personas que les han causado más problemas en este sistema..., y me temo que nuestro pequeño escuadrón no reúne las calificaciones necesarias para que puedan considerarnos esas personas.

—Pero ¿qué les ha causado más problemas que nosotros? —preguntó Gaeriel.

—La Liga Humana —respondió Kalenda—. La Liga Humana les ha robado toda su conspiración..., o por lo menos lo ha intentado.

—Exactamente —dijo Ossilege—. Los sacorrianos, o por lo menos la Tríada que gobierna ese planeta, eran los que estaban detrás de todo.

— ¿La Tríada? —exclamó Gaeriel.

—Es el nombre con el que se conoce a la oligarquía, o dictadura en comité, que gobierna Sacorria, llamada así porque tiene tres miembros: un humano, un drall y un seloniano. Nadie sabe absolutamente nada sobre los tres dictadores..., ni siquiera sus nombres.

»En cualquier caso, descubrieron el secreto de Centralia y la existencia de los repulsores. Supongo que fue el drall quien lo encontró, enterrado en los registros de algún viejo archivo. Los archivos de los dralls son realmente magníficos, ¿saben? Pero eso carece de importancia. Reclutaron descontentos en los distintos mundos para que se pusieran al frente de las revoluciones sirviéndoles como fachada, con la intención de crear el caos y la confusión: así tendrían algo detrás de lo que podrían esconderse mientras estuvieran buscando los repulsores. Calcularon cuidadosamente el estallido de las revueltas para que coincidiera con la cumbre comercial en Corellia, con la esperanza de atrapar al mayor número posible de peces gordos dentro del sistema. Esa parte del plan funcionó, desde luego. Supongo que las otras revueltas tenían que iniciarse cuando llegaran los primeros informes de que había problemas en Corellia.

—¿Cómo sabe todo eso? —preguntó Kalenda.

—No sé casi nada de ello —respondió Ossilege—. Si exigen que una persona disponga de pruebas, evidencias, testigos y documentos antes de poder considerar que esa persona sabe algo, entonces lo cierto es que me estoy limitando a emitir conjeturas. Pero el que mis conjeturas resultaran estar equivocadas... Bueno, francamente eso me asombraría muchísimo.

—Pero ahora nos está diciendo que algo salió mal en su plan —dijo Lando.

—¿Ha habido alguna vez un plan más complicado que el cruzar la calle en el que algo no saliera mal? —preguntó Ossilege a su vez—. Pero... Sí, algo salió mal y el nombre de ese algo es Thrackan Sal-Solo. De una manera o de otra, consiguió descubrir toda la parte más secreta de la conspiración para hacer estallar las estrellas y la traicionó. Supongo que la Tríada le envió técnicos y que Thrackan los sobornó o los torturó, o ambas cosas, hasta que accedieron a trabajar para él. Esos técnicos consiguieron proporcionarle el control de las capacidades interferidoras de Centralia y del sistema de interdicción, pero no fueron capaces de poner en sus manos la modalidad que hace estallar las estrellas.

Lando reflexionó en silencio durante unos momentos y acabó asintiendo.

—Eso tiene bastante sentido —dijo después—. Y de todas maneras, ahora el artefacto que hace estallar las estrellas parece estar funcionando bajo una especie de piloto automático. Alguien, y supongo que debe de ser esa Tríada, creó todo un detallado programa para que lo llevara a cabo, con estrellas contra las que disparar y los instantes en los que debía hacerlo. Después pusieron en marcha el programa, y éste todavía sigue actuando. Tiene que haber alguna forma de transmitir un código de detención que parase el programa en cuanto hubieran conseguido lo que querían. Me imagino que todavía no sabe cómo se transmite, ¿verdad?

Los labios de Ossilege se curvaron en una sonrisa impasible.

—Todavía no —dijo—. Pero, en cualquier caso, volvamos a Sal-Solo. En el primer mensaje público concerniente al artefacto que hace estallar las estrellas, declaró que era él, y no la Tríada, quien lo controlaba. Reclamó todo el sistema corelliano y, de hecho, el Sector Corelliano, para sí mismo en vez de hacerlo en nombre de la Tríada, y presentó exigencias imposibles de satisfacer por la única razón de que quería sumir en la confusión a todo el mundo. Después activó el campo de interdicción y el generador de interferencias.

—Pero ¿con qué fin? —preguntó Lando—. Tenía que saber que todas esas naves ocultas ahí fuera acabarían saliendo de su escondite más tarde o más temprano, de una manera o de otra.

—Bien, ahora ya estoy empezando a acumular una conjetura encima de otra, pero sospecho que Thrackan Sal-Solo ha comprendido cuál es el verdadero poder de los repulsores

planetarios..., a diferencia de los otros líderes rebeldes. Controlarlos le proporciona un tremendo poder a la hora de negociar con la Tríada. Puede acabar con toda su operación destructora de estrellas en cuanto le dé la gana. Pienso que planeaba controlar un repulsor planetario antes de permitir que las naves sacorrianas hicieran acto de presencia y, de hecho, ahora controla uno.

—Pero ¿de dónde han salido todas esas naves? —preguntó Kalenda—. Sacorria es un planeta demasiado pequeño para poder reunir semejante flota.

—Desde luego —replicó Ossilege—, pero si piensa un poco más en su pregunta, me parece que usted misma podrá responderla.

Kalenda frunció el ceño, y después abrió mucho los ojos.

—De aquí —dijo—. Vienen de aquí. Por eso ninguno de los rebeldes corellianos pudo atacarnos con ninguna fuerza más grande que cazas ligeros y patrulleras de bolsillo. Los sacorrianos tenían el resto de sus naves.

—Pero ¿cómo han conseguido hacerse con ellas? —preguntó Lando—. ¿Y cómo se las han arreglado para encontrar tripulaciones para tantas naves?

—Mi teoría se basa en la viejísima respuesta de que esto es el Sector Corelliano —dijo Ossilege—. Aquí prácticamente todo está en venta..., o puede ser alquilado. Los sacorrianos probablemente compraron o alquilaron naves, y luego contrataron tripulaciones entre los grupos rebeldes que habían creado, y los grupos rebeldes obtuvieron esas tripulaciones de donde pudieron. Cuando recuerdas que todas esas rebeliones son «propiedad» de la Tríada sacorriana, enseguida comprendes que eso no les habrá resultado demasiado difícil.

—Pero lo más probable es que la mayoría de esas naves y tripulaciones hayan salido de las antiguas Fuerzas de Defensa Corellianas, que se vendieron al mejor postor —dijo Kalenda—. La rama espacial de las Fuerzas de Defensa traicionó al gobernador-general Micamberlecto de la manera más completa imaginable en cuanto se les presentó la primera oportunidad, justo después de haber atacado mi nave y haber dado un buen susto a Han Solo. Y la mayoría de las naves de las FDC eran antiguas naves imperiales, y es muy probable que una considerable fracción de esas tripulaciones también sea de procedencia imperial. Son naves bastante viejas, pero eso no quiere decir que no sean buenas.

—¿Y qué va a hacer respecto a esas naves? —preguntó Gariel, mirando fijamente a Ossilege—. Han seguido llegando mientras nosotros hablábamos. Debe de haber setenta y cinco naves ahí fuera. ¿No deberíamos estar volviendo a Centralia para echar una mano al *Defensor* y el *Centinela*!

—No —replicó Ossilege—. No haremos nada de eso.

—¿Cómo? —exclamó Gariel—. ¿Qué quiere decir?

—El *Intruso* debe completar su misión antes de volver a reunirse con las otras naves. La conquista de la instalación repulsora sigue siendo nuestra máxima prioridad.

—¡Pero el *Defensor* y el *Centinela* están en una terrible inferioridad numérica! ¡Son setenta y cinco naves contra dos!

—Y nadie está disparando..., todavía. Desplazar esta nave hacia la flota podría ser considerado como un acto de agresión. Y si la situación acaba complicándose hasta el extremo de que haya una guerra espacial, dudo mucho que tengamos muchas más probabilidades si los números pasan a ser setenta y cinco contra tres. Francamente, setenta y cinco naves es una cifra más baja de lo que me esperaba... O nuestra amiga Tendra Risant se equivocó al contarlas, o los sacorrianos han dejado una potente reserva de naves en su mundo.

—Pero si esas naves avanzan contra Centralia...



—Será imposible detenerlas, tanto si tenemos dos naves como si tenemos tres. Les ruego que intenten comprenderlo. Si perdemos todas nuestras naves y controlamos un repulsor, vencemos. Pero si barremos a toda la flota enemiga y Thrackan Sal-Solo sigue controlando su repulsor, habremos perdido. Y entonces los ocho millones de personas, o los doce millones de personas, de Bovo Yagen, que viven en su mundo o en sus dos mundos, dependiendo de en qué informe decidan creer, morirán.

Gaeriel parecía querer seguir protestando, pero al final no dijo nada. Lando podía entender sus sentimientos. Parecía como si tuviera que haber alguna respuesta que poder dar a Ossilege.

Desgraciadamente no la había, por supuesto.

## 13

**Maniobras evasivas**

Han Solo se paseaba nerviosamente de un lado a otro mientras la gravilla crujía bajo sus pies. Estuvo a punto de tropezar un par de veces con Erredós hasta que acabó logrando apartar al pequeño androide de su camino.

—Vamos a repasarlo una vez más —dijo después, volviéndose hacia Dracmus.

La seloniana se había reunido con Han, Leia, Luke y Mará para cenar en los jardines de la villa. Lo natural hubiera sido que estuvieran cómodamente sentados alrededor de la mesa, disfrutando de las suaves brisas de un crepúsculo perfecto después de una cena de primera clase.

Pero Han era sencillamente incapaz de hacer eso. Perder el tiempo dormitando en el regazo del lujo mientras todo el sistema estelar se estaba desmoronando le hubiese parecido un acto pura y simplemente criminal.

Todo el mundo le repetía que no podían hacer nada aparte de esperar, pero cinco minutos después de que Luke les hubiera contado lo que habían descubierto sobre Centralia, Han ya estaba más que harto de esperar.

—Sé que necesito entender la situación —dijo de repente—, pero también sé que no puedo estar más perdido. Así que, por favor, explícame por qué lo mejor que podemos hacer es quedarnos sentados y esperar.

—Sí, por favor —dijo Luke—. Me gustaría oírlo.

—Muy buenamente —dijo Dracmus—. Entonces permitidme que vuelva a intentarlo. Tenéis que empezar con el conocer la idea de que las tres cosas más importantes en Selonía son el honor, el consenso y la madriguera. Todo lo demás queda por detrás de esas tres cosas..., todo, y muy por detrás de ellas.

—De acuerdo, hasta ahí lo entiendo —dijo Han—. Pero ¿qué tiene que ver eso con el hecho de que estar utilizando a selonianos de la Tríada para que manejan el repulsor fuese algo tan tremendamente grave?

—Meramente todo —replicó Dracmus—. Los selonianos de la Tríada que viven en Sacorra descendían del despreciado linaje de una rama que quedó desacreditada hace mucho tiempo. No voy a contaros toda la historia, pero baste con decir que hace siglos los antepasados de los selonianos de la Tríada se opusieron a un acuerdo justo en una cuestión de vitalidad. Algunos de ellos intentaron utilizar la mentira y los ardides para obtener una posición de ventaja sobre otros miembros de su propia madriguera. Como consecuencia, la madriguera quedó dividida en dos grupos: las víctimas del fraude y sus repugnantes perpetradores. Los perpetradores fueron expulsados de Corellia por mis antepasados, los antepasados de los hunchuzucs, y también fueron expulsados de Selonía por la Supramadriguera. El escándalo fue tan terrible que las víctimas formaron una nueva madriguera bajo un nuevo nombre, porque el antiguo nombre había quedado total y absolutamente deshonorado. Ni siquiera ahora debo pronunciarlo. Es una obscenidad, que sólo ha de ser usada cuando llega el momento de lanzar el insulto más espléndidamente ofensivo. Esta pérdida del nombre nunca le había ocurrido a ninguna otra madriguera seloniana antes, y nunca le ha vuelto a ocurrir desde aquel entonces.

—No parece muy justo culpar a la gente por algo que hicieron sus antepasados —dijo Luke.

—Creo que es muchísimo más justo en el caso de los selonianos que para los humanos. Recordad que la madriguera lo es todo. La madriguera sigue viviendo, mientras que los

individuos mueren. También debéis recordar que los nuevos individuos son tan idénticos a los viejos que prácticamente se los puede considerar clones suyos. Los humanos tendéis a pensar en una madriguera como un conjunto de individuos, pero no somos como los humanos. En muchos aspectos, somos bastante más parecidos a insectos sociales altamente inteligentes. Somos individuos, pero el individuo se halla completamente al servicio de la madriguera... Bueno, o casi completamente. El lazo que nos une es más fuerte que el de vuestras familias, aunque no tanto como el que une a las células de un mismo cuerpo.

—Eso es ir un poco lejos, ¿no? —preguntó Mará.

—Y echar a patadas a todo el mundo por los pecados de los antepasados sigue sin parecerme demasiado justo —añadió Luke—. Si los humanos hicieran eso, Leia y yo tendríamos muchísimos problemas.

Dracmus se inclinó ante Mará en una reverencia tan minúscula que el movimiento apenas resultó perceptible.

—La analogía quizá vaya demasiado lejos. Quizá sí, y quizá no... Pero, Maestro Skywalker, cuando sangras, ¿te preocupa mucho lo que sientan las células de tu sangre al ver que han de abandonar tu cuerpo? Si algunas de las células de tu sangre están enfermas, ¿piensas en lo que es justo para las células que todavía están sanas cuando matas la enfermedad..., o haces que toda tu sangre sea renovada, meramente para no correr riesgos y tener la absoluta seguridad de que la enfermedad no podrá reaparecer?

Han logró resistir el impulso de reanudar sus paseos.

—Ésta es la historia de mi vida contigo, Dracmus, pero estamos volviendo a alejarnos de lo que realmente importa ahora.

—Pensaba que estábamos hablando de las diferencias existentes entre nosotros y los humanos —replicó Dracmus.

Han guardó silencio durante unos momentos antes de responder, resistiendo la tentación de volver a enfurecerse. Logró calmarse, y después habló.

—Tengo el presentimiento de que no vamos a llegar a ninguna parte hasta que todos estemos de acuerdo en esto, así que de acuerdo. Voy a explicarte cuál es mi reacción, y así quizá podremos seguir progresando. Crecí rodeado de selonianos, y nunca supe nada de todo esto. Admito que resulta un poco embarazoso, pero...

—No te sientas excesivamente avergonzado, respetado Solo —dijo Dracmus en un tono de voz más suave y afable—. No olvides que todos los selonianos a los que conociste habían sido adiestrados, y criados, con el único propósito de relacionarse con los humanos. Nuestro trabajo consiste en conseguir que os sintáis tranquilos y cómodos en nuestra presencia.

—Lo sé, lo sé. E hicieron un buen trabajo... Crecí pensando que los selonianos sólo eran humanos de aspecto un poco raro con unas cuantas costumbres pintorescas residuo de los viejos tiempos. Pero, y para terminar de una vez con este tema, debería haber averiguado cómo funcionaba todo incluso si vuestra gente no quería que lo supiera. Durante mis tiempos de contrabandista, me ganaba la vida sabiendo de qué manera veía el mundo el otro bando..., y sin embargo crecí sin saber nada sobre la gente que vivía en la casa de al lado. Eso hace que ahora empiece a pensar en lo que fue crecer en Corellia y en el resto de mi vida aquí. ¿Cuántas cosas más se me pasaron por alto, y qué otras cosas no supe ver?

—Probablemente bastantes —dijo Leia—. Ninguno de nosotros es capaz de tener una visión realmente clara de nuestra cultura.

Han puso los ojos en blanco.

— ¡Vaya, qué pensamiento tan original! Pero todo esto tampoco viene a cuento ahora. Lo que iba a decir es que resulta embarazoso descubrir lo poco que sabía sobre vosotros, pero que en estos momentos me da igual pasar vergüenza. Trátame como a un completo idiota, pero hazme entender qué está ocurriendo. Si lo he comprendido bien, ahora que Kleyvits ha admitido estar a sueldo de la Tríada y que introdujo clandestinamente a gente de la Tríada en el planeta, eso lo cambia todo, ¿verdad?

—Así es —dijo Dracmus—. ¡Excelente!

—Magnífico. Me alegro. Pero ¿cómo?

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Cómo lo cambia todo? ¿De qué manera el que Kleyvits confiese lo cambia todo?

—Su confesión significa que mis hunchuzucs fueron engañadas. Cedimos bajo falsas pretensiones —le explicó Dracmus—. La Supramadriguera nos hizo pensar que controlaba el repulsor, y que habían aniquilado el destructor bakurano sin ayuda de nadie. Todo eso era un fraude —siguió diciendo, y una auténtica ira fue impregnando su voz—. La Supramadriguera obtuvo un consenso favorable a ella mediante los engaños y las falsedades, y a través de una asociación con una madriguera deshonrada y carente de nombre. Ésta es la profundidad del crimen. Todavía peor, la madriguera sin nombre estaba unida a la Tríada, y la Tríada estaba unida a Sal-Solo, que secuestra a quienes llevan su misma sangre en las venas, que roba niños.

—Culpable por asociación —comentó Han—. Qué avanzado y sofisticado.

Mará alzó la mirada hacia él.

—Vamos, piénsalo un poco... En una sociedad regida por el consenso de grupo, la culpabilidad por asociación no deja de tener un cierto sentido.

—El caso es que la situación de la Supramadriguera es muy mala —dijo Dracmus—. No hay forma de que pueda ser peor para ellos. Ya visteis cómo se derrumbó Kleyvits en cuanto la verdad salió a la luz, y eso ocurrirá cada vez que los hunchuzucs exijan la verdad a la Supramadriguera seloniana. La Supramadriguera quedará tan humillada que se les podrá ver la nuca estando delante de ella. La Madriguera Hunchuzuc asumirá el control. Se hará con el consenso general y con muchas propiedades..., y se apropiará del repulsor.

—Pero los selonianos de Sacorria siguen controlando el repulsor —objetó Luke.

— ¡Sí! Y por lo tanto debemos esperar. Sé que la manera humana, o por lo menos una manera humana, de enfrentarse a ese problema y resolverlo sería dar una oportunidad de rendirse a los selonianos de Sacorria. Si no lo hicieran, entonces iríais allí con todos vuestros cañones escupiendo hermosas llamas. Pero entonces puede que todo el mundo acabe muriendo. Os hacéis con el repulsor, pero no tenéis ni idea de dónde está el interruptor que lo pone en marcha. — Dracmus meneó la cabeza—. Ésa no es la manera seloniana de hacer las cosas. Hablaremos con la escoria sacorriana, aunque será un trabajo sucio y muy desagradable. Ahora mismo estamos hablando con ella, y seguiremos hablando y hablando. Al final, la presión —esa presión que sus iguales ejercerán sobre la escoria sacorriana para que ceda— será excesiva, y cederán. Y harán algo más que ceder: como parte de su pena por estar en el bando que ha perdido, cooperarán con los hunchuzucs y nos dirán cómo operar la maquinaria. Así será. Lo único que debemos hacer es sentarnos y esperar.

—Suenan estupendo —dijo Han—. Bien, ¿y dónde está el problema entonces?

—El problema es que todo eso requiere tiempo. Todo lo que he dicho acabará ocurriendo, y es inevitable. El problema es que, como se suele decir en Selonía, «lo acordado se hace de inmediato, pero lo inevitable puede tardar un poco de tiempo».

— ¿Y como cuánto tiempo es un poco de tiempo? —preguntó Luke.

Dracmus meneó la cabeza.

—Una hora. Un día. Un mes. Un año.

Luke frunció el ceño.

—Disponemos de una hora y puede que incluso de un día, pero no tenemos mucho más tiempo. La Estación Centralia lanzará su emisión contra Bovo Yagen dentro de ochenta y cuatro horas. A menos que disparemos el haz de un repulsor planetario contra Centralia, y justo en el instante preciso, todo un sistema solar morirá.

—Y todo un sector empezará a sentirse dominado por el pánico y se preguntará a quién le tocará luego, y toda una galaxia empezará a preguntarse de qué sirve una Nueva República que no puede protegerles —dijo Leia.

—Y lamento decirlo —murmuró Han—, pero tendrán todo el derecho del mundo a preguntárselo.

— ¿Puedo volver a conectar los fusibles? —preguntó Jacen.

—Todavía no. Necesito unos momentos más —dijo Anakin, en un tono algo distraído—. Todavía hay uno por meter.

El pequeño estaba acostado encima del estómago, apoyado en un codo y con la cabeza inclinada sobre el panel de acceso del suelo que había abierto. Anakin siguió contemplando en silencio durante un par de minutos el amasijo de cables, alambres y tableros de circuitos y después metió la mano en el hueco y extrajo de él otro transpacitador, un complejo relé canalizador de energía que tenía el tamaño de un puño. Anakin necesitó dar un buen tirón para sacarlo de su conexión. Después lo sostuvo delante de su rostro y lo observó durante un momento, mirándolo casi como si pudiera ver dentro de él.

—Chico, éste sí que se ha quedado todo blando por dentro —dijo, y lo dejó en el suelo—. Dame el del hiperimpulsor, Jaina.

Jaina le pasó el último de los transpacitadores que habían sacado del impulsor hiperlumínico del *Halcón*. Anakin lo introdujo en la conexión y después volvió a conectar el sistema de canalización de energía al circuito sublumínico principal.

—Ya está —le dijo a Jacen—. Puedes volver a conectar los fusibles.

Jacen estaba sentado junto a otro panel de acceso abierto que contenía el sistema de fusibles. El muchacho contuvo el aliento y movió el interruptor hasta la posición de CONECTADO. Hubo una espera casi imperceptible, y después la luz verde se encendió. Jacen dejó escapar un suspiro de alivio y se volvió hacia Q9.

—Ha dado resultado, Chewbacca —dijo—. Ahora deberíamos poder utilizar los repulsores y los motores sublumínicos.

La voz de Chewbacca —un chillido lleno de nerviosa impaciencia y un gruñido— le respondió al instante, pareciendo estar un poco más lejos de la distancia normal a la que se usaba el micrófono de un comunicador. Había algo más que un poco de incongruencia en escuchar la voz de un wookiee saliendo del altavoz de Q9.

—Chewbacca dice que debéis daros prisa —tradujo Ebrihim, aunque no había ninguna necesidad de que lo hiciera.

—De acuerdo, de acuerdo, nos estamos dando prisa —dijo Jacen, poniéndose en pie. Después bajó la tapa de la caja de fusibles mientras Anakin bajaba la del tablero de circuitos—. Vamos a la cabina.

Los ruiditos de un comunicador pasando de unas manos a otras brotaron del altavoz de Q9, y fueron seguidos por un balido de Chewbacca y la ligeramente exasperada voz de Ebrihim.

—Devuélvemelo —dijo, aparentemente dirigiéndose al wookie—. Yo se lo diré.

Hubo una corta pausa y después la voz de Ebrihim volvió a llegar hasta ellos, esta vez con más potencia y nitidez.

—Procurad ir lo más deprisa posible —dijo—. El sol no tardará en salir, y estoy seguro de que nuestro amigo también se levantará con él.

—Muy bien, muy bien —murmuró Jacen—. Siempre protestando, ¿en? Vamos, Q9.

—Sigo sin entender por qué no podíais haber invertido unos momentos en sacar otro comunicador del almacén —dijo Q9, hablando con su propia voz—. No me hace ninguna gracia ser utilizado como intercomunicador.

Jacen sonrió mientras iba hacia la cabina.

—Así nos ahorramos los cinco minutos que habríamos tardado en encontrar uno y sintonizarlo con la frecuencia del que está usando Chewbacca. Necesitábamos esos cinco minutos, créeme... No te preocupes. Enseguida podremos utilizar el sistema de comunicaciones de la nave.

Jacen se detuvo en la entrada de la cabina del *Halcón Milenario*. Había estado muchas veces en ella, por supuesto..., pero esta situación era muy, muy distinta. Esta vez no había nadie para mantenerle vigilado, asegurarse de que no pulsaría ningún botón o echarle de allí. No. Esta vez Jacen estaba allí para pilotar la nave. Pilotar el *Halcón*... La sola idea le dejó aterrorizado.

— ¿Hacemos un concurso para averiguar quién de nosotros está más asustado? —preguntó Jaina.

Jacen giró sobre sus talones y sonrió. Su hermana gemela y su hermano pequeño estaban detrás de él, y los tres se habían quedado inmóviles en el umbral de la cabina.

—No sé... —dijo—. ¿Crees que estaríamos muy igualados?

—Ni lo sueñes. Te apuesto a que estoy un muchillón de veces más asustada que tú.

—No estés tan segura de eso —replicó Jacen—. Te apuesto a que habría un empate.

—Yo no estoy asustado —dijo Anakin—. Si queréis, yo pilotaré el *Halcón*.

—Podría tomarte la palabra si no fuese porque todavía no eres lo bastante alto para llegar a los controles —dijo Jacen.

— ¿Puedo recordaros a todos la necesidad de que os deis la máxima prisa posible? —preguntó Q9—. Creo que he superado mis recientes experiencias con la paranoia, pero no olvidemos que ahí fuera realmente hay alguien que quiere capturarnos.

—Tiene razón —dijo Jacen, y se volvió hacia Jaina—. ¿Qué asiento quieres? ¿Piloto o copiloto?

Jaina reflexionó durante unos momentos y acabó sonriendo.

—De tal palo tal astilla, ¿no? Ocupa el asiento de papá y pilota la nave. A él le gustaría que lo hiciéramos así, y apuesto a que a mamá también.

Jacen le devolvió la sonrisa y después se instaló en el sillón de pilotaje, ajustando el mecanismo de posición para que el sillón quedara lo más arriba y adelante posible. Jaina hizo lo mismo con el suyo.

—Bueno, Chewie, vamos a conectar el sistema de comunicaciones de la nave..., ahora —dijo Jacen.

Alargó la mano hacia el panel de comunicaciones y movió el interruptor correspondiente.

—Qué alivio —dijo Q9.

— ¿Sigues recibiéndonos? —preguntó Jacen.

Un rugido de respuesta brotó del altavoz que había encima de sus cabezas, y Jacen se apresuró a bajar el volumen.

—Estupendo —dijo Jaina—. Bien, Jacen... ¿Arnés de seguridad abrochado?

—Desde luego.

Miró hacia atrás y se aseguró de que Anakin, sentado en el puesto de observador detrás de Jaina, también se había puesto el arnés de seguridad. Q9 se había agarrado a un mamparo mediante sus abrazaderas magnéticas.

— ¿Todo el mundo preparado? —preguntó.

—No del todo —dijo Jaina—. Esos tipos de la Liga Humana empezarán a perseguirnos en cuanto despeguemos. Quizá deberíamos crear alguna diversión que haga perder un poco de tiempo a nuestro querido primo Thrackan antes de que nos vayamos.

— ¡En, espera un momento! —protestó Jacen.

Pero Jaina ya había activado los controles de disparo del cañón ventral del *Halcón*. Jacen pudo oír el zumbido de los motores cuando el cañón emergió del casco.

—He pensado en disparar contra el generador del campo de fuerza, y luego intentaré cambiar la mira lo más rápido posible y probaré suerte con la patrullera de asalto.

— ¿El generador del campo de fuerza? Supón que fallas y les das a Chewie y los dralls.

—No puedo darles. Están detrás del campo de fuerza, ¿recuerdas? Tú límitate a estar preparado para sacarnos de aquí flotando encima de los repulsores en cuanto te lo diga. No creo que debamos hacer nada con los motores sublumínicos hasta que dispongamos de un poco de espacio para maniobrar.

Jacen meneó la cabeza, no muy convencido.

—Muy bien —acabó diciendo—. Pero asegúrate de que luego no olvides quién tuvo la idea de disparar. Espera un momento... —Jacen examinó sus paneles de control durante unos instantes y después movió una serie de interruptores de energía. El *Halcón* vibró con un temblor casi imperceptible, y Jacen sintió cómo un débil zumbido de energía recorría toda la nave—. Allá vamos —murmuró—. Repulsores y motores sublumínicos preparados para ser utilizados.

—Chewie, acércate todo lo que puedas al centro del espacio de confinamiento y tápate los ojos, y di a los demás que hagan lo mismo.

Un aullido de protesta brotó del intercomunicador.

—Eh, ¿quieres calmartelo un poco? —replicó Jaina—. Funcionará. Confía en mí, ¿de acuerdo? Ahora preparaos para echar a correr y esconderos en cuanto desaparezca el campo de fuerza. Bueno, vamos allá... —Jaina clavó la mirada en el panel artillero e hizo unos pequeños ajustes en los controles de la mira del láser ventral—. Un disparo bien apuntado —dijo—. O da resultado, o no lo da. Chewie, Ebrihim, tía Marcha... ¡Preparados!

—Y todos opinan que me he estado comportando de una manera extraña —dijo Q9.

—Un disparo cuando haya contado hasta tres, y después centraré la mira en la patrullera de asalto y probaré suerte. Jacen, no despegues hasta que yo te lo diga, ¿de acuerdo?

— ¡Sí, de acuerdo! ¡Ya te oí la primera vez!

—Vamos allá —volvió a murmurar Jaina—. Uno...

Jacen se irguió en su asiento para poder ver mejor lo que iba a ocurrir.

—Dos...

Jacen se preguntó si no habría debido ser un poco más enérgico en su intento de detenerla. Jaina estaba yendo demasiado lejos, pero en realidad no había tiempo para discutir.

— ¡Tres!

Un chorro de fuego surgió del cañón ventral acompañado por un rugido ensordecedor y dio de lleno en el centro del panel de control del generador del campo de fuerza. El panel estalló en una flor de fuego que pareció iluminar toda la cámara del repulsor. El campo de fuerza se extinguió con un último parpadeo.

La repentina oleada de luminosidad dejó deslumbrado a Jacen, pero Jaina había mantenido la mirada clavada en su pantalla de puntería. La muchacha hizo girar el cañón láser hasta dejarlo más o menos dirigido hacia la patrullera de asalto, y volvió a disparar. El primer disparo falló el blanco por una considerable distancia, y el chorro de energía rebotó en los muros reflectantes de la cámara y luego volvió a chocar con ellos una docena de veces en una serie de locos rebotes antes de acabar desvaneciéndose. Jaina volvió a disparar y consiguió darle al soporte de descenso izquierdo posterior, haciendo que el casco de la patrullera de asalto subiera medio metro por los aires antes de volver a caer sobre el suelo de la cámara con un tremendo estrépito. Jaina volvió a probar suerte, y su tercer disparo falló de nuevo. El haz de energía rebotó de un lado a otro, chocando con las paredes y el suelo de la cámara.

Jacen pudo ver tres siluetas, una grande y dos pequeñas, que corrían hacia la entrada de las cavernas laterales más próxima. Bueno, por lo menos su hermana no los había matado cuando hizo estallar aquel generador...

—Teniendo en cuenta como están rebotando esos disparos, Jaina, hay más probabilidades de que le des a Chewie que a Thrackan.

Jaina meneó la cabeza.

—Tienes razón —dijo—. Venga, salgamos de aquí.

—Que todo el mundo se agarre a algo —dijo Jacen—. Nunca he hecho esto antes.

Tiró de la palanca de control de los repulsores, y el *Halcón Milenario* se fue elevando hacia el cielo.

Thrackan Sal-Solo salió despedido de su litera y se estrelló contra el suelo de su camarote. Permaneció durante unos momentos donde había caído, medio aturdido, hasta que consiguió levantarse. El compartimento quedó sumido en una negrura total durante unos segundos, pero después las luces de emergencia entraron en acción.

Thrackan se había apropiado del camarote del capitán de la patrullera de asalto, con lo que podía disfrutar del único espacio de a bordo en el que era posible estar solo. Aun así, el camarote era lo suficientemente pequeño para que Thrackan necesitara unos momentos antes de darse cuenta de que la cubierta estaba visiblemente inclinada hacia la derecha y la parte de atrás de la patrullera. ¿Qué había ocurrido? Podía oír gritos, voces asustadas que resonaban en el pasillo. Thrackan se puso un albornoz y salió de su camarote.



Y se encontró rodeado por una caótica confusión de hombres aterrorizados y aturdidos. Un instante después vio al capitán de la patrullera de asalto, que estaba tratando de llegar a la cabina de control. Thrackan le agarró por un hombro.

— ¿Qué infiernos está pasando, capitán Thrag? —preguntó.

— ¡No lo sé, señor! —respondió Thrag, también gritando para hacerse oír.

Era bajito, calvo y gordo y a aquellas horas de la noche, vestido únicamente con su ropa interior y después de que hubiera transcurrido tanto tiempo desde su último afeitado, no habría ganado ningún concurso de apostura masculina. Pero aquel hombre poseía una especie de tranquila e indefinible integridad. Obedecía las órdenes de Thrackan sin tenerle miedo, y eso era toda una rareza.

—Hubo unos disparos y luego algunas explosiones, por lo menos dos. Una sonó bastante lejos, y la otra tuvo lugar justo debajo de nosotros. Creo que hemos perdido uno de los soportes de descenso.

—Eso es imposible. Vamos a proa.

Los dos se abrieron paso a empujones hasta la cabina de control. El capitán pulsó un botón y el panel que protegía el visor se deslizó a un lado, permitiéndoles ver con toda claridad lo que había delante de ellos.

—Oh, por todas las estrellas... —jadeó Thrackan.

—Mire eso —dijo Thrag—. No puedo creerlo.

El generador del campo de fuerza era una columna de fuego, y los reflejos de las llamas bailaban y relucían en cada rincón de los muros plateados de la cámara del repulsor. El campo de fuerza había desaparecido, y los prisioneros se habían esfumado..., y tampoco parecía haber ninguna duda de adonde habían ido. El *Halcón Milenario* estaba despegando y, se dirigía hacia el cielo.

— ¡Hay que seguirles!

— ¡Pero hemos recibido algunos impactos láser! —protestó Thrag—. ¡Tenemos averías! Antes hemos de examinar los daños, hacer reparaciones...

— ¡No! ¡Si la nave ha sufrido averías, entonces volaremos con ellas! ¡Vamos, despegue de una vez!

—Eso significa arriesgar las vidas de todos los hombres que hay a bordo.

— ¡Todos los hombres que hay a bordo corren un serio riesgo de ser ejecutados por no haber sabido cumplir con su deber! —rugió

Thrackan—. ¿Qué me dice del centinela? Tendría que haber estado allí. Tendría que haber dado la alarma. ¿Dónde está?

El capitán dejó escapar una carcajada llena de amargura y señaló la popa de la patrullera con el pulgar.

—Supongo que estará ahí atrás, roncando con el resto de los borrachos.

— ¿Qué está diciendo?

—Le estoy diciendo que vaya a echar un vistazo a la tripulación que me envió su gente. Basura y escoria, desde el primero hasta el último de ellos... Antes de que a un hombre se le asigne un puesto tan poco importante como el servir a bordo de una patrullera de asalto tiene que haber sido rechazado por un montón de personas. ¿Qué esperaba conseguir reclutando matones?

—Bueno, si todos han sido rechazados, entonces nadie les echará de menos cuando los maten. ¡Haga despegar esta patrullera de una maldita vez! Thrag miró fijamente a los ojos a Thrackan durante unos momentos sin decir nada, y después acabó saludando.

—Muy bien, señor. Pero usted será el único responsable de lo que pueda ocurrir —dijo, y se sentó en el sillón de pilotaje.

Ebrihim estaba empezando a experimentar la desagradable sensación de que tenía una gran zona de pelaje chamuscado en la parte inferior de la espalda. En todo caso, podía percibir el olor acre del pelo quemado y notaba un cierto dolor en aquel lugar de su cuerpo. Pero ni el momento ni el lugar eran los más adecuados para preocuparse por esa clase de cosas. Además, sus pulmones estaban a punto de reventar, y estaba mucho más interesado en tragar un poco de aire fresco que en perder el tiempo averiguando si tenía la espalda incendiada o no. Los tres — Chewbacca, Marcha y Ebrihim— estaban escondidos junto a la base del cono más próximo al sitio en el que había estado posado el *Halcón*.

En el que había estado posado el *Halcón*... Ése era el punto clave de toda la situación, por supuesto. Aparte de eso, no había nada más que importara. Contemplarla desde aquel punto de vista quizá exigiera un cierto grado de crueldad o dureza pero aunque el *Halcón* se estrellara, aunque Thrackan Sal-Solo acabara derribándolo a cañonazos y se perdieran todas las vidas de quienes iban a bordo, aquel momento suponía una gran victoria..., porque a Thrackan Sal-Solo se le acababa de negar incluso la esperanza de influir sobre las decisiones de Leia Organa Solo.

Pero Thrackan había pagado un precio por el mero hecho de tratar de utilizar a sus hijos contra ella. Ebrihim conocía a los dralls, e incluso creía conocer bastante bien a los selonianos y los humanos. Su intento de chantaje sin duda había asqueado y enfurecido a millones de seres inteligentes en todo el sistema corelliano. Habría vuelto a millones en contra de él, convirtiendo el desagrado pasivo en resistencia activa. Habría despertado una considerable simpatía hacia Leia..., y hacia la Nueva República.

Aun así, Thrackan habría pagado con gusto ese precio si hubiera conseguido manipularla y obligarla a reconocer la independencia de Corellia. Aunque Leia se hubiera visto obligada a emitir un rechazo público de sus exigencias, eso ya le habría causado un daño tremendo. Una madre que daba la espalda a sus hijos... Sí, Thrackan Sal-Solo podría haber hecho maravillas con eso.

Ebrihim esperaba con todas sus fuerzas y todo su corazón que los niños sobrevivieran. Pero incluso si no sobrevivían, habían derrotado al primo de su padre, su enemigo, meramente por haber escapado de sus garras.

—Adiós —dijo por el comunicador, aunque en aquellos momentos seguramente ya estaban fuera de su radio de alcance—. Adiós, y buena suerte. Que... Que la Fuerza os acompañe.

Ebrihim vio cómo la patrullera de asalto despegaba entre temblores y sacudidas y remontaba el vuelo en una vacilante trayectoria hacia el cielo. No podía estar seguro de ello, naturalmente, pero por lo que había podido ver la patrullera de asalto había despegado con todos los soldados a bordo. Eso dejaba al trío solo en la cámara del repulsor, y todavía más atrapados allí de lo que lo habían estado antes. Aun así, Ebrihim estaba totalmente seguro de que tendrían montones de compañía en un futuro bastante cercano.

La pregunta a responder era quién vendría a visitarles.

Jacen aferraba los controles con manos tan rígidas como las de un cadáver mientras el *Halcón* cabalgaba sobre sus haces repulsores y se elevaba hacia el cielo ya luminoso de las primeras horas de la mañana. Salieron del pozo del repulsor y siguieron subiendo en un ascenso vertical, pero Jacen sabía que no podía tratar de llegar demasiado arriba o volar durante demasiado rato confiando únicamente en la energía de los repulsores. Tendría que pasar a emplear los motores

sublumínicos..., y deprisa. Para empezar, los repulsores no habían sido diseñados para proporcionar una impulsión indefinida, y aparte de eso Jacen sabía muy bien por cuántos apuros había pasado recientemente aquella nave. Puso la mano sobre la palanca de los motores sublumínicos y fue tirando de ella, haciéndola retroceder lo más suavemente que pudo.

El *Halcón Milenario* salió disparado hacia adelante como una exhalación y hendió el cielo. Jacen subió el morro en un intento de ganar un poco de altura o, por lo menos, de evitar acabar incrustado en el suelo. Tragó saliva, y después fue disminuyendo gradualmente el aflujo de energía a los repulsores hasta acabar desconectándolos. El *Halcón* se estremeció durante un momento, pero enseguida inició un vuelo fluido y sin sacudidas..., al menos durante un par de segundos. Un instante después la nave estaba precipitándose hacia el suelo. Jacen tiró de la palanca, obligando al *Halcón* a subir el morro y haciendo esfuerzos desesperados para impedir que empezara a dar tumbos por el cielo. La nave pareció acabar estabilizándose a medida que Jacen iba acostumbrándose a los controles. Pero el muchacho siguió empuñando la palanca con dedos tensos, y mantuvo los ojos yendo y viniendo continuamente entre los visores y los controles.

—Bueno, ya estamos fuera de la cámara del repulsor —dijo Jaina—. ¿Adonde vamos?

—No lo sé —dijo Jacen—. Nunca hablamos de esa parte, pero...

— ¡Detrás de nosotros! —gritó Anakin—. ¡Echad un vistazo a la pantalla detectora!

Jacen tuvo que recorrer el panel con la mirada durante un momento antes de encontrar la pantalla detectora. Pero en cuanto la localizó, no tuvo ninguna dificultad para interpretar lo que le estaba mostrando.

Estaban siendo perseguidos por la patrullera de asalto del primo Thrackan. Un haz de energía láser se perdió en el cielo después de pasar rozándoles por estribor y Jacen se encogió involuntariamente sobre sí mismo..., tirando de los controles de la nave al hacerlo y consiguiendo que el *Halcón* girase bruscamente sobre su eje hasta que la parte superior de la nave quedó dirigida hacia abajo. De repente el *Halcón* se encontró subiendo en un ángulo de ataque de unos cuarenta y cinco grados, pero con la cabina vuelta hacia abajo en vez de hacia arriba. El sistema de gravedad artificial los mantuvo en sus asientos, pero Jacen podía mirar arriba y hacia atrás y ver el suelo allí donde tendría que haber estado un retazo de cielo.

Aquella maniobra accidental parecía haber servido para quitarles a Thrackan de la cola, al menos por el momento, pero no había duda de que pronto volvería a la carga..., y de que volvería a disparar contra ellos.

— ¡Levantad los escudos! —gritó Jacen.

— ¿Dónde...? ¿Dónde están los controles de los escudos? —preguntó Jaina.

—Chewie los cambió de sitio cuando recableó los circuitos de la cabina —dijo Anakin desde el asiento de observación—. Creo que están debajo de tu mano izquierda. Es un panel con unos botones rojos muy grandes.

— ¿Dónde? ¿Dónde? —preguntó Jaina—. No lo veo.

—Yo lo encontraré —dijo Anakin.

Se quitó el arnés de seguridad, bajó de un salto de su asiento y se retorció hasta conseguir meterse por entre los dos sillones de pilotaje. Después alargó las manos y desconectó los seguros de una hilera de interruptores rojos, dejó caer un dedito regordete sobre un gran botón rojo e hizo girar dos diales.

— ¡Muy bien, escudos arriba! Escudos superiores, inferiores y delanteros a..., eh..., a un veinte por ciento de potencia. Escudos posteriores a máxima potencia.

Un retumbar ahogado y una vibración que recorrió toda la nave indicaron a Jacen que Anakin había levantado los escudos justo a tiempo..., y que la puntería del primo Thrackan estaba mejorando.

¿Estaba intentando derribarlos? ¿Eran disparos de advertencia, o estaba intentando dejarles sin propulsión? Hasta el momento, y por lo que había podido ver Jacen, Thrackan se había limitado a utilizar las armas delanteras de la patrullera, unos cañones láser de bajo calibre más concebidos para emplearlos contra tropas de tierra que en un combate nave-contranave. Pero ¿qué significaba eso? Jacen sabía que su padre habría sido capaz de interpretar esos disparos, saber qué pretendía hacer Thrackan y qué había que hacer al respecto. Pero por muy devotamente que Jacen pudiera llegar a desear su presencia, su padre no estaba allí. Probablemente —sólo probablemente— Thrackan estaba intentando dejar incapacitado al *Halcón*, no matarles. No era una idea muy reconfortante.

Treinta segundos antes Jacen había estado intentando decidir adonde irían, pero de repente el llegar a algún sitio había dejado de ser su primera preocupación.

Lo único que quería era estar muy lejos de allí..., y enseguida.

— ¡Dispare! —gritó Thrackan—. ¡Dispare, maldito sea!

—No puedo disparar contra ellos si no consigo centrar la mira —gruñó Thrag—. Los cañones delanteros no tienen ningún sistema de puntería automatizada. No puedo perseguir a una nave y tratar de conseguir un disparo lo bastante preciso para dejarla sin propulsión al mismo tiempo. Quizá usted sea tan bueno, pero yo no.

—Ahora veremos lo bueno que soy —dijo Thrackan mientras se instalaba en el sillón del copiloto—. Transfiera el control de los sistemas de artillería a este panel.

— ¡Pero esos niños son parientes suyos! —protestó Thrag.

—Le he ordenado que dispare contra ellos, y ahora voy a disparar contra ellos. No soy lo bastante hipócrita como para pretender que haya alguna diferencia entre una cosa y otra.

Thrag desvió su atención de los controles el tiempo suficiente para que sus ojos pudieran recorrer a Thrackan desde la cabeza hasta los pies.

—Pues entonces haga usted mismo su trabajo sucio, y que le aproveche —dijo, y transfirió el control de los sistemas de artillería al panel de Thrackan—. Pero nunca pensé que llegaría a conocer a un hombre que se enorgulleciera de ser capaz de disparar contra su propia familia.

El oficial de enlace de Ossilege entró corriendo en el puente con tal apresuramiento que estuvo a punto de tropezar y caer al suelo.

— ¿Ha ocurrido algo, señor?

Ossilege se volvió hacia él, enarcó una ceja y le fulminó con una mirada francamente temible.

—Gracias por proporcionarme ese informe tan claro y altamente detallado —dijo.

—Ah... Sí, señor. Lo siento. Ha ocurrido algo en el repulsor. Hemos detectado varias emisiones de energía que nuestros detectores interpretaron como disparos láser y explosiones, y luego... Bueno, luego dos naves salieron del repulsor y la segunda iba persiguiendo a la primera. Acaban de alcanzar la altitud suficiente para que podamos verlas por encima de la curvatura del planeta. Las dos están siendo pésimamente pilotadas, y una de ellas parece haber sufrido algunos daños.

— ¿Dos naves? —preguntó Kalenda—. Son todas las que había ahí abajo, a menos que alguien esté jugando con cartas marcadas.

Ossilege pulsó un botón de la consola principal del puente.

—Aquí Putney —dijo una voz levemente nasal y estridente.

—Aquí Ossilege, comandante Putney. Parece ser que todo el mundo se ha ido del repulsor. Las dos naves han despegado.

— ¿Por qué? —preguntó Putney.

—No estamos seguros, pero una nave parece estar persiguiendo a la otra. Necesitamos aprovechar la nueva situación. Pueden haber dejado tropas en el repulsor y puede que no lo hayan hecho, pero incluso si lo han hecho, algunos de sus soldados y la mayor parte de su potencia de fuego acaban de partir hacia una órbita planetaria. Vamos a agarrar esta oportunidad con las dos manos. Me da igual que su patrullera de asalto esté a medio cargar y que sus tropas no lleven puestos los pantalones, Putney: quiero que se dirijan hacia el repulsor ahora mismo y que lleguen allí lo más deprisa posible.

— ¡Sí, señor! —replicó Putney—. Nuestras armas pesadas no están a bordo, pero si tenemos suerte no las necesitaremos. Podemos despegar dentro de cinco minutos.

—Que sean cuatro —dijo Ossilege, y cortó la comunicación. Después se volvió y llamó a Kalenda con un gesto de la mano—. Quiero contacto visual e información táctica sobre las dos naves, y ahora mismo —ordenó.

Kalenda manipuló los controles a una velocidad increíble y seleccionó las imágenes procedentes del sensor visual de largo alcance y del sensor táctico. Dos naves aparecieron en la pantalla. Las dos luchaban por ganar altitud, con la que iba delante volando bastante erráticamente..., y con la parte superior del casco apuntando hacia el planeta.

—Es el *Halcón* —dijo Lando—. Es el *Halcón Milenario*, la nave personal de Han Solo... Está del revés y creo que el piloto debe de estar borracho, pero reconocería a esa nave en cualquier sitio.

—Y la nave que la persigue es la patrullera de asalto —dijo Ossilege, visiblemente excitado—. Y parece haber sufrido algunos daños.

— ¿Quién demonios está pilotando el *Halcón*? —preguntó Kalenda.

—Bueno, puedo asegurarle que no es Chewbacca —replicó Lando—. Ese wookiee podría pilotar la nave mejor de lo que está siendo pilotada ahora incluso vendado y con un brazo en cabestrillo..., y no se lo tome como una licencia poética.

—Pues entonces ¿quién pilota el *Halcón*?

—Tengo una idea, pero de todas maneras ninguno de ustedes me creería —dijo Lando—. La última vez no me creyeron.

Ossilege se volvió hacia él.

— ¿Me está diciendo que uno de los niños pilota esa nave?

—Es usted quien lo ha dicho, no yo —replicó Lando.

— ¡La patrullera de asalto vuelve a disparar! —exclamó Kalenda.

—Impacto directo..., pero siguen en el aire —dijo Lando—. Deben de haber logrado levantar los escudos, aunque no sé cómo se las habrán arreglado.

Ossilege seguía con los ojos clavados en la pantalla táctica e intentaba hacerse una idea de su destino a partir de la proyección de curso, pero el vuelo del *Halcón* era tan errático que resultaba imposible saber adonde pretendía ir.

— ¿Adonde van? —preguntó—. ¿Hacia dónde se dirigen? Sea cual sea el curso que están intentando seguir, está claro que no les llevará ni remotamente cerca de ningún sitio. ¿Hacia dónde se creen que van?

—A ningún lugar —dijo Lando—. Escapan. Quieren irse lo más lejos posible.

— ¿Saben que estamos aquí? —preguntó Ossilege.

Lando meneó la cabeza.

—Si lo supieran, vendrían hacia nosotros, o nos habrían enviado una transmisión o... Bueno, habrían hecho algo. De momento se limitan a continuar volando en la dirección que seguían cuando el piloto consiguió hacerse con el control de la nave, fuera cual fuese esa dirección.

Ossilege estaba visiblemente nervioso y excitado..., e intentaba ocultarlo de una manera igualmente visible.

— ¿Podemos enfocar un rayo tractor hacia alguna de las naves, o hacia las dos?

Kalenda inspeccionó sus instrumentos.

—De momento no —respondió unos instantes después—. Pero aunque no estén viniendo directamente hacia nosotros, se están aproximando. El *Halcón* debería entrar en el radio de alcance de los rayos tractores en veinte segundos, y la patrullera de asalto debería estar a nuestro alcance diez segundos después.

—Espere hasta que las dos estén dentro del radio de alcance, y luego use los rayos tractores sobre ambas naves. Traiga al *Halcón*, pero mantenga a la patrullera de asalto en su posición actual, al menos por el momento

—Sí, señor —dijo Kalenda, y empezó a transmitir las órdenes.

—Si hacemos las cosas bien, podemos capturar el repulsor y a Thrackan Sal-Solo..., todo al mismo tiempo —dijo Ossilege. Alzó la mirada hacia la pantalla principal, donde la flota de la Tríada seguía desplegándose y se preparaba para lo que fuese que hubiera venido a hacer allí—. Dejando aparte el pequeño problema de que tenemos a una flota enemiga preparándose para el ataque, creo que podemos acabar encontrándonos en una situación altamente satisfactoria.

El *Halcón* se bamboleó violentamente hacia un lado cuando la nueva andanada de la patrullera de asalto logró dar en el blanco.

—A los escudos no les ha gustado nada este último disparo —dijo Anakin, que estaba observando las lecturas del sistema de defensa.

—Ya está bien —dijo Jaina—. Estoy harta, ¿de acuerdo? Vamos a darles un poco de su propia medicina. Activando cañón láser ventral y preparando fijación de disparo por popa.

— ¿Qué? —gritó Jacen—. ¿Es que te has vuelto loca?

—Creo que todos estáis locos —dijo Q9.

—Calla, Q9. ¡Jacen, ya está disparando contra nosotros! ¿De qué manera puede empeorar la situación que devolvamos el fuego?

—No lo sé —dijo Jacen—, pero te apuesto a que ya encontraremos alguna.

—Láser ventral en búsqueda automática de blancos. ¡Tengo un centrado de miras! —Jaina apretó el gatillo y el cañón láser escupió un chorro de energía—. ¡Le he dado! —exclamó Jaina—. Los escudos han absorbido el impacto, pero le he frenado un poco.

— ¡Los escudos han perdido un cinco por ciento de potencia! —dijo Thrag—. Un disparo impecable, desde luego... Si hubiera tenido algo de energía detrás de él, ahora estaríamos flotando a la deriva por el espacio.

— ¿Han disparado contra mí? —exclamó Thrackan—. ¿Que esos mocosos miserables han tenido el descaro de disparar contra mí? ¡Activación de todos los sistemas primarios de armamento!

— ¡Pero los hará pedazos! —protestó Thrag—. ¡Los necesita con vida!

—Pero quiero verlos muertos —replicó Thrackan Sal-Solo—. Armamento primario activado y listo para hacer fuego.

Jacen se atrevió a echar un vistazo a la pantalla del detector.

— ¡No sólo no ha dejado de perseguirnos, Jaina, sino que va a disparar su torreta principal! Tenemos que salir de aquí. ¡Agarraos!

Jacen tiró de la palanca de control e hizo subir el morro del *Halcón*. La nave empezó a trepar sobre su proa y ejecutó un rizo, subiendo y saliendo de él antes de haberlo completado para quedar colocada detrás de la popa de la patrullera de Thrackan.

— ¡Escudos delanteros a máxima potencia, Anakin! —gritó Jacen.

Su hermano pequeño se apresuró a alterar los ajustes, y consiguió que la nueva disposición de energía entrara en acción justo a tiempo de desviar un disparo de la torreta artillera de la patrullera de asalto. El *Halcón* vibró y se estremeció, pero sus escudos aguantaron.

— ¡Estamos detrás de sus escudos, y los tengo en el punto de mira! ¡Voy a atacar! —gritó Jaina.

Disparó dos veces. El primer haz de energía se estrelló contra la torreta artillera justo allí donde se unía a la parte superior del casco de la patrullera, arrancando limpiamente toda la estructura. El segundo chorro de fuego láser dio en los motores sublumínicos, destrozando los emisores sin dejar ningún rastro de ellos.

La patrullera de asalto se había quedado sin propulsión espacial.

Jacen tuvo que interrumpir sus gritos de alegría el tiempo suficiente para evitar que el *Halcón* se incrustara en la popa de la patrullera.

Y entonces una gigantesca mano invisible surgió de la nada y agarró al *Halcón Milenario* por el pescuezo.

—La patrullera de asalto ha perdido su sistema de propulsión principal. ¡El rayo tractor está activado! —anunció Kalenda—. Contacto positivo con la patrullera de asalto. Contacto provisional con el *Halcón*. El *Halcón* está intentando liberarse. No podremos mantenerlo inmovilizado durante mucho tiempo sin causarle daños.

Lando fue hasta el panel de comunicaciones del puente y tecleó un código de acceso de comunicaciones que llevaba bastante tiempo sin usar.

—Esperemos que Han no me haya hecho la faena de cambiar los códigos —murmuró, y después presionó la tecla de transmisión—. Lando Calrissian al *Halcón Milenario*. Aquí Lando Calrissian llamando al *Halcón Milenario*. Desconecte sus motores y no ofrezca resistencia al rayo tractor. Vamos a llevarles a bordo de una nave bakurana aliada con la Nueva República. ¿Me reciben?

— ¿Lando? —replicó una voz muy joven y algo temblorosa desde el otro extremo de la conexión—. ¿Eres tú? ¿Eres tú?

— ¿Eres tú, Jaina? —preguntó Lando a su vez.

—No, soy Jacen —respondió la voz en un tono bastante irritado—. Pero Jaina y Anakin también están aquí. Y Q9 también está con nosotros.

— ¿Quién o qué es Q9? —preguntó el almirante Ossilege, que estaba empezando a impacientarse.

—No tengo ni idea, pero parece que pronto tendremos la ocasión de averiguarlo —dijo Lando, y volvió a presionar la tecla de transmisión—. ¿Dónde están Chewbacca y los dralls?

—Siguen en la cámara repulsora, en el planeta —respondió Jacen—. Tendremos que enviar a alguien para que los recoja.

Lando echó un vistazo al panel principal del puente.

—Acabamos de lanzar una patrullera de asalto que se dirigirá hacia allí —dijo—. No os preocupéis por ellos.

—Estupendo —dijo Jacen—. Me alegro mucho de verte, Lando.

—Y yo también —replicó Lando—. Oh..., y una cosa más: magníficas maniobras, y magníficos disparos. Vuestro padre estará muy orgulloso de vosotros.

— ¡Gracias, Lando!

—No hay de qué —dijo Lando, y cortó la conexión.

Alzó la mirada hacia la pantalla táctica principal, donde la flota sacorriana estaba avanzando lenta y cautelosamente hacia la Estación Centralia y los dos destructores que montaban guardia a su alrededor. Después sus ojos se posaron sobre un reloj de cuenta atrás que mostraba las ochenta y dos horas que faltaban para que Centralia disparase su haz de energía tractora-repulsora hiperespacial contra Bovo Yagen.

—O por lo menos estará orgulloso de vosotros si vivimos el tiempo suficiente para que se entere de lo que habéis hecho —le dijo al micrófono desconectado.

Y un instante después pensó que debía informar a Han de lo ocurrido. Tenía que hacerlo enseguida..., antes de que fuera demasiado tarde.

El capitán Thrax estaba sentado en la cabina de control llena de humo de su patrullera de asalto y se reía, pero la carcajada que surgía de sus labios era un sonido lleno de furia en el que no había ni rastro de alegría o felicidad.

— ¡Cuan terrible ha sido la caída de los poderosos, oh poderoso Diktat! —dijo—. Le han vencido, le han derrotado por completo... Derribado por unos niños, unos niños tan pequeños que probablemente tenían serios problemas para poder ver el panel de control...

—Cállese, Thrax —dijo Thrackan—. O se calla o le mato ahora mismo.

Thrax dejó escapar una última risita y volvió la mirada hacia el visor de la patrullera de asalto. El rayo tractor de la nave enemiga estaba tirando de ellos, y sólo necesitaría unos cuantos segundos más para llevarles hasta el hangar.

—Lo horrible es que quizá sería capaz de hacerlo —dijo—. ¿Y por qué no? Si alguna vez ha habido un hombre que no tuviera nada que perder, ahora usted es ese hombre. Está en sus manos, Diktat Sal-Solo. —Inclinó la cabeza señalando la nave suspendida en el visor, la nave que se estaba aproximando un poco más a cada segundo que pasaba—. Está en sus manos, en cuerpo y en alma.

El *Halcón Milenario* descendió sobre la cubierta del hangar del *Intruso* en un suave aterrizaje llevado a cabo por el operador del rayo tractor. Los tres niños desactivaron los sistemas de la nave como buenamente pudieron y fueron a la rampa de acceso. Anakin manipuló los controles, y la rampa brotó del casco. Los tres hermanos bajaron por ella..., y se detuvieron al final de la superficie metálica. La patrullera de asalto había sido subida a bordo antes que el *Halcón*, y los bakuranos ya estaban llevándose a los soldados de la Liga Humana para ponerlos bajo custodia.



Los soldados iban siendo sacados uno a uno de la patrullera, con las manos sobre las cabezas, y eran conducidos al bloque de detención.

El penúltimo prisionero que salió de la patrullera era un hombre bajito y de aspecto bastante sucio y descuidado cuyo atuendo se reducía a la ropa interior. Todos los prisioneros que le precedieron habían parecido asustados o furiosos, pero aquel hombre se estaba riendo..., y a carcajadas.

Pero el último hombre que salió de la patrullera no se reía. Thrackan Sal-Solo salió por la escotilla con el cuerpo muy erguido y las manos a los lados. Después de haber bajado por la rampa y haber puesto los pies sobre el suelo del hangar, Thrackan se quedó inmóvil durante un momento y miró a su alrededor.

Y vio a los tres hermanos que también estaban inmóviles delante del *Halcón Milenario*, y la impasible arrogancia de su rostro se esfumó al instante para ser sustituida por una mueca del más puro odio, ira y malicia imaginables. Los tres hermanos retrocedieron un paso, y Thrackan llegó a dar un par de pasos hacia ellos antes de que los guardias le sujetaran por los brazos y se lo llevaran.

Anakin permaneció inmóvil entre su hermana y su hermano, cogiéndoles de la mano, y contempló con los ojos muy abiertos cómo los guardias bakuranos se llevaban a Thrackan Sal-Solo, Diktat de Corellia.

—Nuestro primo es un hombre muy malo —dijo por fin.

Jacen y Jaina se miraron, y a ninguno de los dos se les ocurrió nada que añadir a esas palabras.

—Esto no sirve de nada, Dracmus —dijo Han—. Vienes y nos dices que tal vez haya algún progreso. Te vas. Vuelves. Nos dices lo mismo que nos has dicho antes, y así una y otra vez... Ahí fuera hay gente que está librando una guerra. Todo un sistema estelar podría morir mientras tú vas de un lado a otro.

—Sélo, sélo, sélo —replicó Dracmus—. Pero debes creerme cuando te digo que no hay nada más que podamos estar haciendo. Los hunchuzucs conocemos el plazo. Lo estamos intentando, pero es una situación muy delicada. Presiona demasiado a los sacorrianos del clan sin nombre, y podrían cometer suicidio..., o morir de vergüenza. Y en nuestro caso morir de vergüenza no es una mera expresión, como ocurre con vuestro pueblo. —Dracmus parecía dispuesta a ofrecer una explicación de lo que acababa de afirmar, pero se dio cuenta de cómo la estaba mirando Han y se apresuró a volver al tema principal—. Lo más eficaz que podéis hacer los humanos para darnos prisa es sencillamente estar aquí, poniendo cara de impaciencia, mirando los relojes y recordándonos que debemos darnos prisa. Iré a decir a los negociadores que os estáis impacientando y que el tiempo se acaba, y entonces ellos se darán más prisa.

Y de repente un extraño zumbido ahogado surgió del bolsillo de Mará. En ese mismo instante Erredós se convirtió en un torbellino de actividad, y el pequeño androide empezó a hacer girar su cúpula visora de un lado a otro mientras soltaba toda una serie de ruidosos pitidos y trinos electrónicos.

Mará puso cara de perplejidad durante unos momentos y después pareció acordarse de algo. Se levantó, metió la mano en el bolsillo de su mono, del que había surgido el sonido, y sacó un comunicador.

—Ha pasado tanto tiempo desde que estos trastos funcionaban que me había olvidado de que estaba ahí —dijo. Presionó un botón en un lado del comunicador y el zumbido cesó—. Es una llamada enviada por los sistemas de detección de la nave. Acaba de recibir un mensaje de alta prioridad.

— ¿Tú también lo estás recibiendo, Erredós? —preguntó Luke—. ¿Es el mismo mensaje?

Erredós respondió con un trino claramente afirmativo.

—Tiene que ser el mismo —dijo Mará—. He de ir al *Fuego de Jade* para leer mi transcripción. ¿Alguien quiere venir conmigo para enterarse de qué ha pasado?

Erredós confirmó que se trataba del mismo mensaje apenas se hubo conectado a la salida de datos de la cabina de control del *Fuego de Jade*, y eso les evitó tener que decodificarlo dos veces. El sistema de decodificación del *Fuego de Jade* era realmente excelente. Descifró el mensaje en unos cuantos segundos, llevando a cabo un complicado trabajo para el que Erredós habría necesitado muchos minutos. Mará, que estaba sentada delante de los controles de la nave, pulsó el botón de activación del sistema y un holograma cobró vida con un parpadeo iridiscente a un metro por encima del suelo.

El holograma les mostró la silueta completa de Lando reducida a la mitad de su estatura real.

—Hola —dijo Lando en un tono de voz muy solemne—. No conozco con exactitud vuestra situación actual, así que enviaré una copia de este mensaje a cada uno de vosotros. Han ocurrido muchas cosas. La mala noticia es que el verdadero enemigo por fin ha decidido dar la cara. Es la flota de la Tríada sacorriana. Luke ya conoce su existencia, y esa flota es el auténtico enemigo. Todo lo demás, todas las rebeliones... Bueno, no eran mucho más que maniobras de diversión. La flota está compuesta por unos ochenta navíos de todos los tamaños, y se están aproximando muy lentamente a Centralia. Parecen estar calculando cuidadosamente la velocidad de su aproximación para llegar a Centralia en el mismo instante en que la estación lance su disparo contra Bovo Yagen. No hemos tratado de impedir su avance..., todavía. Por su parte ellos tampoco han hecho ningún gesto hostil hacia nuestras naves, pero dudo que ese estado de cosas vaya a durar mucho tiempo.

—Ésa es la mala noticia, y es francamente mala. —La imagen de Lando guardó silencio durante un momento, y después una gran sonrisa iluminó su rostro—. La buena noticia es realmente buenísima. No me preguntéis cómo ha ocurrido porque todavía no hemos tenido tiempo de aclarar todos los detalles, pero los niños han escapado de Thrackan..., y lo hicieron a bordo del *Halcón Milenario*. Pilotaron la nave. Y antes de que tengas tiempo de ponerte azul, Han, te diré que el *Halcón* no ha sufrido ni un solo arañazo. Pero lo realmente increíble es... que capturaron a Thrackan. Tendrías que haberlo visto, Han. Los chicos ejecutaron un rizo impecable y le soltaron dos disparos incapacitadores a la popa de Thrackan. Los bakuranos han hecho prisionero a Thrackan. Bien, ya sé que no te lo creerás, pero los chicos hicieron todo el trabajo...

—No puedo creerlo —dijo Han.

— ¡Shhhh! —dijo Leia.

—... y todos están sanos y salvos a bordo del *Intruso*. Chewbacca y los dos dralls que se vieron metidos en todo esto están siendo recogidos del repulsor ahora mismo. Por lo que sabemos, ellos también están bien.

—Pero la verdadera razón por la que os he enviado este mensaje es que debo pedir os que vengáis aquí. Gaeriel Captison ha convocado un consejo de guerra para dentro de dieciocho horas. Necesitamos que todos estéis aquí. La señora Captison quiere que también haya una representante de Selonia, así que os ruego que traigáis a una con vosotros si os es posible. Además, y para no andarme con rodeos, hay bastantes probabilidades de que vayamos a necesitar hasta el último gramo de potencia de fuego que podamos reunir antes de que esto se acabe. Os necesitamos a todos: necesitamos el *Fuego de Jade*, y necesitamos el ala-X de Luke. Enviad un mensaje de respuesta lo más pronto posible informándonos de vuestras intenciones. Pero, hagáis lo que hagáis, daros prisa, por favor. Casi se nos ha acabado el tiempo.

## 14

### El último adiós

Leia Organa Solo, jefe de Estado de la Nueva República, bajó corriendo por la rampa de acceso del *Fuego de Jade*, llegó a la cubierta del hangar del *Intruso* y estuvo a punto de derribar a un par de miembros de la guardia de honor cuando corrió hacia sus niños y rodeó a los gemelos con los brazos. Anakin escapó a su primer gran abrazo por la sencilla razón de que los saltos de excitación que daba eran tan veloces y enérgicos que convertían al pequeño en un objetivo bastante difícil de alcanzar. Pero Han Solo había venido corriendo detrás de su esposa, y alzó en vilo al niño. Luke se unió al pequeño y feliz núcleo de caos y confusión, abrazando a los niños, saludándoles, revolviéndole los cabellos a Jacen, haciendo cosquillas a Jaina y tomando a Anakin de los brazos de Han para sostenerlo en los suyos. Cetrespeó iba de un lado a otro con su habitual caminar tambaleante y envarado, ofreciendo sus saludos..., y estorbando todo lo posible.

— ¡Anakin! ¡Jacen! ¡Jaina! —exclamó Leia—. Oh, dejad que os mire...

Pero un instante después ya estaba rodeándolos con los brazos, apretándolos contra su pecho con tanta fuerza que no parecía probable que pudiera ver gran cosa.

Lando Calrissian se unió a la confusión de la bienvenida, rodeando a Han con un brazo y gritando un afable insulto en su oreja mientras le daba palmadas en la espalda, besaba a Leia y bromeaba con los chicos. Un par de recién llegadas más, Mará Jade y Dracmus, la representante de Selonía, también fueron saludadas a continuación.

El almirante Ossilege se permitió una gélida sonrisita mientras contemplaba toda aquella agitación.

—No puede decirse que sea la más digna y majestuosa de todas las apariciones en escena posibles, ¿verdad, señora Primera Ministra? Esperaba que la jefe del Estado se comportaría con más circunspección.

Gaeriel probablemente podría haber encontrado algún comentario más o menos tópico sobre la familia imponiéndose a la ceremonia, o podría haber dicho que en el universo había otras cosas en las que pensar aparte de la dignidad, pero de repente se sintió incapaz de responder diplomáticamente. Pensó en Malinza, su hijita, lejos de ella en su hogar de Bakura. Después miró a Luke Skywalker, que había colocado a su sobrina encima de sus hombros, y pensó en lo maravillosamente bien que sabía tratar a los niños y en todas las cosas que podrían haber ocurrido y que ya nunca podrían llegar a ocurrir. Pero el almirante todavía parecía estar esperando una contestación, por lo que Gaeriel decidió hablar y, sin que supiera muy bien cómo, no consiguió evitar que se le escapara la verdad.

—Creo que es maravillosa —dijo.

El almirante Hortel Ossilege se volvió hacia ella y la contempló con franca sorpresa.

— ¿De veras? —murmuró—. Entonces está claro que los patrones de belleza varían considerablemente de una persona a otra. Los míos no incluyen a los niños revoltosos que arman mucho jaleo.

—Pues en ese caso le compadezco —dijo Gaeriel, muy sorprendida consigo misma al oírse hablar con tanta claridad—. No conozco ninguna otra cosa que haya traído tanta belleza a mi vida.

Gaeriel Captison dio un paso hacia adelante, dejando inmóvil detrás de ella a un perplejo almirante Ossilege. Fue hacia los recién llegados y les ofreció una reverencia tan sencilla como elegante.

—Señora jefe de Estado, capitán Solo... —dijo—. Les doy la bienvenida a bordo del *Intruso*, y les deseo que obtengan la máxima alegría de esta maravillosa reunión.

Después se arrodilló ante ellos, envuelta en su muy oficial túnica de ministra, y dio un beso a cada niño.

«Que el viejo cascarrabias intente digerir esto», se dijo. Gaeriel había sido un poco impulsiva en su juventud, y le complació ver que no había perdido del todo esa faceta de su carácter.

—En cierto sentido, la situación es bastante complicada mientras que en otro sentido no puede ser más simple —dijo Belindi Kalenda, dirigiéndose al consejo de guerra reunido en el puente superior del *Intruso*.

«Y no cabe duda de que nunca había visto a tantas personas tan distintas reunidas en un consejo de guerra», se dijo a sí misma mientras hablaba. A su izquierda estaban Ossilege, con su impecable uniforme de gala blanco y su pechera repleta de medallas, Gaeriel Captison con su túnica ministerial, Lando Calrissian con una capa púrpura francamente elegante desplegada sobre un hombro de su blusa color borgoña, y Han Solo vistiendo una camisa marrón claro más bien arrugada con un chaleco de vuelo encima de ella. Resultaba obvio que aquel chaleco había sido muy utilizado a lo largo de los años. A continuación venían la esposa de Solo, Leia Organa Solo, la jefe de Estado, vestida con una sencilla camisa azul y unos pantalones oscuros que le había prestado Mará Jade. Todas las ropas de la jefe de Estado habían sido perdidas, destruidas o abandonadas en algún lugar del sistema corelliano a lo largo de las últimas semanas.

Al lado de Leia estaba su hermano, Luke Skywalker, con su mono de vuelo carente de insignias e irreprochablemente planchado. Detrás de él, junto a la pared, estaban sus dos androides, Erredós y Cetrespeó, presentes en el consejo por si se necesitaban sus servicios. Los dos dralls, Ebrihim y Marcha, llevaban por único atuendo su pelaje marrón, y los dos parecían haber sufrido chamuscamientos parciales de él durante los últimos dos días. Después estaba Chewbacca el wookie, que tenía un aspecto o sombrío o pensativo —Kalenda nunca había tenido mucha suerte a la hora de descifrar las expresiones de los wookies—, y Jenica Sosen, que había conseguido hacerse un hueco entre Chewbacca y una seloniana llamada Dracmus que parecía estar bastante nerviosa. Sosen daba la impresión de no estar demasiado complacida con el asiento que le había tocado. A juzgar por su expresión, esperaba que en cualquier momento el wookie y la seloniana se enzarzaran en una discusión para decidir si querían la carne cruda o muy cocida.

Al otro lado de la seloniana llamada Dracmus estaba Mará Jade, muy elegante con un mono de vuelo de corte impecable pero, por lo demás, perfectamente corriente.

Y Kalenda se recordó a sí misma que ella también estaba allí, naturalmente. Los últimos días y horas habían sido tan caóticos que no le habría resultado demasiado difícil olvidarse de su propia existencia.

—Para empezar resumiendo la parte sencilla —siguió diciendo—, el enemigo se aproxima a Centralia. Tienen que impedir que interfiramos con el siguiente disparo destructor de estrellas..., y nosotros tenemos que interferirlo cueste lo que cueste, por supuesto. Considerando el número de vidas que hay en juego si fracasamos, no creo que nadie esté en desacuerdo conmigo cuando sugiero que la destrucción de toda nuestra fuerza supondría pagar un precio muy pequeño a cambio de la victoria.

»Y debemos enfrentarnos al hecho de que corremos ese riesgo. Contamos con tres navíos de combate que transportan a un total de treinta y dos cazas en condiciones de combatir. El enemigo

tiene como mínimo ochenta naves espaciales de gran tamaño. Si todas ellas llevaran una dotación completa de cazas a bordo —aunque dudo mucho de que así sea—, entonces el número de cazas del que dispondrían entraría en la magnitud de los centenares.

Las cifras eran lo suficientemente impresionantes para provocar una oleada de susurros y comentarios en voz baja que recorrió toda la mesa.

Kalenda esperó a que los murmullos se disiparan, y después siguió hablando.

—Contamos con unas cuantas ventajas que voy a exponerles a continuación. Hemos conseguido obtener algunas grabaciones bastante buenas de la flota enemiga mediante nuestros sensores de largo alcance, y disponemos de imágenes realmente excelentes de algunas naves. La mayoría no son tan grandes ni están tan bien armadas. También puedo decirles que muchas de esas naves son viejas, y que algunas fueron construidas antes del período imperial. Dudo que ninguna de ellas haya sido construida después de la guerra. Probablemente no sólo son antiguas, sino que además su estado de conservación debe de ser relativamente malo. Los repuestos para muchas de esas naves tienen que ser difíciles de encontrar, y podemos estar prácticamente seguros de que han tenido que confiar en reparaciones improvisadas. Asimismo, también es de suponer que contarán con tripulaciones no excesivamente cualificadas. Es muy probable que muchos tripulantes de esas naves sólo tengan un mínimo de adiestramiento y experiencia previa. Sin embargo, no podemos permitirnos ningún exceso de confianza porque algunas de esas tripulaciones probablemente serán tan buenas como las nuestras: el problema está en que no sabemos cuáles son.

—En resumen —dijo el almirante Ossilege—, que nuestras naves son mejores que las suyas, pero no cabe duda de que los números están claramente en nuestra contra. Sin embargo, tenemos un plan para enfrentarnos a esa situación. Ya llegaremos a ese punto de la discusión más adelante. —Miró a Kalenda y le dirigió un asentimiento de cabeza—. Continúe —añadió.

—La parte complicada de la situación consiste en que casi tenemos el control de dos repulsores..., pero no los controlamos del todo. Que sepamos, ninguno de los distintos grupos-tapadera, y empleo esa expresión porque no creo que llamarlos «grupos rebeldes» siga siendo adecuado a las nuevas circunstancias, controla un repulsor en estos momentos. Creo que eso es un grave error de cálculo por parte de la Tríada. Dieron por supuesto que localizar y activar un repulsor exigiría mucho menos tiempo del que realmente se necesitó.

—A menos que sus cálculos sean exactos hasta el último decimal —dijo Mará Jade—, y los técnicos de la Tríada estén sentaditos encima de los repulsores de Talus, Tralus y Corellia esperando recibir la señal que les indicará que deben pulsar el botón.

—Desde luego —dijo Kalenda—. Obviamente los repulsores que más nos preocupan son los de Talus y Tralus, los Mundos Dobles. Si el enemigo controla esos repulsores, pueden hacer pedazos nuestras naves en cualquier milisegundo.

—Pero no creemos que posean esa capacidad —dijo Ossilege—. Su flota se está moviendo con muchísima cautela. Es una conducta perfectamente coherente con el temor de que contremos uno o más repulsores, mientras que ellos no controlan ninguno. En mi opinión, y he reflexionado mucho sobre este asunto, esa conducta no es coherente con el hecho de que controlen ninguno de los repulsores. De hecho, ni siquiera parece coherente con un intento de engañarnos: si el enemigo contara con los repulsores de Talus y Tralus y pudiera emplearlos, esta batalla ya habría terminado.

—Esa cautela también podría explicar el porqué no han reactivado el campo de interdicción —dijo Mará—. Quieren estar seguros de que podrán salir de aquí en el caso de que deban hacerlo.

—Es posible, pero no creemos que ésa sea la razón por la que el campo de interdicción sigue desactivado —dijo Jenica Sosen—. Hemos hecho algunas simulaciones y cálculos para tratar de

averiguar cómo debe funcionar Centralia, lo que puede hacer... En fin, todo ese tipo de cosas. Resumiendo los resultados que hemos obtenido, les diré que no creemos que puedan reactivar el campo mientras Centralia se encuentre en esta fase de acumulación de energía para lanzar un disparo destructor de estrellas. Demasiada cantidad de energía desviada, demasiados sistemas ocupados... Puedes crear un campo de interdicción mientras el sistema se encuentra en la modalidad de espera y puedes desconectarlo en cualquier momento, pero no puedes crear un campo de interdicción mientras Centralia se está cargando de energía. Por lo menos, eso es lo que creemos.

—Y más vale que así sea, maldición —dijo Ossilege—. Nuestros planes para utilizar a la Fuente A dependen de ello.

—Ruego ser excusada —dijo Dracmus—. ¿Qué o quién es la Fuente A?

—Ya abordaremos ese tema más tarde —dijo Ossilege, con la sombra de una sonrisa en los labios.

—¿Y qué hay de Centralia? —preguntó Han—. ¿Existe algún punto débil, y lo conocemos si existe? ¿Hay algún sitio sobre el que podamos concentrar un montón de potencia de fuego con alguna probabilidad de que sirva de algo? ¿Podemos volar la estación?

—No, y siento tener que decirlo —replicó Sosen—. No estamos ante un artefacto que pueda ser destruido de esa manera. No olviden que el Punto Brillante es un recipiente concebido para contener una reacción extremadamente potente. Es muy sólido, está muy bien aislado y sabe hacer muy bien su trabajo de absorber y dispersar energía. Las cifras que hemos obtenido de nuestros cálculos muestran que los niveles de energía existentes actualmente en el interior del Punto Brillante son el equivalente a los que se obtendrían haciendo estallar un mínimo de un torpedo protónico por segundo, y Centralia lleva días soportando esos niveles de energía sin ningún problema. Y el resto de la estructura es muy sólida, y muy antigua, y está tan bien sellada y protegida que nunca hemos sido capaces de cartografiar la mayor parte de su interior. Se me ha dicho que el *Centinela* ha llevado hasta allí grupos de exploración que están haciendo cuanto pueden para localizar el sistema de control y desconectar el artefacto, pero ese sistema de control ha conseguido mantenerse escondido durante un mínimo de un millar de generaciones. Dudo mucho que vayan a encontrarlo con sólo un par de días de búsqueda.

—Así que los repulsores son nuestra única esperanza —dijo Luke—. Pero entonces ¿por qué preocuparnos por la flota de la Tríada? ¿Por qué enfrentarnos a ella? ¿Por qué no nos limitamos a retirarnos y llevamos nuestras naves hasta un lugar seguro, y luego concentramos todos nuestros esfuerzos en la activación de los repulsores?

—Porque los repulsores no son la única carta depositada sobre la mesa —dijo Ossilege—. No podemos olvidar que hay una flota de ochenta naves ahí fuera. Si así lo decidieran y si dejáramos que lo hiciesen, podrían dominar este sistema estelar de manera indefinida. O suponga, por ejemplo, que consiguieran llegar hasta los repulsores de Drall y Selonía y que nos los quitaran de las manos antes de que estuviéramos preparados para utilizarlos...

—Hablemos un poco de los repulsores —dijo Luke—. ¿Qué progresos hemos hecho respecto a ellos? ¿Qué hay del repulsor seloniano? ¿Dracmus?

La seloniana respondió con una melancólica sacudida de cabeza.

—No ha habido ningún cambio. He estado hablando con nuestra gente antes de esta magnífica e impresionante reunión. Los selonianos de Sacorria, los selonianos de la madriguera sin nombre que sirven a la Tríada, se están debilitando. Ven la fuerza de nuestros argumentos..., pero todavía no están con nosotros.

— ¿Existe alguna posibilidad realista de que sean persuadidos antes del próximo disparo destructor de estrellas? —preguntó Ossilege.

Dracmus puso cara de consternación antes de responder.

—Una muy pequeña —admitió por fin—. Sólo una muy pequeña. Nuestros mejores negociadores están trabajando sobre los selonianos de la Tríada, pero ahora pensamos que quizá han recibido adoctrinamiento con vistas a tal circunstancia. Les aseguro que lo hemos probado todo.

— ¿Habéis probado a ofrecer efectivo? —preguntó Mará.

—Es de temer que no lo haya entendido.

—Efectivo. Dinero. Un maletín lleno de billetes. Ya sabes, Dracmus... Un soborno. O... Bueno, llámalo como quieras con tal de que suene bonito. Honorarios en concepto de asesoría. Diles que quieres contratar sus servicios, y que los pagarás muy bien.

Dracmus parecía asombrada.

—Esto nunca se nos había estado ocurriendo. Lo intentaremos de inmediato.

—Bien —dijo Mará—. Y nada de tacañerías, ¿de acuerdo? Sea cual sea la oferta que les hagáis, nos saldrá más barata que permitir que la Tríada acabe venciendo.

— ¿Qué hay de nuestro repulsor? —preguntó Ebrihim—. ¿Han hecho algún progreso con él?

—Nuestros técnicos sólo han dispuesto de unas horas para investigar el repulsor —dijo Ossilege—. Es pronto para esperar resultados. Pero tengan la seguridad de que en estos momentos todas las personas que cuentan con alguna experiencia pertinente están trabajando en el problema.

—No creo que sea ése el caso —dijo una nueva voz, una potente y seca voz femenina que estaba acostumbrada a ser escuchada y obedecida. Pertenecía al otro representante de la raza drall presente en la mesa. Era la voz de Marcha, la duquesa de Mastigóforus—. No creo que sea ése el caso, almirante, y usted lo sabe.

— ¿Puedo preguntarle de qué está hablando, duquesa? —preguntó Ossilege.

—Hablo de los niños —respondió Marcha—. De Anakin, en particular, pero el pequeño siempre obtiene mejores resultados cuando sus dos hermanos están junto a él para ayudarlo y guiarle.

—No sea absurda —dijo Ossilege—. ¿De qué utilidad podrían sernos? ¿Cómo pueden tener alguna capacidad técnica? Debo decirle que no ha de confundir una serie de accidentes afortunados con una verdadera capacidad. No disponemos de tiempo que desperdiciar en semejantes tonterías. Siga, teniente.

Kalenda titubeó durante unos momentos. No estaba allí para contradecir a su oficial superior. Pero por otra parte, su oficial superior tampoco estaba allí para comportarse como un maldito estúpido cabezota. Además Gaeriel Captison le había recordado, y no hacía mucho tiempo de ello, que en la vida había algo más que respetar las normas de la etiqueta militar.

—Le pido disculpas por discutir este tema delante de otras personas, señor —dijo por fin—, pero puede que no haya otra posibilidad y hay demasiadas cosas en juego. Creo que está cometiendo un error.

— ¡¿Cómo?!

—Señor, mi trabajo consiste en analizar acontecimientos y llegar a conclusiones. He analizado los acontecimientos en los que han estado involucrados los niños, y he llegado a la conclusión de

que sus capacidades son... notables. Han sido constantemente subestimados, y sus logros han sido constantemente desestimados y considerados como exageraciones, o accidentes debidos a la suerte, o coincidencias notables. Eso sencillamente no es cierto. No es creíble. —Señaló la esfera de Drall, claramente visible a través de los visores del puente—. La pura y simple verdad es que ahí abajo tienen un repulsor porque un niño de siete años y medio lo encontró para ustedes y lo activó. Ya no está en manos de nuestro enemigo, y nuestro enemigo se encuentra en una celda del bloque de detención, porque ese niño y sus hermanos consiguieron caminar a través de un campo de fuerza, reparar una nave estelar que no podía volar, pilotar esa nave hasta el espacio, y derribar a la nave espacial pilotada por un piloto profesional militar que estaba persiguiéndoles. Podría seguir hablando durante media hora, describiendo todas las cosas que esos niños nunca podrían haber hecho, pero eso no cambiaría en nada la verdad.

Ossilege alzó la mirada hacia Kalenda. Su expresión era totalmente indescifrable. ¿Había ira hirviendo debajo de aquellas facciones? ¿Se estaba limitando a reflexionar sobre sus palabras? ¿Estaba enfurecido ante aquel ataque a su autoridad, o sencillamente se preguntaba si la oficial de inteligencia podía estar en lo cierto? No había forma de saberlo. Aquel hombre era completamente inescrutable.

—Sabe argumentar de una manera muy efectiva, teniente Kalenda —dijo Ossilege por fin—. Expone bien sus hechos. O llegará muy lejos como oficial de inteligencia, o acabará su carrera dentro de una celda por insubordinación. De todas maneras tenía intención de desembarcar a todos los no combatientes en Drall, y he pensado que las cámaras blindadas del repulsor probablemente sean el sitio donde se pueda estar más a salvo en estos momentos. Señora jefe de Estado, capitán Solo... Si, como afirma la teniente Kalenda, sus hijos podrían ser de alguna ayuda, ¿consentirían que los pusiéramos a trabajar en el repulsor?

—Por supuesto —respondió Han—. No es que lo que pensemos importe mucho, desde luego. Póngalos a cien kilómetros de un sitio donde haya jaleo, y ellos sabrán encontrarlo por su cuenta.

— ¿Señora jefe de Estado?

—Necesitamos toda la ayuda que podamos obtener —dijo Leia—. Dejemos que hagan su parte del trabajo.

Ossilege enarcó las cejas y les contempló en silencio durante unos momentos.

—Muy bien —acabó diciendo—. Entonces sigamos con el consejo de guerra. ¿Teniente?

—Bien, señor, como resumen final de la situación, diré que tenemos dos objetivos y que ninguno de ellos será muy fácil de alcanzar. El primero es derrotar a la flota de la Tríada y evitar que domine este sistema estelar. El segundo es hacer lo que podamos para evitar que Centralia vuelva a disparar su energía destructora de estrellas. Me parece que eso abarca todo lo que íbamos a discutir, con la excepción de la Fuente A..., y creo que ése es un tema que usted deseaba exponer personalmente.

Ossilege sonrió de oreja a oreja, y resultaba muy raro ver cualquier clase de sonrisa en su rostro. El almirante se levantó y recorrió con la mirada los rostros congregados alrededor de la mesa.

—La Fuente A... —dijo—. Si no me equivoco, la Fuente A ya es conocida por algunos de ustedes. Pero permítanme que les cuente todo lo que no saben sobre esa persona.

Si el día había empezado con reuniones alegres, terminó con despedidas llenas de lágrimas.

— ¿Realmente tienes que irte, mamá? —preguntó Anakin, con la voz un poco ahogada y el mentón temblándole de una manera casi imperceptible.



Volvían a estar en la cubierta del hangar del *Intruso*, donde el último contingente de no combatientes estaba subiendo a bordo de la lanzadera que los llevaría en un veloz descenso hasta el refugio que ofrecían las cavernas laterales blindadas del repulsor.

—Sí, querido mío —dijo Leia, arrodillándose delante del niño y obligando a sus labios a que se curvaran en una sonrisa tranquilizadora—, y tú también tienes que irte. Hoy todo el mundo tiene un trabajo que hacer. Yo he de ayudar a papá y Chewbacca a pilotar el *Halcón*. Tú y tus hermanos tenéis que volver al repulsor para ver si podéis conseguir que funcione como necesitamos que lo haga.

—Apuesto a que podremos —dijo Anakin.

—Yo también apuesto a que podréis hacerlo, campeón —dijo Han, revolviéndole los cabellos.

Han también estaba sonriendo, pero incluso Anakin debió de ser capaz de percibir el dolor que había en sus ojos..., e incluso Anakin sabía que todos debían fingir que todo iba estupendamente.

Leia alzó la mirada hacia Jaina y Jacen.

—Cuidad el uno del otro y cuidad de Anakin, ¿de acuerdo? Y haced todo lo que Cetrespeó, Ebrihim y la duquesa os digan que hagáis. Y no os olvidéis de..., de...

Y entonces Leia se calló de repente porque se había quedado sin voz. Todo aquello era demasiado ridículo. Pronto estaría metida en una batalla y estaba enviando a sus niños a manejar una máquina que podía mover un planeta de un lado a otro del espacio, enviándolos a un lugar donde se enfrentarían a responsabilidades mayores de las que jamás llegaban a soñar la inmensa mayoría de seres inteligentes. Podían matarla y no volver a verlos nunca, y sin embargo lo único que salía de su boca era esas admoniciones maternas, tan viejas como el tiempo, de que se portaran bien y se cepillaran los dientes.

—Lo haremos, mamá —dijo Jaina, hablando en voz baja y suave—. No te preocupes. Haremos todo lo que se supone que debemos hacer.

—No tema, señora jefe de Estado —dijo Cetrespeó—. Yo cuidaré de todos..., suponiendo que los dralls me lo permitan.

Leia rodeó a sus hijos con los brazos, cerró los ojos y los abrazó con todas sus fuerzas.

—Os quiero —consiguió decir antes de que volviera a fallarle la voz.

Después siguió abrazándoles hasta agotar todo el tiempo que le quedaba, y luego continuó rodeándoles con los brazos durante unos momentos más hasta que Han se arrodilló junto a ella y le apartó suavemente los brazos de sus hijos.

—Es hora de irse —dijo—. La nave tiene que despegar.

Leia asintió, incapaz de hablar. Dio un último beso a cada uno de sus hijos, y Han hizo lo mismo. Los tres niños y Cetrespeo subieron a la lanzadera de transporte, y la lanzadera despegó.

Y los niños se fueron con ella.

Hubo muchas despedidas más, naturalmente, y ninguna de ellas resultó fácil. Luke, Lando, Mará, Kalenda, Gaeriel, todos los demás... Todos sabían que no había muchas probabilidades de que todos volvieran de los sitios a los que irían. Todos sabían que alguna de aquellas despedidas podía ser para más de un día o dos y que podía durar eternamente, y sin embargo todos comprendían aquella clase de adiós. Todos habían vivido esa misma situación con anterioridad, y se habían despedido de un camarada para una hora o un día y luego nunca habían vuelto a verle. Había un código, un ritual, una especie de ceremonia para aquellas circunstancias gracias a que esas despedidas se volvían, si no más fáciles, por lo menos sí más soportables y comprensibles.

Pero también había otra despedida detrás de la que se ocultaban unas emociones muy distintas. Había una persona más a la que Han tenía que ver antes de entrar en combate..., y esa persona estaba encerrada en una celda del bloque de detención.

Quizá fuera curiosidad. Quizá fuera la última y medio deshilachada hebra de los lazos familiares, o quizá esos lazos familiares eran más fuertes de lo que Han había pensado. Quizá el lazo de la sangre era tan fuerte que podía resistir incluso la traición.

O quizá —aunque Han lo dudaba— sólo quería disfrutar del triunfo. No es que estuviera sintiendo esas emociones, pero con aquel tipo de cosas... Bueno, en realidad nunca podías estar totalmente seguro.

Fueran cuales fuesen las razones, había ido hasta allí. El centinela activó el control de la puerta y Han entró en la celda de detención.

Thrackan estaba sentado en un catre adosado a la pared del fondo.

—Hola, Thrackan —dijo Han.

—Hola, Han. ¿Has venido a ver al raro espécimen en su jaula?

—No estoy muy seguro de por qué he venido —dijo Han—. Quería verte, aunque no sé por qué razón..., así que aquí estoy.

—Y aquí estoy yo —dijo Thrackan, con una sonrisa llena de crueldad en los labios. Alzó la cabeza, extendió los brazos hacia los lados y abombó el pecho—. Aquí estoy —dijo—. Anda, mírame bien.

—No tendrías que haberlo hecho, Thrackan —dijo Han.

—Oh, hay montones de cosas que no debería haber hecho —replicó Thrackan—. No tendría que haber perseguido a esos condenados niños que más parecen fenómenos de feria. Eso fue un error fatal. Fatal... Pero ¿en qué acto concreto estás pensando?

—Los niños —dijo Han—. Mis hijos... No deberías haber secuestrado a los niños. «Nunca involucres a los inocentes. Protege a tu familia siempre y en todas las circunstancias.» Son dos de las más viejas tradiciones de Corellia, y recuerdo que te burlaste de esas ideas y dijiste que quebrantarlas no era ningún gran pecado. Pero eso sólo eran palabras. No te limitaste a hablar de infringir esas leyes. Lo hiciste, Thrackan. Lo hiciste. Thrackan... ¿Cómo pudiste hacerlo?

—Resultó muy fácil —dijo Thrackan—. Demasiado fácil, de hecho. Los niños cayeron en mis manos. ¿Cómo querías que no me los quedara? ¿Qué razón había para que no debiera retenerlos?

—La de que al hacerlo obrabas mal, Thrackan.

Thrackan dejó escapar un suspiro lleno de cansancio y apoyó la espalda en el muro de la celda.

—Han, por favor... Estoy encerrado en una celda. La parte más larga de mi juicio será la lectura de las acusaciones contra mí, y supongo que el jurado ni siquiera debería salir de la sala para deliberar. De hecho, ni siquiera tiene sentido que haya un proceso o un jurado... Lo más lógico y prudente sería sacarme de aquí y ejecutarme al instante. Pero estoy seguro de que me arrojarán a la cara toda la justicia implacablemente justa que puedan encontrar..., y que luego me encerrarán para siempre. Probablemente nunca volveré a tener la más mínima libertad de acción, así que tampoco le veo mucho sentido a que ahora trates de enseñarme a distinguir lo que está bien de lo que está mal. No tan tarde, por lo menos...

—Has sido vencido, Thrackan —dijo Han—. Has perdido, y lo has perdido todo.

Thrackan se rió.

—Muy cierto, Han. Muy cierto... Pero tengo un consuelo.

— ¿Cuál, Thrackan?

Thrackan Sal-Solo, que había querido ser Diktat de Corellia, movió la mano en un gesto que parecía tratar de abarcar el exterior de la celda y todo el universo que había más allá de ella.

—La flota de la Tríada que hay ahí fuera —respondió—. Quizá haya perdido, Han, pero me alegra muchísimo saber que vosotros todavía no habéis vencido. —Después le sonrió con una estremecedora imitación de la sonrisa torcida de Han, una imitación donde sólo había frialdad, dureza y crueldad—. Y no creo que vayáis a vencer.

Han contempló en silencio a su primo durante unos momentos. Después giró sobre sus talones sin decir ni una sola palabra más y golpeó la puerta de la celda con los nudillos. La puerta se hizo a un lado, y Han salió de la celda.

Seguía sin saber por qué había venido.

## 15

# Batalla en Centralia

Por fin — ¡por fin!— había llegado el momento de subir a la nave, despegar y salir al espacio. Pero llegar a ese momento no había resultado nada fácil.

Los bakuranos necesitaban toda la potencia de fuego del recién reparado *Halcón Milenario*, y nadie podía negar que el *Halcón* necesitaba un mínimo de tres tripulantes —un piloto, un copiloto y un artillero— para poder aportar la máxima potencia de fuego. Naturalmente, nunca había surgido ni la más ligera discusión acerca de quién serían el piloto y el copiloto. Ese par de asientos pertenecían a Han y Chewbacca, y no cabía ninguna duda de ello.

Pero bastantes personas intentaron convencer a Leia de que no debía sentarse en la torreta láser y le repitieron una y otra vez que una jefe de Estado no debía revolotear por el espacio disparando contra naves enemigas. Pero la decisión de Leia era firme e inmovible. Las últimas semanas habían hecho que acabara hartándose de que la presionaran e intentaran manipularla, y ya iba siendo hora de que se cobrase una pequeña parte de la deuda pendiente. Cuanto más intentaban convencerla de que no tomara parte en la misión, más se reforzaba su decisión de formar parte de ella. Incluso Ossilege intentó convencerla de que no fuese. Pero incluso Ossilege acabó comprendiendo que tendría que darse por vencido y aceptar su decisión.

Pero por fin estaba a bordo y Chewbacca estaba a bordo, y el *Halcón Milenario* estaba preparado. El momento decisivo había llegado. Han echó un último vistazo a su panel de diagnóstico, confirmó sus instrucciones de partida, conectó los repulsores y voló hacia el cielo.

Han conectó los motores sublumínicos en cuanto estuvieron lo suficientemente lejos del *Intruso* y esperó a que las otras naves se reunieran con él. Todos irían a la batalla juntos: Han, Chewie y Leia a bordo del *Halcón Milenario*, Mará Jade en solitario a bordo del *Fuego de Jade*, Lando a bordo del *Dama Suerte*, y Luke en su ala-X. Colocar a todas las naves no bakuranas en una sola formación tenía cierta lógica, desde luego. Eso ahorra a los pilotos de los cazas bakuranos el tener que aprender a volar con naves de modelos no estándar en sus formaciones. Han había estado a bordo de las otras naves con las que compartiría la formación, y sus pilotos habían estado a bordo de la suya. Además, había algo que quizá fuera todavía más importante que eso: los cuatro pilotos se conocían muy bien los unos a los otros, y todos confiaban en las capacidades de los demás.

Han contempló cómo el *Dama Suerte* salía por entre las puertas del hangar y se le aproximaba, y de repente se sintió estupendamente. Iban hacia el peligro y la batalla, pero ¿qué más daba? Ya lo había hecho antes. Estaba detrás de los controles de su nave, en el espacio y rodeado de amigos. No había absolutamente nada que pudiera disgustarle de aquella situación. Vio cómo el *Dama Suerte* ejecutaba un doble tonel en el mismo instante en que el ala-X de Luke despegaba del hangar. Han dejó escapar una carcajada. No era el único que se sentía de muy buen humor.

—*Halcón a Dama Suerte* —dijo, conectando el sistema de comunicaciones—. Lando, viejo pirata, por el momento la idea es volar en línea recta. Creo que acabas de salirte un poco del curso.

—Oh, vamos... ¿Es que un hombre no puede divertirse un poquito de vez en cuando?

—A ver si os calmáis —dijo Luke mientras se colocaba en posición junto al ala de estribor de Lando—. Hoy vamos a tener ocasión de ejecutar todas las maniobras raras que queramos.

El *Fuego de Jade* despegó del hangar, y la voz de Mará brotó del sistema de comunicaciones.

—No sé qué pensaréis los demás, pero a mí me encantaría poder disfrutar de una batalla lo más sencilla y clásica posible —dijo.

Chewbacca cortó la conexión nave-a-nave, dejó escapar un ruidoso trompeteo y enseñó los colmillos.

Han se rió.

—De acuerdo —dijo—, es una aguafiestas. Pero cualquier aguafiestas que sepa pilotar una nave como lo hace ella puede ser mi hombre de ala cualquier día de la semana.

— ¿Hasta dónde has llegado? —preguntó Anakin, estirándose para poder ver por encima del reluciente panel de control plateado.

Tenía el mismo aspecto que cuando Anakin se había ido de allí después de haber pulsado un botón de más, ya hacía muchos días de ello.

El técnico se llamaba Antone y era flaco y nervudo. Tenía la piel oscura y una lustrosa cabellera negra que le llegaba hasta los hombros y que colgaba a ambos lados de su cara. Al principio no respondió y se limitó a lanzarle una mirada entre sorprendida y recelosa con la que Anakin ya se había encontrado en muchas ocasiones. Era el tipo de mirada que le lanzaban los adultos que habían oído comentar que el pequeño era increíblemente hábil con las máquinas, pero que todavía no se lo creían del todo. Antone volvió la cabeza hacia Jacen y Jaina, y recibió un doble asentimiento de cabeza que le animaba a responder.

—Le aseguro que el joven amo Anakin posee talentos realmente notables —intervino Cetrespeó.

Antone no parecía muy dispuesto a aceptar la palabra del androide, pero Ebrihim, Marcha y Q9 también estaban allí y, aunque no habría sabido explicar por qué, la presencia de los dralls pareció convencerle de que debía tomarse las cosas en serio y cooperar.

—Pues yo diría que estamos atascados, pero quizá incluso eso sería decir demasiado —respondió por fin—. Crea la impresión de que hemos estado haciendo progresos y que luego hemos dejado de hacerlos, pero la verdad es que nunca hemos conseguido ningún resultado tangible.

— ¿Ninguno? —preguntó Anakin.

—Ninguno. El sistema no responde a ninguna de las órdenes que le damos.

—Pues enseguida responderá —dijo Anakin.

Se sentó delante del panel de control y puso la mano sobre una zona lisa de la consola que no se distinguía en nada de las demás. Después apartó la mano, y la superficie de la consola empezó a cambiar y fue subiendo poco a poco mientras adoptaba la forma de una palanca de control..., que estaba perfectamente adaptada a los contornos de la mano del pequeño. Anakin rozó la palanca de control y una parrilla de cinco cubos por cinco apareció en el aire encima del panel de control. Anakin apartó la mano de la palanca. La palanca siguió donde estaba durante un momento, y después volvió a confundirse con la superficie de la consola mientras los cubos se desvanecían.

— ¿Cómo has hecho eso? —preguntó Antone.

Sacó a toda prisa a Anakin del sillón y colocó la mano encima del mismo punto del panel sobre el que la había puesto el pequeño. No ocurrió nada. Antone se volvió hacia Anakin y le lanzó la misma mirada de antes, pero un instante después el brillo de la comprensión le iluminó los ojos.

— ¡Por todas las estrellas! —exclamó—. Oh, sí, por todas las estrellas... Debe de haberse adaptado a tus características personales la primera vez que la utilizaste.

— ¿Eh? —murmuró Anakin.

— ¿Qué quiere decir? —preguntó Jacen.

—Que se ha adaptado a él de alguna manera. Percibió sus huellas dactilares, o su ADN, o sus ondas cerebrales, o algo, y lo registró en su memoria. Sólo funcionará para él.

Un resplandor de nerviosa excitación llameó en los ojos del pequeño.

— ¿Sólo funcionará para mí? —preguntó—. ¿Es toda mía?

—Tiene que haber una forma de permitir que otros usuarios puedan utilizarla —protestó Jacen.

—Sí, probablemente —dijo Antone—, pero no disponemos de tiempo para dar con ella. Tendremos que trabajar con lo que tenemos.

— ¡Un momento! —exclamó Ebrihim—. ¿Está diciendo lo que creo que está diciendo?

Antone asintió solemnemente.

—Su amiguito es la única persona que podrá operar este panel de control. Y por lo que he visto, y por lo que ustedes me han contado, incluso si consigue que funcione... Bueno, no estoy seguro de que realmente entienda qué hace.

—Creo que acaba de ofrecernos un excelente resumen de la situación —dijo Cetrespeó.

Gaeriel Captison estaba contemplando cómo el almirante Ossilege iba y venía por el nivel superior del puente de mando, y no pudo evitar sentir una inesperada simpatía hacia él. En aquel momento estaban solos en el nivel superior, y ese simple hecho decía más que volúmenes enteros. Ossilege le había dicho a todo el mundo que fuera a cumplir las órdenes que había dado, y se habían quedado solos. Más tarde, quizá, aquel lugar sería un caos de auxiliares y oficiales de enlace que entrarían y saldrían a toda prisa, con montañas de mensajes cubriendo todas las superficies planas, bocinas sonando estruendosamente y órdenes dadas a gritos brotando de los altavoces instalados en la parte de arriba de las paredes. Pero en aquellos momentos no podía estar más silencioso, vacío y solitario.

Y en aquellos momentos Ossilege también debía de ser un hombre que estaba particularmente solo. Aún habría decisiones que tomar y órdenes que dar pero su trabajo, en su mayor parte, ya había terminado. El almirante había desplegado sus fuerzas, había dado instrucciones y había trazado sus planes. Después de eso, lo único que podía hacer era esperar.

—No es fácil, ¿verdad? —preguntó Gaeriel—. Les ha enviado a cumplir sus órdenes y han partido para seguir sus instrucciones, para vivir o morir, para vencer o ser derrotados..., y todo debido a lo que usted ha ordenado que hagan.

—No, no es fácil —respondió Ossilege—. Todos saben qué han de hacer porque se lo he explicado. Pero ¿quién me dice lo que he de hacer?

Para una persona como Ossilege, se trataba de un notable episodio de introspección que casi rozaba el compadecerse de sí mismo. El mismo Ossilege pareció comprender que había revelado cosas que quería mantener ocultas, pues dejó de pasearse de un lado a otro y se dejó caer en el sillón reservado para el almirante.

Un instante después se oyó un campanilleo, y una voz robótica grave y melodiosa empezó a hablar desde el altavoz que había encima de sus cabezas.

—Todas las naves han sido lanzadas y están alejándose según lo previsto —dijo—. El *Intruso* iniciará su nuevo rumbo dentro de treinta segundos. Todos los tripulantes deben acudir a los puestos de combate que les hayan sido asignados.

Ossilege permaneció sentado en su sillón durante todo aquel anuncio, sin hablar y sin mover ni un solo músculo. Gaeriel no pudo decidir si lo estaba escuchando con gran atención, o si ni siquiera se había dado cuenta de que la voz había hablado. El campanilleo volvió a sonar, hubo un cambio en las vibraciones de la nave y los instrumentos del nivel superior del puente empezaron a informar de un movimiento hacia adelante. Estaban yendo hacia su destino.

—Dígame una cosa —dijo Ossilege por fin, hablando después de un silencio tan largo que Gaeriel se sobresaltó—. El plan... ¿Cree que funcionará?

La ironía resultaba casi demasiado obvia. Después de semanas interminables de estar atrapada a bordo del *Caballero Galante*, deseando por encima de cualquier otra cosa poder ir más deprisa y llegar a su destino más pronto, Tendra Risant había pasado a no sentir el más mínimo deseo de que su nave fuera a ningún sitio. El Caballero flotaba en la oscuridad del espacio, en una órbita estable libre alrededor de Corell..., una órbita que la colocaba entre la Flota de la Tríada y los dos destructores bakuranos. Tendra no tenía ninguna duda de que los dos bandos estaban siguiendo su trayectoria y de que la vigilaban atentamente. Probablemente los dos habían reconocido su nave como lo que era: una no combatiente civil que se había visto atrapada por accidente entre las dos flotas. Mientras siguiera flotando a través del espacio sin encender sus motores, no representaría ningún peligro. Pero Tendra tampoco tenía ninguna duda de que ambos bandos dispararían inmediatamente si pensaban que la presencia del *Caballero Galante* suponía la más pequeña amenaza para ellos.

Y el *Caballero Galante* estaba rodeado. Tendra no podía encontrar ninguna dirección que no la llevara más cerca de la trayectoria de alguna de aquellas naves. No se atrevía a maniobrar, por miedo a que un bando o el otro decidiera que el *Caballero Galante* era una trampa, una bomba o un arma disfrazada de nave civil.

Lo único que podía hacer era esperar sin hacer nada y rezar a cualquier dios en el que pudiera pensar para que nadie decidiera que estaba suponiendo un estorbo.

Nadie sabía con exactitud qué ocurriría a continuación, y Tendra menos que nadie. Pero ocurriera lo que ocurriese, Tendra dispondría de un asiento de primera fila para verlo.

Bastantes observadores que lo han expresado de maneras distintas han dicho que la guerra consiste en largos intervalos de aburrimiento entre los que hay intercalados breves estallidos de caos y terror. Lando había vivido las suficientes batallas para comprender la verdad que encerraba aquella descripción. O, para decirlo de otra manera, el trayecto desde Drall hasta Centralia era muy, muy largo. De hecho, era lo suficientemente largo como para que Luke, que viajaba a bordo del ala-X, volviera un par de veces al *Intruso* para disfrutar de breves períodos de descanso mientras viajaban. Luke, siendo un Maestro Jedi, podría haber soportado el trayecto sin necesidad de aquellos pequeños descansos, pero Luke no era ningún estúpido..., y sólo los estúpidos entraban en combate estando agotados y sin haber descansado lo suficiente. Los demás —Han y su tripulación, Mará y Lando— podían levantarse del sillón y estirar las piernas, conectar el piloto automático y echar una corta siesta. Luke no podía hacer nada de todo eso.

Podrían haber dado un salto muy breve a través del hiperespacio para acortar de una manera sustancial el viaje, pero había razones por las que no querían que la flota de la Tríada empezara a pensar demasiado en el hiperespacio. También querían que las naves de la Tríada mantuvieran concentrada su atención en el *Intruso*, las tres naves mercantes y el escuadrón de cazas del *Intruso*. Cuanto más miraran hacia allí, menos mirarían en otras direcciones.

Lando conectó su sistema detector e intentó hacerse una idea de qué tal estaba reaccionando la flota de la Tríada. Hasta el momento parecía que la presencia del *Intruso* no les había hecho apartarse en lo más mínimo de su meta. Toda la flota seguía avanzando hacia Centralia, moviéndose despacio y sin apresurarse. No había ninguna diferencia sustancial con respecto a la última vez que había echado un vistazo, o a la anterior. Pero pronto la habría. Ya empezaban a estar lo bastante cerca para poder escoger objetivos y planear su ataque, y...

Un momento. Lando contempló sus instrumentos con el ceño fruncido. ¿Había estado allí antes, o se le había pasado por alto? Estaba viendo una nave minúscula, civil a juzgar por lo que los detectores podían decirle sobre ella, situada justo entre Centralia y la flota de la Tríada.

Y un momento más. ¿De dónde podía haber salido aquella nave? Lando envió una señal solicitando las posiciones registradas en la base de datos del *Intruso* durante los últimos días. Después retrocedió hasta el momento en que el campo de interdicción se desvaneció, y fue avanzando a partir de él. La diminuta nave surgió de la nada antes que las naves de la Tríada. Pero ¿cómo podía nadie llegar allí antes que la Tríada? A menos que...

Lando se irguió en su asiento. A menos que estuviera más cerca que las naves de la Tríada y que viniera de unas coordenadas mucho más próximas. Desde el interior del campo de interdicción, por ejemplo.

Lando por fin logró calmarse lo suficiente para utilizar el método más cómodo y sensato, y envió la señal de solicitud del código de identificación de naves. Quince segundos después ya tenía la respuesta que había pedido. Veinte segundos después de haberla recibido, Lando había cambiado de curso y estaba acelerando hasta la velocidad sublumínica máxima que podía alcanzar para llevar a cabo una maniobra de intercepción. Después tuvo que transcurrir todo un minuto para que cayera en la cuenta de que debería haber pedido permiso, algo de lo que se percató básicamente porque su tablero de comunicaciones empezó a iluminarse. Lando pulsó el botón de transmisión.

—*Dama Suerte* a *Intruso* —dijo—. Yo... Eh... Acabo de detectar algo en mis pantallas, y voy hacia allí para investigarlo. Volveré a reunirme con la flota a tiempo de tomar parte en la diversión.

—*Intruso* a *Dama Suerte* —replicó una voz que sonaba bastante malhumorada y seca—. El objeto que se dispone a interceptar es una nave espacial civil no identificada y no involucrada en esta situación. No hay ninguna necesidad de investigarla.

—Bueno, pues voy a ir de todas maneras —dijo Lando—. Puede que esté un poco más involucrada de lo que piensan.

«O, en todo caso, no tardará en verse metida hasta el cuello en lo que va a ocurrir», pensó.

Ebrihim se dijo que la sala de control del repulsor planetario de Drall parecía haber sido destrozada por la explosión de una bomba. Había hojas de papel estrujadas y recipientes de comida vacíos esparcidos por todas partes, formando una acumulación que en algunos lugares llegaba hasta la rodilla. Grupitos de técnicos estaban inmóviles en todos los rincones de la sala, discutiendo lecturas o lo que podían significar las distintas disposiciones de cubos y barras de luz verde y anaranjada. Etiquetas escritas a mano habían sido adheridas encima de la mitad de controles de la consola. Dado que la otra mitad de los controles parecía aparecer y desaparecer y cambiar de forma y tamaño casi a voluntad, resultaba un poquito más difícil de etiquetar.

Jaina y Jacen estaban durmiendo encima de unos catres en la habitación contigua. Ebrihim y Marcha seguían formando parte de todo aquel ajetreo, y ayudaban a los técnicos a ordenar sus lecturas y hacer diagramas de las distintas transmutaciones del panel de control. En cuanto a Q9,



normalmente siempre parecía tener dos o tres sensores remotos asomando de sus planchas mientras iba captando una señal u otra y seguía su trayectoria por el interior del sistema de control o registraba lecturas de los niveles de energía, y además él y Cetrespeó habían encontrado un montón de temas sobre los que podían discutir y no ponerse de acuerdo.

Pero aunque podían trabajar tanto tiempo y esforzarse todo lo que quisieran, eso no alteraba el hecho de que Anakin seguía ocupando el centro de toda la actividad. El pequeño continuaba manipulando los controles según se le pidiera, pasando el sistema de una modalidad a otra y ayudando a los adultos a entender el significado de todos aquellos botones. Sus ojos habían adquirido aquel brillo un poco enloquecido que los niños humanos parecían desarrollar a veces cuando llevaban demasiado tiempo sin dormir o habían sido estimulados durante demasiado rato. Más tarde o más temprano todo aquello acabaría resultando excesivo para él, y el pobre niño se derrumbaría de puro agotamiento. En circunstancias normales, su hora de ir a la cama ya habría pasado hacía un buen rato, pero dada la situación tenían que sacarle toda la información que pudieran antes de que...

— ¡Noticiarios! ¡Tengo buenos noticiarios! —gritó una voz llena de excitación. Todos se olvidaron de lo que estaban haciendo y alzaron la mirada cuando Dracmus entró corriendo en la habitación—. ¡Los selonianos de Sacorria! ¡Qué espléndida ha sido esta idea del soborno! ¡Debo felicitar a la respetada Jade por su magnífica sugerencia!

— ¿Han accedido a cooperar? —se apresuró a preguntar Ebrihim.

— ¡No, respetado Ebrihim! —respondió Dracmus en el mismo tono de voz alegre y emocionado que había estado empleando desde que llegó—. ¡Se niegan! ¡Se retrasan! Tal vez más tarde cambien de parecer, pero todavía no.

—Y entonces ¿por qué estás tan contenta? —preguntó Marcha.

—Porque la sugerencia del soborno les ha dado una idea. —Dracmus alzó un cuaderno de datos y lo agitó en el aire—. Siguen sin estar dispuestos a ayudar con su repulsor..., ¡pero están dispuestos a vender el manual de instrucciones!

—Déjeme ver eso —dijo Antone, y cogió el cuaderno de datos. Lo conectó y empezó a repasar la información que contenía, sonriendo de una manera cada vez más aparatosa a medida que lo hacía—. ¡Esto es lo que necesitábamos! —exclamó, asintiendo entusiásticamente—. Con lo que hemos descubierto gracias a Anakin y lo que esto nos dice sobre los símbolos... Bueno, creo que... En fin, no estoy seguro, pero por lo menos creo que podemos operar esta instalación.

— ¿Quiere decir que piensa que Anakin puede operar esta instalación para...? —preguntó Ebrihim, y se calló sin llegar a terminar la frase.

—Oh, cielos —dijo Cetrespeó—. Lo ha vuelto a hacer. Suele ocurrir cuando se queda levantado hasta muy tarde.

Anakin seguía sentado en el sillón del panel de control, pero su cabeza estaba apoyada en el panel y el pequeño se había quedado profundamente dormido. Ebrihim le contempló con los ojos llenos de asombro. Ah, los niños humanos... ¡Qué criaturas tan extrañas! Tan sólo treinta segundos antes Anakin estaba despierto y trabajando diligentemente.

—Ah, bueno —dijo Ebrihim—. Los demás podemos seguir trabajando, pero supongo que un niño necesita una buena noche de sueño si se espera de él que salve dos o tres sistemas estelares por la mañana.

Tendra Risant estaba dormida cuando ocurrió. La primera señal de que estaba ocurriendo algo llegó cuando un retumbar ahogado resonó por todo el casco del *Caballero Galante*. Decir que esa manera de ser despertada le pareció algo brusca y la dejó un poco sobresaltada sería una forma

enormemente suave de definir su reacción. Tendra dio tal salto que le faltó muy poco para salirse de su piel. Se irguió en la litera y escuchó, intentando no dejarse dominar por el pánico. ¿Qué era aquello? ¿Sería quizá un meteoro que acababa de chocar con la nave, o habría estallado algo en el compartimento de los motores? Un instante después oyó el zumbido de unas puertas que se abrían y de unas bombas de aire que entraban en funcionamiento. ¡La escotilla! ¡Alguien acababa de unir la esclusa de su nave a la del *Caballero Galante* y estaba subiendo a bordo!

Tendra se levantó a toda prisa y se puso la bata. ¿Quién era? ¿Qué querían? Un arma. Necesitaba un arma. Tendra se preguntó si habría aunque sólo fuese un desintegrador a bordo de la nave. Salió al pasillo..., y se quedó paralizada. Él estaba allí, justo delante de ella, sonriendo de oreja a oreja.

—Intenté avisarte de que venía —dijo el recién llegado—, pero no obtuve ninguna respuesta.

— ¿Lando? —preguntó Tendra.

Era el primer ser humano que veía en un mes.

—Tendra.

Y de repente estuvieron el uno en brazos del otro, estrechándose con todas sus fuerzas.

—Oh, Lando, Lando... No tendrías que haber venido. No tendrías que haber venido, Lando... Hay naves por todas partes, y más tarde o más temprano empezarán a disparar y...

—Eh, eh —murmuró Lando—. Shhhh. Cálmate. Cálmate, ¿quieres? Mi nave es muy rápida, y le sobra velocidad para sacarnos de aquí. No nos pasará nada.

— ¡Pero es demasiado peligroso! —insistió Tendra—. Era demasiado arriesgado.

— ¡Oh, venga! —Lando le acarició el mentón y la obsequió con su mejor sonrisa—. Tenía que pensar en mi imagen, ¿no? ¿Cómo podía pasar por alto la oportunidad de rescatar a la damisela en apuros?

Las horas fueron transcurriendo lentamente. Las naves de la Tríada siguieron avanzando hacia Centralia, el *Centinela* y el *Defensor* continuaron montando guardia alrededor de la estación, y la pequeña flota de cazas y navíos mercantes armados del *Intruso* fue avanzando hacia las naves de la Tríada.

Ossilege contempló todo aquel proceso en sus pantallas hora tras hora, solo en el nivel superior del puente de mando. Nadie necesitaba ir allí..., no hasta que empezara la batalla. El tiempo se había convertido en el enemigo, y también en el aliado. Tenían que enhebrar aquella aguja con mucho, con muchísimo cuidado. Demasiado pronto, y su apresuramiento les delataría y entonces todos los esfuerzos de la Fuente A habrían sido en vano. Demasiado tarde, y el otro bando actuaría primero, atacando a las naves bakuranas y acabando con ellas.

Y también estaba todo el maldito asunto del repulsor. ¿Podrían contar con él o no? ¿Funcionaría o no funcionaría? ¿Y qué decir de los cálculos hechos por Calrissian para determinar el momento en que Centralia haría su siguiente disparo? ¿Qué grado de precisión tendrían? Habían repasado las cifras una docena de veces, y parecían correctas. Pero ¿qué pasaba con el error que nadie había visto, con aquel punto de partida incorrecto que todo el mundo había adoptado sin ni siquiera darse cuenta de lo que hacía?

Eran la clase de preguntas que habían torturado a los líderes militares desde el comienzo de los tiempos, y era muy probable que siguieran torturándoles durante muchos años.

El tiempo... Ésa era la gran cuestión. ¿Cuál era el momento realmente adecuado? No había ninguna forma de saberlo. Nadie podía descifrar las intenciones contemplando el esquema de una

pantalla, y nadie podía evaluar la moral de combate del enemigo y las proezas bélicas de que pudiera ser capaz basándose únicamente en una imagen infrarroja captada por los sensores de largo alcance.

Las naves se iban aproximando más y más las unas a las otras. Cada vez estaban más cerca. Más cerca... Más cerca...

El almirante Ossilege acabó poniéndose en pie. Después fue hasta la pantalla principal y la examinó atentamente, estudiando cada nave y cada informe de situación. En cuanto se sintió satisfecho, o por lo menos todo lo satisfecho que podía llegar a estar, volvió a su sillón, se sentó y pulsó el botón del comunicador.

—Aquí Ossilege. Envíe la señal preacordada a todas las naves para que inicien la Operación Finta exactamente dentro de una hora y treinta y cinco minutos a partir de este momento.

La Fuente A entraría en acción una hora después del inicio de la Operación Finta. Centralia dispararía una hora, cinco minutos y quince segundos después del inicio de la Operación Finta. O conseguían desviar el disparo, o no lo conseguían.

Una hora... Tendrían que esperar durante una hora. Ossilege dejó de presionar el botón del comunicador y se preguntó si habría calculado correctamente el momento.

—Muy bien, Chewie —dijo Han media hora después—. Saltaremos dentro de cinco minutos, así que tenemos que estar preparados. Leia, ya va siendo hora de que vayas a la torreta y te pongas el arnés de seguridad.

Leia se levantó del asiento de observación que había estado ocupando y asintió.

—Lo sé —dijo.

Pero no se fue..., o por lo menos, no enseguida. Antes dio un paso hacia adelante, atrajo la cabeza de Han hacia la suya y le besó con un largo beso lleno de amor y ternura que pareció desvanecerse poco a poco en vez de terminar en un instante preciso.

—Te quiero —dijo después.

—Lo sé —dijo Han—. Y tú sabes que yo también te quiero.

—Tienes razón —dijo—. Sé que me quieres. —Se irguió, alargó la mano y revolvió el pelaje que cubría la cabeza de Chewbacca—. ¿Sabes una cosa, Chewie? —murmuró mirando al wookiee—. La verdad es que el matrimonio tiene muchas cosas buenas.

Chewbacca dejó escapar una carcajada gutural y volvió a enfrascarse en su segunda comprobación de los escudos.

Han echó un vistazo al reloj. Aún faltaban cuatro minutos.

Luke Skywalker estaba sentado dentro de la carlinga de su ala-X y sentía cómo aquel viejo cosquilleo de miedo y excitación empezaba a extenderse por todo su cuerpo. Se recordó que era un Jedi, que los Jedi siempre conservaban la calma durante la batalla y que el miedo no existía. Pero Luke sabía, y mucho mejor que cualquier otro ser humano vivo, que los Jedi no vivían en un mundo de absolutos y abstracciones, de la misma manera en que las personas normales y corrientes tampoco vivían en ese mundo inexistente. Expulsar todas las emociones de su vida sería tan nocivo como revolcarse en ellas.

Había llegado el momento de luchar. Luke estaba preparado para hacerlo, y sus capacidades Jedi hacían que estuviera todavía más preparado que si no las poseyera.

Eso tendría que haber sido suficiente..., y lo era.

Luke echó un vistazo a su cronómetro. Tres minutos.

Mará Jade estaba sentada en su sillón del centro de mando de su nave. Estaba sola. Había llegado a aquel sistema estelar con un piloto y un navegante, Tralkpha y Nesdin. Los dos se habían esfumado, junto con muchos otros, durante los primeros días de la guerra. Mará no sabía si estaban muertos, si habían sido capturados por alguno de los grupos, o si se estaban escondiendo debajo de algún montón de escombros a la espera del momento en que pudieran salir sin correr peligro. Mará conocía la guerra tan bien como cualquier otra persona. Sabía que había muchas probabilidades de que estuvieran muertos. Los dos sabían hacer su trabajo a la perfección, y eran dos personas buenas y honradas..., y de repente ya no estaban allí, y era más que probable que hubieran sido ejecutados por el simple crimen de interponerse en el camino de la maldita ambición de alguien. Aunque no hubiera ocurrido nada más, eso ya habría sido suficiente para que Mará ardiese en deseos de luchar. Pero habían ocurrido muchas cosas más. Y dentro de dos minutos por fin podría empezar a dar su merecido a los responsables de que hubieran ocurrido.

—No estoy muy seguro de haberte hecho un gran favor rescatándote —dijo Lando mientras se ponía el arnés de seguridad—. Estabas en un sitio donde podrían haberte matado por accidente. Ahora... Bueno, ahora si mueres será porque alguien ha disparado contra ti con el propósito deliberado de matarte.

Tendra meneó la cabeza y sonrió.

—Créeme, Lando: si he aprendido una cosa a bordo del *Caballero Galante*, es que no quiero morir sola —dijo—. He tenido soledad suficiente para toda una vida.

Lando alargó la mano hacia Tendrá, que estaba sentada en el sillón del copiloto. Tendra la tomó y la estrechó con fuerza.

Ninguno de los dos dijo nada más, pero el silencio que reinó en la cabina no podía ser más elocuente.

Y un instante después la alarma de la cuenta atrás emitió el zumbido que avisaba de que únicamente faltaba un minuto, y ya no hubo tiempo.

Belindi Kalenda ya estaba allí junto con el resto del personal del puente, pero Gaeriel Captison llegó al nivel superior con el tiempo justo de ponerse el arnés de seguridad.

—Estaba en mi camarote —dijo, aunque Ossilege no se lo había preguntado—. Meditaba.

«Y pensaba en mi hija. Pensaba en Malinza, mi hija, que ya ha perdido a su padre... ¿Es éste el día en que también dejará de tener madre?»

—Es un buen momento para ello —dijo Ossilege—. Dentro de treinta segundos ya no habrá mucho tiempo para pensar.

Gaeriel hundió los dedos en los brazos de su sillón de aceleración y clavó la mirada en el visor principal del nivel superior del puente. Sus ojos fueron más allá del nivel principal del puente y atravesaron el visor de proa. «Las estrellas —pensó—. Las cálidas e invitadoras estrellas...» ¿Se hallaba Bakura entre las que estaba viendo? La estrella de su mundo natal probablemente no era lo suficientemente brillante para ser visible a tanta distancia. El hogar... Gaeriel pensó en el hogar, y anheló estar allí.

—Diez segundos —anunció el altavoz principal—. Que toda la tripulación se prepare para el salto a la velocidad lumínica. Cinco segundos. Cuatro. Tres. Dos. Uno. Cero.

Y las estrellas se alargaron para convertirse en haces de fuego, líneas estelares que llenaron el visor con un estallido de claridad; y un instante después las líneas estelares fueron perdiendo su intenso resplandor y desaparecieron, y las familiares estrellas del cielo corelliano volvieron a aparecer en el mismo sitio en el que habían estado antes.

Pero el salto había hecho que hubiera algo más que estrellas en el cielo. Naves. Naves de todos los tamaños y formas habían cobrado una repentina existencia surgiendo de la nada. El *Intruso*, el *Centinela*, el *Defensor* y todas las naves de menores dimensiones habían ejecutado saltos hiperespaciales simultáneos de distancia mínima y alta precisión que los habían llevado al corazón de la flota enemiga. Ossilege albergaba la esperanza de que eso les proporcionaría la ventaja de la sorpresa, y al parecer así había sido.

La batería láser de más calibre del *Intruso* abrió fuego de inmediato, lanzando una cuchillada de luz contra la nave mas cercana, un viejo transporte de tropas de forma cuadrada que no podía estar más fuera de lugar en el centro de una flota de combate.

El transporte estalló convirtiéndose en una bola de fuego, mas para aquel entonces los cañones láser ya habían encontrado otro blanco, una corbeta de aspecto moderno que tenía más o menos el tamaño del *Fuego de Jade*. La corbeta consiguió levantar sus escudos a tiempo, pero no habían sido diseñados para soportar las andanadas de la batería de un crucero ligero que se encontraba tan cerca de ella. Los escudos fallaron, y la corbeta también se desvaneció entre otro glorioso estallido de fuego del infierno.

La pantalla de cazas del *Intruso* cobró existencia alrededor de la gran nave, quince Cazas de Ataque y Combate General que pasaron a la ofensiva inmediatamente y se lanzaron a toda velocidad sobre las naves más pequeñas y ligeras de aquella parte de la flota.

La batería secundaria del intruso empezó a hablar, lanzando chorros de fuego láser contra algún objetivo que Gaeriel no podía ver. Una nave de la Tríada abrió fuego y sus andanadas acertaron a un CACG que estaba saliendo de un rizo sobre el puente principal del *Intruso*. El caza estalló con un destello de luz cegadoramente potente que lanzó un torrente de restos contra el crucero. Los escudos desviaron la mayor parte, y redujeron considerablemente la velocidad del resto. Golpes sordos retumbaron por todo el puente cuando los restos chocaron con el casco exterior, pero no parecía que se hubiera producido ningún daño real..., salvo la pérdida del CACG y su piloto, naturalmente. Los cazas sobrevivientes viraron y se dispersaron en todas direcciones, disparando contra los X-TIE Feos y los alas-B y borrándolos del cielo.

Y entonces un oponente digno del *Intruso* apareció por fin en el visor. Era un viejo destructor ex imperial de aspecto bastante temible y de una clase que Gaeriel no reconoció. La nave era más pequeña que el *Intruso*, pero era muy posible que pudiese igualarlo en potencia de fuego. El *Intruso* abrió fuego contra ella, dirigiendo todo el poderío de sus cañones contra la torreta láser delantera del destructor. El destructor devolvió el fuego mediante sus torretas de proa y de popa, pero no consiguió concentrar sus andanadas de forma que tuvieran alguna efectividad. La batería delantera del destructor estalló, y el *Intruso* redirigió instantáneamente su fuego contra la batería trasera. Los escudos del destructor debían de haber quedado dañados por la primera explosión, pues cedieron por completo después de sólo unos segundos de andanadas concentradas sobre la torreta trasera. La torreta explotó entre una espectacular cortina de llamas, y el destructor quedó desarmado.

Gaeriel volvió la mirada hacia Ossilege y se asombró al ver que no estaba prestando ninguna atención al caos y las llamaradas del exterior. El almirante mantenía los ojos clavados en la pantalla táctica delante de la que estaba sentado y contemplaba el desarrollo global del combate. Ossilege estaba permitiendo que la capitana Semmac dirigiese la batalla librada por su nave mientras que él se ocupaba del enfrentamiento a gran escala.

—Todo está yendo bien —anunció Ossilege, sin dirigirse a nadie en particular.

«Por lo menos está empezando bien», pensó Gaeriel.

— ¡Prepárate, Erredós! —gritó Luke mientras hacía virar su ala-X hasta dejar la carlinga dirigida hacia abajo, subiendo el morro un instante después para lanzarse en persecución del X-TIE Feo que se estaba lanzando sobre el *Dama Suerte*, que volaba por delante y por encima de ellos—. Lando, vira a estribor y desciende todo lo que puedas a mi señal. ¡Tres, dos, uno, YA!

El X-TIE Feo, una monstruosidad construida a partir de los restos de un ala-X y un caza TIE, era mucho menos maniobrable que un ala-X. El Feo cayó en la trampa e inició un descenso más largo y pronunciado para perseguir al *Dama Suerte*..., con lo que se convirtió en un blanco perfecto para recibir un disparo de Luke. Luke disparó, y el ala de estribor del TIE se desprendió del Feo, haciendo que el piloto perdiera el control y empezara a dar tumbos por el espacio. El X-TIE Feo había quedado fuera de combate. Luke necesitó un momento para localizar al *Dama*, y no le sorprendió ver que ya volvía a tener problemas. Lando estaba intentando esquivar la acometida de un par de naves que parecían ser Cazas de Ataque Ligeros con motores y armamento reforzados. Su amigo se estaba enfrentando a una pareja de Cazas de Ataque Ligeros Pesados.

Instalar armamento y propulsión de gran potencia en un diseño que no había sido concebido para soportar tales demandas de energía casi siempre era un error. Esa clase de compromiso reforzado normalmente sólo consistía en una colección de debilidades que se mantenían unidas gracias al cable adhesivo y el optimismo. Luke decidió poner a prueba la teoría mediante un experimento práctico. Lanzó un diluvio de fuego contra el CALP más cercano desde su posición y le dio en el motor de babor. El caza, bruscamente descompensado, empezó a girar locamente antes de que el piloto pudiera apagar el motor de estribor. El motor se incendió y empezó a emitir espesas nubes de vapor que envolvieron el fuselaje del CALP. El vapor se disipó instantáneamente en el vacío del espacio, y el CALP quedó escondido dentro de una extraña nube que giraba sobre sí misma y se movía velozmente por el espacio. Luke buscó a su amigo entre las estrellas, y vio que Lando había conseguido eliminar al otro CALP. Su pequeño trozo de cielo estaba vacío de enemigos, al menos por el momento. Eso quería decir que ya iba siendo hora de que fueran a otro sitio.

—Voy a seguir a un destructor de la retaguardia que se mueve bastante despacio, Lando —le informó Luke—. ¿Lo tienes?

—Estaba a punto de hablarte de él, Luke —respondió Lando—. Vamos a por ese destructor. Es justo lo que andábamos buscando.

El plan era que los aparatos atacantes se fueran desplazando a través de la formación de la Tríada hasta llegar a su retaguardia, escogiendo los objetivos que les parecieran oportunos en un intento de obligar a las naves de la Tríada a que invirtieran su curso para perseguirlos.

El defecto más obvio del plan consistía en que estarías animando a ochenta naves armadas de grandes dimensiones y a todos sus aparatos auxiliares a que te persiguieran con todo su armamento escupiendo fuego, pero no tenían otra elección. Había momentos en los que no te quedaba más remedio que correr algunos riesgos.

Anakin estaba sentado en el sillón de control, escuchando con gran atención a Antone mientras el técnico iba recitando la lista de comprobaciones.

—Bueno, con eso hemos terminado la secuencia de dirección del rayo —acabó diciendo Antone—. Ahora deberíamos tenerlo enfocado sobre el Polo Sur de Centralia. ¿Listo para la secuencia de inicialización de los sistemas de energía?

—Me parece que no —dijo Anakin en un tono algo dubitativo—. Hay algo que no está bien. Yo... Bueno, es que noto que algo no está bien.

Antone apartó su larga cabellera negra de sus ojos por millonésima vez y observó a Anakin con visible nerviosismo.

— ¿Notas que algo no está bien? —preguntó—. ¿Qué quieres decir con eso de que notas que algo no está bien'?

—Lo hace todo de esa manera —dijo Jacen—. Se guía por el instinto y la intuición. Usted tiene un manual de instrucciones. Fue usted quien dijo que no creía que Anakin entendiera lo que hacía, ¿verdad?

— ¡Sí que lo entiendo! —protestó Anakin a gritos, muy enfadado y fulminando a su hermano con la mirada.

— ¿De veras, Anakin? —preguntó Jaina. Estaba claro que empezaba a sentirse tan harta como Antone—. ¿Realmente entiendes lo que haces, o sólo finges entenderlo porque disfrutas haciéndote el importante?

Anakin frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—O dejáis de ser malos conmigo, o no os ayudo más.

Después bajó de un salto del sillón de control y se fue.

—Oh, chico —dijo Jaina.

—Sospecho que el joven amo Anakin está demasiado cansado para seguir —dijo Cetrespeo—. Anoche estuvo levantado hasta muy tarde. En esas ocasiones al día siguiente suele estar de bastante mal humor.

Los ojos de Antone estuvieron a punto de salir de sus órbitas, y se quedó boquiabierto. Después pasaron por lo menos cinco segundos antes de que fuera capaz de hablar.

— ¿Que está de mal humor? Es el... Es el único que puede..., el único que puede... —Antone movió las manos, señalando frenéticamente el panel de control—. El destructor de estrellas va a disparar su emisión dentro de una hora, ¿y usted me dice que está de mal humor?

—Cálmese —dijo Ebrihim.

— ¡Pero se ha ido! —exclamó Antone—. ¡Y es el único que puede manejar la máquina!

—Lleva toda la noche levantado —dijo Ebrihim—. Está agotado. Haremos que vuelva.

—Sí. Llevo toda la noche levantado —dijo Antone, asintiendo con una energía más bien enloquecida mientras se paseaba de un lado a otro—. Quizá lo único que me ocurre es que yo también estoy de mal humor. —Después giró sobre sus talones y se encaró con los gemelos—. Pero no se trata de eso. ¡En realidad, creo que lo que me pasa es que estoy al borde del pánico! Tengo parientes en Bovo Yagen —siguió diciendo en un tono casi balbuceante—. ¡Si su planeta acaba incinerado por mi culpa, mi tía me va a matar!

—Vamos, vamos... Tranquilícese, ¿quiere? —dijo Ebrihim, hablando en un tono más seco que el que había empleado antes—. Anakin no puede haber ido muy lejos. Les necesitamos a los dos para conseguir que este aparato funcione. Jacen, ve a buscar a tu hermano y haz que vuelva. Cálmale. E intentemos recordar que las vidas de doce millones de personas dependen de que un niño de siete años que está muy cansado y de bastante mal humor las salve dentro de una hora, ¿de acuerdo? Por lo tanto, ruego a todo el mundo que sea muy amable con Anakin cuando vuelva.

—Muy bien —dijo Jaina, y en su voz también había una sombra de malhumor—. Pero sólo durante una hora.

— ¡Fuego concentrado sobre la escotilla delantera! —gritó la voz de Mará por la conexión nave-a-nave—. ¡Esas soldaduras parecen estar maravillosamente mal hechas!

Un chorro de fuego láser surgió del *Fuego de Jade* y se esparció sobre la lenta, vieja y muchísimas veces reparada fragata de Mon Calamari, que había acabado luchando por el otro bando.

—Recibido —dijo Han—. Agárrate, Leia. Voy a inclinar un poco el *Halcón* para que puedas centrar la mira.

—Ya lo tengo a tiro —respondió Leia—. Empiezo a disparar.

La torreta que albergaba el láser cuádruple empezó a abrir fuego. La escotilla exterior se había quedado atascada en algún momento del combate. El metal empezó a brillar con un resplandor rojizo primero y anaranjado después que acabó pasando a un cegador tono blanco..., y de repente la escotilla interior se desprendió de su marco y la atmósfera de la nave se esparció por el espacio. El chorro de aire se interrumpió bruscamente cuando una compuerta se cerró en algún lugar de la nave.

La fragata devolvió el fuego, lanzando potentes andanadas que dieron de lleno en el *Halcón Milenario*. Las alarmas de los escudos empezaron a sonar casi inmediatamente, y después se callaron prácticamente tan deprisa como habían empezado a aullar cuando el *Fuego de Jade* voló la torreta láser principal de la fragata con un minitorpedo.

Desarmada y seriamente dañada, la fragata pareció decidir que ya había tenido suficiente. La nave viró y empezó a alejarse, acelerando todo lo que le permitían sus motores.

—Deja que se vaya —le dijo Han a Mará—. Está fuera de combate, y eso es lo único que importa.

— ¿Cuánto tiempo ha transcurrido? —preguntó Leia por el intercomunicador.

—Unos cuarenta minutos —respondió Han—. ¡Eh, cuidado! Un par de alas-B Feos se están aproximando por arriba.

—Los veo —dijo Leia, y su voz reveló con toda claridad la tensión que sentía.

Los rayos láser brotaron de la torreta cuádruple. Una explosión hizo pedazos a un ala-B, y el otro decidió que la discreción era la parte más importante del valor. Era una pena que el *Halcón* no pudiera permitirse el lujo de llegar a esa misma conclusión, porque tarde o temprano uno de aquellos ataques conseguiría abrirse paso y llegar a su objetivo.

— ¡Continuemos moviéndonos por entre ellos, Mará! —gritó Han. Después se inclinó sobre el panel y cortó la conexión nave-a-nave—. Veinte minutos más —les dijo a Leia y Chewie—. Veinte minutos más y todo habrá terminado.

Y así sería..., de una manera o de otra.

—El *Defensor* informa haber sufrido daños en los sistemas principales de armamento, pero el armamento secundario sigue plenamente operativo —dijo Kalenda—. Han recibido numerosos impactos menores, pero de momento no hay ninguna avería seria.

«Pero cien impactos menores pueden debilitar la nave lo suficiente para que el número ciento uno la destruya...» Ossilege meneó la cabeza. Un almirante que estaba dirigiendo una batalla no podía permitir que ese tipo de pensamientos le pasara por la cabeza.

— ¿Qué noticias hay del *Centinela*? —preguntó.

—El *Centinela* ha sufrido una pérdida parcial de propulsión y una descompresión explosiva de una sección de popa no especificada, que ha sido contenida según sus informes. Todas las armas



están en condiciones de funcionar, y han informado de numerosos enfrentamientos de los que han salido victoriosos.

—Muy bien —dijo Ossilege.

Estudió su pantalla táctica. El *Intruso* había sufrido daños similares. «Está dando resultado», pensó. Estaban pagando un precio muy alto, desde luego, pero de momento el plan daba resultado. Ossilege había calculado un sendero a través de la formación enemiga para cada nave y para cada par de naves auxiliares. La idea era abrirse paso a través de las naves enemigas en dirección a la retaguardia, librando una serie de combates mientras avanzaban con la intención de causar tanto desorden y confusión como daños. Y estaba dando resultado... La impecable formación enemiga inicial se estaba disgregando, y parecía que la mitad de las naves habían invertido su curso para lanzarse en persecución de sus atormentadores.

— ¡Señor, la capitana Semmac informa de que cuatro fragatas se aproximan al *Intruso*. Parece que se trata de un ataque coordinado.

— ¿De veras? Me estaba preguntando cuánto tiempo tardarían en lanzar un ataque de esas características... Muy bien. Ahora veremos qué tal sabe defenderse la capitana Semmac.

Ossilege siguió contemplando su pantalla táctica. Cuatro fragatas, naves idénticas de proa bulbosa, se estaban aproximando desde cuatro direcciones distintas con sus baterías láser escupiendo fuego. Los escudos del *Intruso* aguantaron, por lo menos la primera tanda de andanadas. La capitana Semmac levantó el morro del *Intruso* y aceleró, intentando salir de aquel fuego cruzado. Las baterías principales del *Intruso* empezaron a devolver el fuego, concentrándose en la más próxima de las cuatro fragatas. La proa de la nave bajó bruscamente cuando Semmac trató de escapar a aquel ataque concertado, pero las fragatas reajustaron su curso para mantener la misma trayectoria que el *Intruso* e imitaron todos sus movimientos.

El almirante frunció el ceño. Había algo que no encajaba. Las fragatas no paraban de lanzar chorros de energía láser sobre el *Intruso*, pero los disparos no estaban surtiendo ningún efecto. Tendrían que haberse producido perforaciones locales, y los escudos tendrían que haber estado debilitándose aquí y allá. Ossilege inspeccionó los niveles de energía de los cañones láser de las fragatas. ¿Por qué eran tan bajos? A menos... A menos que los cañones láser sólo fueran un engaño, una distracción. Y puestos a pensar en ello, ¿cómo era posible que las fragatas fueran capaces de aguantar tal cantidad de andanadas del *Intruso*?

Ossilege hizo aparecer una imagen tomada en primer plano de la fragata más próxima en su pantalla táctica, y sintió que se le helaba la sangre.

Las ventanillas estaban pintadas..., sobre lo que parecía una masa de duracero.

Ossilege dejó caer la mano sobre su comunicador.

— ¡Capitana Semmac, esas fragatas son robots de fusión camuflados! Sus cañones son inofensivos. Lo único que pretenden es acercarse lo suficiente para...

Pero ya era demasiado tarde. El primer robot de fusión conectó su motor de alta aceleración y salió disparado hacia adelante a una velocidad aterradora. Iba directamente hacia el *Intruso*, un ariete multimegatónico lanzado contra el crucero ligero bakurano.

El impacto se produjo justo delante del puente.

—Bueno, he conseguido convencerle —dijo Jacen.

—Estupendo —dijo Antone—. Magnífico. Volvamos al trabajo.

Anakin entró en el compartimento y clavó la mirada durante unos segundos en el rostro de cada uno de los presentes antes de volver a ocupar el sillón de control.

—Estoy listo —dijo por fin.

—Excelente, excelente —dijo Antone, obligándose a sonreír—. Pues entonces empecemos la secuencia de inicialización de la energía.

—No —dijo Anakin.

El sudor era claramente visible en toda la frente de Antone.

—Anakin, por favor... Intenta entenderlo. Esto no es un juego. Montones de personas... Oye, montones y montones de personas van a..., a morir a menos que disparemos este repulsor exactamente en el momento preciso y en la dirección adecuada.

—Ya lo sé —replicó Anakin—. Pero es que no lo tenemos bien apuntado. Es demasiado pesado. No sé cómo explicarlo mejor, pero es demasiado pesado.

— ¿Qué quieres decir con eso de que es demasiado pesado? —preguntó Antone.

— ¡La gravedad! —gritó Jacen—. ¡Se refiere a la gravedad! ¡Las instrucciones que usted ha estado consultando son para el repulsor de Selonía! Aquí la gravedad es distinta.

— ¡Eso es! —dijo Anakin—. Demasiado pesado.

Antone pensó a toda velocidad durante unos momentos mientras murmullos frenéticos escapaban de su boca.

—Estrellas benditas del cielo... ¡Tiene razón! ¡Tiene razón! —El técnico echó un vistazo al reloj de la cuenta atrás—. Y disponemos de diez minutos para volver a calcular el centrado del disparo empezando desde el principio. —Antone agarró por el hombro a otro técnico y lo empujó hacia Anakin—. Ejecuta la secuencia de inicialización de energía y todo lo demás con él, y alteraremos las coordenadas del haz justo antes de disparar.

Y después de haber dicho esas palabras, Antone se fue corriendo en busca de una mesa y un cuaderno de datos.

El segundo y el tercer robot de fusión chocaron con el *Intruso* y los impactos hicieron que el casco ya medio destrozado empezara a girar locamente por el cielo. El cuarto robot falló su objetivo, pero eso no importaba. La nave ya estaba muerta.

Ossilege se levantó de la cubierta y volvió tambaleándose a su sillón. Gaeriel había conseguido seguir en el suyo. Belindi Kalenda se incorporó y miró a su alrededor, confusa y aturrida. Eran los únicos que quedaban. Aparte de ellos, los demás ocupantes del nivel superior del puente estaban muertos. Ossilege ni siquiera se molestó en mirar hacia abajo para averiguar si alguien había sobrevivido en el puente. La mayor parte de la estructura ya no estaba allí.

— ¡Abandonen la nave! —aulló el altavoz—. ¡Que toda la TRIPULACIÓN ABANDONE LA NAVE!

—No siento las piernas —anunció Gaeriel—. Puedo ver que están sangrando, pero no puedo sentir las y no puedo moverlas.

Ossilege asintió, aunque en realidad no sabía por qué lo hacía. «Una lesión en la columna vertebral —pensó—. Esos impactos habrán hecho que se golpeará con algo.» Un instante después el almirante Hortel Ossilege se dio cuenta de que estaba manteniendo su mano derecha inmóvil encima del estómago. Apartó la mano durante un segundo y vio la roja herida abierta, y se dijo que era asombroso que no sintiera nada teniendo aquel agujero tan enorme.

— ¡Abandonen la nave! —volvió a gritar la voz automatizada.

Ossilege apartó los ojos de su estómago, y su mirada fue de Gaeriel Captison a Kalenda.

— ¡Vayase! —le gritó—. Nosotros no conseguiremos salir de aquí. Usted todavía puede salvarse. ¡Vayase!

Una oleada de debilidad tan terrible como repentina se extendió por todo su cuerpo.

—Pero... —balbuceó Kalenda.

—Pero yo tengo una herida en el estómago y la Primera Ministra no puede caminar. No sobreviviríamos al trayecto hasta la cápsula de escape, y aunque lo hiciéramos no aguantaríamos con vida hasta que nos recogieran. Váyase. Ahora. Es una orden. Ha... Ha sido una oficial excelente, teniente Kalenda. No se sacrifique inútilmente por un gesto que no tendría ningún sentido. Váyase.

Kalenda parecía querer decir algo más, pero no lo hizo. Saludó a Ossilege, se inclinó ante Gaeriel y después giró sobre sus talones y echó a correr.

—Bien —dijo Ossilege—. Espero que lo consiga.

—Tenemos que volar la nave —dijo Gaeriel. Su voz apenas si llegaba a ser un suspiro—. No permita que la capturen.

Ossilege asintió.

—Sí, tiene razón —dijo—. Pero debemos esperar. Hay que dar tiempo a los supervivientes para que puedan escapar. Esperaremos hasta que estemos entre las naves enemigas. Nos llevaremos a unas cuantas con nosotros. Tenemos que esperar la..., la llegada de la Fuente A.

— ¿La Fuente A? —preguntó Gaeriel con un hilo de voz.

—La fuente A —repitió Ossilege—. Tenemos que esperar al almirante Ackbar.

— ¡Una hora, Luke! —gritó Lando—. ¡Salgamos de aquí ahora que todavía estamos enteros!

—Recibido, Lando —respondió Luke—. ¡Vamos a volver por donde hemos venido, y deprisa!

— ¿Qué está pasando? —preguntó Tendrá—. ¿Por qué nos estamos retirando?

—No nos estamos retirando —dijo Lando mientras iba desviando la proa del *Dama Suerte* para virar—. Estamos siguiendo el plan de Ossilege. Es un plan tan sencillo que incluso nosotros podemos seguirlo: entrar en la formación, causar los máximo daños posibles durante una hora, y luego largarse para dejar el paso libre.

— ¿Para dejar el paso libre a qué?

—A la Fuente A, mi querida Fuente T.

— ¿De qué estás hablando?

Lando se echó a reír.

—No es un sistema de nombres en código muy sofisticado, pero es lo que hay. Fuente T para Tendra, Fuente A para el almirante Ackbar... Ossilege empezó a recibir mensajes codificados del almirante Ackbar a través de la hiperonda un instante después de que cesaran las interferencias. Después de que nos fuéramos de Coruscant, Ackbar dedicó cada uno de los segundos que pasaba despierto a tratar de reunir alguna clase de fuerza de ataque. Parece ser que no ha logrado organizar una flota excesivamente grande, pero veinticinco naves modernas con armamento moderno... Bueno, deberían ser capaces de ayudarnos considerablemente. Sobre todo si la fuerza con la que se van a enfrentar ya ha recibido un cierto castigo, está desorientada, ha roto su formación y avanza en la dirección equivocada. —Lando hizo que el *Dama Suerte* esquivara los restos de un ala-B modificado y siguió avanzando a la velocidad máxima en un rumbo directo

hacia la Estación Centralia—. Creo que iremos al extremo norte de Centralia, muchísimas gracias. Sí, prefiero el extremo que no dispare rayos de la muerte interestelares...

—Pero ¿qué va a hacer el almirante Ackbar? ¿Cuál es el resto de su plan?

—Bueno, eso también es bastante sencillo. Cuando el almirante Ackbar lleve a cabo su salto hiperespacial de alta precisión, aparecerá justo encima de ellos y nunca sabrán qué les aplastó. Y nuestras naves no quieren estar desfilando por la galería de tiro.

— ¿Cuándo llegará?

Lando echó un vistazo al ordenador de navegación y al cronómetro de la nave.

—Oh, oh —murmuró—. Va a aparecer aquí mismo..., y ahora.

El espacio vacío que había delante de ellos quedó repentinamente iluminado por el cegador estallido de claridad de una flota de naves estelares surgiendo del hiperespacio. Las naves eran chorros de blancura deslumbrante que cobraban existencia en un instante y pasaban a toda velocidad junto al *Dama Suerte*, desfilando a cada lado de ella, por encima y por debajo, tan cerca que casi podían oír deslizarse junto a ellos los vientos inexistentes del espacio cuando las naves se esfumaban con un rugido. Era un espectáculo increíble, hermosísimo... y aterrador. Lando apretó los dientes y tensó las manos sobre la palanca de control. Se agarró a la palanca como si le fuese la vida en ello, y tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para obligarse a no tratar de esquivar las naves que surgían del hiperespacio, pues temía que de hacerlo pudiera estrellarse con una a la que no hubiera visto.

Y un instante después las naves ya habían acabado de desfilarse y se alejaban, y Lando fue reduciendo la aceleración del *Dama Suerte* hasta dejarla en una velocidad razonable, y volvió a respirar.

Y, al menos para ellos dos, la guerra hubo terminado.

Gaeriel Captison estaba empezando a sentir el dolor. No lo sentía en sus piernas, naturalmente, sino en todo el resto de su cuerpo. El almirante Ossilege estaba sentado junto a ella, apenas consciente y respirando con gran dificultad. Gaeriel pensó que podía oler algo que se quemaba detrás de ella. Esas cosas ya no tenían ninguna importancia, naturalmente.

A pesar de todo lo ocurrido, Ossilege se las había arreglado de alguna manera para abrir el panel de control instalado en un lado de su sillón cuya activación provocaría la autodestrucción de la nave. Había quitado todos los seguros y había pulsado todos los botones..., menos el último. Ossilege estaba esperando. Seguía esperando, y contemplaba sus pantallas tácticas. Apenas funcionaban, pero no tendrían que funcionar muy bien para mostrarle lo que necesitaba ver.

— ¡Allí! —exclamó de repente—. ¡Allí! Naves... ¡Se acercan! Están aquí.

—Entonces ya es la hora —dijo Gaeriel—. Es usted un buen hombre, almirante Ossilege. Ha cumplido con su deber. Los entretuvo. Consiguió detenerles. Bravo, almirante.

—Gracias, señora. Me enorgullezco de..., de haber podido estar junto a usted en esta batalla.

—Y yo me enorgullezco de haber estado a su lado en ella —dijo Gaeriel—. Pero ahora ha llegado el momento de irse.

Pensó en su hija Malinza, que se iba a quedar sola en el universo. Cuidarían de ella, desde luego. Quizá... Quizá el universo la compensaría de alguna manera por todas las penas que había padecido en su joven vida, y sólo le depararía felicidad a medida que se fuera haciendo mayor. Gaeriel acabó decidiendo que era un pensamiento muy reconfortante, y se dijo que quizá fuese el mejor que podía haber en su cabeza cuando muriese.

—No puedo... No puedo mover el brazo —dijo Ossilege—. No puedo pulsar el botón.

—Ya voy —dijo Gaeriel. Alzó la mirada, y vio que había como mínimo tres naves de la Tríada muy cerca de ellos. Después sonrió y alargó la mano—. Ya voy —repitió—. Déjeme hacerlo.

La explosión iluminó el cielo y abrió un agujero en la flota de la Tríada. Durante unos cuantos segundos de esplendor deslumbrante una nueva luz ardió en el espacio, y una columna de fuego más brillante que todas las estrellas del cielo llameó en el vacío.

—Oh, estrellas benditas... —murmuró Tendrá—. Era el *Intruso*. Se han ido. Ya no están ahí. Todo ha acabado.

Lando volvió a bajar la mirada hacia el cronómetro de la nave. Después alzó sus ojos hacia la Estación Centralia y luego volvió la cabeza hacia el distante punto de luz que era Drall.

—No, todavía no —dijo—. Pero dentro de un minuto y veinte segundos todo habrá acabado..., quizá para mucha gente.

— ¡Antone! —gritó Jaina—. ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Tenemos que hacerlo ahora!

Antone entró corriendo en la sala. Sus ojos estaban tan desorbitados que parecían a punto de salirse de la cabeza.

—No puedo —dijo, y alzó el cuaderno de datos—. Aún no he terminado los cálculos. La última parte del problema todavía no está resuelta. No me dará la solución hasta dentro de cinco minutos, y eso como mínimo... Doce millones de personas. Doce millones de personas.

Antone se sentó en el suelo y se tapó la cabeza con las manos.

— ¡Estamos condenados! —gimió Cetrespeó—. Si controlan el destructor de estrellas, nuestros enemigos nos destruirán a todos.

Jacen Solo permanecía tan inmóvil como si hubiera echado raíces en el suelo, y sus ojos no podían estar más abiertos. Todos los presentes en la cámara parecían haber echado raíces en el suelo. Doce millones de personas... Habían tenido una oportunidad de conseguirlo, y fracasarían porque no podían proporcionar las cifras necesarias a un niño de siete años.

—Eh, un momento —murmuró Jacen—. ¿Quién necesita cifras? —Se volvió hacia su hermano, que seguía sentado delante de la consola—. Notabas que pesaba demasiado, ¿verdad, Anakin? ¿Puedes arreglarlo? ¿Puedes cerrar los ojos y sentirlo? ¿Puedes hacer que esté como debe estar?

— ¿Qué estás diciendo? —preguntó Ebrihim—. ¿Quieres que dispare el repulsor al azar?

—No —dijo Jaina—. Queremos que lo perciba. Intenta llegar hasta su interior, Anakin. No pienses. Tienes que llegar hasta él con la Fuerza.

Anakin miró a sus hermanos y tragó saliva, y después cerró los ojos.

—Sí —dijo—. Sí.

Con los ojos todavía cerrados, el pequeño alargó las manos hacia unos controles que no estaban ahí..., y que cobraron forma debajo de sus manos mientras éstas se movían hacia ellos. Parrillas de resplandecientes tonos verdes, púrpura y anaranjados aparecieron y destellaron y se desvanecieron alrededor de su cabeza, pero Anakin no las vio.

Y una vibración surgió de la nada muy por debajo de sus pies y empezó a hacerse más y más grave a cada momento que pasaba. Oyeron el retumbar del trueno surgiendo del repulsor, y el sonido de la energía que iba siendo acumulada cuando aquella fuerza inimaginable fue canalizada, enfocada y preparada para actuar.

La palanca de control se materializó, surgiendo de la nada y adaptándose a los dedos de Anakin para ir deslizándose entre ellos con una imposible y perfecta fluidez. El pequeño fue moviéndola lentamente hacia adelante y un cubo de llamas anaranjadas apareció delante de sus ojos, que seguían estando cerrados. Anakin hizo diminutos e imperceptibles ajustes con los controles, y el cubo anaranjado parpadeó y se volvió todavía más brillante. Anakin mantuvo la palanca en esa posición durante un momento muy, muy largo...

Y después la bajó, impulsándola con todas sus fuerzas.

La cámara se estremeció bajo el impacto de la energía, y un chorro de relámpagos avanzó por el pasillo y desparramó su llamear por toda la cámara.

Excepto Anakin, quien lo vio todo perfectamente desde detrás de sus párpados cerrados, los que estaban en la sala de control no pudieron verlo. Pero quienes estaban en la superficie y en el espacio sí pudieron verlo. Pudieron ver cómo el repulsor rugía y vibraba bajo las oleadas de energía aprisionada, una energía que hervía, palpitaba y chisporroteaba en su desesperada impaciencia por ser libre. Vieron cómo la energía se iba acumulando dentro del repulsor, creciendo y aumentando incesantemente.

Y vieron cómo salía disparada de la cámara del repulsor y cómo desgarraba el espacio y avanzaba por él, para acabar cayendo sobre el extremo sur de Centralia en el mismo instante en que prácticamente todos los relojes de cuenta atrás del espacio llegaban al cero, en el mismo instante en que Centralia iba a disparar su haz. El Polo Sur quedó iluminado por la energía que se suponía debía brotar de él bajo la forma de un disparo que no sería visto, oído ni detectado para luego entrar en el hiperespacio y desplegarse a través del espacio hasta asesinar a una estrella.

Pero el haz del repulsor rompió la abertura de acceso al hiperespacio, haciendo que el disparo perdiera su foco y desintonizándolo lo suficiente para que una pequeña parte de su energía se convirtiera en luz visible. El Polo Sur de Centralia empezó a relucir, y no tardó en vibrar y latir con su propia energía acumulada. El resplandor se fue extendiendo y se expandió hacia el exterior, estirándose hasta formar una impresionante burbuja de luz, tan hermosa como inofensiva, que iluminó los cielos de todos los mundos corellianos, brillando, resplandeciendo, floreciendo, creciendo..., y luego extinguiéndose poco a poco hasta desaparecer.

Lando Calrissian lo vio todo desde el extremo norte de Centralia, y empezó respirar de nuevo. Ni siquiera se había dado cuenta de que hubiera dejado de hacerlo.

—Ahora sí —le dijo a Tendrá—. Ahora sí se ha terminado.

## Epílogo

—Ni siquiera sé por qué deseaban con tanta desesperación que mi flota viniera hasta aquí —dijo el almirante Ackbar con su voz ronca y gutural. Se dio la vuelta y contempló a Luke Skywalker con sus saltones ojos de pez. Estaban en Drall, ya que Ackbar sentía una gran curiosidad por el repulsor y deseaba inspeccionarlo—. Mis naves apenas tuvieron que hacer nada porque la mayor parte del trabajo ya estaba hecho..., gracias al almirante Ossilege y a Gaeriel Captison.

—Sí, señor. Debemos estarles muy agradecidos —dijo Luke. Pensó en Gaeriel y pensó en Malinza, su hija. Luke le había prometido que cuidaría de su madre. ¿Cómo se podía pagar esa clase de deuda? Después pensó en Ossilege, aquel hombre difícil de soportar e imposible de tratar que también poseía el don de hacer lo difícil y lo imposible—. Lamentaré su pérdida durante mucho tiempo —siguió diciendo—. Pero hemos vencido. Gracias a ellos, y a muchos otros. Y, en gran parte, gracias a esos tres niños...

Anakin, Jacen y Jaina corrían de un lado a otro y escalaban los montículos de tierra que el repulsor había hecho brotar del suelo cuando apartó las rocas para salir de las profundidades. Los tres hermanos estaban siendo perseguidos por Jenica Sonsen, que reía a carcajadas, y por Belindi Kalenda, que estaba demasiado ocupada haciendo muecas feroces para poder reír. Los cinco estaban jugando a la sombra del repulsor. El extremo de aquel cilindro que había permanecido oculto en el subsuelo durante tanto tiempo había pasado a alzarse cien metros por encima del suelo.

Han y Leia se echaron a reír cuando sus hijos dieron repentinamente la vuelta a la situación y empezaron a perseguir a Sonsen y Kalenda. Mará estaba contemplando la diversión con una sonrisa en los labios, e incluso Chewbacca estaba disfrutando del espectáculo. No muy lejos de allí, Ebrihim y la duquesa Marcha se habían sentado en el suelo y estaban absortos en su conversación. A juzgar por sus expresiones de interés y concentración, o estaban discutiendo algún complicado asunto de Estado o, lo que era mucho más probable, estaban diseccionando algún cotilleo familiar particularmente jugoso.

Probablemente se trataba de eso último, pero Luke albergaba la esperanza de que fuera lo primero. La duquesa necesitaría toda la práctica que pudiera acumular. Leia ya le había explicado que planeaba nombrar a Marcha gobernadora-general del sector.

Dracmus estaba sentada junto a los dos dralls, y al parecer se había sentido tan fascinada por la conversación que había acabado quedándose profundamente dormida.

De repente Luke oyó una voz estridente que empezó a hablar detrás de él. La voz fue alzándose rápidamente en una protesta a la que respondió un veloz encadenado de silbidos y trinos electrónicos que parecían estar muy lejos de ser una felicitación. Se dio la vuelta para ver a Erredós y Q9, nuevamente enzarzados en una apasionada discusión sobre algún oscuro detalle del diseño de los androides. Cetrespeó se había interpuesto entre ellos y estaba intentando calmarlos. Luke tuvo el presentimiento de que Cetrespeó obtendría su grado de éxito habitual.

—¿Sabe una cosa, almirante? —murmuró un instante después—. Son las criaturas que hay en esta llanura, los humanos, la seloniana, los dralls, el wookiee y los androides... Ellas son las que han ganado esta guerra, no las naves o los cañones o el equipo.

—Tiene usted razón, por supuesto —replicó el almirante Ackbar—. Pero la verdad es que en las guerras nadie gana. Sólo hay distintos grados de pérdida. Los daños infligidos a estos mundos son terribles. Sí, terribles... Necesitarán muchos años para reconstruirlo todo y ordenar todos los cabos sueltos.

Luke asintió. Pero por lo menos algunos de aquellos cabos sueltos ya estaban siendo recogidos y ordenados. El almirante Ackbar había traído consigo la noticia del arresto de un tal Pharnis Gleasry, un agente de la Liga Humana que formaba parte de aquella red de espionaje que había logrado introducirse en demasiados archivos gubernamentales de Coruscant. No habían tenido que esforzarse demasiado para que Gleasry empezara a cantar como un pájaro. Toda la red de espionaje que la Liga Humana había creado en Coruscant había sido capturada y metida entre rejas, que era el sitio en el que debía estar.

También estaba el asunto de qué hacer con la siguiente estrella de la lista de los destructores de estrellas, por supuesto. La solución a corto plazo sería liberar los controles del repulsor de su fijación para que pudieran ser utilizados por alguien que tuviera más de siete años, tener preparadas las cifras de centrado correctas y limitarse a disparar aquel repulsor —o el de Selonía— cuando fuese necesario. La solución a largo plazo sería obtener los códigos de desconexión de la Tríada. Los selonianos de Sacorria habían acabado cediendo por completo, aunque sólo cuando ya era demasiado tarde para que eso fuese de alguna utilidad. Dado que la Tríada estaba muy dispuesta a cooperar —lo cual resultaba bastante comprensible, especialmente teniendo en cuenta que las tropas de ocupación de la Nueva República ya iban hacia allí—, no parecía probable que hubiera excesivos problemas. Alguien había puesto en circulación el rumor totalmente falso de que la Armada de la Nueva República iba a redirigir Centralia para apuntar el haz hacia el sol de Sacorria, y que dejaría la estación en esa posición durante todas las fases del proceso destructor de estrellas hasta que obtuvieran el código de desconexión. El rumor seguramente provocaría una cooperación todavía más entusiasta.

Y luego estaba todo el problema de estudiar Centralia, y de los repulsores en los otros tres mundos. ¿Quién había construido el sistema corelliano, y cuándo, y por qué, y qué había sido de sus constructores? Bueno, algunos cabos estaban más sueltos que otros... Aquellos misterios bien podían necesitar siglos para ser resueltos, y eso suponiendo que llegaran a ser resueltos alguna vez.

Había otro cabo suelto por el que Luke sentía un interés personal. Pero también tenía el presentimiento de que no debería esperar demasiado para saber dónde terminaba.

—Hace unos momentos dijo que la guerra se ganó gracias a estas personas —dijo el almirante Ackbar—. No he podido evitar darme cuenta de que hay dos nombres bastante prominentes que parecen hallarse ausentes. Estaban con nosotros en el transporte cuando vinimos. ¿Dónde pueden haberse metido?

Luke sonrió. Sabía con toda exactitud dónde estaban, pero tenía la impresión de que en aquellos momentos no les apetecía tener compañía.

—Yo no me preocuparía demasiado, almirante. Ambos pertenecen a esa clase de personas que saben cuidar muy bien de sí mismas.

— ¿Lando? —preguntó Tendra de repente.

Estaban paseando por entre los montículos y surcos de tierra que habían surgido de la nada cuando el repulsor ascendió desde las profundidades. No era el más hermoso de los paisajes, pero tenía la ventaja de proporcionar un considerable grado de intimidad detrás de cada promontorio y accidente del terreno.

— ¿Sí? —replicó Lando—. ¿Qué pasa?

Sus vagabundeos habían hecho que Tendra se encontrara encima de una acumulación de tierra y restos un poco más alta que el montoncito de rocas habitual. Lando le ofreció la mano y Tendra la tomó, utilizándola para no perder el equilibrio mientras bajaba, medio deslizándose y medio



corriendo, hasta la pequeña hondonada de al lado. Lando no le soltó la mano cuando hubo bajado, y Tendra siguió sosteniéndola entre sus dedos.

— ¿Recuerdas que te expliqué que, sea cual sea su edad, una sacorriana no puede casarse sin el consentimiento de su padre?

Lando sintió un curioso revoloteo dentro de su pecho, un aletear de miedo, excitación e interés sorprendentemente mezclados.

—Sí —dijo, consiguiendo evitar que le temblara la voz—. ¿Y...?

—Bueno, hay una cosa de la que te quería hablar —dijo Tendrá—. No es que tengamos que hacer nada al respecto inmediatamente, claro, pero hay algo más que quiero explicarte sobre esa ley. Es un tecnicismo legal muy interesante, ¿sabes? Existen muchos precedentes que han dejado claramente establecido que una sacorriana no está sometida a esa ley si se encuentra fuera del sistema de Sacorria. Por ejemplo, si se encontrara... Bueno, digamos que si se encontrara en Drall podría olvidarse de esa ley.

— ¿De veras? —preguntó Lando, recuperándose rápidamente gracias a sus viejos reflejos. Era una idea que necesitaba tiempo y reflexión, desde luego, pero no cabía duda de que a primera vista le gustaba bastante. Lando sonrió y contempló el hermoso rostro de Tendrá—. ¿Es un hecho certificable? —preguntó.

—Lo es —dijo Tendrá, devolviéndole la sonrisa.

—Bueno, en ese caso... Oye, ¿por qué no volvemos al *Dama Suerte* y hablamos del asunto durante la cena? —sugirió—. Los tecnicismos legales siempre me han parecido fascinantes.